> Considering together all three 'moments' of the political situation, the conclusion becomes inescapable that in conditions of a relatively advanced world capitalism, a bourgeoisie aspiring for hegemony in a new national political order cannot hope to launch a "war of movement" (or 'manoeuvre') in the traditional sense, i.e. a frontal assault on the state. For such a bourgeoisie, a full-scale, concentrated and decisive attack on the existing structure of political rule in the fashion of the French Revolution or the Revolution of 1848 is impossible. Instead, it must engage in a "war of position", a kind of political trench warfare waged on a number of differents fronts. Its strategy would be to attempt a "molecular transformation" of the state, neutralizing opponents, converting sections of the former ruling classes into allies in a partially reorganized system of government, undertaking economic reforms on a limited scale so as to appropriate the support of the popular masses but keeping them out of any form of direct participation in the processes of governance.
>
> This is the "passive revolution", a historical phase in wich the "war of position" coincides with the revolution of capital. P. Chatterjee, Nationalist Thought and the Colonial World.

Capítulo 3: EL NACIONALISMO MODERADO EN LA FASE DE MOVIMIENTO. LUIS MUÑOZ MARÍN, EL "PANFLETISTA DE DIOS" EN BUSCA DE LA AURORA.

Los comienzos.

El nacionalismo moderado de la fase de movimiento, como discurso sobre la identidad y la práctica política, comenzó a articularse desde la invasión norteamericana del 1898. La presencia de una nueva metrópoli, con características culturales distintas, impuso un paradójico esfuerzo intelectual y político: la adopción de un modelo cultural de definir los pueblos o sociedades como naciones y, al mismo tiempo, el manejo, dentro de una mentalidad liberal, de una concepción política del estado-nación como una posible unidad pluricultural. Esto significó dos cosas: que Puerto Rico era una nación, aunque no hubiese conquistado forma estatal propia, y, que los Estados Unidos eran una unidad política en donde convivían armoniosamente grupos culturales distintos. Políticamente, Puerto Rico podía aspirar, sin perder su identidad, a formar parte de la unión norteamericana porque la misma era una realidad plurinacional y plurirracial y se trataba simplemente de incorporar un nuevo gesto espiritual en esta diversidad.

La llegada norteamericana fue recibida con optimismo por casi todos los sectores sociales y políticos del país y el entusiasmo se convirtió rápidamente en proyectos políticos de anexión.[1] Los dos nuevos partidos que se formaron el transcurso del 1899, el Partido Republicano bajo la dirección de José Celso Barbosa y el Partido Federal bajo la dirección de Luis Muñoz Rivera, abogaron por la extensión de la ciudadanía norteamericana a los puertorriqueños y por la incorporación de la Isla como territorio de los Estados Unidos para aspirar en un futuro próximo a su conversión en Estado de la Unión. Sin embargo, no tomó mucho tiempo para que sectores de la élite política del país, en contacto con los gobernadores militares, descubrieran la importancia de avalar los reclamos de ciudadanía e incorporación con la imagen de Puerto Rico como nación moderna y capacitada para el autogobierno; afirmación que sustentaban con el argumento de que así lo había reconocido la antigua metrópoli en la Carta Autonómica del 1897. Si verdaderamente se pretendía encontrar acogida en el seno de la Unión, era necesario convencer a los norteamericanos de que Puerto Rico era un pueblo poseedor de una personalidad propia que ya había realizado a lo largo de su existencia histórica progresos significativos en el plano material y espiritual.

Esta paradoja de tener que definir a Puerto Rico como nación y de aspirar a la incorporación de la Isla como estado de la unión norteamericana llevó al nacionalismo moderado a una contradictoria relación de aceptación y rechazo del discurso imperial que pretendió dar legitimidad al nuevo orden colonial. El nacionalismo moderado elaboró su crítica del colonialismo aceptando la tesis de la "misión civilizadora" articulada por el discurso imperial norteamericano y reconociendo la superioridad de la dimensión material de la sociedad metropolitana frente al débil desarrollo de la puertorriqueña. Puerto Rico era un pueblo menor que necesitaba la tutela de una potencia

[1]Véase: Luque, La ocupación norteamerican y la Ley Foraker; Fernando Picó, 1898: La guerra después de la guerra. Río Piedras, Huracán, 1987; Negrón-Portillo, El autonomismo puertorriqueño; Bernabe, Respuestas al colonialismo; Pagán, Historia de los partidos políticos, I, pp. 34-52; Trías,

paternalista para avanzar en el viaje hacia la modernidad. Pero la debilidad material no era sinónimo de inexistencia. Todo lo contrario. La nación puertorriqueña era un cuerpo social capacitado para el autogobierno y así lo demostraban sus logros económicos, políticos y culturales. En el diálogo-debate que inició con las distintas tendencias del discurso imperial metropolitano, el nacionalismo moderado de la fase de movimiento afirmó la nación como un sujeto históricamente constituido pero la definió como débil y atrasada frente a sus recientes libertadores.

La afirmación de la identidad de la nación subordinada y la reproducción selectiva del discurso imperial tejieron dos tensiones en el interior de la tradición nacionalista moderada. En primer lugar, cobró forma una apología del "Otro imperial" que estuvo acompañada de un rechazo de cualquier régimen colonial que éste pretendiese imponer. En el plano de la acción política esto significó creer en un aparente diálogo entre iguales. Las reformas políticas necesarias para la Isla tendrían que ser el producto de un acto de comprensión, por parte de la metrópoli ilustrada, de la legitimidad de los reclamos del nacionalismo moderado. La afirmación de la nación no conllevó necesariamente asumir un proyecto político soberanista y la independencia fue más un refugio moral ante los despechos del poderoso que una prioridad de la práctica política o una utopía dominante.[2]

Historia constitucional, I, pp. 135-234.

[2]Los dos grandes articuladores de este nacionalismo moderado serán Luis Muñoz Rivera y José de Diego. Véase: Muñoz Rivera, "Vengo de un país cuya pujanza es el asombro del mundo", La Democracia, 8,9 y 11 de septiembre de 1899; "El 25 de julio: por qué no lo celebramos"; "Conferencia en Lake Mohok, 1911"; "Carta a Epifanio Fernández Vanga", 2 de agosto de 1912; "Manifiesto a los unionistas", La Democracia, 1913; "Carta a José de Diego", 25 de julio de 1913; "Carta a Vicente Balbás", La Democracia, 13 de abril de 1914; "Carta a Herminio Díaz Navarro", 18 de agosto de 1916; José de Diego, "El problema de Puerto Rico", Conferencias de Lake Mohonk, 1913, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 117-120, 144-147, 259-264, 270-285, 306-307; Pagan, Historia de los partidos políticos, I, pp. 154-157.

En segundo lugar, la nación afirmada, dentro del modelo cultural, se consideró un cuerpo social apenas iniciándose en su mayoría de edad. Esto llevó al nacionalismo moderado a aceptar y reforzar ciertos puntos en la lectura que el discurso imperial hacía del "otro subordinado", pero también a cuestionar lo que le pareció una conclusión apresurada. Las debilidades materiales y espirituales del país podían reconocerse como parte de sus problemas pero no utilizarse como criterios para negar su existencia. Más aún, era necesario destacar que nuestras limitaciones eran el producto de dos fuerzas que podían ser vencidas o ya habían desaparecido: las formas de dominación impuestas por la antigua metrópoli y la presencia de amplios sectores populares que no habían logrado prepararse para participar disciplinadamente en el viaje a la modernidad. La identidad puertorriqueña se fraguó como consecuencia de los esfuerzos heroicos de las élites políticas y letradas del país en contra de los obstáculos presentados por el antiguo régimen colonial y de una plebe sin las destrezas para acceder a la modernidad. Washington había puesto fin al primer lastre y se mostraba dispuesto a ayudar en la superación del segundo. En el esfuerzo por modernizar el país y disciplinar a las masas populares, las élites criollas coincidían con la misión de la nueva metrópoli ilustrada y la invitaban a unirse para la empresa histórica.[3]

A partir de 1904, el nacionalismo moderado se organizó políticamente en el interior del Partido Unión de Puerto Rico dirigido por Luis Muñoz Rivera. Aunque en las filas del unionismo militaron distintos sectores ideológicos, desde anexionistas hasta independentistas, es indudable que la poderosa línea reformista del nacionalismo moderado giró alrededor de las posiciones de Muñoz Rivera, antiguo Secretario de Gobernación y Justicia del Gabinete Autonómico de 1898, y se orientó políticamente hacia el reclamo de reformas liberalizadoras del régimen colonial, es decir,

[3]Véase: Colón Meléndez, El discurso civilizador; "La campaña de escolarización de los sectores populares", Op. Cit., Núm. 11, pp. 191-218; "Cien años de invisibilidad; resistencias y negociaciones", Forum, Núm. XI-XII, pp. 100-141; Alvarez Curbelo, Un país del porvenir.

hacia la autonomía o el gobierno propio. El unionismo venció en todas las elecciones celebradas en Puerto Rico entre 1904 y 1917 y, a partir de 1910, su principal dirigente se convirtió en Comisionado Residente en Washington, puesto que ocupó hasta el momento de su fallecimiento en 1916.[4]

Durante la enfermedad del Comisionado Residente, llegó a Puerto Rico su hijo, Luis Muñoz Marín. Apenas se trataba de un joven estudiante de dieciocho años de edad, cuyas inquietudes eran más literarias que políticas y cuya formación intelectual era más la del autodidacta que la del estudioso formal. El contacto con la Isla le permitió establecer relaciones con importantes sectores políticos y culturales del país que animaron su trabajo como escritor y ya para 1918 había publicado varios artículos en La Democracia y dos obras literarias, Borrones y Madre Haraposa.[5] La vida política del joven Muñoz Marín se inició abiertamente en el año 1920, cuando regresó a la Isla para participar en la campaña electoral militando en las filas del Partido Socialista Puertorriqueño que dirigía Santiago Iglesias Pantín.[6] Aunque su permanencia en el socialismo fue de corta duración, este gesto le acarreó su primera gran confrontación con sectores de la tradición moderada. El movimiento socialista era considerado por los unionistas como un enemigo político e ideológico que pretendía fundar la política sobre los intereses de clase y abogaba por la incorporación de Puerto Rico como estado a fin de solucionar la cuestión del estatus. La adhesión del Hijo se consideró por

[4]Véase: Pagán, Historia de los partidos políticos, I, pp. 1-171; Trías, Historia constitucional, I, pp. 135-303, II, pp. 1-39.

[5]Véase: Thomas Mathews, Luis Muñoz Marín. A Concise Biography. New York, American R.D.M. Corp., 1967; Carmelo Rosario Natal, La juventud de Luis Muñoz Marín. Vida y pensamiento: 1898-1932. Río Piedras, Edil, 1989; Luis Muñoz Marín y la independencia de Puerto Rico, 1907-1946. San Juan, Producciones Históricas, 1994.

[6]Rosario Natal ha señalado a la "Vanguardia Luis Muñoz Rivera" como la primera agrupación política en la que participó pero no presentó ningún discurso o escrito que permita demostrar su actividad política y acepta que al momento de aprobarse los estatutos y procedimientos de la organización ya Muñoz no estaba en Puerto Rico. Véase: Rosario Natal, La juventud, pp. 39-40.

algunos como un acto de traición al Padre pero en verdad le permitió afirmar su autonomía intelectual y esbozar sus planteamientos para innovar el nacionalismo moderado. Es al estudio del lugar que ocupa Muñoz Marín en el interior de la tradición moderada que se dedica este capítulo. El propósito central será analizar como este joven intelectual moderno articuló un importante relato que conllevó al mismo tiempo continuidades e importantes transformaciones intelectuales y políticas en el interior del nacionalismo moderado durante la fase de movimiento.

Como todo discurso nacionalista, el relato moderado muñocista se construyó partiendo de una problemática: afirmar la nación contra los discursos que la rechazaban y/o contra otras versiones nacionalistas que intentaban definirla. Esta afirmación de la nación conllevó además la formulación de una propuesta para su transformación material y espiritual. En el plano de su temática, fue un discurso articulado por ideas provenientes de las utopías liberal y socialista y fue fundamentalmente dentro de estas tradiciones intelectuales que encontró sus argumentos epistemológicos y morales para sustentar la identidad de la nación subordinada y definir la necesidad y la certeza de sus propuestas.

El muñocismo no dio inicio a la tradición del nacionalismo moderado sino que se insertó dentro de la misma como un prolongador y como un renovador intelectual y político. Si comparamos sus posiciones con las de muchos de los líderes del unionismo-aliancista es posible decir que se trató más de un heredero que del fundador de una tradición. No obstante, su papel como reorganizador de la misma fue fundamental, hasta el punto que fue capaz de devolverle su papel hegemónico luego de dos décadas de indudables desajustes e inestabilidad política. Este estudio es, en parte, un esfuerzo por reconocer las continuidades para, al mismo tiempo, establecer sus aportaciones. A lo largo de este capítulo se irán planteando algunas de estas posturas heredadas y las formas en que Muñoz las manejó para elaborar las poderosas estrategias de saber-poder de su

discurso hasta convertirse, con el transcurso del tiempo, en la figura central de esta tradición nacionalista.

Quizás resulte adecuado bosquejar como punto de partida algunas de estas características compartidas y dejar que en el resto de la investigación se capten en acción sus repeticiones y transformaciones.[7] Sin pretender hacer una lista total de los puntos comunes podemos destacar: la concepción del "Otro imperial" como un poder progresista y civilizador, la creencia de que era posible y necesario buscar opciones políticas que permitiesen transformar el orden colonial sin poner en peligro las relaciones con el "pueblo amigo" de los Estados Unidos y la colocación de la cuestión económico-social por encima de la cuestión del estatus. Todo esto significó plantear reformas cuestionando pero no enfrentando el régimen colonial. Otro punto en común fue el elitismo matizado de un paternalismo altruista hacia las masas populares que le asignaba a las élites la misión de salvar a las víctimas de la miseria a través de un pacto de reconciliación nacional. También fue un lugar compartido muchas de las medidas que daban forma a su programa económico-social: la crítica al capital corporativo azucarero absentista y al latifundio, a la dependencia del mercado externo y a la fuga de capital, así como una serie de propuestas para reconstruir las clases propietarias criollas y enfrentar la miseria del campesinado y de la clase obrera. Por último, en la tradición del nacionalismo moderado también existe una preocupación permanente con el contexto geográfico y poblacional del país. La crítica de la economía capitalista

[7]Como ejemplos podemos consultar: las ideas de los dos intelectuales principales de la tradición moderada durante las primeras dos décadas del siglo XX, Luis Muñoz Rivera y José de Diego, las posturas del unionismo en las asambleas del partido de 1918 y 1920, el Manifiesto aliancista de 1924 escrito por Antonio R. Barceló y José Tous Soto, la carta de Barceló al Comisionado Residente en Washington, Félix Córdova Dávila, el 3 de septiembre de 1926, la carta de ambos dirigentes aliancistas al Comisionado Córdova Dávila, polemizando contra el Presidente Coolidge, el programa aliancista de 1928, los programas del unionismo-liberal de 1931 y algunos escritos de Barceló. Véase: Pagán, Historia de los partidos políticos, 1, pp. 188-339; Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II-III.

agroexportadora dominada por capital absentista se combinó con una explicación de la miseria como el producto de la pequeñez geográfica de la Isla y de su excedente poblacional.

¿Fue entonces Muñoz un mero reproductor o vulgarizador de una tradición? De ninguna manera. Como se verá a lo largo de este estudio, muchas veces lo que convierte en figura dominante a un líder político o intelectual no es necesariamente la novedad de sus planteamientos o acciones, sino la forma en que maneja las estrategias de verdad y poder contenidas en el interior de un campo discursivo. Además, Muñoz fue indudablemente un renovador de la tradición moderada. Representó, si se puede decir así, la conciencia autocrítica de una tradición y el espíritu de cambio indispensable para que ésta pudiese reconstruirse de acuerdo a las transformaciones en las relaciones de fuerzas económicas, políticas y culturales de la sociedad puertorriqueña durante las décadas de 1920 y 1930.

Levantando bandera en las tierras del nacionalismo moderado.

En el espacio de su problemática, el nacionalismo moderado muñocista comenzó a tomar forma como un discurso polémico y político que combatía en un doble frente: contra el orden colonial y su discurso legitimador, y en el interior mismo del campo nacionalista A pocos años de establecerse el Acta Jones y la ciudadanía norteamericana que nos convertía en "americanos puertorriqueños",[8] empezaba a superar los gestos iniciales de agradecimientos y felicitaciones que enarbolaron los grupos políticos del país para tornarse más agudo en sus comentarios sobre la relación metrópoli-colonia. Mientras, por otro lado, según iba consolidándose como un discurso autónomo dentro de la tradición del nacionalismo moderado, comenzaba a tomar distancia de lo que

[8]Véase: Muñoz Marín, "Nuestra personalidad", Juan Bobo, 10 de marzo de 1917; "Desde el Norte: Puerto Rico está de plácemes o cómo pensaba Muñoz Rivera", La Democracia, 27 de febrero de 1917, en Archivo Luis Muñoz Marín. Sec. III, serie 3, folio 20, núms. 1, 5-6.

le parecía una corriente conservadora que predominaba en su interior, lastrando su desarrollo. En los comienzos de su carrera política en los inicios de la década del 1920, reconocía que era el tiempo de terminar con las celebraciones ligeras y apuntaba que había que pensar la política con mayor detenimiento y agudeza.

Concluidas las elecciones de 1920, el nacionalismo moderado organizado en el Partido Unionista celebraba su hegemonía. Había emergido como el discurso político triunfante en la contienda electoral y sus articuladores se preparaban para tomar control del espacio que les concedía el ordenamiento jurídico del gobierno colonial. Sin embargo, su alegría fue de corta duración. La designación presidencial de E. Montgomery Reily como gobernador de Puerto Rico, a partir de 1921, significó un golpe contundente al entusiasmo con que esta fuerza política recibió el Acta Jones de 1917 y colocó en el centro del debate político la cuestión de la nacionalidad y los nexos con la metrópoli imperial.[9] Desde Washington soplaban vientos adversos contra las tendencias locales que continuaban reclamando reformas políticas y, sobre todo, contra la minoritaria pero importante tendencia nacionalista dentro del unionismo.

El nuevo Gobernador llegó a Puerto Rico a poner en práctica lo que le parecía el postulado central de la misión imperial: la americanización de la colonia. Dentro de su mentalidad era imposible concebir que un movimiento político e intelectual que predicaba, al menos en su programa, la independencia de Puerto Rico pudiese proveer de funcionarios leales al poder metropolitano. El nacionalismo moderado unionista le pareció una posición hipócrita de un grupo que se aprovechaba de la "bondad" imperial para continuar haciendo reclamos y socavar su dominio y era una incongruencia peligrosa para el ejercicio del poder y la implantación del proyecto civilizador nombrar funcionarios gubernamentales de entre sus filas. Se decidió entonces a

[9]Véase: Pagán, Historia de los partidos políticos, I, pp. 181-217; Trías, Historia constitucional, II,

seleccionar para los puestos administrativos a fidedignos proamericanos y a rechazar las recomendaciones del partido que dominaba la legislatura insular.

Los efectos de la persecución desatada por Reily contra los unionistas sirvieron para poner de manifiesto las diversas tendencias ideológicas que coexistían en el interior del Partido. Por un lado, un sector moderado dominante optó por la estrategia de no confrontación con el Gobernador y decidió allanarse a los vientos imperiales, eliminando de la plataforma de la organización la alternativa independentista para limitarse a solicitar reformas administrativas. La posición de este sector se recogió en el proyecto de Estado Libre Asociado, elaborado en gran parte por Miguel Guerra Mondragón, sometido por el representante por Kansas, Philip Campbell en enero de 1922. Sin embargo, otra importante tendencia dentro del unionismo no estuvo tan dispuesta a soportar los exabruptos del burócrata imperial y se lanzó a combatirlo sin cuartel. Para este grupo, la presencia de Reily demostraba que la nueva carta orgánica, al igual que la vieja Ley Foraker, dejaba a los puertorriqueños desamparados ante los caprichos de cualquier funcionario de turno y que era necesario iniciar un verdadero proceso de descolonización. Muñoz formó parte de esta segunda tendencia que vio reafirmarse con Reily las limitaciones del régimen colonial y el momento para transformar el orden colonial.

Para Muñoz, enfrentar la gestión del Gobernador fue una forma de cuestionar el orden colonial y confrontar al poder imperial. Reily demostraba los peligros a que estaba sujeto un pueblo que no tenía la capacidad para elegir su gobernador. La falta de democracia convertía el gobierno del país en un golpe de suerte que dependía del acierto o error de una designación presidencial y lo dejaba desarmado frente a la voluntad de cualquier advenedizo. El régimen colonial había tratado de flexibilizarse con la nueva ley orgánica del 1917 pero había permanecido inmutable en su aspecto

---

pp. 111-128.

central: el Jefe del gobierno no respondía a la voluntad del pueblo dirigido. Al no tener que responder al pueblo, el gobernador adquiría una independencia total que le permitía un poder de acción sin ningún contrapeso, lo que podía desembocar peligrosamente en el despotismo. El colonizado vivía bajo las leyes del azar y no de la racionalidad y la voluntad democrática; una buena selección le ayudaba a desarrollarse, una equivocación amenazaba con derrumbarlo todo.

Reily era una equivocación que demostraba los peligros del colonialismo para el pueblo oprimido, pero además, un error que ponía en entredicho los postulados civilizadores que legitimaban la dominación norteamericana. El muñocismo aprovechó el ejemplo del Gobernador para confrontar al discurso imperial con su propia legitimidad y llamar la atención a las autoridades imperiales haciéndoles ver que la posición política de la Isla era un error político y moral que cuestionaba sus propios principios fundacionales. Ante los ojos de los puertorriqueños, y de los otros pueblos de América, el colonialismo era una deshonra en la historia de los Estados Unidos y por más limitaciones para el autogobierno que tuviesen los puertorriqueños, como sostenía el discurso imperial dominante, éstos no merecían estar sujetos a las provocaciones y desaciertos de un "comerciante" de segunda que era "el más autoritario de todos los ejecutivos que habían gobernado la Isla".[10]

Además, la lucha contra el Gobernador fue un buen pretexto para realizar una revisión crítica del unionismo definiendo su composición social e ideológica. El muñocismo expresaba aquí su carácter polémico en el interior mismo del campo nacionalista y, particularmente, de la tradición moderada a la que quería a un mismo tiempo, defender y transformar. Influenciado por sus lecturas socialistas y por su activismo político en el Partido Socialista, Muñoz había comenzado a percibir los límites de un nacionalismo cultural moderado que se le presentaba como la perspectiva de unas

[10]Muñoz Marín, "A 'Ninety-Eight Percent American' in Porto Rico", The New Republic, 4 de

clases propietarias y de sus élites intelectuales deseosas de construir una representación de su mundo y de su acción como sinónimos de la nacionalidad puertorriqueña. En la representación de lo nacional construida por este nacionalismo moderado no habían faltado los aciertos pero existía, tanto en el plano intelectual como político, una laguna imperdonable que debía remediarse para que se pudiese articular un verdadero bloque de poder nacional: las masas populares.

Al describir el contexto político de la Isla, Muñoz reconoció sus partidos políticos y los asoció con distintos sectores sociales y posiciones ideológicas. El unionismo se le presentaba como un partido gobernante en la rama legislativa, compuesto por los "mejores ciudadanos del sector adinerado", que contaba con el apoyo de la mayoría de las masas del país. Ideológicamente, se trataba de un movimiento que postulaba la autonomía para el presente y la independencia como última solución al problema del estatus de la Isla. Sin embargo, esta aspiración era más un señuelo que una postura que comprometía su acción política. La aspiración independentista del nacionalismo moderado era una actitud sentimental, "el último refugio de la dignidad", y se utilizaba como bandera, más que nada, por su poder para seducir a las masas iletradas durante las campañas electorales. Muy pocos de los que conformaban la burguesía criolla y las clases medias propietarias de la tierra y la palabra creían verdaderamente en esta solución política de la cuestión colonial. Sus nexos económicos con el capital y el mercado norteamericano, así como sus gustos y estilos de vida, les hacía sospechar de una solución que podía afectar adversamente sus privilegios y por eso, debía verse con mucho escepticismo la retórica "patriótica" del mundo de los propietarios, organizados políticamente en el ala conservadora del unionismo:

> Though the Unionists in their official utterances had been always careful to emphasize their intention not to press the independence demand seriously until a vague and distant day, calling it "a sentimental aspiration native to all people" and "the last refuge of our dignity", in their stump speeches before the illiterate masses

---

enero de 1922, p. 151, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 19, núm.1.

> (even the most dignified politicians take the stump in Porto Rico), they waved the local flag considerably, mesmerizing a big vote into its folds.
>
> Very few wealthy Porto Rican believed sincerely in independence for the island. The gallant and bigoted knight, Sir Tariff, protects their beloved though somewhat disappointing Sugar, and independence would take away his broad sustaining shoulders. How comes it about, then, you will ask, that most substantial citizens are Unionist? The answer to the riddle is, of course, that independence is merely a bait to catch votes of that vast majority who have a natural and obscure prejudice in favor of the land where they were born and for which they pay rent.[11]

Para Muñoz, la disputa de Reily con el unionismo era un malentendido provocado por la combinación de la mediocridad del Gobernador, la falsa imagen autocreada por el Partido con fines electorales y la obsesión chismosa del republicanismo anexionista. Reily había sido engañado, como las masas, y creía genuino el deseo de independencia del unionismo. Por su parte, los unionistas que habían articulado con aparente éxito su doble frente, de retórica independentista y participación en el aparato colonial, se vieron sorprendidos por la actitud del Gobernador, que pareció tomar demasiado en serio sus palabras, transformándolos en lo que no eran: enemigos de la dominación norteamericana.

Muñoz procedió a elaborar sus críticas al reformismo unionista y al retoricismo de su nacionalismo moderado conservador contrastándolos con los aciertos de las estrategias y posturas asumidas por el movimiento socialista. El grupo de Iglesias había captado lo primordial en el presente de la Isla.[12] Por un lado, la necesidad de promover legislación para enfrentar la miseria en

---

[11]Muñoz Marín, "A 'Ninety-Eight Percent American' in Porto Rico", The New Republic, p. 152. Véase también: Muñoz Marín, "Conversaciones políticas: El Sr. Tous Soto y entre otras cosas la americanización", Puerto Rico Ilustrado, 19 de mayo de 1923; "Conversaciones políticas: El Sr, Barceló y los pactos", Puerto Rico Ilustrado, 2 de junio de 1923, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 17, documentos 7, 9; o en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 349-355.

[12]Iglesias se le presentaba a Muñoz como un modelo, un héroe que había logrado "despertar unas masas humanas, morbosamente imaginativas, a cierto sentido de sus realidades económicas". En este punto su práctica política era un ejemplo a seguir por el nacionalismo moderado. Pero este agitador obrero tenía dos limitaciones: su profundo conservadurismo y su anexionismo. Muñoz consideraba a Iglesias un "obrerista", y al programa socialista como un simple programa de ideas económicas avanzadas pero no revolucionarias. La tarea consistía precisamente de una apropiación

la que se encontraban sumergidas las masas trabajadoras del país. Por otro lado, lo peligroso que podía ser un gobernador "tan americano" que se ensañara con un partido tan conservador como el Partido Unionista. La cautela era la mejor estrategia frente a las imprudencias de este "comerciante americano" que podía, una vez acabado con los "patriotas", enfocar sus miras hacia ese nido de "comunistas" dirigidos por un "bolchevique", en el decir de Barceló y los suyos.[13]

El ataque contra el nacionalismo moderado conservador en el interior del unionismo era una estrategia para trazar fronteras. Se le acusaba, en primer lugar, de un retoricismo hipócrita que ocultaba los simples intereses económicos de los sectores propietarios, verdadero grupo dominante que dictaba la línea de acción del partido. Por otro lado, se le reprochaba su culturalismo hueco como una incapacidad para construir la hegemonía. En otras palabras, Muñoz acusaba al nacionalismo moderado conservador de no poder funcionar como una utopía integradora capaz de asegurar la hegemonía de las clases propietarias por la simple y llana razón de que el bloque burgués criollo no aspiraba, ni sabía, convertirse en clase nacional. Si la burguesía criolla quería verdaderamente elevarse a clase nacional y articular un bloque de poder, el proyecto nacional tenía

---

selectiva del ejemplo de Iglesias. Lo importante a incorporar: su genuina preocupación por las masas trabajadoras. En este punto el nacionalismo moderado buscaba redefinirse como concepción de mundo capaz de incorporar activamente a los sectores populares para poder vencer el bloque de poder compuesto por las fuerzas conservadoras imperiales, el anexionismo criollo y el conservadurismo unionista. Había que reconocer el ejemplo de Iglesias y seguirlo, corrigiendo sus debilidades, es decir, su obrerismo economicista y su anexionismo político. El resultado sería lo que planteaba Iglesias: que el patriotismo en vez de ser un canto fuese una solución práctica a los problemas del país. El muñocismo creía prioridad fundir "el gran drama de la emancipación obrera" al "gran objetivo" del patriotismo político verdadero. Véase: Muñoz Marín, "Conversaciones políticas: Santiago Iglesias habla hasta del status", Puerto Rico Ilustrado, 23 de junio de 1923, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 17, núm. 2; o Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 356-359.

[13]Véase: Muñoz Marín, "A 'Ninety-Eight Percent American' in Porto Rico", The New Republic, 4 de enero de 1922; "Conversaciones políticas: El Sr. Barceló", Puerto Rico Ilustrado, 2 de junio de 1923. También: E Montgomery Reily, "Carta al General Frank McIntyre", 26 de octubre de 1921, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 318-319.

que ser asumido con seriedad y ofrecer en su interior respuestas a las apremiantes necesidades de las masas populares.

El predominio de los intereses de las clases propietarias y el abandono de las masas populares, que corrían a los brazos del socialismo de Iglesias, le permitieron a Muñoz pronosticar el deterioro próximo de la hegemonía política unionista. El éxito del socialismo era un síntoma del fracaso del unionismo. Para detener la caída, se hacía imperativo redefinir el nacionalismo moderado para convertirlo en una verdadera concepción integradora capaz de incorporar activamente a las masas en un nuevo proyecto de modernización material y espiritual de la nación subordinada. Este era el reto que debían enfrentar la burguesía y las clases medias propietarias criollas, con sus políticos e intelectuales: asumir a través del Partido la función dirigente de la sociedad.[14] Tomando conciencia de las relaciones de fuerzas económicas, políticas y culturales y llevando a cabo la crítica del orden colonial, de la propia tradición moderada en la que buscaba insertarse y del socialismo que le parecía tan significativo, el muñocismo funcionaba como un discurso con pretensiones orgánicas: una concepción de mundo dispuesta a cumplir esa tarea integradora que hiciese posible dar forma a un nuevo bloque histórico.

Para Muñoz, las predicciones que hacía en su artículo contra Reily comenzaron a convertirse en realidad al mes siguiente cuando el unionismo, preocupado por los efectos de la práctica del incumbente, decidió adoptar el proyecto Campbell y descartar la independencia de su programa. Más allá de las consecuencias que tuvo esta decisión, esto le pareció la confirmación más clara y contundente de su lectura. Al abandonar la discusión en torno a la cuestión del estatus, el unionismo se convertía en un mero partido con aspiraciones administrativas que se limitaba a solicitar reformas al régimen colonial. Puesto que la solicitud de reformas era común prácticamente

[14]En Gramsci, la hegemonía es dominio más dirección. Utilizo la palabra dirigente en este sentido

a todos los partidos, se abría la puerta para una alianza política entre las fuerzas conservadoras del unionismo y el republicanismo. Sin ese punto esencial que era la cuestión de la independencia, las clases propietarias podían preocuparse exclusivamente por poner el gobierno a su servicio, fundiéndose contra la marea proletaria. El pacto social indispensable para construir un nuevo bloque histórico no se realizaría y ante su ausencia el futuro del nacionalismo moderado era borrascoso.

Sin embargo, no debemos apresurarnos y creer que las críticas del muñocismo representaban un antagonismo con la tradición moderada. El ataque contra el nacionalismo conservador de las clases propietarias no significó una ruptura sino una invitación a la autocrítica que abriera la posibilidad de una reorganización del proyecto del discurso moderado. En su momento, lo que el joven intelectual vivía era una tensión crítica con importantes sectores dentro del unionismo, pero al mismo tiempo una postura más conciliadora. Si la campaña política del 1920, en la que Muñoz participó activamente en la tribuna socialista, había provocado un verdadero malestar y hasta distanciamiento entre el "hijo del Prócer" y poderosos sectores dentro del Partido, ahora sus ataques sonaban más a una advertencia e invitaban a un diálogo renovador. Muñoz creía necesario un gesto de reconciliación y reconocía la "tormenta fanática" de sus excesos ideológicos juveniles. A los veinticuatro años sentía haber alcanzado la mayoría de edad y se pensaba capacitado para separarse de un socialismo dogmático maniqueo que le impedía reconocer la pluralidad de perspectivas y la importancia de los hechos particulares e individuales en el quehacer político y existencial. La mano tendida, a través de Fernández Vanga, al representante de la burguesía criolla, Eduardo Giorgetty, era, más que un asunto personal, un gesto de reconciliación con esa clase propietaria a la que buscaba convertir en clase nacional.[15]

---

gramsciano de hegemónico. Véase: Gramsci, Notas sobre Maquiavelo.

[15]Véase: Muñoz Marín, "Carta a Epifanio Fernández Vanga", 4 de julio de 1922, en ALMM. Sec. III, serie 1, folio 13, núm.3-4.

En el ojo del huracán se estudian sus vientos: el "Otro imperial".

La actitud de reconciliación le abrió a Muñoz las puertas de La Democracia. Barceló y los suyos supieron ver en él al periodista combativo y no titubearon en llamarlo al frente de guerra contra Reily. Muñoz, por su parte, aceptó cerrar filas y comenzó la colaboración. En sus escritos, que aparecieron nuevamente en el periódico, la crítica al nacionalismo moderado unionista fue relegada a un segundo plano, mientras pasaban a ocupar un lugar central dos grandes ejes temáticos: por un lado, el combate contra el Gobernador y la construcción del retrato del "Otro imperial" y, por otro lado, la invención del rostro nacional. No obstante, el estado anímico provocado por su crítica iracunda de los dos años anteriores lo obligaron a presentar los mismos bajo el seudónimo de Jacinto Ortega.

Las primeras columnas giraron en torno a la lucha de Reily con el unionismo. Muñoz buscó auscultar la opinión popular norteamericana sobre la posiciones del Gobernador y al mismo tiempo presentar lo que conocía sobre la Isla el norteamericano común. Pero, más que la opinión de los entrevistados es interesante fijarnos en los supuestos del entrevistador. El joven periodista se mostraba ahora un defensor de las posiciones unionistas, definidas como derecho a pensar y expresarse de todo individuo y agrupación política en un país democrático, y cuestionó el autoritarismo de Reily considerándolo profundamente antinorteamericano.[16] La treta del débil era confrontar al Gobernador con la tradición democrática norteamericana, es decir, asumir el discurso imperial para enfrentarlo con su funcionario. Reily era una mancha en la tradición intelectual y política que dio forma a los Estados Unidos y correspondía al pueblo norteamericano tomar

[16]Véase: Muñoz Marín, "Puerto Rico y 'the man in the street'", La Democracia, 3 de agosto de 1922, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núm. 1.

conciencia de la deshonra que representaba tener como embajador un espécimen imperialista como el Gobernador.

Comenzaba a dibujarse en el interior del muñocismo una de las características dominantes de la tradición moderada que quería renovar: su crítica del orden colonial reproducía la concepción civilizadora que el discurso imperial construía del poder metropolitano. El nacionalismo moderado muñocista decidió aceptar que existían dos tendencias imperiales: una ilustrada y benévola y, otra, autoritaria y asimilista. Se trataba de enfrentarlas y de ofrecerse de fuerza de apoyo al sector ilustrado. Lo que estaba en juego en la lucha entre Reily y el unionismo no era la confrontación entre el verdadero americanismo y el nacionalismo puertorriqueño sino un problema fundamental en la cultura política norteamericana: el combate entre la tradición democrática progresista y las fuerzas autoritarias del expansionismo imperialista.

Contra el imperialismo vulgar, con su credo de superioridad material y espiritual, el muñocismo desató una furiosa lucha de afirmación de la nación subalterna y de cuestionamientos epistemológicos-morales de los códigos legitimadores del orden colonial. En primer lugar, la historia no podía ser reducida a un darwinismo social en donde los más fuertes dominaban a los más débiles. La presencia norteamericana en Puerto Rico sólo tenía legitimidad como realización de la Razón civilizadora y no como un producto de la ley del revólver. "La fuerza bruta" no constituía un criterio de superioridad material y espiritual y carecía de legitimidad epistemológica y moral.

En segundo lugar, las relaciones entre Estados Unidos y Puerto Rico debían interpretarse como un problema de desarrollo desigual que obligaba al país más avanzado al compromiso moral de la cooperación, pero estas diferencias históricas no podían interpretarse como la inexistencia del "Otro". Si bien era necesario reconocer el "hecho consumado" de la dominación norteamericana, esto no significaba que fuésemos un "pueblo sin historia". Lo que Reily representaba era en realidad

la tradición más vulgar del imperialismo racista norteamericano, una tradición enajenante que, al poner en entredicho la existencia de la nacionalidad puertorriqueña, atentaba contra los principios constitutivos mismos de la nación norteamericana.

Para "nosotros" y "ellos" era preciso reconstruir la memoria. Enfrentado a la arrogancia imperial, la ignorancia del americano promedio, el conservadurismo del anexionismo criollo y el retoricismo patriótico unionista, el muñocismo decidió afianzar epistemológicamente la nación con el manejo de la disciplina histórica. En “Imperialismo y civilización”,[17] un diálogo ficticio con un supuesto "periodista sin empleo", le sirvió de excusa para ejercer el oficio de historiador. El relato imperial, en boca de su interlocutor, afirmaba que la superioridad material y espiritual de la metrópoli legitimaba la asimilación o destrucción de otros pueblos y civilizaciones. El argumento elevaba la conquista a algo más que un hecho de fuerza. Se trataba, en la visión del desempleado, de la manifestación histórica de la autoridad indiscutible de la civilización anglosajona. El discurso imperialista edificaba una clasificación de los pueblos y Estados, arrogándose el saber-poder para definirlos, ordenarlos y jerarquizarlos. La única discusión válida que consideraba, y era lo que separaba a liberales y conservadores, giraba en torno a los medios o las formas de lograr este proceso inevitable inscrito en las leyes de la Historia. La superioridad material y espiritual, de la cual la fuerza era un sólo aspecto, constituía el principio moral de la empresa imperial.

El muñocismo ripostó reconociendo el primer hecho consumado, el de la conquista como expresión de la superioridad militar, pero rechazando el saber-poder y los estereotipos que fabricaba el discurso imperial. Esta voz del "Otro imperial" era una verdad a medias y, por tanto, un discurso etnocentrista plagado de desaciertos. Lo que el poderoso cuestionaba, por una mezcla de arrogancia e ignorancia, era el bastión mismo de la identidad del subalterno: la existencia de una dimensión

[17]Véase: Muñoz Marín, "Imperialismo y civilización", La Democracia, 12 de agosto de 1922, en

espiritual que era el producto y la expresión de una personalidad nacional históricamente constituida.

El modelo ilustrado, que va de la Razón a la letra facilitada por la imprenta y piensa el largo proceso histórico de la humanidad como la transmutación del Poder en Verbo y, sobre todo, en escritura, le sirvió a Muñoz de campo argumentativo en el debate. Si la Razón producía necesariamente sus textos y eran éstos los que servían de testimonio de su existencia, los sujetos racionales y los pueblos históricos resultaban entonces aquellos que habían logrado articular un mundo letrado con una población alfabetizada, y los "sin historia", aquellos a los que les faltaba una cultura letrada o los que poseían una sin vigor civilizador. Mientras el discurso imperial insistía en el analfabetismo del colonizado y negaba su cultura letrada, científica y literaria, el nacionalismo moderado muñocista inventaba su tradición construyendo los muros y pobladores de su ciudad letrada. Mientras el discurso imperial desconocía la existencia de una "literatura" autóctona, él reconstruía la memoria inventando su tradición. A la pregunta de su interlocutor por la existencia de una literatura nacional puertorriqueña respondía:

> ... Nada grande, pero algo bueno. A mediados del siglo pasado ya había escritores que se interesaban en nuestras costumbres campesinas, en la descripción de nuestras fiestas, nuestras melancolías, nuestros rasgos de carácter. He oído a un crítico americano comparar al autor de "El jíbaro" con Washington Irving. Hemos tenido dos o tres excelentes historiadores, uno de ellos, Brau, era hombre que concebía la historia como fuerza moldeadora del porvenir y no simplemente momificadora del pasado. Los historiadores que suplen de textos a las escuelas de la república no tienen una idea tan avanzada de sus deberes... Por aquella época contamos entre nuestros poetas a cantores que pueden compararse con los de Estados Unidos en la época correspondiente de su desarrollo literario; excepción hecha, desde luego, de Poe, Emerson y Whitman. Hostos, uno de los primeros sociólogos de América, intérprete, además -y digno- de la personalidad del melancólico príncipe de Dinamarca y de sus satélites en la tragedia, nació entre nosotros, aunque desde luego es universal y no puede Puerto Rico monopolizarlo. Tampoco pueden ustedes monopolizar al pintor Whistler, que no pintaba como si fuese americano sino como si fuese Whistler... Entre los periodistas, Muñoz Rivera

---

ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núm. 4.

> daba la nota alta y fuerte. Su estilo de combate -sobre todo en los últimos años de su actividad- no es superado por ninguno de los actuales periodistas de nota en este país. ¿Y sabe usted por qué? Entre otras cosas, porque podía escribir lo que pensaba y lo que sentía. Aquí los periodistas más sabios tienen amo... Usted mismo amigo mío, no lo tiene hoy, pero anda desesperado buscando uno...[18]

No había ninguna duda. Puerto Rico era una nación poseedora de una cultura letrada que tenía pasado y presente y, por lo tanto, derecho al futuro. Aclarado este punto, procedía establecer su diferencia significativa con la cultura norteamericana y para esto Muñoz echó mano del modelo arielista de civilización y cultura.[19] La conclusión a la que llegó fue la siguiente: Puerto Rico era un mundo cultural más equilibrado, producto de una sociedad que había sabido reconocer el espacio y el tiempo que unas élites necesitaban para asegurar el desarrollo cultural de la comunidad. Frente a esta cultura del ocio creativo, la cultura norteamericana era un mundo marcado por la voracidad de una modernidad orientada por el utilitarismo vulgar y el afán de lucro.

En un primer acercamiento, el muñocismo parece ser aquí una mirada nostálgica, y hasta compasiva, de un mundo cultural lento asediado por la lógica de la modernidad. Sin embargo, ésta es una lectura equivocada. En su temática, el modelo arielista servía para articular esa estrategia del débil que consiste en reconocer las diferencias culturales entre "nosotros" y los “otros” afirmando la dimensión espiritual de la nación subalterna y preparando el terreno para un proyecto modernizador que no fuese imitación acrítica de las formas de vida metropolitanas. La modernidad era posible a través de una pluralidad de vías históricas y de lo que se trataba era de que el país subordinado supiese establecer sus propias reglas de viaje para que en su camino hacia el progreso su desarrollo material y espiritual fuese uno equilibrado, original y autóctono. El error del pensamiento imperialista, y de sus apéndices colonialistas, era creer que sólo existía una fórmula para acceder a

---

[18]Muñoz Marín, "Imperialismo y civilización", La Democracia, 12 de agosto de 1922.

[19]Véase: Rodó, Ariel.

lo moderno, lo que implicaba la inevitable imposición del modelo cultural de las sociedades más avanzadas sobre los pueblos rezagados. Bajo esta lógica imperial, el mundo oprimido debía ser uno paciente y agradecido, limitado en sus actos a los de un obedientes imitador. De lo contrario, los pobladores de ese mundo corrían el riesgo de ser considerados fanáticos aferrados a formas culturales históricamente superadas. El muñocismo, por el contrario, concluía que la modernidad era compatible con la identidad nacional del subalterno y no obligaba a su extinción o asimilación en una cultura exógena. A pesar de la superioridad material metropolitana, la nación subordinada gozaba de una indudable existencia cultural y hasta de una superioridad espiritual:

> ... Nuestra civilización, atrasada materialmente, ofrece muchas ventajas que no ofrece la suya con todos sus adelantos mecánicos. Nosotros tenemos una idea más clara de por qué y para qué venimos al mundo. Nosotros sabemos que venimos al mundo para ser felices, si podemos. Ustedes no. Ustedes se persuaden de que vienen al mundo para ser buenos y ricos. Y el concepto que tienen de la bondad, nacido de la tradición puritana, es muy parecido al concepto que nosotros tenemos de la fealdad y el aburrimiento. Un ejemplo será más que suficiente: ustedes se dicen a sí mismos que aman para tener hijos; nosotros amamos porque sí. Nosotros muchas veces tenemos un sentido burdo del amor y de la belleza; pero siempre reconocemos que la belleza, sea cual fuere su grado de elevación, es uno de los objetivos de la vida. La tradición de ustedes les dice que la belleza es una de las tentaciones del espíritu maligno. En fin, nosotros tenemos algo de la Europa que canta, pinta, esculpe, bebe, ama, se mata y se divierte. Ustedes sólo saben hacer máquinas y morirse de aburrimiento.[20]

El nacionalismo moderado muñocista aceptó la estrategia esencialista del discurso imperial pero revaluó las representaciones que éste construyó del "nosotros" y los “otros”. Si ya hemos analizado su invención del "nosotros" procede pasar a desmontar sus estrategias de saber-poder en la construcción del "Otro imperial". Para esto, es importante tener presente que su imagen del poder metropolitano se dio al mismo tiempo como admiración y rechazo, tanto de sus formas materiales como espirituales. Muñoz fue uno de nuestros primeros intelectuales-políticos formados en la sociedad norteamericana. Allí llegó de niño, cuando en los comienzos del siglo su padre decidió

[20]Muñoz Marín, "Imperialismo y civilización", La Democracia, 12 de agosto de 1922.

emigrar para encontrar un lugar más seguro desde donde llevar a cabo su práctica intelectual y política. A ese mundo retornó en el período en que Muñoz Rivera ocupó la posición de Comisionado Residente en Washington (1910-1916) y, sin perder el contacto con la Isla, allí permaneció la mayor parte del tiempo que transcurrió entre 1917 y 1923. Su radiografía del poderoso contaba con la legitimidad de ser un resultado del la experiencia personal de la voz letrada.

El muñocismo descubrió temprano, y se dispuso a explotarlo a su favor, la total ignorancia que las élites políticas e intelectuales puertorriqueñas, por no decir el pueblo en general, tenían de la realidad y la dinámica material y espiritual norteamericana. Para él, esta desinformación era la razón principal de que, durante las primeras dos décadas bajo el dominio de la nueva metrópoli, predominara en el país una postura ingenua con relación a los Estados Unidos. Había que remediar esta laguna para que el conocimiento de aquel mundo permitiera juicios y actuaciones más acertados y para esta empresa nada mejor que su voz, poseedora de un conocimiento de primera mano de aquella sociedad. Las columnas de La Democracia tenían que servir, además de para combatir a Reily y edificar la memoria, para transformar la imagen equivocada del "Otro" que se había tejido en la mente del puertorriqueño, presentándoles algunas tendencias socio-políticas y culturales, así como sucesos significativos, en la vida metropolitana.

Muñoz construyó su representación de la metrópoli como una sociedad compleja, compuesta de tendencias y contratendencias que debían definirse y valorarse. Manejando el poder de la ironía, para decodificar el "nosotros" imperial, decidió demostrarles a sus compatriotas que los Estados Unidos era muchas cosas menos un país ideal y construyó para esto un relato que lo presentaba como una civilización poderosa y mediocre. En su polémica con el discurso imperial, se veía obligado a cuestionar y aceptar la autoimagen que éste ofrecía para afirmar y legitimar la

superioridad metropolitana, buscando alcanzar así un doble propósito: reconstruir la autoestima del subordinado rompiendo sus falsos ídolos y hacer posible que entre metrópoli y colonia se estableciera un diálogo entre iguales.

Para lograr el primer punto, la tarea era realizar una lectura crítica de la sociedad norteamericana que permitiera desmitificar su imagen ante los grupos criollos deslumbrados con sus hazañas materiales y su retórica democrática. Esta redefinición del "Otro imperial" permitiría tomar conciencia de sus fuerzas y debilidades y dotar a los sectores subordinados de una mejor comprensión de su campo de acción político y del tipo de relaciones que podían conseguir de los Estados Unidos. Se combatía la esquizofrenia del colonizado ayudándolo a reconstruir su autoestima y destruyendo ese deseo de americanización sin fundamentos provocado por la ignorancia. Su conclusión era sencilla: hipnotizados por los avances materiales de la civilización metropolitana los puertorriqueños eran incapaces de reconocer su superioridad moral frente al "Otro" poderoso. Hasta aquí dominaba la actitud de crítica y rechazo.

Pero esta posición sería contraproducente si cerraba las puertas del diálogo con la metrópoli. De aquí que el nacionalismo moderado muñocista fuese también una aceptación de los logros de la sociedad norteamericana. Su discurso -y por tanto sus críticas y reclamos- se dirigía hacia ambos polos de la relación colonial y buscaba mantener abiertos los canales de comunicación. La crítica que servía para destruir falsos ídolos en el imaginario del colonizado se contrapesaba con un reconocimiento de los avances del mundo imperial. Para dirigirse al "Otro" y mantener la conversación, desarrolló una estrategia del débil: aceptando al poderoso como Sujeto, y no negándolo, demostraba la "racionalidad" y la estatura moral de su mirada y podía exigirle un esfuerzo similar para el subalterno.

La imagen que Muñoz construyó de la sociedad norteamericana fue un reconocimiento de su progreso material y una crítica de su pobreza espiritual, provocada esta última por la ambición desenfrenada, el conservadurismo de sus términos medios y el puritanismo recalcitrante. Estas fuerzas negativas castraban el amor a la vida, al ocio y a la expresión sensual y artística.[21] Lo norteamericano se caracterizaba por un impresionante progreso de las fuerzas productivas combinado con una imponente cultura de masas que producía la mediocridad del hombre medio. Su psicopatología demostraba un carácter formado en la lucha por la vida impuesta por la amplitud geográfica y en un deseo de lucro que consumía las energías principales de la población y limitaban el tiempo del ocio creativo necesario para crear una gran civilización.[22] El resultado era un contradictorio avance económico-material junto a un vacío espiritual en donde reinaba el "sentido del hombre mediocre que limita todas las iniciativas superiores". En este sentido, el retrato del "Otro imperial" servía para realizar una doble crítica: la crítica a los límites de la sociedad metropolitana se convertía en crítica a la modernidad.[23]

---

[21]Muñoz Marín, "Imperialismo y civilización". Véase también: "La prohibición y una nueva fórmula democrática", La Democracia, 16 de agosto de 1922; "La censura artística", La Democracia, 19 de agosto de 1922, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núms. 5-6.

[22]Es indudable que el Muñoz joven conoció y coincidió con la crítica a la modernidad de algunos modernistas. No podemos dejar de resaltar aquí la influencia de Rodó. Véase: Ramos, Desencuentros de la modernidad; Rodó, Ariel; Eco, Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas.

[23]Véase: Muñoz Marín, "El sport como aliado del estancamiento", La Democracia, 3 de octubre de 1922; "Un millón de dólares", La Democracia, 23 de octubre de 1922; "Bibliografía Americana: 'Babbits' (novela) por Sinclair Lewis", La Democracia, 9 de noviembre de 1922; "El éxito de un editor", La Democracia, 13 de noviembre de 1922; "Libros Americanos: Autobiografía de un poeta malo", La Democracia, 27 de noviembre de 1922; "Ku Klux Klan", La Democracia, 28 de diciembre de 1922; "Teatro Neuyorkino: R.V.R., drama sociológico de Karl Casper", La Democracia, 6 de febrero de 1923; "Libros Americanos: A Book about Myself por Theodore Dreiser", La Democracia, 10 de febrero de 1923, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núms. 17, 20, 24, 26, 29, 36, 43.

La representación del poder metropolitano se trazó a través de un complicado estudio de distintos sujetos, reales e imaginarios, cuyas características ponían de manifiesto algunos aspectos de su personalidad colectiva. En una diversidad de retratos, que iban desde el Presidente al periodista, pasando por el clase media y el desempleado hasta llegar al beato y el abstemio, Muñoz ponía en practica el poder de la ironía para demostrar el abismo que separaba lo real y lo imaginario en el mundo imperial. Allí donde el jingoísmo había construido la imagen del "país más grande que ha producido Dios en el universo" y del "americano ciento por ciento",[24] realizó un análisis desmitificador que reconoció los logros del mundo imperial y sus peligrosas debilidades. La conclusión a la que llegó fue que los Estados Unidos era "una paradoja de igualdad desesperante y desigualdad monstruosa",[25] un país dominado por profundas contradicciones que además estaba dividido por poderosos prejuicios.

El país de "la igualdad" era desde sus orígenes el lugar de los "silencios trágicos": el de la esclavitud y sus secuelas que negaban para siempre la posibilidad de una verdadera igualdad de oportunidades; el del prejuicio contra las minorías, a las que una plebe mediocre hostigaba por miedo y torpeza y el de las profundas desigualdades que se ponían de manifiesto en las luchas interminables entre el capital y el trabajo. Esto estaba acompañado por el predominio de una élite política conservadora cuya mediocridad era el reflejo de la actitud siempre tibia o a medias del norteamericano promedio, personificada perfectamente en la figura del Presidente: “bonachón”, "raquítico", "superficial", prototipo "del pueblo chiquito americano". Un poco más allá, unas élites ilustradas, igualmente conservadoras y aristocráticas, se pensaban sometidas a la tragedia de la

[24]Muñoz Marín, "El Ku Klux Klan", La Democracia, 28 de diciembre de 1922; “Análisis químico de un americano ciento por ciento”, La Democracia, 8 de octubre de 1922, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núms. 12, 32.

[25]Muñoz Marín, "Apuntes sobre el igualitarismo en los Estados Unidos", La Democracia, 9 de agosto de 1922, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núm. 10.

democracia de la plebe y aspiraban a un reino de "los selectos": aristocracia populista que buscaba emancipar a las masas de sus necesidades físicas adjudicándoles limitaciones espirituales. La aristocracia del dinero culminaba ese mundo opulento y mediocre: una casta de advenedizos que "sólo poseen las cualidades escuetas que han utilizado para allegarse a sus cumbres" y que temían utilizar la riqueza como vía de superación cultural.[26]

En el plano de la vida cultural sorprendía la superficialidad de la clase media norteamericana, situación que explicaba sus salidas fáciles y estereotipadas frente a otros pueblos y culturas. Para Muñoz, la mentalidad del norteamericano promedio era "amable y bonachona, pero excesivamente elemental" y esto se expresaba, por ejemplo , en su cine, que resultaba pobre y, sobre todo, maniqueo y enajenante.[27] Como obstáculo contra la cultura existía el puritanismo fanático que amenazaba todo intento de creatividad que rompiese con el modelo simple de los absolutos, obstaculizando la formación y el desarrollo de una aristocracia intelectual revolucionaria. Casi trágicamente, las vanguardias, para protegerse de "la democracia intelectual" de sus censores, decidían permanecer en el ostracismo y la invisibilidad.

La crítica a la modernidad cultural encarnada en la sociedad metropolitana permite reconocer al menos dos puntos importantes de la teoría de la cultura del muñocismo: por un lado, las tradiciones intelectuales que dominan en su temática y su propuesta político-cultural y, por otro lado, su crítica a la modernidad como crítica a la americanización. Para Muñoz, la cultura era un producto de las élites y el peligro de la americanización se asociaba con una cultura de masas que

---

[26]Véase: Muñoz Marín, "Dos conservadores: Harding y Mencken", La Democracia, 28 y 29 de agosto de 1922; "Un millón de dólares", La Democracia, 23 de octubre de 1922, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núms. 8-9, 17.

[27]Véase: Muñoz Marín, "Puerto Rico y 'the man in the street'", La Democracia, 2 de agosto de 1922; "Imperialismo y civilización", La Democracia, 12 de agosto de 1922; "Progreso teatral", La Democracia, 4 de noviembre de 1922; "La censura artística", La Democracia, 19 de agosto de 1922, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núms. 1, 4, 6, 15.

amenazaba el quehacer cultural de esas minorías. Cuando hablaba de cultura nacional era obvio que entendía la alta cultura, sobre todo aquella construida por una élite humanista que predicaba la emancipación del hombre a través de un esquema liberal de libertad individual y bienestar común. Es decir, la cultura puertorriqueña se le presentaba como el resultado de la actividad creativa de una minoría formada en el individualismo liberal, resaltado en el romanticismo, y el populismo preocupado por la temática social. Inventando la cultura nacional, el muñocismo realizaba un esfuerzo para dotarse de una tradición; veía que la ciudad letrada forjadora de la nacionalidad estaba constituida intelectualmente por las corrientes de pensamiento que consideraba fundamentales y organizaban su discurso. El intelectual moderno miraba hacia el pasado para legitimar su voz mediante el prestigio de un patrimonio histórico y era su palabra la que se proyectaba en el mundo letrado cuando consideraba la cultura y las élites letradas como un sincretismo de percepciones liberales, románticas y socialistas.

El joven Muñoz fue un autodidacta que supo combinar las más diversas tradiciones intelectuales de su época. Estaba formado dentro del elitismo individualista del héroe artista de la tradición romántica, pero incorporándole a este individualismo un sentido de responsabilidad social que provenía de sus lecturas socialistas.[28] Esto hacía de su elitismo uno liberal y, por tanto, populista y paternalista. Era también un intelectual preocupado por la situación de las masas populares que se sabía distinto de éstas. Incluso su concepción de la cultura como un producto de minorías lo llevaba a titubear ante la idea de que las masas pudiesen elevarse a la alta cultura. Lo que proponía era el reencuentro de las élites cultas con las masas populares recordándoles a las minorías su obligación social. Una cultura superior, benévola pero exigente, aristocrática pero

[28] Sobre este intelectual moderno salido de la bohemia como nuevo aspirante a la ciudad letrada, sobre su afán de convertirse en representante de lo "popular" y sobre las nuevas corrientes intelectuales que manejaron en la fase nacionalista del siglo xx latinoamericano véase: Rama, La

accesible, individualista pero comprometida, sería la fuerza integradora de un nuevo bloque de poder social que haría posible que las élites cumplieran su misión histórica de dirigir la emancipación de los sectores populares. El muñocismo fue la mirada de un artista comprometido que se sabía distinto de ese "otro interior" al que aspiraba dirigir, proteger y emancipar.[29]

Por otro lado, su crítica a la cultura de masas de la modernidad, personificada en el "americano ciento por ciento", se convertía en una crítica a la americanización entendida como disolución de la alta cultura forjadora de la nacionalidad del subalterno. La americanización, es decir la imitación acrítica de la cultura metropolitana, era un proceso de descomposición de la cultura nacional que significaba una perdida, un retroceso en el plano espiritual. Lo que los puertorriqueños entendían por cultura metropolitana era fundamentalmente la cultura mediocre y superficial de masas que predominaba en aquella sociedad. La americanización, o la asimilación cultural, era una amenaza porque consistía en copiar formas de vida y valores que eran inferiores a los que definían la personalidad del subalterno y esto en un doble sentido: porque se trataba, más que de una cultura exógena, de una cultura de masas y porque se trataba de formas de vida no aplicables a su realidad. Deslumbrados por la riqueza material del "Otro", los puertorriqueños no lograban visualizar la mediocridad de la zona espiritual la cultura de masas que dominaba en la modernidad metropolitana y se prestaban, alelados, a autosacrificarse en los altares de falsos ídolos. El muñocismo tenía una doble recomendación: actitud crítica ante la cultura de masas de la

---

ciudad letrada, pp. 106-107, 128-133, 140-151.

[29]El populismo y la práctica política suavizarán el acento elitista en el discurso muñocista pero no lo superarán. Hay que deconstruir la retórica populista del muñocismo para reconocer sus estrategias de saber-poder. Muñoz creía que la preocupación del artista y del político debía ser elevar la civilización espiritual y material de su sociedad pero esto no significó la adopción de un modelo autoemancipador de las masas populares a través del partido, como sostiene por ejemplo Gramsci. Para Muñoz, el partido será el lugar de las élites relacionarse con las masas para poner en práctica su función dirigente, pero no es fusión sino jerarquía y no funciona como institución para la autoeducación sino como director.

modernidad y toma de conciencia de la dimensión espiritual del subalterno. Esto evitaría sucumbir ante una cultura masificada en donde "el hombre bruto ejerce la trágica influencia de su número".[30]

En síntesis, el norteamericano "ciento por ciento" se caracterizaba por un igualitarismo superficial que convertía todas sus expresiones políticas y religiosas en un conjunto de representaciones mediocres. Republicanos y demócratas, metodistas y presbíteros, formaban todos una misma mentalidad: la del amor al lucro y el poder que no podían sublimarse en cultura. La conclusión del muñocismo era que "los Estados Unidos son, en realidad, el país de la desigualdad amarga y la igualdad insípida"[31] cuyo prototipo lo sintetizaba la mentalidad del puritano:

> ... y el mundo del puritano es algo así. Existe un Cielo y un Infierno y existe una Vida Terrenal. Al Cielo van los buenos cuando se mueren, al Infierno van los malos bajo las mismas circunstancias. Venimos a la Vida Terrenal con el propósito de probarle al Cielo que somos dignos de El. El Infierno nos codicia (¿por qué nos codiciará? pregunto yo) y quiere perdernos. La manera de probarle al Cielo que somos dignos de El es rehusando ser felices en la Vida Terrenal. La belleza y entre otros, los placeres del pensamiento, son tentaciones del Infierno. Si logramos pasar por la vida terrenal sin entregarle nuestra alma a la belleza o a la especulación intelectual, hemos merecido el Cielo, sino, el Infierno nos lleva. Pero tenemos otro deber. Tenemos el deber de conseguirle al Cielo la mayor cantidad de almas posibles. Ergo, tenemos el deber de combatir la propagación de la belleza y de las investigaciones intelectuales. No podemos conformarnos con no leer los libros bellos, tenemos que impedir que los demás los lean. La censura artística y científica es el instrumento. ...
>
> ... nos encontramos frente al tremendo hecho de que todo hombre bruto tiene un hondo y obscuro interés espiritual en reducir las expresiones del espíritu humano al nivel de su comprensión. Y si le permitimos al hombre bruto ejercer la trágica influencia de su número sobre la cumbre de las civilizaciones amontonadas en el orbe y moldeadas hacia las estrellas, nos va a apagar con su resoplido las débiles lamparitas que le hacen la vida tolerable a los espíritus de selección y le arrancan secretos a las tinieblas más cercanas a nuestras cabezas.[32]

---

[30]Muñoz Marín, "La censura artística", La Democracia, 19 de agosto de 1922; "Progreso teatral", La Democracia, 4 de noviembre de 1922, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núms. 6, 15.

[31]Muñoz Marín, "Apuntes sobre el igualitarismo en los Estados Unidos", La Democracia, 7 de septiembre de 1922, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núm. 11.

[32]Muñoz Marín, "La censura artística", La Democracia, 19 de agosto de 1922, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núm. 6.

La desmitificación del "Otro imperial" conllevó también el reconocimiento de su complejidad. El muñocismo se presenta aquí como un pensamiento opuesto al simplismo maniqueo de los estereotipos, exactamente como los que pone en acción el discurso imperialista al momento de definir el “nosotros” y los “otros”. Muñoz no creía acertado reducir lo norteamericano a un modelo esencialista generalizador y llamaba a reconocer esa sociedad como una compuesta por diversas personalidades sociales que reflejaban, sus distintas clases y sectores y los contextos y tendencias que la caracterizaban en un momento histórico particular. Su cuestionamiento del esencialismo reduccionista, que disolvía en una unidad imaginaria los múltiples rostros y tendencias que convivían y se relacionaban en una determinada sociedad, le permitía reconocer las luchas de poder que la afectaban y su dinámica económico-política y cultural. Esto hacía posible aceptar aquello que se consideraba progresista y rechazar todo aquello tildado de conservador o retrógrado.

Este retrato del "Otro imperial", como un mundo heterogéneo atravesado por una pluralidad de tendencias, servía para elaborar propuestas para sus dos interlocutores. Por un lado, al advertirle al "Otro" sus limitaciones se enfrentaba a la arrogancia imperial, invitando a las fuerzas progresistas dentro del mundo metropolitano a luchar para corregir el desliz imperial. En esta batalla significativa para el futuro político norteamericano era posible que el elemento progresista estableciera un pacto con los sectores progresistas de la nación subordinada representados en el nacionalismo moderado. La crítica que hacía el nacionalismo moderado del mundo metropolitano era pues una invitación al mutuo reconocimiento para llevar a cabo un contrato social y político a partir de los principios comunes manejados por las fuerzas progresistas de ambos mundos. Su cuestionamiento del mundo metropolitano no significaba un rechazo absoluto del "Otro". Su dilema no era elegir entre dos totalidades homogéneas distintas, es decir, no se debatía entre esto o aquello, como entre yanqui o puertorriqueño. Todo lo contrario, creía posible una síntesis reconciliadora de

la diversidad, la edificación de la modernidad a partir de lo mejor de dos mundos, utilizando, sobre todo, sus coincidencias: ese proyecto civilizador y democrático que había tenido en los Estados Unidos una de sus grandes realizaciones y que se asumía como utopía modernizadora para la nación subalterna. El alma liberal trascendía las fronteras y la modernidad universal se planteaba como realización de lo diverso. El retrato del "Otro" que construyó era la base para edificar un diálogo entre iguales guiado por principios universales de progreso material y espiritual. El "Otro", definido como "el pueblo amigo", era exactamente ese cuerpo social al que se interpelaba en busca de solidaridad; un "Otro imperial" que, paradójicamente, tenía un compromiso moral e histórico: ayudar en la emancipación del subalterno y conseguir con sus actos de desprendimiento sostener la fe del colonizado en los cambios que habrían de venir desde arriba.[33]

Para los puertorriqueños el mensaje era sencillo. Los Estados Unidos eran una sociedad dividida, en donde fuerzas antagónicas luchaban por la hegemonía material y espiritual. Para comprender a la nueva metrópoli había que abandonar las miradas simplonas, de rechazo absoluto o de admiración servil, sustituyéndolas con una perspectiva más sagaz e imaginativa que permitiese descifrar los flujos subterráneos que la atravesaban y la hacían, a un mismo tiempo, grande y pequeña. Puerto Rico tenía que comenzar a comprender la realidad norteamericana para poder organizarse política y culturalmente y defenderse de las arremetidas de la mediocridad imperial que predominaba coyunturalmente en Washington. También era importante tomar conciencia del contraste cultural entre ambos pueblos: ellos, preocupados por hacer dinero; nosotros, buscando un

[33]Véase: Muñoz Marín, "Vislumbres de renovación política", La Democracia, 28 de septiembre de 1922; "Borah, ¿será el próximo Presidente?", La Democracia, 29 de septiembre de 1922; "La Follette?", La Democracia, 7 de octubre de 1922; "La política de la orilla izquierda del Hudson", La Democracia, 28 de octubre de 1922; "Más sobre la situación política", La Democracia, 1 de noviembre de 1922; "La lucha eleccionaria", La Democracia, 17 de noviembre de 1922; "Primeras maniobras del bloc progresista", La Democracia, 22 de diciembre de 1922; "Ku Klux Klan", La Democracia, 28 de diciembre de 1922, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núms. 14, 16, 18, 20,

poco de felicidad. La codicia del mundo metropolitano había afectado el desarrollo de su dimensión espiritual y, por lo tanto, su civilización se presentaba como una combinación contradictoria de bienestar e infelicidad. Traducido al tema del "nosotros" y "ellos" esto significaba un reconocimiento de la superioridad material del mundo metropolitano y, al mismo tiempo, la afirmación de la superioridad cultural y moral del mundo colonizado.

El pueblo colonizado debía descubrir la fuerza de su dimensión cultural. Por absurdo que pareciese, el pueblo oprimido, que se había edificado luchando contra fuerzas adversas más poderosas, había logrado triunfar históricamente dotándose de una dimensión espiritual que le permitió reconciliar sus diferencias a través de códigos culturales de convivencialidad. Ante los obstáculos internos y externos, la nación subalterna compensó sus debilidades materiales con un gran deseo de vivir, construyéndose un gusto particular por la vida y una forma más flexible y tolerante de enfrentar las adversidades a través de la solidaridad. El contraste entre "nosotros" y "ellos" era el que existía entre "una cultura que sabe hacer dinero y no gastarlo" y una comunidad que, con menos dinero, lograba edificarle un espacio a la felicidad. El error de la modernidad desenfrenada del mundo metropolitano era su desajuste: la dinámica material había opacado la dimensión espiritual. Se trataba de no reproducir este error cuando se aspiraba a la modernidad y saber insertarse en ella de una manera más equilibrada y modesta, reconociendo que el gusto por la vida no se funda en el dinero. Utilizando como ejemplo el caso de un rico norteamericano y apoyándose en una novela de Sinclair Lewis concluyó que la sociedad metropolitana padecía de una paradójica enfermedad: la terrible infelicidad de la opulencia:

> Mr. Farguhar, como la mayor parte de los hombres que saben ganar dinero, no saben gastarlo. Muy joven aún sintió una gran pasión por poseer un millón de dólares. Esto es típicamente americano. Cualquiera de nosotros puede soñar con gastar un millón, pero son contados los individuos nonestadounidenses que sueñan

---

23, 27, 31, 32.

> en la sencilla y aburrida tarea de ganarlo. Los americanos tienen más mérito en esto que nosotros; pero nosotros somos más felices.[34]

Hablando del "Otro" y analizando sus problemas materiales y culturales, el muñocismo fue elaborando su proyecto cultural para la modernización del país subalterno y consideró que el motor de la creatividad cultural estaba en la actividad artística libre y en el respeto a la pluralidad de iniciativas y estilos. Se trataba de una utopía moderna que miraba con suspicacia la modernidad, sobre todo a la cultura de masas y a los estilos y gustos que predominaban en los nuevos medios de producción y difusión cultural, como los periódicos, las revistas y el cine. Su conclusión: que la modernidad salvaje no había llevado la alta cultura a las masas sino masificado la cultura para convertirla en mercancía atractiva para el gusto de la muchedumbre. La amenaza principal de esa cultura de masas era la homogeneización del gusto medido por la capacidad del hombre medio que conducía al fanatismo político y religioso y a un consumismo de objetos culturales, reforzado con la manipulación de la opinión pública por los "mass-media". Una verdadera civilización moderna necesitaba fundarse en el respeto a la individualidad y en la promoción y defensa de la diversidad. El individuo tenía derecho a defenderse de la opresión de la cultura de masas que caracterizaba a la civilización moderna y, en su lucha, debía servir de agente innovador de la dimensión espiritual de su sociedad y ayudar a elevar el nivel de comprensión y de vida de las masas. Esa era la función de los verdaderos artistas e intelectuales: convertirse en agentes catárticos para completar "el dominio de la naturaleza con el dominio de los factores morales, intelectuales e imaginativos", abriendo brecha para edificar la ruta de la emancipación humana. El resultado sería una civilización compleja, abierta, tolerante, que posibilitaría "la comprensión del prójimo que difiere de uno". Esas

[34]Muñoz Marín, "Un millón de dólares", La Democracia, 23 de octubre de 1922; “Bibliografía Americana: ‘Babbitt’ (novela) por Sinclair Lewis”, La Democracia, 9 de noviembre de 1922, ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núm. 17. Véase también: “Un millón de dólares”, La Democracia, 23 de octubre de 1922; “Bibliografía americana: ‘This Freedom’ por A. S. M. Hutchinson”, La Democracia, 6 de octubre de 1922.

eran las características culturales que debían fortalecerse para que la nación subalterna cumpliese su viaje "hacia la gran aurora".[35]

El nacionalismo conservador unionista: culipandeando hacia la Alianza.

En los escritos que se publicaron en La Democracia, entre 1922-23, se observa un silencio en torno a las posiciones del unionismo provocadas por el proyecto Campbell y la ruptura de sus filas que culminó con la fundación del Partido Nacionalista. Seguramente, al joven periodista estos asuntos le parecieron tan importantes como el gran combate contra Reily, pero hubiese sido impertinente de su parte agitar sus diferencias con sectores del Partido en un momento en que prefería la reconciliación. Sin embargo, luego del período de colaboración se fue haciendo cada vez más imperativo enfrentar a las corrientes conservadoras del unionismo que se mostraban dispuestas a asegurar su poder político a través de una alianza con las fuerzas conservadoras del Partido Republicano dirigido por José Tous Soto. Para Muñoz, era indudable que el Partido Unión estaba dominado por un poderoso sector representativo de las clases propietarias y esto impedía el desarrollo natural del partido y de su utopía nacionalista al obstaculizar el acercamiento a las clases populares a través de un compromiso verdadero de implantar desde el gobierno un plan de reformas económico-sociales.

---

[35]Véase: Muñoz Marín, "Panfleto, Cantos a la humanidad forcejeando", Puerto Rico, marzo de 1920 en Rosario Natal, La juventud, pp. 108-112; También: "El éxito de un editor", La Democracia, 13 de noviembre de 1922; "Libros Americanos: Autobiografía de un poeta malo", La Democracia, 27 de noviembre de 1922; "Ku Klux Klan", La Democracia, 28 de diciembre de 1922; "Teatro neuyorkino: 'R.U.R.' drama sociológico por Karel Capek", La Democracia, 6 de febrero de 1923; "Libros Americanos: 'A Book About Myself' por Theodore Dreiser", La Democracia, 10 de febrero de 1923; "Bibliografía: 'Conversaciones con Anatole France recogidas por Pablo Usell'", La Democracia, 10 de marzo de 1923, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 18, núms. 26, 29, 32, 36, 38-39.

El análisis que el muñocismo realizó del ambiente político para las elecciones de 1924 permite precisar sus posturas frente a la Alianza y al nacionalismo unionista conservador, así como lo que le parecía la tarea política principal: acercar el unionismo y el socialismo. El contexto electoral de 1924 era de gran importancia. Puerto Rico estaba dividido por tres partidos políticos y dos grandes puntos de controversia: el político y el económico-social. Los partidos principales, Unionista y Republicano, destacaban la cuestión política; mientras el Partido Socialista concentraba su atención en los problemas económico-sociales. En este contexto, la Alianza fue una decisión desafortunada que demostraba que el Partido Unionista, bajo la dirección de Barceló, había caído bajo el control de los grandes intereses económicos que militaban en su interior. Lo que parecía una estrategia para fortalecer el Partido era en verdad una medida contraproducente que lo haría perder el apoyo popular con que había contado a lo largo de dos décadas. Por contradictorio que pareciese, la debilidad de la Alianza estaba en su carácter de partido de las clases propietarias obligado a custodiar los intereses de los grupos privados poderosos, rasgo que lo incapacitaba para llevar a cabo las políticas públicas necesarias para enfrentar la crisis económico-social que dominaba el país.

¿Por qué había desembocado el Unionismo en la Alianza? Ya hemos señalado que para las elecciones del 1920, Muñoz participó en la tribuna del Partido Socialista. Desde esta etapa había estado tejiendo una crítica del nacionalismo moderado unionista tildándolo de un pensamiento culturalista conservador que descuidaba uno de los problemas centrales de la sociedad puertorriqueña: la condición deplorable de las masas populares. Haciendo un análisis sociológico de la composición del Partido Unión, había concluido que las clases propietarias criollas habían militado tradicionalmente en ese Partido y ocupado posiciones de poder en su interior. Pero algo más grave se había estado produciendo en el transcurso del primer cuarto de siglo bajo la dominación norteamericana. Las clases y sectores que desde finales del siglo XIX y primeras

décadas del siguiente habían sido vanguardia material y espiritual del país se habían degenerado bajo la lógica de la ganancia del capitalismo salvaje. Las clases propietarias criollas habían claudicando frente al poder del capital extranjero y convertido el azúcar en el motor económico que aseguraba su existencia. El resultado nefasto, para el Partido y para el país, era que los grupos propietarios se hacían cada vez más conservadores y estaban transformándose en fuerzas aliadas del colonialismo.

La Alianza fue una comprobación política de su diagnóstico sobre el unionismo y la burguesía criolla. Cuando el "fantasma" del proletariado comenzó a materializarse en sindicatos y luego en un partido político, una sirena de alarma se activó en el interior de las clases propietarias. Su estrategia fue reorganizarse políticamente para enfrentar la tea incendiaria del obrerismo. Para las elecciones de 1924, el unionismo-aliancista se le presentaba como un movimiento político estancado, conservador, dominado por los intereses de unas clases propietarias que habían perdido vitalidad hegemónica. Su política se concentraba en la cuestión jurídico-política y su preocupación económica fundamental era la cuestión comercial y los empréstitos a los sectores propietarios. Bajo el control de una burguesía conservadora, el nacionalismo moderado era una retórica ideológica para esquivar la cuestión económico-social que afectaba a la mayoría humana del país: la explotación de la fuerza de trabajo, el desempleo crónico y la miseria inclemente. El nacionalismo moderado conservador demostraba en su fusión política aliancista su debilidad, no su fuerza, y era una retórica obsoleta con un plan económico inadecuado para seducir a las masas. Se trataba de un movimiento en crisis que veía debilitarse su poder de convocatoria; de un "partido de los propietarios" que, ocupado en que no disminuyeran sus ganancias y privilegios, se entretenía con argucias jurídicas intrascendentes.

Muñoz estaba analizando lo que consideraba un proceso socio-político complejo: la declinación del nacionalismo moderado unionista, el auge del conservadurismo y el ascenso del socialismo, que había comenzado a desplazar al unionismo como elección política de las clases populares. Se propuso entonces rescatar la tradición del nacionalismo moderado inyectándole, a partir de los nuevos problemas y preocupaciones, nuevas propuestas. Por un lado, separándola del conservadurismo de las clases propietarias, decidió resaltar la temática económico-social elaborando nuevos proyectos para responder a las necesidades urgentes de las masas del país. Por otro lado, abandonando el retoricismo, decidió revitalizarla como utopía política, impulsando el proyecto soberanista frente al autonomismo conservador de Barceló y Tous Soto.[36]

Para Muñoz, la realidad económica de Puerto Rico estaba caracterizada por el absurdo desarrollo simultáneo de la riqueza y la pobreza, de la producción y el desempleo. Lo que el discurso imperial celebraba como la gran transformación material de su colonia era en realidad una mirada parcializada, capaz de ver sólo un lado de la moneda, obviando el lado obscuro de esa historia en la que sucumbía trágicamente la mayoría poblacional del país. El nacionalismo moderado debía tomar conciencia de la realidad económica recogiendo no sólo las preocupaciones tradicionales de los sectores propietarios -como el libre acceso al mercado norteamericano, la protección de los productos locales y los empréstitos- sino también una legislación laboral que protegiese a las clases trabajadoras de la miseria. Para esto era necesario atender un problema central en el llamado desarrollo económico de la Isla: el predominio del capital corporativo absentista y la fuga de capital. Lo irrefutable era que en Puerto Rico el auge económico había beneficiado principalmente al capital extranjero. Este había acaparado las tierras y sometido al

[36]Véase: Muñoz Marín, "¿Qué va a decidir el país el 4 de noviembre?", El Tiempo, 31 de octubre de 1924, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 16, núm. 1. Véase también: Antonio R. Barceló y José Tous Soto, "Manifiesto a los puertorriqueños", 6 de marzo de 1924, en Pagán, Historia de los

propietario criollo al colonato, o peor aún, a un acelerado proceso de proletarización, con su consecuente pauperización. Era necesario detener el latifundio extranjero y la fuga de capital a través de una reforma contributiva y de la aplicación de la ley de los 500 acres. Sólo así sería posible revitalizar a las clases propietarias y trabajadoras del país, fortaleciendo al sector propietario criollo y haciendo ingresar la riqueza al mercado local.[37]

Dos puntos merecen destacarse en esta crítica de Muñoz al capitalismo dependiente colonial. En primer lugar, su cuestionamiento del capital corporativo y monopólico no significaba un rechazo del capitalismo sino la crítica a una forma de capital depredador desde una perspectiva liberal favorecedora de un capitalismo de competencia. En este sentido, el muñocismo adoptó una posición crítica ante la modernización desenfrenada capitalista que no fue de tipo socialista. Su preocupación por la justicia social planteaba la necesidad de una reforma jurídica del orden político burgués a través de un Estado interventor que, como guardián del bien común, se encargara de corregir y proteger a la sociedad de las tendencias centralizadoras provocadas por la dinámica espontanea del capital.

En segundo lugar, la crítica al capital corporativo no significó un rechazo absoluto del capital extranjero. Su oposición al capital absentista giraba alrededor de dos asuntos: se le acusaba de generar el desplazamiento del propietario criollo y se le culpaba de propiciar una fuga de riqueza que terminaba impidiendo la acumulación, es decir, el crecimiento económico. La dinámica capitalista dentro del orden colonial se había realizado de manera contradictoria a través del auge de una economía agroexportadora dominada por las fuerzas del capital norteamericano. Se trataba de sustituir este modelo con uno que hiciese posible un crecimiento económico más integrador. Esto

---

partidos políticos, I, pp. 227-231.

[37]Véase: Muñoz Marín, "¿Qué va a decidir el país el 4 de noviembre?", El tiempo, 31 de octubre de 1924.

significaba: comenzar a pensar la posibilidad de diversificar la economía agraria mediante la industrialización, la pluralización de los mercados de exportación e importación y el reordenamiento de la propiedad sobre la tierra. El nacionalismo moderado muñocista no aspiraba al desplazamiento de la burguesía extranjera por una burguesía criolla sino a un sano equilibrio y desarrollo de ambos sectores. El latifundio y la fuga de capital, y no el capital extranjero en sí, eran considerados los verdaderos enemigos del país.

En síntesis, con la aparición de la Alianza, Muñoz vio confirmadas sus tesis de los años 1920-23. Su crítica al unionismo desde la tribuna socialista no resultaba ya un desacierto generado por la pasión juvenil. El joven intelectual decidió enfrentar el unionismo-aliancista tanto por el flanco de su práctica política como por el de sus ideales. La crítica a su política giró alrededor del reconocimiento de un vacío: retórica patriótica sin ningún proyecto concreto para resolver los problemas económico-sociales que afectaban a las masas del país, patriotismo electoral junto a un programa preocupado exclusivamente por los intereses de los sectores propietarios. La crítica a sus ideales fue más sutil pero no menos importante. En la Alianza predominaba una postura autonomista que era el discurso de una clase inmadura cuyas vicisitudes económicas no le permitían entender su contexto histórico y su misión política de servir de vanguardia en la formación del estado-nación.

Además, la crítica contra la Alianza sirvió también para acusar al "Otro imperial". Después de todo, ésta no fue solamente un pacto de la burguesía conservadora contra el auge obrero y los grupos progresistas, sino también, un resultado del interés imperial por crear un partido conservador no separatista que, al mismo tiempo que erradicaba la cuestión de la independencia o de la estadidad, sirviese de muro de contención contra la ola socialista popular que amenazaba, más que los intereses del Estado metropolitano, los intereses de su poderoso capital corporativo. La Alianza

era el resultado de un complot de las clases propietarias, locales y norteamericanas, y la burocracia imperial para perjudicar a las masas populares impidiendo el desarrollo de la conciencia nacionalista moderada. Había que trabajar para disolver este pacto político de las fuerzas conservadoras y tratar de fundar un nuevo bloque de fuerzas progresistas. En esa dirección orientó su pluma y su trabajo hasta finales de la década del 1920.

El exilio como terreno ideal para mirar la Isla.

Desde el exilio voluntario, al año siguiente de las elecciones en que resultó victoriosa la Alianza Puertorriqueña,[38] Muñoz continuó su doble lucha, contra el discurso imperial y contra otras versiones de lo nacional que buscaban ocupar el imaginario socio-cultural puertorriqueño. Para esta época, un artículo publicado en la revista The Nation, "Porto Rico: The American Colony",[39] sintetizaba sus tesis principales sobre la nacionalidad puertorriqueña y le permitía enfrentar a esos dos sectores con los cuales debatía a través de un poderoso metarrelato nacional. Por un lado, diferenciándose, se dirigía al colonizador que ejercía el poder sobre la nación oprimida invitándolo a un diálogo desmitificador de su empresa civilizadora y ofreciéndole una nueva imagen del "Otro inferiorizado". El reclamo era político y moral. El colonialismo era una afrenta tanto para la metrópoli como para la colonia y correspondía al pueblo materialmente más poderoso demostrarle al mundo la calidad ética de su civilización, reivindicándose históricamente con los puertorriqueños. Por otro lado, convocándolos, llamaba la atención de los colonizados para que, reconociendo su

[38]Véase: Pagán, Historia de los partidos políticos, I, pp. 226-247; Trías, Historia constitucional, II, pp. 111-139.

[39]Véase: Muñoz Marín, "Porto Rico: The American Colony", The Nation. 8 de abril de 1925, en ALMM, Sec. III, serie 3.

historia, descubrieran en ella la trayectoria de una personalidad con el claro potencial de proyectarse al futuro.

En “Porto Rico: The American Colony”, la voluntad de saber del nacionalismo muñocista expresaba su voluntad de poder para resistir y enfrentar el dominio colonial y articular una nueva representación capaz de permitir la hegemonía de nuevos grupos socio-políticos en la sociedad puertorriqueña. Su primera estrategia consistió en afirmar la nación, estableciendo sus rasgos particulares y reconociendo su lugar subordinado frente al "Otro imperial". Esta construcción del Ser nacional se realizó mediante el reconocimiento de sus diferencias con otros sujetos nacionales y, al mismo tiempo, apuntando a su condición de subordinación ante un extraño que lo oprimía. La condición subalterna era un "lapsus" en el tiempo, una ironía de "los dioses" que habían reducido la nación a "primer experimento colonial norteamericano". Lo importante era explicar esta relación de desigualdad y superarla mediante una utopía posible que le devolviera al pueblo sometido su lugar en la Historia.

Para Muñoz, tanto Puerto Rico como los Estados Unidos debían comenzar reconociendo sus características particulares y el tipo de relación que sostenían. En primer lugar, la nación oprimida era algo único que no se asemejaba a ningún otro territorio apropiado e incorporado por los Estados Unidos. La diferencia principal con todos los precedentes de la expansión territorial norteamericana era que la voluntad de conquista y posesión se intentaba perpetuar esta vez sobre un pueblo ya constituido que gozaba de su propia civilización. Esta afirmación de la nación oprimida le permitía defender, frente al poder imperial, los derechos y prerrogativas de un sujeto colectivo históricamente constituido y llamaba la atención del poderoso para que recapacitara antes de lanzarse a cualquier proyecto de asimilación.

> The gods have made Porto Rico the first colonial experiment of the United States. The slices taken from Mexico were empty or more American than Mexican

> in almost everything but political allegiance; the power exercised over the Philippines is explicitly temporary; Hawaii came as motley of peoples dominated by an American business and planting group. In Porto Rico, on the other hand, the American acquired for permanent use a rather well-rounded civilization by means which, though questioned by not a few, are considered legal and virtuous by current international usage. Here for the first time the American people undertook to boss a foreign culture.[40]

En segundo lugar, la afirmación de la nación era una lucha contra la inferiorización, un esfuerzo por elevar el orgullo del colonizado por medio de la reconstrucción de su autoestima. Para cumplir con este propósito, el muñocismo inventó la nación mediante la construcción de un metarrelato nacional continuista que enlazaba los comienzos, los procesos y el destino del sujeto-nación. Los orígenes se encontraban en una empresa colonizadora que provocó la existencia conflictiva de tres grandes grupos humanos: los colonizadores españoles, los pobladores autóctonos indígenas y la emigración forzosa del negro esclavizado. La nación subalterna comenzó su tiempo histórico como hija de la avaricia y de la desigualdad entre grupos raciales que convergieron como un resultado de la ambición de poder y riqueza. El tiempo histórico fue lento, retrasando la formación de la nacionalidad. Todavía en los inicios del siglo XIX, la debilidad del mundo económico, político y cultural isleño se expresaba como una ausencia: no participamos en la gesta emancipadora hispanoamericana. Pero a lo largo de ese siglo una mutación fundacional acaeció. Lo que en los comienzos fue diferencia racial, explotación económica y opresión política, se convirtió con el tiempo en fusión racial y en el desarrollo de una economía sólida desde la cual fue tomando forma, hacia mediados del siglo, una élite letrada en cuya vida cultural y política se comenzó a formar la autoconciencia de la nacionalidad.

En el centro de esta evolución un hecho demostraba nuestra aparición histórica y sentaba una diferencia significativa con el "Otro imperial". Se trataba de un gesto legal y moral que ponía de

[40]Muñoz Marín, "Porto Rico: The American Colony", The Nation, p. 1.

manifiesto la superación espiritual de las diferencias raciales, económicas y jurídico-políticas que caracterizaban el tiempo originario. La esclavitud, esa aberración antimoderna y antinacional, reminiscencia del período oscuro de la colonización, fue superada pacíficamente por la libre iniciativa de los esclavistas. La mezcla de razas fue llevando a la formación de una nación donde las diferencias no impidieron la integración convivencial de la comunidad, además el auge de las ideas progresistas calaron profundamente en la conciencia de las élites propietarias convenciéndolas de lo abominable que era la institución.

Para Muñoz, la forma de solucionarse la cuestión racial fue una manifestación de la formación de la nacionalidad y tuvo múltiples consecuencias. En primer lugar, fue un acto de superación de las diferencias y de los antagonismos, que expresó la madurez de la comunidad. En segundo lugar, fue un acontecimiento que, al evidenciar la conciencia socio-política y la estatura ética de la élite propietaria del mundo material y cultural, hizo posible la formación de su dimensión espiritual. Por último, fue un logro en que se destacaba un rasgo inconfundible del puertorriqueña: el carácter pacífico de su personalidad. La nación que afirmó el nacionalismo moderado muñocista no requirió de grandes hazañas políticas insurreccionales; todo lo contrario, se dio como proceso paulatino de integración hacia el interior y diferenciación hacia el exterior. En la segunda mitad del siglo XIX, fue la abolición de la esclavitud, y no la insurrección de Lares, el momento decisivo en la formación de nuestra nacionalidad.

La abolición fue también el lugar de la diferencia con el "Otro imperial" y su llamada civilización igualitaria. El nacionalismo moderado afirmaba aquí la superioridad ética de la nación oprimida sobre la nación opresora, la mayor armonía social del pueblo subalterno que había sido capaz de fundir lo diverso en una nueva cultura nacional. Mientras tanto, en la sociedad imperial la retórica igualitaria escondía la realidad infame del racismo como herida abierta que amenazaba con

deshacer al pueblo dominante. Lo que en Puerto Rico fue un proceso pacífico, en Estados Unidos fue guerra fratricida; lo que en la colonia fue el gesto de una élite ilustrada capaz de crear un consenso, en la metrópoli fue una imposición de unos sectores sobre otros. Pero más aún, lo que en la Isla fue relación amorosa que hizo posible la movilidad social, en los Estados Unidos fue la cosificación de las diferencias que permanecieron intactas, a pesar de la guerra y de las leyes, dando forma a un sistema cerrado de clases dominado por la violencia y el discrimen. En Puerto Rico, las formas del prejuicio sobrevivieron difícilmente; apenas en los gustos de la mujer de clase alta y, sobre todo, en la política segregacionista introducida por las autoridades metropolitanas que fueron aceptadas por una minoría que aspiraba a constituirse a imagen y semejanza del "Otro".[41] Pero a la nación oprimida, como cuerpo social convivencial, las diferencias jerarquizadoras entre las razas le eran, más que desconocidas, ajenas: "lo otro pasado" y el "Otro" presente.

El relato nacionalista muñocista fue también la construcción de una identidad esencialista que hizo posible disolver las diferencias individuales y sociales en un arquetipo colectivo. El Ser nacional no sólo tenía un cuerpo real sobre el cual permanecían, con el cruce, los rasgos de los diferentes grupos raciales, sino, además, un vaho espiritual que era necesario reconocer como motor oculto en los actos positivos y negativos que la identificaban. El "alma", que el tiempo encarnó, se realizó en las obras significativas, en la suma de las costumbres, creencias, valores y formas de vida que la expresaban y que era necesario analizar para reconocer los aspectos positivos que ayudarían a la tarea de forjarse un destino y los aspectos negativos que retrasaban la empresa histórica.

En este punto, el muñocismo no fue la apología del Ser nacional pensado como comunidad perfectamente armonizada. En la articulación de su relato nacional, no se trató de rechazar la

[41]Es interesante destacar las similitudes de las tesis muñocistas con las que postulará posteriormente Tomás Blanco. Es importante reconocer aquí los puentes o continuidades que en el interior del campo discursivo nacionalista se establecen entre sus diferentes relatos y momentos.

totalidad de la representación sobre el "otro colonizado" que tejió el discurso imperial, contrastándola con el mito de la nación perfecta. Por el contrario, a lo que aspiró fue a reconocer el cuerpo nacional como un resultado histórico de complejas tensiones sociales que, en el mejor de los casos, habían quedado superadas, pero no extinguidas, en esa personalidad colectiva que nos distinguía del "Otro imperial" y nos convertía en su igual. La nación no era la encarnación de lo perfecto, sino una hazaña histórica en donde se trascendía el caos y la irracionalidad para edificar en el tiempo una obra, la de una cultura y una civilización. Así también, en esta lucha por afirmar la nación subalterna y establecer sus diferencias, no buscó negar al "Otro" como nacionalidad. Tan sólo luchó para ponerle limites a su deseo desmedido de expansión trazándole, con un hilo moral, la línea fronteriza que haría posible la igualdad convivencial.

El psicologismo social del nacionalismo moderado se presentaba como una mirada a los aspectos positivos y negativos del "alma nacional". Sobre el cuerpo etéreo de la nacionalidad se reconocían los cráteres y las zonas oscuras que obsesionaban a la mirada miope del Poderoso. En la lista de sus defectos podían apuntarse: su melancolía, el complejo de inferioridad, la indolencia que dejaba muchos de sus proyectos inconclusos y el machismo como forma de Poder que reducía a la mujer a una condición inferior y la atrapaba en un horizonte delimitado por la castidad o la maternidad legítima. Pero al lado de estos rasgos, acompañándolos y redefiniéndolos, existían otras fuerzas fundamentales que habían hecho posible la identidad y llenaban de optimismo a la utopía nacionalista. Entre éstas cabía destacar: el paternalismo, que amortiguaba la desigualdad; la camaradería, que ayudaba a disolver el prejuicio racial; la generosidad y la tolerancia religiosa, que le permitían atender a las necesidades y creencias de los demás y practicar esa formula mágica de la

---

Véase: Blanco, El prejuicio racial.

solidaridad que hacía posible cargar, con honradez e integridad, "la piedra que crece".[42] Lo que el discurso colonial recriminaba era tan sólo un aspecto del todo, que curiosamente muchas veces adquiría funciones positivas en el quehacer constitutivo del "Otro colonial". Así, por ejemplo, la dejadez y la desconfianza no eran rasgos gratuitos sino formas de resistencia a la explotación y al engaño constante de los predicadores y mercaderes que se acercaban para engatusar al propietario y despojarlo de su tierra y de su espíritu.

La reconstrucción de la personalidad no era sólo una confrontación con los desatinos del discurso imperial sino también una llamada a la conciencia para que fijara su mirada en el rostro reflejado en el espejo y definiera con orgullo sus rasgos descubriendo, tras las arrugas y las muecas, las fuerzas creativas del deseo y la sonrisa. Porque una cosa estaba ya claramente establecida desde los escritos de Jacinto Ortega: el "Otro imperial" era materialmente más poderoso, pero espiritualmente inferior. La riqueza económica y los avances tecnológicos de una civilización no significaban necesariamente la capacidad de hacer feliz al hombre. Era necesario utilizar otra vara para medir la realización espiritual de una comunidad. Se podía ser menos rico y más feliz, convertir la pobreza en un lugar desde donde se luchaba y se vivía con dignidad. Ese era el caso de Puerto Rico antes del 98: un país con un lento desarrollo material que subsanaba sus limitaciones con formas de vida que hacían posible vivir en una "pobreza respetable". Esta era la historia nacional. En el tiempo y el espacio, una sociedad había nacido en la segunda mitad del siglo XIX, superando la avaricia del colonizador y el antagonismo racial y social, para realizar históricamente, en su propia economía agraria dominada por pequeños propietarios de la tierra, la fusión del hombre con la tierra: simbiosis creadora de una identidad en la que resaltaban la generosidad y la hospitalidad.

[42]Sobre el tema de la existencia y la solidaridad estoy utilizando la perspectiva camusiana. Véase:

Dinámica creadora de la tierra y el hombre, la nación se hacía a través de esta fusión amorosa que ligaba al hombre y la geografía. En un principio fue el mero encuentro de la conquista y la colonización. Sobre la tierra, la gente era lo extraño (lo español) o lo sometido (lo indígena y lo africano). El colonizador ambicioso y el negro esclavizado fueron disolviendo al indio originario, sin que la fusión racial y socio-geográfica hiciese posible hablar todavía de un pueblo. Pero entonces, a lo largo del siglo XIX, se produce una transformación material y espiritual de la vida isleña. Con el florecimiento de los cultivos de exportación se consolida un personaje social y una relación real y metafísica. El propietario de la tierra posee algo más que un negocio y funda una relación espiritual.

Todavía en la primera mitad de este siglo fundacional, la esclavitud imperaba, la vida económica, política y militar era lenta y culturalmente se era una provincia de España. Más aún, se carecía de vida política y la debilidad del sentimiento nacional se expresaba en el desinterés que provocó las luchas de independencia de Hispanoamérica. Pero fue exactamente hacia mediados del siglo que algunos hombres, los propietarios de la tierra y la palabra, comenzaron a soñar el sueño que no cesa y a desearse un pueblo específico y, por lo tanto, distinto de la Madre Patria fundadora, España. A lo largo del siglo XIX, la economía de saqueo se tornó economía agroexportadora y el progreso económico sentó las bases para la formación de una dimensión espiritual. La apropiación material se transmutó en relación sentimental, es decir, en identidad nacional.

Geografía y eugenesia de la nacionalidad. El nacionalismo moderado muñocista elaboró una división del espacio geográfico y humano para precisar en donde se fundó y desarrolló la puertorriqueñidad. En la dimensión geográfica tomaron forma dos islas, la de la costa y la de la montaña, que se asociaban a dos formas de vida económica, el azúcar y el café, y a dos zonas

---

A. Camus, "La piedra que crece" en El exilio y el reino. Buenos Aires, Losada, 1974.

raciales, la de la heterogeneidad mestiza y la del campesino blanco. En el interior, dominado por el cafetal, se fue dando el desarrollo de una economía de pequeños propietarios ligados a la tierra que establecieron el nexo fundacional de la identidad. Mientras en la costa, territorio del azúcar, predominaba el latifundio, la esclavitud y, finalmente, el trabajo asalariado. La tierra, en la zona azucarera, permaneció en pocas manos, muchas veces en la de inmigrantes que venían tras un sueño para regresar posteriormente a sus lugares de origen. En esta zona la tierra no fue del hombre que la labró y fue siempre ajena; sobre todo después del 98, cuando el latifundio absentista concentró la propiedad e implantó una economía que pasó a convertirse en logro real e imaginario del llamado progreso colonial.

Las dos islas, cada una con su lógica material y espiritual, vieron agudizarse sus diferencias bajo la dominación norteamericana según la costa desplazó a la montaña como centro del poder económico. En el espacio azucarero reinó omnipotente la gran propiedad, con sus ganancias exorbitantes, su monocultivo provocador de hambrunas y su capacidad devoradora de tierras y de hombres. Su auge a lo largo del primer cuarto del siglo XX fue un paradójico desarrollo de riqueza y miseria. Bajo la lógica del capital, el interior montañoso como espacio fundacional, esa "selva benévola" domada por las manos de los colonizadores europeos del siglo XIX, fue quedando desolado por los huracanes y el desinterés económico norteamericano. El resultado no podía ser más peligroso. Una falsa opulencia en algunas regiones, la proletarización salvaje de las masas populares, la pauperización, y lo más alarmante, la desintegración espiritual, la ruptura del nexo tierra-hombre como proceso de extinción de ciertas formas morales y culturales. Las transformaciones en el mundo material fueron provocando cambios en la dimensión espiritual. La conducta social fue degenerando para convertirse en imitación, tramposería, adulación y mendicidad. Mas aún, pobres de los que hubiesen aplaudido esta caída como progreso y

considerasen fútil a la montaña, pues sus posturas olvidaban que de allí provenían las expresiones morales y culturales que fundaban la nacionalidad.

Geografía de la nacionalidad y también populismo y racialismo fundacional. El nacionalismo moderado muñocista convirtió la división geográfica en dos zonas de lo popular y de lo racial que actuaron de manera distinta en la formación de la identidad. La montaña fue el lugar de una masa popular campesina, de descendencia europea, cuya relación de propiedad con la tierra se transmutó en relación amorosa, en atadura sentimental. En el espacio interior de la Isla, fue el hombre blanco que labró la tierra el que transformó la posesión material en fusión espiritual. Detengámonos un momento en esta imagen de lo popular-campesino. El tema del jíbaro fue una herencia del mundo letrado que Muñoz supo recoger y replantear y es posible reconocer influencias de escritores como Manuel Zeno Gandía y Salvador Brau, así como de sus contemporáneos, Luis Lloréns Torres y Miguel Meléndez Muñoz.[43] ¿Qué reconoció y qué revaluó, qué fue continuidad y qué fue la novedad, en su lectura del jíbaro? Desde finales del siglo XIX, la ciudad letrada puertorriqueña fue construyendo un retrato de lo popular que será una constante en el campo discursivo nacionalista. Como ha señalado Colón, en su estudio sobre el mundo letrado de finales del siglo XIX, el "otro interior" se presentó como problema y como víctima y no como un cuerpo maligno culpable de su situación. El proyecto de las élites cultas, impregnado de un elitismo paternalista, planteaba la necesidad de recrear al hombre-masa a través de las prácticas disciplinarias de la modernidad para poder elevarlo a sujeto civilizado.[44] Los ateneístas de fines del siglo XIX no consideraron a las masas como gente mala sino como gente oprimida por sus condiciones, que debían ser "civilizadas" a través de la educación y la disciplina laboral. Podemos decir que esta

[43]Véase: Rosario Natal, La juventud, pp. 79-179

[44]Véase: Colón, El discurso civilizador, pp. 59-62; Alvarez Curbelo, Un país del porvenir.

imagen de lo popular como una víctima regenerable fue una continuidad que el muñocismo manejó con destreza política.

Dos rasgos adicionales permanecieron inalterados. La ciudad letrada puertorriqueña pensó lo popular como un sujeto a medias que podía ser civilizado a través de prácticas pedagógicas y profilácticas, pero, ¿quién dirigiría ese proceso de transformación? El modelo elitista que adoptaron los letrados pensó a las masas populares como un conjunto de seres débiles y dóciles y por lo tanto, incapaces de salvarse a sí mismos. Sólo las minorías selectas, actuando como fuerzas dirigentes, podrían rescatarlas de su destino sombrío. Muñoz aceptó este paradójico retrato de lo popular-campesino, como sujeto fundador de la nacionalidad y como sujeto débil a educar y dirigir y continuó pensando la relación élite-masas dentro de un esquema paternalista que conservaba claramente la diferencia entre los dirigentes y los dirigidos.

Sin embargo, hubo un punto importante en que el muñocismo se separó de la mirada tradicional del mundo letrado y ese fue el conjunto de argumentos epistemológicos con los que analizó la situación del campesinado. Mientras éste explicaba la miseria como una consecuencia de la falta de principios morales, es decir, más por la amoralidad que por la inmoralidad de las masas; Muñoz apuntó más al contexto propiciado por la crisis económica, la concentración de la propiedad y la proletarización. El enfoque tradicional de la ciudad letrada fue una crítica moral del "otro interior" y de aquí el afán de regeneración a través de la educación. Para Muñoz, por el contrario, el problema no era moral sino material o, si se quiere, lo moral era superestructural y las verdaderas causas de sus formas radicaban en la base económica de vida. El jíbaro y sus hijos debían ser educados, pero antes de llegar a la escuela debían gozar de tierra, alimento, ropa y un hogar adecuado. Había que tener claro que la desmoralización del campesino era más un resultado de la miseria que de la ignorancia o de la ausencia de valores morales y si se sabía analizar su contexto y

sus privaciones se tenía que concluir que, en el plano espiritual, este hombre del interior había sido un héroe, un sobreviviente que supo enfrentar las adversidades con un código simple de amor a la vida y de solidaridad. La revitalización de su dimensión espiritual sólo podía lograrse asegurando una reconstrucción de sus condiciones materiales de vida.[45]

El nacionalismo moderado muñocista buscó concederle un lugar a lo popular en el proceso de formación de la nacionalidad. Como utopía política de la fase de movimiento que intentaba subvertir el orden colonial necesitaba construir un bloque de poder en donde la acción política de las masas inclinaran las relaciones de fuerza a favor de la descolonización y esto requería organizar la hegemonía como incorporación activa de las clases subalternas. Se trataba de una estrategia discursiva con la cual someter al "otro interior" a la mirada disciplinaria de las élites políticas y letradas, representándoselos como víctimas a emancipar y no como el mal encarnado que hacía de lastre al progreso nacional. Piadosa, su mirada realizó la apropiación activa del "otro", haciéndolo parte de una historia pasada e invitándolo a tener fe en un destino venturoso.

Pero no se trató, como ya hemos señalado, de una apología de los jíbaros y de su pasado. Por el contrario, su paternalismo consistió en tratarlos con una buena dosis de juicio crítico. Por un lado, como víctimas educables que tenían que ser revigorizadas física y mentalmente para tornarse actores históricos, era prudente reconocer las debilidades que se inscribían en su cuerpo y su mente: parásitos, infantilismo, apasionamiento, superstición y suspicacia. Por otro lado, como víctimas que habían resistido la inclemente deshumanización de la miseria, era necesario reconocer que prevalecía en ellos una generosidad que les había permitido sobrevivir a su historia de privaciones y tener una opción histórica.

---

[45]Véase: Colón, El discurso civilizador; Alvarez Curbelo, Un país del porvenir. Ya señalamos que en el discurso de Pedreira, la explicación de la miseria, y sus consecuencias en la personalidad popular, se basó en el papel que les asignó a los factores gerográficos, biológicos y morales.

Y los sectores populares de la costa, ¿qué papel jugaron en este relato nacional? En el escrito de The Nation, no hay nada explícito sobre su aportación al desarrollo de la nacionalidad y más bien es necesario leer "lo silenciado" a partir del contraste con lo que se reconoce y describe. Por ejemplo, la aseveración en la que sostiene la mayor vitalidad física y mental del hombre del interior que del poblador de la costa, o cuando resalta las maneras más flexibles de vida del campesino frente a la deshumanización provocada, en el pasado por la esclavitud, en el presente por la proletarización salvaje generada por el latifundio cañero. Sin embargo, esto no significó que el muñocismo rechazara las aportaciones materiales y espirituales del espacio mestizo y negro de la costa. Su retórica populista fue transracial y cuando hablaba de lo popular hacía referencia a un grupo caracterizado por una condición económico-social adversa y no a un sector racial en particular.

Para encontrar en el discurso muñocista esa zona de lo popular compuesta predominantemente por el proletariado costero es necesario atender a su práctica política y a su crítica del latifundio. Sus preocupaciones por las condiciones de vida de los trabajadores lo habían llevado a militar en las filas del socialismo y a insistir en que el error principal del nacionalismo conservador unionista había sido el representar los intereses de los propietarios abandonando a las masas populares. La división de lo popular, a partir de dos espacios geográficos, y su posterior reintegración como "pueblo" hay que entenderla como el producto de dos momentos distintos en su discurso: el momento del metarrelato que busca construir la memoria y el momento presente del discurso como utopía para la práctica política. En el contexto del metarrelato es posible destacar la ausencia o el silencio y concluir que los sectores populares de la costa parecen no haber jugado un papel fundacional en el siglo XIX. Pero cuando cambiamos de registro y nos acercamos al presente esa parte del "otro interior" silenciada hace su aparición. A lo largo del XX, según el azúcar impone

su reinado económico, lo popular comienza a significar trabajo asalariado sometido a niveles de superexplotación.[46]

En el plano político, el nacionalismo moderado muñocista se enfrentó con el dilema de la falta de soberanía. ¿Cómo afirmar la existencia de una nación que no contaba en su historia con un movimiento independentista significativo? Después de todo el país no participó en la gesta de independencia de Hispanoamérica y a finales del siglo XIX el máximo logro de sus élites políticas había sido un régimen liberal autonómico de corta duración. El muñocismo, como discurso político, no podía conformarse con un modelo cultural de nación que la pensara como políticamente impotente. La dimensión cultural que fundaba objetivamente una nacionalidad tenía su máxima expresión política en la voluntad de soberanía y era necesario explicar la interminable condición colonial de la nación puertorriqueña. Para explicar esta carencia Muñoz optó por insertar y valorar el pasado político dentro de una teoría de la evolución ideológica y práctica. La historia política del país era un proceso de crecimiento paulatino que había comenzado con las posturas autonomistas, durante el último tercio del siglo XIX y las primeras dos décadas bajo la dominación norteamericana, para culminar en el presente con la aspiración soberanista. Puerto Rico quizás había llegado tarde a su consolidación político-ideológica pero su deseo de independencia estaba ya dado en su presente histórico como una manifestación de madurez.

La ausencia del estado-nación fue un problema a resolverse con silencios y la invención de una tradición política que maduró tardíamente, pero que al fin consideraba la independencia como su proyecto político para la Isla. El silencio más significativo se aplicaba contra la gesta separatista del siglo XIX. Lares, así como Betances, no aparecen entre los momentos y los héroes fundacionales. Afín a la tradición dominante en la ciudad letrada, desde Salvador Brau hasta

[46]Véase: Silvia Alvarez Curbelo, "La conflictividad en el discurso político de Luis Muñoz Marín"

Antonio S. Pedreira, el muñocismo pensó la nacionalidad puertorriqueña como un producto histórico que, política e ideológicamente, se organizó en la propuesta autonomista, al margen de las gestas violentas o las rupturas revolucionarias.[47] La nacionalidad fue, tanto en el plano material como espiritual, un proceso lento, paulatino, de sedimentación racial, económica, política y cultural. Nuestra autoconciencia política, fue un resultado de la transmutación del autonomismo liberal del siglo XIX en la nueva voluntad de independencia bajo el régimen colonial norteamericano.

En un principio, tímidamente, el deseo de soberanía apareció en el programa del Partido Unionista de 1904 y permaneció allí sin provocar ninguna acción política concreta a su favor. Se trató más de una abstracción reducida al plano moral: sueño de la fuerza deseante y refugio de la dignidad. Pero los tiempos habían cambiado. Y éste era un punto en el que se debía insistir. El muñocismo estaba consciente de que luchaba por establecer sus nexos y diferencias en el interior de la tradición del nacionalismo moderado. De aquí su deseo expreso de afirmarse como voz autónoma y de mantenerse prácticamente junto a, pero fuera de, las líneas partidistas, posición que sostendrá hasta 1932 en que su ingreso al Partido Liberal será como voz principal y progresista y no como coro con un canto débil y sin futuro. En su visión del presente, desde el exilio, lo que la tradición moderada apenas manejaba para la agitación política durante el período electoral, o para sus golpes de pecho en alguna velada sentimental entre el alcohol y las estrellas al son de alguna danza o

---

en Alvarez Curbelo y Rodríguez Castro (eds.), Del nacionalismo al populismo, pp. 13-25.

[47]Entre las obsesiones de las élites letradas y políticas liberal-autonomistas puertorriqueñas de finales del siglo XIX estaba este deseo de reclamar poderes como premios por la fidelidad a España. Desde el 1868, era necesario insistir ante las autoridades imperiales que los reclamos de las élites criollas no tenían nada que ver con la deslealtad de los separatistas cubanos y de algunos fanáticos puertorriqueños. Fueron estas élites liberal-autonomistas las que "inventaron" nuestra docilidad como una representación que cumplía con un doble propósito: hacia el exterior, convencer a España de que los cambios afianzarían su poder sobre la Isla y, hacia el interior, afirmar la necesidad de un grupo dirigente para poder orientar los cambios y el progreso del país. Vease: Colón, El discurso civilizador; Alvarez Curbelo, Un país del porvenir; Picó, 1898: La guerra después de la guerra, pp. 34-35.

alguna décima, había pasado a convertirse en una verdadera fuerza histórica que aguardaba por una nueva voz orientadora. La independencia era la síntesis de una dinámica política que marcaba también un salto político y moral. Este principio se hacía voz y escrito. El "panfletista de Dios", orgulloso y optimista, no necesitaba ser modesto cuando proclamaba para la nueva fase del nacionalismo moderado de movimiento la necesidad de fundir a la juventud, obviamente letrada, con las masas, bajo la dirección de un nuevo "político con algo de poesía en su mochila":

> Perhaps the sharpest difference between Porto Rican development and that of the rest of Latin America lies in the fact that there has never been a serious movement for Porto Rican independence. Such political expression of a feeling for independence as we have had came -some say strangely, and some say naturally- under the American regime. In 1904, for the first time in our history, an enthusiast slipped an independence clause into the plataform of a ruling party, and its leaders felt compelled regretfully to leave it there. From that time until 1922, when the clause went overboard, that party's most earnest efforts were devoted to placing independence in as innocuous a position as possible. A dream for the far future, the natural desire of all peoples, the last refuge of dignity, were some of the formulas used. Indeed if it was kept alive so long the phenomenon must be ascribed to the persistence of José de Diego, a man too strong to override, who wished to hold that solution before the Porto Rican people. But the sentiment for independence is real enough among young fellows and common people, and it only waits to be organized by a politician with some poetry in his make-up.[48]

Un último punto merece destacarse. Afirmada la nación, como diferente del "Otro metropolitano", reconocido y enfrentado el colonialismo y sus desigualdades, quedaba por diagnosticar el tiempo de la caída. ¿Había destruido el "alma" nacional este período de tribulación que algunos llamaban americanización? La respuesta de Muñoz es interesante porque permite reconocer el carácter moderno del discurso nacionalista y su doble relación de aceptación y rechazo, tanto de la tradición como de la modernidad. En el muñocismo, ningún tiempo era visto como el reino de los absolutos. El pasado no era el bien y el presente el mal, sino que en ambos momentos coexistían fuerzas positivas y negativas que marcaban el proceso histórico del pueblo subordinado.

---

[48]Muñoz Marín, "Porto Rico: The American Colony", The Nation, p. 3.

Ya analizamos cómo la mirada hacia el pasado era un reconocimiento de su complejidad en la que se exaltaban algunos hechos materiales y espirituales considerados significativos, al mismo tiempo que se rechazaban otros elementos como la esclavitud, la libreta, el machismo y la indolencia. Debemos añadir que el presente era tratado de la misma manera. El muñocismo creía necesario distinguir entre las aspiraciones modernas o modernizadoras y la americanización. El error de muchos era hacerlos sinónimos, cuando en realidad la primera era un proceso universal en el que cada pueblo habría de seleccionar entre múltiples formas de vida, mientras que la segunda era un proceso de transculturalización destructiva. Sobre la americanización cultural del país había que concluir que era simplemente inexistente y el que los norteamericanos le hubiesen cambiado el nombre a la Isla no significaba nada porque los subalternos seguían llamándole Puerto Rico. Más aún, lo que algunos consideraban americanización era simplemente la defensa de ideas y prácticas modernas que debían asumirse y defenderse como parte del progreso humano. Para Muñoz, era posible constatar que a casi tres décadas de dominación norteamericana los puertorriqueños continuaban utilizando su propio nombre y apellido, se identificaba claramente con su pasado hispanoamericano y se mantenía aportando al quehacer cultural y político de Latinoamérica. Como discurso moderno y modernizador, el muñocismo buscaba selectivamente en el pasado y reconocía aspectos positivos en el presente para afirmar como destino la posible realización de una nación estable, armoniosa y moderna.

La invención de la nación y la presentación de sus problemas, decíamos al principio de nuestro análisis del artículo presentado en The Nation, eran las estrategias de un discurso cuyo saber-poder entablaba un diálogo-debate en un doble frente: con el "Otro metropolitano" y sus formas discursivas y con el "nosotros" y los diversos relatos nacionales que lo soñaban. Como parte de su estrategia de diálogo-debate, el muñocismo asumió una postura crítica frente al discurso

imperial, reconociendo en su interior la existencia de voces diversas. Por un lado, luchaba contra la voz imperialista conservadora; por otro lado, dialogaba para llamar la atención y reclamar el apoyo del ala progresista de la cultura metropolitana. Para él, el "Otro imperial" no era el anatema que parecía ser para un nacionalismo radical obcecado con los absolutos, sino un lugar complejo compuesto por fuerzas reaccionarias y progresistas a las que había que resistir o tratar de influenciar. Muñoz creía posible y necesario que la voz nacionalista puertorriqueña ayudara a inclinar la balanza a favor de las fuerzas progresistas norteamericanas, una aportación que habría de realizarse a partir de un diálogo basado en el respeto mutuo entre los dos pueblos diferentes que se valoraban como iguales. Su discurso defendía la tesis de que la puerta que hacía posible la comunicación con el "Otro imperial" no había sido clausurada u ocupada por los guardianes del imperialismo conservador. No sólo para "nosotros", sino también para el "otro" era su retrato del subalterno y su diagnóstico del fracaso de la política colonial. Rechazando el estereotipo construido por el discurso imperial, lo invitaba a un reconocimiento de la nación oprimida como sujeto histórico. Sólo de esta forma se podía conservar el respeto y la fidelidad que el pueblo de Puerto Rico había depositado una vez en su vecino del Norte y encontrar pronta superación al régimen colonial que amenazaba a ambos pueblos.

El nacionalismo muñocista, como discurso moderado, se veía a sí mismo como "moderador" de la acción del Estado imperial norteamericano, al mismo tiempo que buscaba fortalecerse apoyándose en los grupos progresistas de los Estados Unidos. Esta era una estrategia que hacía posible su modelo bipolar de pensar al "Otro imperial" como una nación dividida entre dos grandes fuerzas histórico-políticas. Estados Unidos no era el mal absoluto; todo lo contrario, era un país rico y contradictorio cargado de grandes posibilidades pero también de grandes peligros. En su ambiente político, la ola imperialista había avanzado durante las últimas décadas, pero sin

eliminar a los grupos progresistas. Se trataba de reconocer esta dualidad política para saber establecer las alianzas correctas y ayudar al sector más avanzado y democrático de la sociedad norteamericana a convertirse en gobierno. Con este grupo, la afinidad en las formas de percibir la Historia y los asuntos económicos y políticos, haría posible asegurar una gestión imperial ilustrada destinada a su propia extinción.[49]

Para el momento de su conversación con Díaz del Caney su discurso ya se revelaba también como un relato poderoso en el interior del campo discursivo nacionalista.[50] La voz enunciadora se afirmaba como voz autorizada para emitir juicios, como palabra racional y desinteresada que era también independiente y reclamaba sus diferencias con otras voces nacionales. El muñocismo buscaba afanosamente tomar distancia de otros discursos letrados y políticos para realizar su carácter polémico y crítico y pensaba su separación de las versiones partidistas como un esfuerzo por levantar "tribuna aparte" para "apelar a los electores con un programa individual". El intelectual estaba consciente de la necesidad de construirse un espacio de poder y lo buscó fuera de las líneas partidistas, en el espacio de la cultura. Allí, el artista progresista podía llevar a cabo su "oposición libre para ejercer su influencia desde la prensa y las cubiertas de los libros".[51]

Pero este distanciamiento de las posturas partidistas no significó de ninguna manera una exclusión de la política. Era más bien una treta para participar en ella. En este aspecto, el muñocismo, como nacionalismo moderado de la fase de movimiento, se alejaba del nacionalismo de arranque haciendo manifiesto su deseo de convertirse en utopía ligada a la práctica política y

---

[49]Véase: Muñoz Marín, "Porto Rico: The American Colony"; Bernal Díaz del Caney. "Entrevista a Luis Muñoz Marín", Los Quijotes. 19 de junio de 1926, año 1. Núm. 25, pp. 8-10, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 14, doc. 1.

[50]Díaz del Caney, "Entrevista", Los Quijotes, pp. 8-10.

[51]Díaz del Caney, "Entrevista", Los Quijotes, pp. 9-10.

luchando por construirse un lugar en el conjunto de voces que luchaban por definir la nación y elaborar sus posibles proyectos emancipadores. Su propósito era debatir en torno a una cuestión nacional opaca, inconclusa, que necesitaba aclararse para revitalizar la lucha contra la realidad y el discurso colonial. El nacionalismo moderado muñocista de la fase de movimiento era una voz que se sentía poderosa y autónoma para nombrar y provocar los asuntos "peligrosos" que las voces tradicionales, políticas y letradas, no podían o no querían reconocer. Se trataba de una voz que sentía la imperiosa necesidad de hacerse pública, tocando lo intocable, nombrando lo innombrable, transformando la ciudad letrada, a través de la ruta que llevaba de la bohemia intelectual al debate político, en una parte activa de la esfera pública.

Para Muñoz, las condiciones de la sociedad colonial justificaban la aparición de un nuevo discurso, autoconsciente de su contexto económico y social y, por lo tanto, capaz de superar, con un análisis más objetivo y agudo, la retórica sentimental del nacionalismo moderado conservador. En este punto, insistía en transformar la tradición nacionalista moderada en la que se posicionaba, destacando que los cambios en la sociedad colonial hacían necesario enlazar el sueño independentista con un programa de regeneración material y espiritual de la nación. Había que dotar al "ideal" político latente del nacionalismo moderado de terrenalidad. Su discurso afirmaba los límites del viejo nacionalismo conservador "del período sentimental" y buscaba construir un nuevo relato, que al captar las raíces económicas de las ideas políticas, pudiese articular un nuevo proyecto económico-político, redefiniendo las alianzas de clases para dar forma a un nuevo bloque de poder. Con su diagnóstico creía posible ayudar a organizar la hegemonía de las clases propietarias criollas, explicándoles "el antagonismo básico que existe entre el país y sus explotadores".[52] El nacionalismo sentimental conservador de la tradición política unionista, y luego aliancista, estaba obsoleto y si se

[52]Díaz del Caney, "Entrevista", Los Quijotes, p. 8.

deseaba rescatar a la nación de su caída material y espiritual era necesario un nuevo proyecto económico-político, consciente de las fuerzas económicas que dominaban el drama isleño. Sólo a partir de esta comprensión de la realidad sería posible reconstruir el bloque histórico y organizar la hegemonía de unas clases propietarias criollas obligadas a reconocer un lugar activo a las masas populares abrumadas por la explotación inmisericorde del capital corporativo ausentista.

Educando la voz: desde la distancia sigue la conversación con "Nosotros" y con el "Otro".

Para los inicios de 1929, Muñoz retomó el análisis que había desarrollado en su artículo en The Nation publicando en la revista norteamericana The American Mercury su escrito, "The Sad Case of Puerto Rico".[53] Se trató, sin lugar a dudas, de un gran texto de síntesis que recogió los aspectos centrales de su pensamiento. Lo que se colocaba en el centro de la problemática de su discurso era la relación entre Puerto Rico y los Estados Unidos. ¿De qué relación se trataba? El muñocismo afirmó que entre ambos pueblos se entabló una relación de poder en donde una de las partes imponía sus formas materiales y espirituales para oprimir, y hasta destruir, la otra. Estábamos ante una relación colonial que era necesario reconocer y enfrentar para encontrarle una salida honrosa que fuese beneficiosa para las partes involucradas.[54]

Para Muñoz, Puerto Rico había sufrido, como consecuencia de su "relación forzada con los Estados Unidos", dos grandes problemas: un contradictorio desarrollo económico y una peligrosa americanización cultural. Lo que comenzó como una promesa civilizadora ilustrada había

[53]Véase: Muñoz Marín, "El triste caso de Porto Rico", The American Mercury. Vol. 16, Núm. 62, febrero de 1929, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 12, doc. 21.

[54]Es bueno tener presente que hacía apenas un año el presidente Coolidge enviaba una carta al gobernador Towner negando que la relación entre Estados Unidos y Puerto Rico fuera una de carácter colonial. Véase: Coolidge, "Carta a Horace M. Towner", en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 375-382.

desembocado en realidad en una relación de opresión y barbarie: un mundo económico donde la riqueza encubría una miseria bochornosa y en donde el afán escolarizador, además de ineficaz, estaba orientado más a destruir que a desarrollar la dimensión espiritual de una comunidad. El colonialismo era una relación de dominio-subordinación y había que desmitificar sus logros y enfrentar sus consecuencias para poder edificarle a la nación subalterna un destino más fructífero. El presente de crisis de una nación, cuyas esperanzas económicas y culturales "están ahora en vías de irse al diablo", obligaba a enfrentar decididamente el orden colonial y el discurso imperial:

> Dos grandes problemas tienen perplejo a Porto Rico, provincia que fue de España, surgidos ambos de su forzada relación con los Estados Unidos. Uno tiene que ver con las consecuencias del desarrollo económico americano, el otro con la americanización cultural. Ambos calan en la raíz del drama que ahora se representa en aquel escenario encantador; ambos son portentosos en sus potencialidades.
>
> La importancia del problema económico es obvia para todos, sean cuales fueren sus opiniones o intereses. La americanización es más insidiosa. Esta tendencia trabaja mientras uno duerme... Cambia la expresión de los ojos, la forma de la barriga, el tono de la voz, la esperanza del Cielo, lo que los vecinos y las esposas esperan de uno... y todo esto sin darle a uno la oportunidad de devolver los golpes, sin presentarle siquiera el dilema de contraatacar o no. Ciertamente no hay dos cosas más importantes que tener lo que se desea y vivir tan espontáneamente como se pueda. Estas dos esperanzas están ahora en vías de irse al diablo en mi país.[55]

El discurso imperial colocó en el 98 la fecha inaugural de la historia moderna en Puerto Rico.[56] El nacionalismo moderado muñocista reconoció en el mismo momento un corte histórico pero invirtió la apreciación imperial: lo que el "Otro" vio como comienzos de la modernidad, lo interpretó como el inicio de un deterioro histórico que amenazaba con extinguir la nacionalidad subordinada. Revaluando el relato histórico de la "leyenda negra", que hablaba de una muchedumbre desgraciada que había vivido sometida a una metrópoli atrasada, invirtió su modelo

---

[55]Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury, p. 1.

[56]Coolidge, "Carta a Horace M. Towner", en Bothwell, Puerto Rico, cien años de lucha política, II, pp. 375-376.

comparativo del tiempo y destacó que al comparar el pasado y el presente, el tiempo que se vivía ya no salía bien parado frente al tiempo vivido. Se trataba de una estrategia discursiva: la de leer lo que "fuimos" y lo que "somos" de manera distinta a como lo interpretaba el discurso imperial, confrontando sus representaciones para esclarecer el pasado y descubrir, tras la aparente salud de la nación sometida, la voracidad destructiva del colonialismo arremetiendo contra su cuerpo y su alma.

Para enfrentar el presente y reclamar un futuro había que releer el pasado. El relato nacionalista moderado buscó analizar críticamente ese pasado reconociendo sus contradicciones formativas, pero sin poner en entredicho la existencia misma de la nacionalidad. Para poder percibir adecuadamente el tipo de sociedad que era Puerto Rico a la llegada de los norteamericanos era necesario que el análisis se llevara a cabo con nuevas categorías, distintas a las que utilizaba el discurso imperial. No podían ser la contabilización del dinero, las Centrales, los productos en el mercado, las escuelas o las carreteras los criterios a utilizarse para comprender aquella época. Manejando estos criterios materiales era que el discurso imperial proclamaba la superioridad indiscutible del presente sobre el pasado. Por el contrario, para poder develar "lo real" era necesario manejar nuevos criterios que hiciesen posible comprender la felicidad en la pobreza de un mundo rural de propietarios que supieron dar forma a una sociedad "humilde y sana", deseosa y capaz de asumir sus propias formas políticas y capaz de una "modesta seguridad".[57]

¿Cuál era la base económico-social del mundo perdido? Contra la imagen del país de hambrientos al borde de la destrucción que construyó el discurso imperial, Muñoz definió a Puerto Rico como una modesta pero balanceada sociedad en donde recursos y población, riquezas y necesidades estaban más o menos equilibrados. La base económica de este mundo la estableció una población de pequeños propietarios de la tierra que en su esfuerzo para doblegar la naturaleza

[57]Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury, pp. 1-3.

supieron combinar la relación entre el tiempo de trabajo y el tiempo del ocio para hacer vida familiar y edificarse una identidad cultural. A la llegada de los norteamericanos, una nación "sin un centavo pero contenta" había logrado asegurarse los mínimos de subsistencia y convivencia que hacían posible "vivir, dormir, comer, beber, fiestar, jugar, cantar y amar".[58]

Sobre esa estructura socio-económica de pequeños propietarios dominaba un amo feudal que entablaba con su medios y con los hombres una relación paternalista más o menos "brusca o blanda, inteligente o estúpida", pero siempre deferente y solidaria. En el pasado de la nación subalterna, el poder que cabalgaba por la tierra como "dueño de su casa" era el símbolo de una riqueza equilibrada, poco ostentosa, de hijos de un "pequeño mundo altivo" compuesto de muchos dueños y señores de la tierra que sabían combinar "su suave penuria" con la música y la imaginación. El Puerto Rico del siglo XIX era indudablemente una sociedad estratificada pero abierta, "tierra de oportunidades" en donde el que no tenía una casa podía conseguirla y en donde los miembros de cada clase podían disfrutar de los bienes mínimos que los identificaban con su status (lugar) social. El deseo económico de la élite propietaria no era la avaricia desmedida del capital ausentista y el "ostentoso desfile de aparatos" del consumismo burgués, sino el reclamo al disfrute de su hacienda y, si era posible, de una casa en la ciudad o de algún viaje a Europa. Sobre ese "pequeño mundo sereno" posó el imperialismo norteamericano su bandera y su capital, imponiendo un "mundo febril", con un movimiento comercial y un consumismo despilfarrador que trastocó las bases materiales y las formas sociales de convivencia de la nación subordinada. En el relato nacionalista muñocista, lo feudal era revalorado como contrapeso de la voracidad del capitalismo salvaje y sus relaciones utilitarias, que habían convertido al país en "una próspera

[58]Muñoz Marín, “El triste caso de Puerto Rico”, The American Mercury, p. 2.

factoría trabajada por esclavos que han perdido su tierra y es posible que pronto pierdan también sus guitarras y sus canciones".[59]

El resultado de la dominación norteamericana era pues una modernidad paradójica, caracterizada por la explotación y la desigualdad, que amenazaba con romper el equilibrio social. El llamado progreso del mundo colonial lo que había provocado era la sustitución de la "modesta seguridad' del "país semifeudal" por una falsa opulencia que alardeaba de sus proezas materiales. El discurso imperial era una mirada a la superficie de la realidad social puertorriqueña, una pedantería engañosa jactándose de un presente "lleno de cosas que no pueden obtenerse" y en donde se estaba ensanchando "el margen entre lo que se tiene y lo que se puede imaginar". La modernidad colonial era un lugar de opuestos en donde una parte del mundo real impugnaba a su otra región: espacio-tiempo de muchas escuelas para niños hambrientos y de muchas carreteras para gente descalza. Las aulas repletas de estómagos vacíos, la industria azucarera incapaz de sazonar el café del trabajador y las nuevas carreteras y ferrocarriles por donde transitaba la riqueza junto al hombre sin zapatos eran las paradojas mismas del orden colonial.

En el plano político, la dominación norteamericana había significado también un retroceso frente a los poderes concedidos por España en la Carta Autonómica de 1897. Comparando esta Ley Orgánica con el Acta Jones era indudable que habíamos perdido en vez de conquistado derechos. En primer lugar, Puerto Rico pasó de un pueblo administrado por los puertorriqueños a un régimen dominado por el Departamento de Guerra de los Estados Unidos. Más aún, la Isla perdió su poder para realizar tratados y vio transformarse su representación legislativa en las cortes españolas a un Comisionado en Washington sin derecho al voto. El "lugar apacible y deleitoso", fácil de gobernar por una élite de políticos ecuánimes, y que podía realizar una "prosperidad sin presunciones" que

[59]Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury, p. 1.

expresara todo su potencial material y espiritual, había quedado reducido a una tierra dominada por la actitud servil de una mayoría construida sobre las migajas que repartía el poder imperial para lograr la lealtad de sus incondicionales:

> España había concedido recientemente a Porto Rico una forma autonómica de gobierno. La isla era administrada por portorriqueños bajo un sistema responsable de gabinete y el Gobernador General, aparte de su mando militar, era tan puramente ceremonial como su colega de Canadá. Porto Rico tenía el control de sus aduanas, cierta medida del poder para hacer tratados y dieciséis representantes en las Cortes de Madrid. La isla estaba investida del poder para desarrollar su vida económica del modo más conveniente a sus gustos e intereses. Sus estadistas y políticos tenían el futuro en sus manos; era suya la responsabilidad de modelar este lugar apacible y deleitoso en una imagen de justicia y de prosperidad sin presunción. Porto Rico es pequeño, no muy complicado, y tal tarea era fácil si se emprende con espíritu de estadista ecuánime, sin hachas que amolar.
>
> Pero parece haber en los Estados Unidos un sentimiento contrario a permitir que otros sean responsables de su propio bienestar. Bajo la dominación americana el gabinete nativo, tolerado al principio, pronto encontró que las usurpaciones de poder de los gobernadores militares le hacían la vida imposible. Así, el gabinete renunció en pleno. Un sistema híbrido de gobierno, establecido al amparo del Acta Foraker, tomó el lugar de la amplia autonomía establecida por España.[60]

En el plano económico, el libre comercio se tornó una navaja de doble filo: permitió acceso protegido al mercado norteamericano para el azúcar y el tabaco puertorriqueño, controlados por los grandes capitales norteamericanos, al mismo tiempo que desamparaba áreas de nuestra economía en las que aseguraban su existencia una importante masa de pequeños propietarios, como era el caso del café. Más aún, el país quedó sumido en una dependencia casi absoluta del mercado norteamericano y, mientras se enriquecían, exportando, los propios capitalistas norteamericanos que reinaban en la Isla, se empobrecía la población consumidora que dependía cada vez más de productos importados desde los Estados Unidos y en barcos de este país. Puerto Rico se cañaveralizó según el latifundio ausentista afianzó su dominio. La concentración de la tierra y la riqueza destruyó el equilibrio social deshaciendo la pequeña propiedad y provocando la polarización

[60]Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury, pp. 3-4.

social. La nación de propietarios devino en un gran cañaveral regenteado por políticos y millonarios extranjeros que disfrutaban la danza de los millones hecha a costas de una masa pauperizada de mendigos. Bajo la semblanza de justicia y opulencia que proyectaban la tarifa, el auge azucarero y la balanza comercial favorable, se escondía "la realidad del usurero", la explotación inmisericorde de las masas trabajadoras, la destrucción de la riqueza y el equilibrio social del mundo criollo. A la par con el ascenso del capital se derrumbaba la nación oprimida sometida a una pauperización desenfrenada que culminaba en un presente irónico: "lugar de estadísticas halagüeñas y realidades alarmantes", reino "de industriales y barones de la tierra absentistas", "antro de explotación del Tío Samuel":

> Luego se levantó una muralla tarifaria alrededor de la isla. El azúcar se convirtió en la principal beneficiaria y la caña se extendió por los valles y trepó a las laderas con la celeridad de un incendio forestal. La economía española se había fundado, un poco al azar, en los minifundios. La economía americana, introducida por la Guánica, la Aguirre, la Fajardo y otras grandes centrales, se basaba en los molinos millonarios y el control estrecho de la tierra circundante.
>
> A estas alturas, el desarrollo de las grandes haciendas absentistas, la rápida restricción de la siembra de café -la cosecha natural del agricultor independiente- y la concentración de la manufactura de cigarros en las manos del consorcio americano se han combinado para hacer de Porto Rico una tierra de mendigos y millonarios, de estadísticas halagüeñas y realidades alarmantes. Cada día se convierte más y más en una factoría trabajada por peones, disputada por abogados, mandada por industriales absentistas y regenteada por políticos. Porto Rico es hoy el segundo mayor antro de explotación del Tío Samuel.[61]

En torno a la americanización, el muñocismo puso en práctica su doble estrategia de aceptación y rechazo. En un principio, la americanización era la adopción de formas de vida y valores ajenos, muchas veces inferiores, a los que se practicaban en la nación oprimida. En el plano institucional, la misma intentaba llevarse a cabo a través de grupos de la sociedad civil que penetraban con su sinsentido en el mundo tradicional. Lo peor, era esa imitación superficial de lo ajeno que destruía los estilos culturales propios sustituyéndolos con formas y valores sin

fundamentos objetivos en la sociedad puertorriqueña. El centro humano de esta despersonalización lo constituían un sector "de personas mayores que se americanizan por un sentido de inadecuación como puertorriqueños" y que "exclusivamente imitadores" se han tornado extraños en su propio país.[62]

Pero la americanización no era siempre una anomalía repudiable. El nacionalismo moderado muñocista estaba dispuesto a reconocer aspectos positivos en la transculturalización siempre y cuando se entendiese como un proceso de modernización indispensable para establecer mejores relaciones sociales. Dentro de esta postura era que juzgaba la cuestión femenina y reconocía que el contacto con la cultural norteamericana estaba ayudando a superar los esquemas tradicionales del machismo latinoamericano, otorgándole a la mujer su lugar como sujeto. La reducción de la mujer a una de cuatro posibilidades -solterona, esposa, amante o prostituta- comenzaba a ser superada por los nuevos valores modernos, transformándolas simplemente en "muchachas" y permitiéndoles, junto a su presencia económica, rescatar su voz, ejercer la palabra que era poder para "hablar en público y hostigar a los legisladores".[63]

Lo indudable era que la americanización, entendida como desplazamiento de las formas de vida propia y adopción de formas culturales ajenas, había sido un proyecto fracasado. A más de tres décadas se podía comprobar que el país oprimido conservaba una clara identidad latinoamericana y que el sentimiento independentista predominaba, particularmente entre los jóvenes. A la vanguardia de esta defensa de la nacionalidad se encontraba la juventud universitaria que le había sabido dar al

---

[61]Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury, pp. 4-5.

[62]Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury, p. 6.

[63]Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury, p. 6.

nacionalismo tanto su acento político como cultural. El tono romántico y hasta nostálgico con que se describía el mundo perdido se convertía ahora en nacionalismo hispanófilo:

> La población es así igualmente susceptible a las emociones nacionalistas que a la manera americana de vida. Mientras ésta crece como un parásito monstruoso a expensas de la latinidad de la isla, sigue siendo un hecho que cuando-quiera que un político de inteligencia y prestigio ha planteado la cuestión de la independencia nacional ha inclinado toda la isla a su favor. Son los estudiantes de la universidad, sin embargo, quienes dan expresión a la forma más consciente y compleja del nacionalismo, no sólo como un control soberano de los empleos sino como una continuidad cultural.
>
> No quieren que el temperamento del país sea violado por las bayonetas de la educación o por el contagio inminente mediante las relaciones comerciales estrechas. Quieren que Porto Rico sea Porto Rico, no una réplica coja de Ohio o Arizona. Quieren que su espíritu sea parte del gran espíritu español, que ahora está en vías de salvarse por sí mismo de su ruina política y económica.[64]

Como punto de cierre en su análisis de Puerto Rico, Muñoz concluía que el debate entre la americanización y la identidad nacional obligaba a reconsiderar la cuestión del status. En el contexto colonial no existía seguridad alguna de que el resultado de esta lucha fuera favorable a una nacionalidad fortalecida con nuevos aspectos modernos. Lo que hasta ahora había sido victoria de la identidad podía tornarse en desnacionalización asimilista. Se hacía necesario pues "salvar a una cultura de convertirse en el mono de otra" y para esto urgía adoptar un proyecto político. Pero, ¿cuál? Descartada la estadidad, por requerir una "americanización respetable" de nuestra dimensión material y espiritual, quedaban entonces dos opciones: una independencia política que hiciese posible que el país retuviese su personalidad histórica y un régimen autonómico que, como "dispensa especial del Congreso", ofrecía una "suerte más absurda", la de una personalidad híbrida sobre el telón de fondo de un "fantástico e indoloro infierno".[65] En “El triste caso de Puerto Rico”, el muñocismo continuaba su lucha contra el nacionalismo moderado conservador articulado por

---

[64]Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury, p. 7.

[65]Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury, pp. 7-8.

Barceló y predicado en las filas del aliancismo. Este había argumentado que la estadidad y la independencia carecían de posibilidad histórica y que sólo quedaba como alternativa real un "self government" que nos permitiría constituirnos en "istmo espiritual entre las Américas", en "puente de ideales entre los dos continentes, las dos razas y las dos civilizaciones del Hemisferio Occidental".[66] Contra este panamericanismo imperial entonado a coro por el nacionalismo moderado conservador barceloista, la voz profética del joven periodista advertía:

> La forma casual en que el carácter de la isla lucha por la supervivencia puede influir en su futuro político. Si la isla ha de ser semi-independiente como Cuba, o autónoma bajo alguna dispensa especial del Congreso, es cuestión a ser determinada por el mutuo influjo de los intereses políticos y económicos. Pero es seguro que

[66]Hemos señalado que desde el período de Reily, el nacionalismo moderado había optado por abandonar la independencia y asumir como "ideal" la realización del Estado Libre Asociado definido en el proyecto Campbell. El Manifiesto aliancista de Barceló y Tous Soto reafirmó esa trayectoria al declarar que ante la falta de interés que mostraban las esferas federales en la cuestión del estatus de Puerto Rico, los "partidos históricos" habían encontrado "un punto de contacto", una idea integradora, en el reclamo de "pleno self government" para el país. En 1928, llovió sobre mojado. Los líderes aliancistas recogieron una serie de citas de políticos y burócratas norteamericanos, que descartaban la estadidad y la independencia, para insistir en su reclamo de autonomía. Después de todo decían: "necesitamos un ideal político que alcanzar para que la esperanza reemplace el desaliento". La propuesta era impulsar reformas posibles al régimen colonial, como la concesión del gobernador electivo, la facultad de imponer o eliminar la tarifa a ciertos productos, cambios en el régimen judicial y la capacidad para legislar regulando el comercio y enfrentando el absentismo y el latifundio. Descartados los dos extremos, la independencia y la estadidad, por imposibles, quedaba el lúcido medio, el puente, lo mejor de dos mundos: "No estamos reclamando del pueblo americano que nos conceda ni Independencia ni Estadidad. Si se ofreciese ahora la Estadidad a nuestro pueblo, creemos honradamente que Puerto Rico no rehusaría, no podría rehusar el honor que la Estadidad significa, a pesar de las dificultades económicas que llevaría consigo, las cuales resolveríamos con ayuda del Congreso. Si se nos ofreciera la Independencia, aceptaríamos la independencia, en las mismas condiciones que Cuba, nuestra hermana. Pero estamos sugiriendo como transacción de esas soluciones extremas, una forma de gobierno que no es ni la Estadidad ni la Independencia, pero participa de ambas formas, con las ventajas de ambas, y sin las desventajas de ninguna. ... Estaríamos asociados a la Unión, pero no incorporados a ella. De este modo ambos pueblos permanecerían unidos por una bandera común, por una común soberanía, por una común ciudadanía. Estaríamos mutuamente ligados, por los lazos de recíprocos intereses, aspiraciones y afectos; y Puerto Rico estaría en posición de constituir el istmo espiritual entre las Américas, el fundamento del puente de ideales entre los dos continentes, las dos razas y las dos civilizaciones del Hemisferio Occidental." Véase: Antonio R. Barceló y José Tous Soto, "Manifiesto a los puertorriqueños", 6 de marzo de 1924; "Carta a Félix Córdova Dávila", 2 de abril de 1928, en Pagán, Historia de los partidos políticos, I, pp. 227-234, 298-306.

> nunca será incorporada a la Unión como un estado excepto mediante la fusión de fuerzas culturales, esto es, no a menos ni hasta que nuestro estilo de vida y pensamiento se hayan americanizado respetablemente.
>
> ¿Ocurrirá esto alguna vez? ¿Retendrá la isla su personalidad histórica? Una respuesta sin cualificar a cualquiera de estas preguntas necesariamente no abarcaría las posibilidades. Quizás una suerte más absurda nos ha sido deparada. Quizás estemos destinados a no ser ni portorriqueños ni americanos sino meramente títeres de una mentalidad híbrida, susceptibles al pensar americano y orgullosa del pensamiento latino, servil a la manera americana de vivir y reverente del estilo ancestral de vida. Quizás habremos de discutir a Cervantes y comer habichuelas con tocineta en el restorán Child's que tendrá que abrirse en Porto Rico algún día. Quizás trataremos de evitar que nuestra madre nos sorprenda leyendo los versos picarescos de Quevedo. Quizás nos dirigimos a nuestro modo a un singularmente fantástico e indoloro infierno. Quizás todo esto no es nada más que una catadura del panamericanismo.[67]

En búsqueda de una nueva alianza o fijando la mirada en la política.

El nacionalismo moderado muñocista era, como otros relatos nacionalistas de la fase de movimiento, un discurso integrador obsesionado con la reorganización de las fuerzas sociales y políticas del país. Para éste, sólo a través de una nueva alianza de clases y sectores políticos sería posible construir un bloque de poder capaz de enfrentar el poderío del orden colonial-imperial. Pero en Puerto Rico existía un obstáculo a superar. Las alianzas socio-políticas, más que ayudar a la formación de un bloque progresista de fuerzas anticoloniales, habían retrasado esta posibilidad demostrando la incapacidad del liderato político. Durante la década del 20, la Alianza y la Coalición habían resultado dos peligrosas equivocaciones: la primera, había sometido las fuerzas progresistas del nacionalismo moderado al liderato de los sectores propietarios conservadores; la segunda, desorientado las luchas de los trabajadores, alejándolos de la cuestión nacional. La estrategia del muñocismo fue mantenerse a distancia de las líneas partidistas, sobre todo de la unionista y de la socialista con la que sentía alguna afinidad, por considerar que ambas habían errado en sus pactos

[67]Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury, pp. 7-8.

políticos. Su esfuerzo se dirigía a intentar destruir estos bloques desde una posición de autonomía intelectual y política que le permitía su papel de periodista.

A lo largo de la década del 20, el pensamiento y la acción política de Muñoz estuvieron dominados por una mezcla de perspectivas socialistas y liberales que, curiosamente, tenían en Puerto Rico sus propias organizaciones político partidistas: la primera el Partido Socialista dirigido por Iglesias y la segunda el unionismo dirigido por Barceló. Entre estas dos tendencias políticas Muñoz buscaba su lugar como agente catártico deseoso de provocar una nueva síntesis. Se trataba, más que de servir de puente entre estos dos organismos políticos, de presentarse como el representante de una nueva etapa en el desarrollo del nacionalismo moderado, una nueva etapa que sería el resultado de una verdadera fusión entre socialismo y liberalismo. En esta dirección fue que desarrolló sus notas editoriales en La Democracia y, posteriormente, en El Nuevo Mundo entre los años 1926-29.[68]

Muñoz consideraba la Alianza organizada por Barceló y Tous Soto un partido político antinatural y, por lo tanto, una equivocación que debía corregirse si se quería llevar al nacionalismo moderado a posturas más radicales en el plano político y social. El pacto del unionismo, capitaneado por Barceló, con el ala republicana dirigida por Tous Soto había estancado las medidas sociales contenidas en el programa unionista, reduciendo las mismas a meros gestos paternalistas que ponían de manifiesto la incomprensión que el nacionalismo moderado tradicional tenía de las luchas sociales y políticas del momento. La alianza natural, la que debió haberse realizado y no se realizó, era exactamente la de las fuerzas liberales del unionismo patriótico con las del socialismo obrero. Si este acuerdo intelectual y político se hubiese logrado, y había que trabajar para que se concretizara, hubiese sido posible llevar a cabo la integración de los propietarios y los trabajadores criollos, de la

[68]Me ha parecido muy acertada la lectura que en torno a las posturas del muñocismo durante este

conciencia nacional y la conciencia social, de la intelligentsia con las masas populares. Pero en la vida política puertorriqueña el colonialismo había creado tal confusión que el absurdo de la Alianza se culminó con el absurdo de la Coalición.

La tarea urgente en el plano de la práctica política era el restablecimiento del diálogo entre los sectores progresistas del unionismo y el movimiento obrero, para restarle poder a los sectores conservadores que se habían ligado políticamente a uno y otro. De esta manera se podría disminuir la influencia del conservadurismo de Tous Soto sobre el liberalismo de Barceló, y del anexionismo de Martínez Nadal sobre el socialismo de Iglesias, y organizar un nuevo bloque de poder de las fuerzas progresistas representadas socialmente por los trabajadores, las clases medias y los intelectuales nacionalistas. Muñoz veía esta nueva alianza como una propuesta radical que ayudaría a la superación de lo viejo en lo nuevo, a la transmutación misma del nacionalismo moderado tradicional y del movimiento obrero, para hacer posible la lucha anticolonial como reconciliación económico-social y política de las fuerzas progresistas del país. En el plano político, el proyecto integrador del muñocismo era "encerrar en un mismo cuarto" al unionismo y el socialismo y para esto había que vencer su mutua desconfianza y neutralizar las influencias de las dos alas del conservadurismo anexionista republicano.[69]

---

período ha realizado Bernabe. Véase: Bernabe, Respuestas al colonialismo, pp. 99-124.

[69]Véase: Muñoz Marín, "Habla Luis Muñoz Marín", La Democracia, 22 de junio de 1926; "Profesión de fe" La Democracia, 1 de julio de 1926; "Notas editoriales", La Democracia, 3, 8, 12, 13, 21 y 30 de julio de 1926; "Notas editoriales", La Democracia, 2, 13 y 14 de agosto de 1926; "Notas editoriales", La Democracia, 16 de septiembre de 1926; "Notas editoriales", La Democracia, 25 de agosto de 1927; "Editorial", El Nuevo Mundo, 16 y 23 de marzo y 6, 13, 20 y 27 de abril de 1929, en ALMM. Sec. II, serie 3, folio 11, doc. 1-6; "Los problemas fundamentales de Puerto Rico, aparte del político", El Mundo, 4 de abril de 1929, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 12, doc, 1; "The Task Roosevelt Faces in Porto Rico", Baltimore Sun, 23 de agosto de 1929, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 10, doc. 1.

¿Qué significaba en el plano social su propuesta para una nueva alianza? La lectura que hacía el muñocismo de la cuestión socio-política era como sigue. Para mediados de la década del 20, en el interior del unionismo-aliancista se había desatado una lucha entre las fuerzas conservadoras de la plutocracia y el liberalismo dirigido por Barceló. Las fuerzas del capital se habían organizado en las llamadas "Fuerzas Vivas" y parecían inclinadas a impulsar un nuevo movimiento político. Aunque Barceló no aceptaba que la plutocracia fuese capaz de imponer la línea de acción del partido,[70] era indudable que la misma había bloqueado los avances del liberalismo barceloista y perjudicado el diálogo con el socialismo de Iglesias. Muñoz veía el unionismo-aliancista como un equilibrio precario de grupos sociales distintos, tanto en el plano ideológico como social. Le parecía entonces inevitable una ruptura del bloque social que articulaba el unionismo y consideraba que esta crisis ayudaría a liberar al nacionalismo moderado tradicional haciendo posible su acercamiento al socialismo. El muñocismo colocaba en el bando de los enemigos socio-políticos, junto al aparato burocrático colonial y a la burguesía ausentista norteamericana, a una burguesía criolla que resultaba incapaz de llevar a cabo los sacrificios que podían salvaguardar su hegemonía económica y política en el país. La invitación para formar el nuevo bloque histórico comenzaba pues condenando todo acto guiado por el interés particular de una clase o grupo político-ideológico:

> Es ley política, como llevo indicado, que nuevas fuerzas de oposición sustituyan a las que van desapareciendo. Pero si se analiza, así sea someramente, la posición especial de una colonia, no tardamos en darnos cuenta de que no están necesariamente justificadas en ella las oposiciones de carácter interno. La oposición en una colonia la deben constituir todos sus hijos ante la fuerza absorbente de quienes ejercen la soberanía sin el consentimiento de aquellos sobre los cuales la ejerce. Todo Puerto Rico es la oposición legítima, la rebeldía ordenada, razonable, y no por eso menos resuelta. La absorción económica y su colateral el estancamiento

[70]Véase: Muñoz Marín, "Conversaciones políticas: El Sr. Barceló y los pactos", Puerto Rico Ilustrado, 2 de junio de 1923, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 353-355; "Editorial", El Nuevo Mundo, 13 de abril de 1929, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 11.

> político, son las dos alas del verdadero enemigo. La solidaridad de los partidos es la fuerza cohesiva de la oposición puertorriqueña. El movimiento político de las Fuerzas Vivas es la traición que alza sus garras en el seno de la gran solidaridad puertorriqueña.[71]

Pero, ¿era la burguesía criolla exactamente el enemigo? El nacionalismo moderado muñocista se debatía aquí ante un dilema: ese de ser un proyecto burgués pero, para una burguesía temerosa de las consecuencias económicas, políticas y sociales que pudiesen acarrear las transformaciones del orden vigente. Sectores importantes de las clases propietarias criollas se habían ligado al capital corporativo ausentista y beneficiado con el supuesto progreso material de la economía colonial. La burguesía criolla era una burguesía antirrevolucionaria, atada a una perspectiva de clase estrecha, que rechazaba los cambios y debía ser sacudida para que pudiese reconocer otras opciones, particularmente esas que articulaba la "revolución pasiva". El muñocismo llamaba a las clases propietarias del país a una misión: la de hacerse hegemónicas y asumir un proyecto de reorganización de la totalidad social como clase nacional. Reconociendo el campo burgués como una zona heterogénea de sectores propietarios ligados a distintas actividades económicas, y con diferente poder material, intentaba cautelosamente ofrecerles un nuevo proyecto histórico.

En el plano político-ideológico, el muñocismo intentó realizar su función integradora rechazando la teoría de la lucha de clases y adoptando el modelo liberal de los grupos de presión. Además, defendió la posibilidad de una reconciliación armoniosa de los diversos sectores sociales y políticos en aras del bien común. Este bien común era, claro está, la salvación nacional. Se decidió entonces a enfrentar las fuerzas conservadoras del capital criollo dejando abierta la puerta del diálogo reconciliador, tendiéndoles siempre un boleto para el viaje histórico de la nación oprimida

[71]Muñoz Marín, "Notas editoriales", La Democracia, 25 de agosto de 1927; Díaz del Caney, "Entrevista a Luis Muñoz Marín", Los Quijotes, 19 de junio de 1926.

hacia un destino de bienandanza: el de la comunidad reconciliada, libre y moderna. Su conclusión era que este futuro dichoso sólo podía alcanzarse si las clases propietarias criollas mostraban la inteligencia y el valor para articular e impulsar un proyecto nacional que, claro está, conllevaba sacrificios que se debían reconocer y asumir sin titubeos. Primero, el de reconocerse como uno más entre otros grupos importantes del país. Segundo, el de reconocer la autonomía del gobierno, acostumbrados como estaban a reducirlo a un simple apéndice de su voluntad. Tercero, el de adoptar una actitud de mayor compromiso y solidaridad con las necesidades de otros sectores sociales, asegurando la cohesión del nuevo bloque histórico, exactamente lo que las Fuerzas Vivas parecían rechazar.

En este punto, es posible decir que el muñocismo era el discurso de un intelectual orgánico de la burguesía criolla que intentaba enseñarle como superar su estricto interés corporativo para elevarse a clase nacional capaz de ejercer su hegemonía sobre un bloque histórico. Las Fuerzas Vivas podían legítimamente defender sus intereses pero no podían pretender convertir el Estado en un simple facilitador de sus privilegios particulares. Su función dirigente la obligaba a trascender la perspectiva economicista para saber realizar las concesiones pertinentes que hiciesen posible la construcción del bloque de poder nacional a través de la incorporación de las masas populares.

Sin embargo, a lo largo de la década del veinte el diálogo entre el nacionalismo moderado muñocista y las Fuerzas Vivas fue siempre precario y dominó la tensión y la confrontación. No podía ser de otro modo si sumamos, al conservadurismo de este sector privilegiado de la economía colonial, la debilidad de un discurso muñocista que era en este período una voz entre otras en el campo político y, por momentos, una voz que desentonaba, una voz de solista, poderosa, autónoma, novedosa, con un canto problemático que no lograba hacerse himno nacional. Las élites dirigentes

de la burguesía criolla no olvidaban el pasado socialista y turbulento del joven intelectual en la campaña electoral del 1920 y obviamente su gesto de reconciliación fue visto con desconfianza.

Muñoz comprendió rápidamente que la única forma de realizar la unidad del nuevo bloque histórico era invitando a un reconocimiento de la diversidad y de los lugares que ocupaba cada uno de los sujetos que formaban la nación oprimida. El egoísmo ciego de las Fuerzas Vivas atentaba contra esa unidad y se presentaba como un "factor de discordia" que obstaculizaba la obra de la fraternidad y el espíritu de solidaridad entre todas las fuerzas puertorriqueñas. Los "viejos aliados" del unionismo eran ahora sus principales detractores y era necesario enfrentarlos sin descartar su futura participación en el interior del bloque nacional. La incorporación de la burguesía criolla tendría que esperar a un momento más propicio -y será la crisis orgánica que dominará toda la década siguiente la que habrá de permitir este reencuentro- pero ahora la prioridad era combatir sus desaciertos. En su presente histórico, finalizando la década del 20, la burguesía conservadora resultaba un obstáculo para la gran alianza del liberalismo y el socialismo y había que aislarla y darle un escarmiento político, sobre todo a los sectores más conservadores y antinacionales que permanecían siempre fieles al orden colonial-imperial. El intelectual orgánico se adelantaba aquí a su clase, no sólo ofreciéndole un proyecto que ésta no podía visualizar, sino afirmándole que existían tareas políticas que tenían prioridad. Si la burguesía, bajo el peso de su riqueza, caminaba lentamente, no había necesidad de esperarla. Los problemas del país sólo podían ser enfrentados a través de una nueva alianza entre el proletariado, las clases medias y la intelligentsia progresista; diálogo del liberalismo y el socialismo representado por las tardes de conversación "sincera y amplia" de Barceló e Iglesias al amparo de esa región física y espiritual que era la redacción de La Democracia, capitaneada en ese entonces por la voz poderosa y mediadora de su Director:

> La teoría sobre la cual yo procedía en "La Democracia" era la siguiente: los problemas fundamentales de Puerto Rico, aparte del político, no los pueden resolver

> las clases adineradas, porque jamás se ha dado el caso de que una clase adinerada se suicide o se desprenda espontáneamente de sus privilegios; los problemas los resolverán aquellos a quienes les convenga resolverlos. Por otra parte, ningún partido había llegado al poder en Puerto Rico sin el apoyo de las clases adineradas. Pero en el caso muy especial en que nos encontrábamos, si Barceló echaba su personalidad en la balanza a favor de la clase media y de la conciencia genuinamente democrática creada por Iglesias en la masa electoral, la clase que por sus intereses naturales -aunque no legítimos- se oponía a darle el corte radical a los problemas de la isla se vería privada de todo instrumento político forjado, para ejecutar su voluntad desde el poder, se vería en la precisión de inventar un instrumento precipitadamente con tal propósito, y el éxito en semejante empresa no era probable. Porque no era lógico esperar que para salvarse del demonio de Barceló se fueran a escudar tras el satanás de Iglesias. De este modo, Puerto Rico se vería libre por cuatro o por ocho años -lo que tardaran las Fuerzas Vivas en organizar un partido de éxito- de la influencia reaccionaria del dinero en el desenvolvimiento de un plan de reforma serio y audaz.[72]

Pero el mundo de la plena cooperación política fue un deseo irrealizado. El sueño de un "tiempo libre" para que "los directores de un pueblo, los artistas de un destino colectivo"[73] pudiesen concretizar su acuerdo se quedó entre editoriales y reuniones y no se concretizó en un pacto político. Para ser más precisos debemos aclarar que se deshizo como posibilidad política inmediata pero no como parte de su proyecto político, que tendrá que esperar casi una década para ver establecida esta alianza en una nueva unidad partidista, curiosamente fuera de los partidos políticos tradicionales y luego de la muerte de sus dos líderes principales.

¿Cómo se explicaba Muñoz el fracaso de su propuesta? Es importante detenernos en sus explicaciones porque las mismas contienen una toma de conciencia de los frentes de lucha político-ideológica y de las clases sociales que creía necesario definir y organizar. Para él, fue la burguesía organizada en las Fuerzas Vivas la que, promoviendo su propia agenda en Washington, se opuso a las fuerzas progresistas que se preparaban para "el gran drama del rescate de Puerto Rico para los

---

[72]Muñoz Marín, "Editorial", El Nuevo Mundo, 16 de marzo de 1929, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 12.

[73]Muñoz Marín, "Editorial", El Nuevo Mundo, 16 de marzo de 1929.

puertorriqueños".[74] El capital había sabido explotar su poder interno dentro de las filas aliancistas para debilitar la postura liberal de Barceló y oponerse al nacionalismo moderado muñocista. La jugada de mate la completó la desconfianza entre el liderato y "la politiquería de villorrio" que dominaba en la Isla:

> ¿Causas? (1) Presión capitalista sobre ciertos grupos e individuos de la Alianza; (2) desconfianza de Iglesias y los coalicionistas que no creyeron -y con razón- que se había hecho un esfuerzo suficientemente serio para poner en acción el programa económico liberal de la Alianza; (3) politiquería de villorrio por parte de unos y otros, especialmente en las localidades.
>
> Estas tres causas no están claramente definidas y se mezclan unas con otras. La presión capitalista a veces mueve a los políticos locales para debilitar la Alianza, más peligrosa que la Coalición porque domina el poder abrumadoramente; a veces son los políticos locales, desatendidos en sus esperanzas de alcaldías, fiscalías y porquerías, los que se apoyan en el resentimiento y terror del capital. La influencia capitalista, en sus esferas más elevadas, se hace sentir a través de Washington. Todo esto debilita el liberalismo acendrado de Barceló, que era el liberalismo flameante de la Alianza. Esto, a su vez, afirma la desconfianza de Iglesias, que es un hombre razonablemente desconfiado. Se hace imposible una unión formal entre los partidos políticos que hasta entonces habían mantenido relaciones extra-oficiales de cordialidad, y, habiendo elecciones a la vista con candidaturas rivales, no queda más remedio que la pelea, el insulto, la intransigencia, que parecen ser la savia de toda lucha electoral.[75]

Si la estrategia principal de la plutocracia en el interior de las filas unionistas-aliancistas era separar lo económico y lo político argumentando que la urgente necesidad de reformas políticas sólo podían lograrse si se dejaban intactos los privilegios de los grupos privados norteamericanos en el plano económico, la del nacionalismo moderado muñocista consistió en sostener la unidad de lo económico y lo político y reafirmar la necesidad del nuevo pacto de las fuerzas sociales compuestas por el proletariado, las clases medias y la intelligentsia. Su consigna era la cooperación transclasista, la solidaridad de las fuerzas progresistas, para "acabar con la trágica y ridícula lucha" presentando un frente unido que pudiese "demandar" y no implorar, soluciones a los problemas del país. Puerto

[74]Muñoz Marín, "Editorial", El Nuevo Mundo, 23 de marzo de 1929.

[75]Muñoz Marín, "Editorial", El Nuevo Mundo, 23 de marzo de 1929.

Rico vivía un nuevo momento histórico, el de la mayoría de edad del nacionalismo moderado listo ya para "soltar los juguetes y empuñar la espada" y "romperle los colmillos al perro" del colonialismo. La unidad de las fuerzas sociales y políticas progresistas permitiría lo que muchos creían imposible: que una nacionalidad pequeña se defendiese ante un gran imperio.[76]

Detengámonos aquí para analizar en qué consiste esto de "demandar" de Washington prontas soluciones a nuestros problemas. En primer lugar, demandar era un acto de verticalidad política que no significaba confrontación o incitación a la violencia. En el discurso moderado, la violencia no tenía cabida como táctica y se consideraba más como un acto de desesperación, una amenaza latente provocada por las miserias del presente, que debía impedirse. Para no caer en este estado de caos socio-político era necesario actuar decididamente para resolver los problemas económicos y políticos que la provocaban.

En segundo lugar, el nacionalismo moderado muñocista convirtió esta demanda en parte de su concepción del "Otro imperial" como un cuerpo político dividido por dos fuerzas antagónicas: la imperialista y la liberal-progresista. La metrópoli no era un bloque enemigo homogéneo sino un todo social contradictorio en donde se enfrentaban tendencias económico-políticas y culturales que debían ser reconocidas para poder llevar a cabo una política selectiva de rechazo y apoyo: rechazo de las tendencias imperialistas y los grupos sociales y políticos que la fomentaban; apoyo a las fuerzas progresistas que coincidían en muchas posiciones con las fuerzas progresistas nacionales. Esta división, que era en verdad una lectura que hacía el nacionalismo moderado desde sus orígenes, permitía llevar a cabo las críticas al capital corporativo norteamericano sin cuestionar necesariamente la gestión del poder metropolitano. Muchos de los problemas políticos del aparato gubernamental colonial no se consideraban como inherentes a la sociedad imperial sino como

[76]Muñoz Marín, "Editorial", El Nuevo Mundo, 13 y 27 de abril de 1929.

"equivocaciones" que el propio Washington podría y sabría subsanar. De aquí que se pudiese combatir con gran vehemencia la gestión de algún gobernador colonial y celebrar con increíble ingenuidad, y hasta complicidad, los actos de otros considerados como burócratas ilustrados. En el imaginario del nacionalismo moderado, el "Otro imperial" fue siempre un Poder paradójico, amado y temido, deseado y rechazado, fuente interminable de ilusiones y desengaños, de agudeza crítica y esperanza ingenua.

Esta actitud ambivalente frente al poder imperial no suponía que se abandonaba la crítica al régimen colonial. Lo que el nacionalismo moderado muñocista predicaba era que las fuerzas liberales progresistas norteamericanas eran enemigas del orden imperialista y que, por lo tanto, las mismas sabrían asumir el compromiso moral de ayudar a Puerto Rico en el plano material, descolonizándolo en el plano político. El "Otro imperial" al que interpelaba era una de sus zonas político-ideológicas, la del "Otro" antiimperialista, ilustrado y liberal. Su discurso era una propuesta para un pacto, el de “nosotros” y los “otros”, que haría posible el viaje histórico de la nación oprimida hacia su soberanía plena, en unión "con el pueblo amigo de los Estados Unidos".

Quizás nada mejor que la posición asumida en torno al nombramiento de Theodore Roosevelt hijo como gobernador de Puerto Rico para completar nuestro análisis de la doble posición del nacionalismo moderado muñocista frente al poder metropolitano.[77] En los inicios de la década del 20, Reily había significado la personificación misma de la arrogancia imperialista. Era el prototipo del mal gobernador, torpe, altanero y pésimo mediador. Pero Washington rectificó y lo

[77]Véase: Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury; "The Task Roosevelt faces in Porto Rico", Baltimore Sun, 23 de agosto de 1929, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 12; "What Next in Porto Rico?", The Nation, 20 de noviembre de 1929, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 12; "Porto Rican Poverty is Roosevelt's Text", Baltimore Sun, 24 de febrero de 1930, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 12; "Porto Rico is Stirred by Brookings Report", Baltimore Sun, 27 de julio de 1930, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 11; "TR-PR", World's Work, julio, 1931, en Rosario Natal, La juventud, pp. 246-252.

sustituyó con un nombramiento más acertado, el de Horace M Towner. El nacionalismo moderado era pues un fiel creyente en la inteligencia metropolitana: cuando se equivocaba, la potencia imperial ilustrada sabía rectificar. Ahora, terminando la década, Roosevelt hijo se presentaba como la cara buena del dominio norteamericano. Político astuto deseoso de realizar un buen trabajo en Puerto Rico para ganarse ascensos en el mundo político norteamericano, el nuevo gobernador se presentó como un hombre respetuoso de la alteridad cultural de la nación subalterna y como un hombre preocupado por su situación material. Ante su nombramiento, el muñocismo respiró optimista. En el nuevo gobernador, el poder metropolitano se presentaba como una fuerza progresista e ilustrada, "un médico" decidido a enfrentar la enfermedad de su colonia y a edificarle un futuro de bienestar material y espiritual.

Frente al nuevo burócrata ilustrado, la estrategia del muñocismo fue ofrecerse de intérprete de la realidad nacional, al mismo tiempo que reclamaba de las autoridades metropolitanas medidas que amortiguaran los síntomas de una enfermedad que amenazaba con tornarse catastrófica. Su análisis destacaba los cambios acaecidos en el país a lo largo de la década como inicio de un nuevo período histórico. Se vivía en un momento histórico que requería de posiciones claras y firmes pues la realidad puertorriqueña se había modificado vertiginosamente generándose profundas contradicciones en el todo social. A lo largo de la década del 20, los vaivenes políticos y las luchas partidistas expresaban una profunda crisis orgánica que sólo podía resolverse con una actitud decidida para llevar a cabo reformas significativas del régimen colonial.

Para Muñoz, la dinámica económico-social había transformado las relaciones de fuerzas en el interior de la nación subalterna. En el plano político, el viejo control que los partidos tradicionales, dominados por los sectores propietarios, ejercían sobre la voluntad política de las masas populares estaba deshaciéndose. El acento tradicional de las luchas políticas, que giraban en

torno a la solución del estatus del país, fue paulatinamente desplazándose hacia preocupaciones económico-sociales. Un fenómeno político se afianzó en la época para alterar totalmente el juego partidista: el movimiento obrero y el Partido Socialista. Esta nueva tendencia político-social tuvo dos consecuencias importantes: el realineamiento de los partidos dominados por las clases propietarias y las transformaciones ideológicas del nacionalismo moderado. Los viejos partidos tradicionales tuvieron que comenzar reconociendo los problemas económicos del país y ofreciéndose paternalmente para representar los intereses de las masas. Los políticos tradicionales, propietarios y abogados, comenzaron a utilizar un lenguaje obrero y populista y a criticar la concentración de la propiedad sobre la tierra, el capital absentista y la miseria de las masas.

Para Muñoz, la nueva situación había modificado las relaciones entre los partidos políticos tradicionales. Haciendo a un lado sus diferencias en torno al asunto del estatus, unionistas y republicanos llevaron a cabo una fusión partidista conocida como la Alianza; mientras que un grupo republicano disidente optó por un pacto electoral con el Partido Socialista conocido como la Coalición. Estos dos bloques, profundamente heterogéneos, no podían tener una vida prolongada. Para finales de la década, la alianza entre unionistas y republicanos estaba disuelta, tornándose el país un lugar dividido en tres organizaciones políticas y un nuevo bloque de fuerzas progresistas, preocupadas por combinar adecuadamente lo económico y lo político, que no terminaban de condensarse y precipitarse sobre el plano político.[78]

Este era el contexto en el que estaba colocada la voz profética que anunciaba la llegada de un nuevo momento en donde quedarían superados viejos estilos y códigos políticos e irrumpían nuevos actores sociales. Frente a la obsolescencia de las voces tradicionales, incluso la del nacionalismo moderado tradicional, el muñocismo insistía en ser palabra libre con la capacidad para

[78]Véase: Muñoz Marín, "Porto Rican Poverty is Roosevelt's Text", Baltimore Sun, 24 de febrero

descifrar la "verdad" y con el poder moral que otorgaba el desinterés y la vocación de servicio. La época nueva requería del nacionalismo moderado una nueva estrategia discursiva: superación de su elitismo cultural para convertirse en proyecto populista. El muñocismo daba las claves de su canto: nueva versión de la tradición moderada que buscaba rearticular las alianzas de clases para construir un nuevo bloque histórico capaz de asegurar a la nación subalterna su modernidad económico-social, política y cultural. Discurso moderno y modernizador consciente de los cambios en las relaciones de fuerzas, tenía como propósito elevarse a relato integrador, a nueva concepción de mundo de las clases propietarias -temerosas y zigzagueantes- para enseñarles cómo enfrentar la crisis del presente y cuáles eran sus opciones futuras.

En su acercamiento al sector ilustrado del "Otro imperial", el nacionalismo moderado muñocista definía a un mismo tiempo su diagnóstico del presente y su propuesta económica para el futuro. Era necesario establecer las causas de los problemas económicos que agobiaban el país y a los que se enfrentaba el nuevo Gobernador. La enfermedad del latifundio absentista, con su control de la tierra y su fuga de capital, había provocado una proletarización desenfrenada de la población arrojando a amplios sectores populares al pantano de la miseria. El desempleo crónico y los bajos salarios dejaban a las masas desamparadas y con un futuro en el que se dibujaban terribles nubarrones como augurios de huracán. El pauperismo se expresaba físicamente en la desnutrición y las enfermedades, y la pobreza, que andaba descalza, era una víctima indefensa de la tuberculosis y la uncinariasis. Era urgente una reforma agraria inteligente que lograse restaurar el equilibrio social y económico de la colonia azucarera revitalizando el cuerpo nacional mediante el reencuentro del hombre común con la propiedad de la tierra y la posibilidad de nuevas formas de vida económico-industrial. Se hacía indispensable implantar un plan de redistribución de la propiedad agraria que,

---

de 1930, p. 9, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 12.

sin destruir el mundo azucarero, permitiese subsanar los excesos catastróficos del cañaveral. El nuevo gobernante tendría que ser lo suficientemente suspicaz como para saber reconocer, tras las "estadísticas halagüeñas" del auge en la producción y la balanza comercial favorable, las "realidades alarmantes" de la colonia azucarera que le tocaba administrar.

Con la llegada del gobernador Roosevelt hijo, las esperanzas que el nacionalismo moderado hacía tiempo había depositado en esa otra parte progresista del "Otro imperial" finalmente parecían realizarse. El incumbente “ilustrado” se dio a la tarea de dirigir con inteligencia y dedicación su plantación empobrecida y consiguió rápidamente la ayuda de instituciones humanitarias norteamericanas, así como mayores asignaciones de fondos federales para enfrentar las pérdidas provocadas por el huracán San Felipe. Al mismo tiempo que reconocía su esfuerzo, Muñoz los juzgaba "paliativos filantrópicos" que servían para amortiguar la crisis pero que no podían invertir la tendencia decreciente de la economía del país. Hablando con el Poderoso le advertía que la "reconstrucción social" de la Isla ameritaba "medidas revolucionarias" para una "larga lucha" y urgía un verdadero plan de desarrollo para emprender el viaje hacia el futuro. Entablado el diálogo sobre un lenguaje común y una vocación de servicio público compartida, el muñocismo creía que hablaba con su igual. Entusiasmado, esbozó su propuesta de reconstrucción nacional sobre el supuesto de un mutuo acuerdo con un poder imperial que se presentaba como amigo ilustrado y progresista dispuesto a aunar fuerzas con los sectores progresistas del mundo colonial para emprender el sabio reordenamiento de la nación subordinada.[79]

La propuesta económica del nacionalismo moderado muñocista se basaba en una reforma agraria que hiciese posible redistribuir la propiedad de la tierra entre pequeños productores, sin que esto afectase los intereses legítimos de una economía azucarera que después de todo constituía casi

[79]Muñoz Marín, "Porto Rico is Stirred by Brookings Report", Baltimore Sun, 27 de julio de 1930;

la mitad de la riqueza del país. Para Muñoz, el Estado debía expropiar para fines públicos una cierta cantidad de acres de tierra y proceder a distribuirlos entre los campesinos orientándolos para que se dedicasen al cultivo de productos de subsistencia y mínimamente al azúcar. Las parcelas de tierra no podrían venderse, evitando así la especulación y la concentración. Además, el plan de reformas debía ser lo suficientemente abarcador como para sentar las bases de la industrialización del país. Enjuiciando el modelo agroexportador, concluía que éste no tenía la fuerza suficiente para absorber la cuestión laboral y asegurar el desarrollo económico. Esto significaba que el mismo debía ser superado o al menos combinado con el desarrollo de otras ramas económicas de inversión de capital. Su plan incluyó entonces un programa de fomento industrial que aprovechara los recursos y condiciones geográficas del país. Se trataba de un proyecto para invitar al capital extranjero a invertir en la Isla aprovechando: la abundancia de mano de obra barata, el potencial del mercado local y el acceso a los mercados norteamericano, caribeños y latinoamericanos, los recursos hidráulicos del país y, sobre todo, la siempre deseada paz social y política con la que soñaba el capital. La Isla debía devenir en principal taller industrial del Caribe.[80]

La administración del gobernador Roosevelt fue el primer cuerpo burocrático colonial que intentó implantar algunas de las medidas recomendadas en el plan económico del muñocismo.[81] El reparto de parcela a los desposeídos se inició bajo el gobierno del burócrata ilustrado. Se trató de revitalizar al campesinado devolviéndole el acceso a la tierra y ayudándolo a organizar su finca. Aunque el apoyo económico no era suficiente y la tierra repartida no era la más productiva, el

---

"TR-PR", World's Work, julio, 1931.

[80]Véase: Muñoz Marín, "TR-PR", World's Work, julio, 1931.

[81]Estos esfuerzos volverán a realizarse en la Puerto Rican Relief Administration (1933), el Plan Chardón (1934) la Puerto Rican Reconstruction Administration (1935), el capitalismo de Estado de Tugwell (1941) y la Operación Manos a la Obra (1947). Véase: Dietz, Historia económica de Puerto Rico, cap. 3-4.

programa caminaba más o menos con firmeza. Este se implantó a través de una política de comprar terrenos a los propietarios afectados por el huracán que, amenazados con la ruina, estaban deseosos de vender parte de su tierra para obtener capital con que iniciar nuevamente su actividad económica. Se completaba el mismo con un esfuerzo de educación vocacional de los jóvenes con miras a que se convirtiesen, en el futuro próximo, en agricultores diestros en las técnicas del cultivo y el comercio de los productos de la tierra. La división del trabajo a base de género, llevaba a los jóvenes a la tierra y a las muchachas a las actividades domésticas, particularmente a la costura y el bordado que comenzaban a convertirse en una industria importante en el país. En el plano industrial, si bien no se había reconocido aún el potencial industrial de la Isla, el gobierno estaba comenzando a promover la idea de una industria de enlatado, una planta de hielo y compañías pesqueras. Roosevelt y Muñoz coincidían en que era cuestión de aguardar un poco para que las medidas agrarias fortalecieran la economía y desembocaran en la inversión industrial del empresario local.

Optimismo liberal. En la propuesta del nacionalismo moderado muñocista, el poder imperial y el mundo colonial se reconciliaban para hacer posible una sociedad armoniosamente estratificada en donde la burguesía y el proletariado, junto al campesinado, los profesionales y la intelligentsia, se unían para caminar hacia la modernidad. Como discurso integrador, su propuesta económica abría para las masas las posibilidades de un retorno a la categoría de pequeño propietario o de un progreso salarial en su condición de proletario. Pero el centro de su atención lo constituían realmente las clases propietarias. A éstas hablaba sobre su pasado heroico, a éstas intentaba conmover con su diagnóstico del presente, a éstas quería concientizar de su responsabilidad como parte del todo social. Se habían sucedido cambios estructurales en la sociedad puertorriqueña que necesitaban una reflexión más detenida. El mundo de los propietarios se había fragmentado con la competencia del capital extranjero. El mundo popular se había desarticulado con la proletarización y la voracidad de

la miseria. Si la burguesía quería conservar su lugar histórico como vanguardia de la sociedad debía impedir que la destruyera la competencia desleal del capital extranjero y debía saber reencontrarse con las clases populares para reordenar la sociedad. El muñocismo era un discurso que invitaba a la burguesía criolla a consolidarse como vanguardia económica y política de la nación subalterna. En el nivel económico, la llamada era a reconstruirse y diversificarse y, sobre todo, a trascender el espacio agrario incursionando en el espacio industrial. En el plano político, a concretizar una nueva alianza de clases que, superando el nivel económico de la lucha de clases, hiciese posible su hegemonía con la incorporación activa de las clases subalternas en un nuevo bloque histórico nacional.

Pero, ¿hasta donde debía transformarse el aparato jurídico-político colonial para lograr las reformas económico-sociales que creía tan urgentes el nacionalismo moderado muñocista? El centro de sus ambigüedades giraban en torno a estas zonas de su problemática: crítica del orden colonial y apología del "Otro imperial"; propuesta de cambio en un doble ámbito, económico-social y político, que se veía obligada constantemente a sacrificar un plano de la acción para poder realizar algunos avances concretos en el otro y en vez de servir para fundirlos se veía condenada a mantenerlos separados. El muñocismo creyó posible una modernización material de la sociedad colonial y respondió ideológicamente a los intereses de las clases propietarias anteponiendo las tareas económicas a lo político. Claro está, se encargó insistentemente de legitimar su postura como preocupación por las masas. Su proyecto económico fue siempre un proyecto burgués, un programa para la reconstrucción de una burguesía nacional debilitada por la competencia desleal del capital absentista. Además, es importante recalcar aquí que su crítica al capital foráneo no significó nunca un proyecto para su eliminación o desplazamiento total por el capital criollo. Lo que aspiró a crear fue una economía capitalista más equilibrada, tanto en el plano horizontal como vertical, es decir,

tanto en la competencia entre las clases propietarias, extranjeras y criollas, como en las relaciones que estas guardaban con las clases populares, particularmente con el proletariado y las masas campesinas.

En la utopía liberal, antes de que se sometiera a las influencias de las corrientes evolucionistas del siglo XIX y el elitismo conservador, la modernidad tenía en su paraiso un lugar para todos. Su creencia en la Razón y el Progreso planteaba como destino un Edén acogedor poblado por un hombre emancipado del poder de la naturaleza y la opresión social. De esta tradición intelectual se nutría el muñocismo, utopía liberal para una modernidad burguesa en donde las clases, nacionales y extranjeras, pudiesen reconciliarse y progresar al unísono. Sus ambigüedades, propias de una mirada liberal del contexto colonial, lo llevaban a reclamar un nuevo pacto en donde no se quebraran los nexos con el "Otro metropolitano", a criticar al orden colonial y mostrar lealtad y agradecimiento al Poder imperial por el cumplimiento de su misión civilizadora. En sus paradojas, el muñocismo no fue nada nuevo; más bien, parte de la larga tradición de un nacionalismo moderado que cumplía ya tres décadas de existencia. Serán las distintas coyunturas de los próximos años las que decidirán el grado de moderación que aplicará a sus reclamos, sobre todo en el plano político.

El dilema: lo económico y lo político, ¿se unen o se oponen?

Durante el cuatrienio de 1928-32, los cambios en la vida económico-social y política del país afectaron inevitablemente al nacionalismo moderado y su organización político partidista. El deterioro acelerado de las condiciones materiales, agudizadas por el huracán San Felipe y el crac económico del 29, diluyeron los llamados "logros" del imperialismo norteamericano y llevaron a un replanteamiento de la gestión imperial. Por el lado metropolitano, el gobernador Roosevelt hijo, y el

Informe Brookings fueron dos expresiones de la preocupación "oficial" por la crisis de la Isla. Por el lado nacional, en el campo cultural y político se agitaron los más diversos relatos nacionales: unos, dentro de las paredes de la ciudad letrada, propios de una fase de arranque; otros, moderados y radicales, actuaban en el espacio político como utopías de la fase de movimiento. En el interior del nacionalismo moderado de la fase de movimiento, el muñocismo agudizó su populismo y su crítica de un nacionalismo moderado tradicional que, a su juicio, obviaba el problema económico-social de la Isla y limitaba la discusión de la cuestión colonial a solicitar reformas administrativas sin defender la única solución al problema del estatus: la independencia.

Durante dicho cuatrienio, Muñoz publicó una serie de trabajos en periódicos y revistas norteamericanas en donde destacaba los puntos de coincidencia entre su discurso nacional y lo que consideraba la visión progresista de grupos importantes dentro de la sociedad norteamericana. ¿De qué se trataba? En el plano de la administración colonial, Roosevelt hijo se le presentó como la personificación de una nueva actitud que hacía posible esperar cambios positivos que, no obstante, no implicaban una modificación significativa del régimen colonial. Con el "Otro imperial" insistía en un diálogo-debate crítico del orden colonial que, al mismo tiempo, se mostraba dispuesto a reconocer sus puntos de coincidencias con el proyecto civilizador que el poderoso alegaba desear para su colonia. Cuando se hablaba con el "Otro" las preocupaciones económico-sociales adquirían prioridad frente al asunto del estatus político.

Para hacer llegar el mensaje a las autoridades, la "treta del débil" consistió en confrontar al discurso imperial con su propia legitimación moral de la dominación. Estados Unidos tenía un deber que cumplir con Puerto Rico, un deber que había asumido desde la proclama del general Miles y el Tratado de París: la de servir de motor para el progreso material y espiritual de la Isla. Esta "misión" era la que había fracasado y desembocado en el desastre presente. La designación de Roosevelt

representaba entonces un cambio que se lograba a partir de un reconocimiento: el de un incumplimiento traducido a crisis. El poder imperial enviaba un administrador progresista para corregir la debacle de su política administrativa y afirmaba con su designación el compromiso moral con el subalterno. Hasta aquí, la lectura que hacía Washington y el muñocismo de la realidad puertorriqueña y el propósito de corregir el naufragio y enderezar la nave eran similares. Pero en verdad un mismo acto se interpretaba de modo diferente dentro de distintos códigos discursivos. Lo que la voz imperial consideraba como un gesto de benevolencia, el nacionalismo moderado lo interpretaba como un reconocimiento de la crisis y como una obligación del poderoso frente al subalterno.

En el plano político isleño, las luchas partidistas habían desembocado en la crisis de la Alianza y en el esfuerzo del unionismo para levantar tienda aparte de sus antiguos aliados republicanos. La lectura que el muñocismo había estado desarrollando desde los inicios de la década del 20 sobre el unionismo-aliancista se repetía. El unionismo, como organización político-partidista del nacionalismo moderado, era un cuerpo heterogéneo en donde coexistían al menos dos grandes tendencias. Descartada la estadidad del programa, desde 1914, el debate ideológico interno fue llevado a cabo por los grupos que apoyaban una postura autonomista-centrista y los sectores que defendían la independencia como destino político. A lo largo de la década del 20, el predominio del sector centrista desembocó en el abandono del proyecto soberanista y la adopción de la autonomía como tarea principal de la práctica política. La cuestión del estatus quedó relegada para el futuro, cuando las condiciones en Washington fuesen más propicias para lograr una decisión definitiva. Mientras tanto, quedaba por realizar la urgente tarea de luchar por el autogobierno unificando las fuerzas nacionales en favor de reformas políticas, como el gobernador electivo y algunos poderes jurídicos que hiciesen posible regular el sistema económico. Estos habían sido los parámetros

ideológicos y prácticos que habían hecho posible la Alianza. Este pacto aliancista había sido una terrible equivocación política e ideológica y su consecuencia inevitable sería la pérdida de la hegemonía unionista. Para las elecciones de 1928, su vaticinio casi se realizaba. Aunque la Alianza logró vencer, su triunfo precario desestabilizó el pacto y reavivó las diferencias internas.[82] Las fuerzas conservadoras se debilitaron y llegaba el momento para que los sectores progresistas asumieran las riendas del partido. En el debate interno del unionismo, la cuestión del estatus serviría como bandera para distinguir los bandos en la contienda. Lo político tenía prioridad sobre lo económico.

Para Muñoz, la crisis política de la Alianza representó el agotamiento del autonomismo dentro del unionismo puertorriqueño. Con la misma llegaba la hora de reabrir el debate latente dentro del partido y obligar al nacionalismo moderado centrista a superar su culturalismo elitista mediante un proyecto de reivindicación económico-social que colocara en el centro de su reflexión la situación de los sectores populares. Más aún, se tornaba imperativo el asunto del estatus llegando el momento de reconocer que las reformas cosméticas del régimen colonial no podían posponer la decisión inevitable que se requería para sanear el cuerpo nacional: "una dosis de soberanía sin adulterar".[83]

Debatiéndose entre dos polos, el económico-social y el político, el muñocismo ponía el acento en uno y otro dependiendo del contexto y de su interlocutor. Mientras la Alianza fue un hecho se insistía en definirla como el producto de un pacto de las fuerzas conservadoras y se le reprochaba al nacionalismo moderado conservador la ausencia de un proyecto económico-social

---

[82]En las elecciones de 1928, la Alianza, que había obtenido 163,041 votos en las elecciones de 1924, disminuyó a 132,826 y la Coalición, que había obtenido 90,679, aumentó a 123,415. Véase: Pagán, Historia de los partidos políticos, I, pp. 307-323; Trías, Historia constitucional, II, pp. 136.

[83]Angela Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", La Democracia, 25 de noviembre de 1931, en ALMMM. Sec. III, serie 3, folio 10.

para las masas populares y el abandono de la independencia. Cuando por fin se producía su deseada disolución era el momento de colocar el poder de la palabra en el reclamo político e insistir en que el nacionalismo moderado debía asumir como proyecto para la nación subalterna el estado-nación. Muñoz reconocía que su insistencia en la cuestión económico-social había logrado frutos en el programa aliancista, como lo demostraba la disputa con las Fuerzas Vivas en las que gustosamente había participado, y se trataba ahora de consolidar la hegemonía de los grupos progresistas dotándoles de un proyecto político soberanista que los distinguiera del conservadurismo autonomista. Pero las prioridades variaban dependiendo del interlocutor. Cuando se hablaba con el "Otro imperial" dominaban más los problemas económico-sociales que debían enfrentarse mediante un plan común. Cuando la voz clarividente se dirigía hacia el espacio nacional y, sobre todo, hacia el debate interno del Partido, era la cuestión de lo político, o el estatus, lo que adquiría prioridad.

Durante la década del 20, el muñocismo reconocía la existencia de dos espacios de acción que se caracterizaban por sus propios problemas y que había que saber relacionar. En el espacio de la política, se estaba en el mundo práctico-concreto de las tareas inmediatas que debían promover los partidos y los gobiernos. El problema central de la política era la administración pública, es decir, la elaboración de planes y acciones encaminados a solucionar los problemas económicos y sociales. En el otro espacio, el de lo político, se estaba en el mundo de los ideales, de las utopías que orientaban la acción humana. Aquí la tarea principal era la de enfrentar la condición colonial superándola mediante la formación de un autogobierno democrático. En su enfrentamiento con el nacionalismo moderado conservador el muñocismo fue tejiendo una doble crítica, tanto para su práctica política como para su "ideal" político. En el espacio de la política, le acusaba de estar preocupado por el reformismo colonial, de representar los intereses de las clases propietarias y de no desarrollar un proyecto concreto de reorganización económico-social que tomara en consideración a

los sectores populares. En el espacio de lo político, le acusaba de inmadurez y hasta de cobardía, de defender una postura autonomista que sólo ponía de manifiesto su incapacidad para entender que el tiempo histórico había superado esta opción y colocado como única alternativa la independencia.

En el frente de la política, la crítica contra el unionismo y el nacionalismo moderado conservador fue la de que, sometidos a los intereses de las clases propietarias, su discurso no había trascendido la retórica patriótica y carecía de un programa para resolver los problemas fundamentales del país. En este espacio, la prioridad era la cuestión económico-social y no se podía aguardar por cambios en lo político para comenzar a elaborar un plan concreto que trascendiera la miopía de las élites propietarias y atendiera a las necesidades de las masas populares. La estrategia de las élites propietarias y del poder imperial había sido dividir el país con el asunto del estatus y los favores burocráticos, impidiendo la realización de una serie de medidas que compartían todos los grupos políticos en sus programas partidistas. Era una irresponsabilidad dejar de hacer esperando por un hacer en grande.

Pero una acción política centrada exclusivamente en la cuestión del gobierno significaba, en un contexto colonial como el de Puerto Rico, una claudicación política y moral. Sin ideales, sin una propuesta para resolver la cuestión colonial, toda la práctica política se reducía a una lucha fratricida de buscones comportándose como "un grupo de jíbaros hambrientos ante un político con una faja de billetes".[84] El mundo colonial invitaba a este desliz, fomentaba esta pérdida de visión, frustraba los más encomiables esfuerzos renovacionistas y se organizaba y legitimaba "con sutileza diabólica" mediante la división, la corrupción y la fabricación de su séquito de lacayos.[85] Se hacía imperativo

[84]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (primer artículo)", La Democracia, 10 de marzo de 1932, en ALMM. sec. III, serie 3, folio 9, pp. 3-4.

[85]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (primer artículo)", La Democracia, 10 de marzo de 1932, pp. 3-4.

distanciarse, tanto de las posturas colonialistas y anexionistas, como de las posiciones del autonomismo y el socialismo que, confundidos, no lograban comprender que cualquier propuesta económico-social para reformar la nación subalterna necesitaba para concretizarse de una modificación cualitativa del régimen colonial. Lo político era fundamental porque allí se definía la utopía que orientaba la acción, es decir, se constituía el poder moral y moralizador de la política.

Si contra las fuerzas conservadoras dentro del unionismo había sido necesario desenmascarar el ardid de dar prioridad a lo político sobre lo económico, ahora se hacía necesario confrontar las esperanzas ingenuas de unionistas, republicanos y socialistas, que creían posible cambios económicos significativos dentro del orden colonial. Para esto había que insistir en que lo político y lo económico eran partes de un mismo proceso y que los logros en ambos planos sólo tendrían verdaderas consecuencias si se complementaban mutuamente. Esto permitía concluir que sólo existía una puerta hacia el futuro: la del estado-nación independiente. En plena reorganización política del unionismo, el discurso muñocista sostenía que lo político determinaba en última instancia lo económico-social:

> ... Es imposible en una colonia resolver de una manera honda el problema económico-social sin antes haber resuelto, por lo menos en nuestro propio espíritu el problema de la libertad. Es elemental que la naturaleza de la organización económica de un pueblo depende en gran parte de las relaciones políticas que tenga ese pueblo con el resto del mundo. En las relaciones políticas entre Puerto Rico y los Estados Unidos, van envueltos numerosos problemas económicos de importancia fundamental, como por ejemplo, la tarifa, el cabotaje, la inversión de capitales del exterior, la reglamentación de las industrias, la industrialización misma, la disminución del absentismo, etc. Para dar empleo a los numerosos trabajadores que crónicamente -y no sólo por efecto de la actual depresión- carecen de él en Puerto Rico, la conclusión casi obligada es que hay que industrializar el país. Pero la industrialización tendrá que seguir un camino si Puerto Rico ha de ser una colonia de los Estados Unidos, o un estado (que es como si dijéramos una colonia de la Constitución Norteamericana), y otro camino si Puerto Rico ha de ser una república libre. En el primer caso, la industrialización podría hacerse a base de aquellas industrias que deban encontrar un mercado protegido dentro de las fronteras arancelarias de los Estados Unidos. En el último caso, sería suicida seguir este camino, y necesario fundar nuestra industria en el mercado interior de Puerto Rico,

> en los mercados libres del mundo, y en los mercados de aquellas otras naciones cuyas conveniencias económicas indiquen el beneficio mutuo de tratados comerciales con Puerto Rico. Lo mismo pasa con todos los asuntos que se pueden presentar para ser resueltos, a la mente de los puertorriqueños. La enseñanza del español y el inglés es solamente uno de esos otros asuntos; la educación vocacional es otro. Toda cuestión a resolver, desde la organización de una industria hasta el otorgamiento de la última beca -si ha de ser en Nueva York, en Madrid, en México, en París, en Moscú- lleva envuelto este problema del estatus político. No se puede decidir qué traje se va a poner uno hasta no saber a donde va. Si no, se corre el riesgo de arrojarse a una piscina de frac, o presentarse en un banquete en traje de baño.[86]

Pero lo político, como campo de acción donde se postulaban los principios fundamentales de la dimensión ética del discurso nacional, no era un espacio autónomo o superior a lo económico y la política. Ya el muñocismo había recalcado, como parte de lo que consideraba un nuevo momento histórico, el realineamiento político de las fuerzas económicas y había dibujado, con gran originalidad, los nexos entre los partidos políticos y las clases sociales. Se trataba precisamente de ser dialécticos y no mecanicistas y de reconocer cómo las relaciones de fuerzas en los planos económico, político y cultural se combinaban para definir el contexto histórico-social y las luchas y posibilidades de los diversos sectores socio-políticos que constituían una totalidad social.[87] Su esfuerzo consistía en intentar enlazarlos, en reconocer su dialéctica, hasta que irónicamente, se decidirá a reproducir la separación que le había reprochado al nacionalismo conservador, aislando las tareas económico-sociales de la cuestión del estatus y concluyendo que la prioridad de la política ameritaba un cambio en los "ideales" que orientaban lo político. La doble zona de lucha del nacionalismo anticolonial, hacia el exterior y el interior, hará posible mantener la distinción: cuando se hable con el “otro imperial” la cuestión económica se tornará prioridad; cuando se dirija hacia el

[86]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", La Democracia, 25 de noviembre de 1931.

[87]Véase: Díaz del Caney, "Entrevista a Luis Muñoz Marín", Los Quijotes, 19 de junio de 1926; Muñoz Marín, "Editorial", El Nuevo Mundo, 16 y 23 de marzo de 1929, 6, 13, 20 y 27 de abril de 1929.

interior de la nación, sobre todo de la tradición nacionalista moderada, la cuestión de lo político pasará a ser el punto central que deslindará sus posturas de otros sectores. En el debate dentro de la tradición moderada, el muñocismo insistirá en la necesidad de un proyecto económico-social modernizador y la solución de la cuestión del estatus a través de la independencia. Pero será sólo coyunturalmente y dependiendo del interlocutor. La separación de "lo político" y "la política", pensada como discusión sobre la prioridad de lo económico-social o del estatus, reaparecerá en su problemática. Será cuestión de tiempo para que concluya que estas dos propuestas eran incompatibles y abogue por la modernización sin el Estado.

La cuestión económica: comentarios al Informe Brookings.

En el plano económico, la propuesta del muñocismo tenía como uno de sus puntos principales una reforma agraria que hiciese posible detener las consecuencias negativas del capitalismo agroexportador, con su concentración de la propiedad sobre la tierra, su fuga de riqueza y su tendencia al monocultivo. Esta reorganización del agro no pretendía perjudicar los intereses legítimos del capital azucarero sino impedir que la voracidad del gran capital y la lógica del mercado libre terminaran arruinando a los propietarios criollos y a las masas trabajadoras. La reforma agraria era una forma de contrarrestar las desigualdades generadas por el capitalismo y no un atentado contra la libre empresa. Su objetivo principal, modesto pero esencial, era impedir que la ley de la acumulación del capital arruinara la salud económica y el equilibrio social del país subalterno. En la propuesta económica del nacionalismo moderado no podemos confundir su crítica del capitalismo agroexportador que domina la economía colonial con una teoría anticapitalista. El nacionalismo moderado, aún cuando se muestra preocupado por la cuestión de la justicia social -incluso cuando se ve obligado en la fase de movimiento a prestar mayor atención a la movilización

de las clases populares- no puede interpretarse como un discurso antiburgués bosquejado sobre una teoría de la lucha de clases. Por paradójico que parezca, su utopía modernizadora se dio siempre dentro del modelo del capital.[88]

Si algún aspecto de la problemática del nacionalismo moderado muñocista demostró su carácter moderno y modernizador fue su análisis económico. Su crítica de la economía colonial se realizó dentro de una mentalidad liberal procapitalista que reconocía los peligros del "laizzes-faire" y reclamaba la intervención del Estado como agente reorganizador de la dinámica económica. Se reproducía el mito liberal del capitalismo de competencia como sociedad equilibrada capaz de conquistar el bien común pero, más en la línea keynesiana, reconociendo que esta utopía necesitaba de la intervención del Estado para subsanar los desajustes provocados por las leyes ciegas del mercado que habían generado el capitalismo monopólico y corporativo. En el contexto colonial, la modernización económica capitalista orientada sobre una codicia incontrolada resultaba en un desarrollo de la desigualdad.

El discurso nacionalista moderado supo ver, entre otras cosas, el papel del capital como fuerza desintegradora de las relaciones precapitalistas, los peligros de la centralización que conducían al monopolio, los desajustes sociales provocados por la proletarización y la dependencia impuesta por el intercambio desigual. En su esquema, la burguesía transnacional metropolitana se enriquecía injustamente explotando inmisericordemente en la periferia tanto el espacio natural como

[88]Como ha planteado Chatterjee para los países coloniales, es el nacionalismo radical de la fase de movimiento el que más lejos llevará su crítica de la modernidad. Esto hasta el punto de que algunos relatos propios de este tipo de nacionalismo llegan incluso a cuestionar la misma modernidad. Sin embargo, es necesario insistir en que el nacionalismo es un discurso moderno y que lo importante es analizar sus estrategias para aceptar y rechazar lo tradicional y lo moderno. Véase: Chatterjee, Nationalist Thought, pp. 50-52. Para las posiciones del nacionalismo moderado véase: Muñoz Marín, "What Next in Porto Rico?", The Nation, 20 de noviembre de 1929, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 12. Para otras versiones del nacionalismo moderado, como las de Miguel Meléndez Muñoz o Francisco M. Zeno, véase: Bernabe, Respuestas al colonialismo, pp.

las diversas clases que conformaban la nación subalterna. Lo que el nacionalismo muñocista proponía era una teoría sobre la economía capitalista colonial que pudiese reconocer sus contradicciones y corregir sus desaciertos. La lógica del capital, como base para ingresar en la modernidad, era indispensable, pero sometida a la lógica colonial de la explotación y el dominio se transformaba en una fuerza contraproducente que amenazaba con arruinar la sociedad subordinada. El colonialismo convertía al capitalismo en una empresa de saqueo. Por lo tanto, de lo que se trataba era de separarlos para hacer posible una modernidad burguesa equilibrada más afín a las necesidades y posibilidades del mundo subalterno.

En el caso de Puerto Rico, ¿cuál era el mundo económico a superar? El muñocismo hacía coro con amplios sectores políticos e intelectuales del país para leer, tras el contenido manifiesto del orden económico colonial, la realidad latente de una desigualdad brutal y aniquiladora. Se trataba precisamente de penetrar el orden de lo aparente para descubrir la esencia oculta: "tras las cifras grandes en los informes oficiales, realidades mezquinas en los pueblos y campos de la Isla". El mal económico nacional era una larga cadena que comenzaba con la concentración de la propiedad y la avaricia desmedida del capital extranjero para culminar con una masa humana hundida en la desesperación de la pobreza.

En un país como Puerto Rico, dominado por un capitalismo agrario, el primer problema giraba alrededor de la propiedad de la tierra. El capitalismo depredador corporativo había realizado, en apenas tres décadas, una alarmante concentración de este medio de producción que significó la desintegración del pequeño propietario y la proletarización salvaje de las masas del país. Un segundo rasgo de ese capitalismo agrario fue que la mayoría de las áreas económicas que progresaron estuvieron sujetas al predominio del capital absentista. La preeminencia de la forma

---

106-114.

corporativa y del capital financiero, si bien permitió la subsistencia de algunos capitalistas locales, conllevó el reinado del capital norteamericano y una alarmante fuga de riqueza que drenó los recursos materiales y humanos del país.

El desarrollo de ese capitalismo agrario significó también el auge del monocultivo azucarero. El azúcar subió "hacia los montes como un incendio forestal" y devoró los espacios de los cultivos de subsistencia provocando las hambrunas y la desnutrición de las masas populares. Según creció el monocultivo, la dependencia del mercado norteamericano se acentuó y tuvo como consecuencia dos hechos catastróficos: la creación de una economía azucarera artificial sostenida sobre los privilegios de la tarifa y la obligación de consumir productos importados de los Estados Unidos en barcos norteamericanos, lo que significaba la inflación en los precios de los productos de primera necesidad. A esto se sumó, una superexplotación del trabajo que puso en peligro la existencia misma de muchos puertorriqueños. El bajo salario de los trabajadores, agudizado por el desempleo constante o estacional y las diferencias por sectores económicos y por género, convirtieron al país en "una factoría movida por esclavos".[89]

En plena crisis económica, el poder imperial decidió palpar sobre el terreno las condiciones materiales de su colonia. El resultado fue el renombrado informe del Instituto Brookings dirigido por Victor S. Clark, Porto Rico and Its Problems.[90] Para Muñoz, el Informe fue un texto sintomático de las profundas paradojas que caracterizaban la mirada imperial. Lo que en algunos puntos resultaba una inteligente lectura de los problemas fundamentales de la Isla, culminaba con las más

[89]Véase: Muñoz Marín, "Porto Rico: The American Colony", The Nation; "El triste caso de Puerto Rico", The American Mercury; "The Task Roosevelt Faces in Porto Rico", Baltimore Sun, 23 de agosto de 1929; "What Next in Porto Rico?", The Nation, 20 de noviembre de 1929; "Porto Rican Poverty is Roosevelt Text", Baltimore Sun, 24 de febrero de 1930; "Porto Rico is Stirred by Brookings Report", Baltimore Sun, 27 de julio de 1930; "TR-PR", World's Work, julio de 1931.

[90]Victor S. Clark y otros, Porto Rico and Its Problems. Washington, The Brookings Institution, 1930.

desatinadas medidas de contención de la crisis. El modelo científico del análisis económico que manejaba el Informe se traducía en un economicismo vulgar que reducía la totalidad social puertorriqueña a una empresa privada a ser administrada con los códigos de la eficiencia burguesa. Lo que en el plano del análisis de la realidad económica era un logro, se traducía, en el nivel de las recomendaciones, en una verdadera lista de desaciertos. Las contradicciones del estudio demostraban los límites de la perspectiva imperial y sólo servían para hacer evidente ante los puertorriqueños que su propia iniciativa y acción intelectual y política era la única forma de elaborar soluciones adecuadas a sus circunstancias.

El muñocismo aplicó al Informe esa estrategia de apropiación selectiva que hacía posible la aceptación y el rechazo del discurso del "Otro". Esto le permitió establecer los puntos de coincidencia y, por medio de un acto de revaluación, utilizarlos para cuestionar el propio orden colonial y su discurso civilizador. Al mismo tiempo aprovechó la ocasión para entablar un debate público sobre sus medidas paliativas para la crisis esperando que la crítica actuara de golpe provocador para animar la conciencia de las élites políticas y letradas del país movilizándolas hacia la práctica política.

En el diálogo-debate con el discurso del Instituto, Muñoz comenzó por aceptar su lectura de la realidad isleña como una sociedad en crisis. El retrato de una tragedia colectiva, donde una masa de ciudadanos norteamericanos vivían despojados de la tierra y del poder político, padeciendo en una economía agraria artificial, apenas respirando entre el trabajo mal remunerado y el desempleo, era la dura realidad sobre la cual se coincidía. Pero donde el discurso imperial sólo encontraba un problema administrativo provocado por las carencias que se arrastraban desde el período colonial español, él leyó el fracaso de la empresa colonizadora norteamericana. A tres décadas de la invasión, por fin el “Otro metropolitano” estaba obligado a reconocer el análisis del discurso

nacionalista y, al aceptar sus aciertos, descalificar su propio mito: el del progreso de la colonia. Se podían reconocer los llamados logros en la infraestructura, la salud y la educación con los que el discurso imperial pretendía levantar la legitimidad del régimen colonial, pero, confrontándolos con la realidad oculta, había que concluir que se trataba de espejismos, señuelos con que un poder absoluto y devorador había generalizado una miseria abrumadora sobre un país nunca reconocido como sujeto. En lo que el Informe tenía razón era en lo que prácticamente reproducía del discurso nacionalista. Lo que no podía concluir, por ser una mirada del Poder para orientar su política pública, era el fracaso mismo de la gesta imperial que pretendía defender y perpetuar con un proyecto "para una sana administración de la colonia".

Revaluadas las coincidencias se podía pasar al plano de las diferencias abismales. Después de todo, a lo largo de las tres décadas de dominación norteamericana una conciencia nacionalista había irrumpido y se había consolidado como voz autorizada para interpretar la realidad colonial. Para Muñoz, contrario a la conclusión del Informe, la realidad puertorriqueña no se podía reducir al esquema malthusiano de población y recursos. Sin negar la importancia de la cuestión poblacional, en torno a la que ya se había manifestado algunos años atrás, señalaba que en Puerto Rico el crecimiento poblacional había sido más lento que el de la riqueza, pero que esta última había estado acompañada de un crecimiento vertiginoso de la miseria. La raíz del mal era entonces la polarización de la riqueza que había convertido a la Isla en una factoría regida por amos absentistas y proletarios en proceso de lumpenización. La verdadera solución a la miseria del país tenía que llevarse a cabo a través de una reconstrucción del balance entre los actores sociales, restaurando el sector social de los pequeños propietarios y asegurando su existencia mediante políticas económicas y educativas. Para esto había que plantearse salidas al modelo agroexportador y al monocultivo

abogando por la diversificación de la producción y dando importancia a la cuestión de la industrialización.

Además, un punto del Informe le parecía políticamente peligroso. La conclusión del Instituto abogaba por una centralización del poder en manos de los burócratas imperiales y su consecuencia más nefasta sería una reducción en el ya limitado poder que conservaban los sectores criollos para enfrentar su realidad. La teoría de la eficiencia administrativa era en el fondo una perspectiva antidemocrática que amenazaba los logros de tres décadas de luchas políticas e intelectuales. Las contradicciones de la vida política puertorriqueña, propias de todo país que intentara adoptar formas democráticas, no podían ser superadas sacrificando la democracia en favor de la supuesta eficiencia de un régimen dictatorial. Ese estado anímico de desencanto con la democracia, que parecía estar dominando el mundo, tenía ya dos expresiones políticas abominables -el fascismo europeo y las dictaduras latinoamericanas- y contra esa mentalidad había que luchar defendiendo el derecho de todo pueblo a su soberanía y a una vida política democrática. Para salir de la crisis era necesario que Washington reconociera la voz del subalterno, sobre todo la de sus élites progresistas que querían y sabían como transformar la realidad absurda en un futuro de bienaventuranza.[91]

Mamá, Borinquen me llama: el retorno.

En diferentes frentes, y dependiendo de los interlocutores, los argumentos económicos y políticos adquirían prioridad en un discurso muñocista muy consciente de los cambios y posibilidades de cada momento y de los agentes con los que dialogaba. Es posible encontrar acentos diferentes en los escritos que se dirigían al público norteamericano o puertorriqueño; así como

[91]Véase: Muñoz Marín, "Porto Rico is Stirred by Brookings Report", Baltimore Sun, 27 de julio

también variaban los planteamientos cuando el debate se entablaba con autonomistas o socialistas. Por otro lado, los problemas coyunturales obligaban a hacer hincapié en distintos puntos. Esto fue lo que sucedió a partir de la descomposición de la Alianza y de la reorganización del unionismo en un nuevo partido político.

Disuelta la Alianza, el unionismo buscó reorganizar sus fuerzas. En este contexto de luchas por definir nuevamente su programa político y conservar su nombre y sus insignias, retornó al país Luis Muñoz Marín. De más está decir que ya brillaba con luz propia en nuestro mundo político e intelectual y que vino consciente de su poder de convocatoria y dispuesto a entablar las batallas que fuesen necesarias para asegurar lo que le parecía imperativo: la reorganización del unionismo bajo una postura política independentista y la posibilidad de su victoria en las próximas elecciones.

En los inicios de la década del 30, el muñocismo se presentó como una nueva propuesta integradora deseosa de organizar un bloque histórico que actuara como agente transformador de la crisis colonial: en el plano de lo político, realineando las fuerzas unionistas bajo la tendencia progresista que postulaba el ideal independentista; en la zona de la política, rearticulando las alianzas para volver a plantear el diálogo necesario entre unionistas y socialistas; en lo social, reconciliando las clases nacionales a través de un programa económico que viabilizara una modernidad equilibrada que asegurase el bienestar del pueblo como totalidad; en el espacio intelectual, planteando la superación de un nacionalismo moderado tradicional en un nuevo relato nacional moderado consciente de la importancia de saber combinar la cuestión del estatus y la transformación de las condiciones económico-sociales del país. Hacia el exterior y hacia el interior, el muñocismo creyó pertinente posicionarse. Reconociendo que las relaciones con el poder imperial no podían ser mejores, continuó con su postura de diálogo o de consejero del Príncipe; mientras en

---

de 1930; "Porto Rico's Troubles", New York Times, 28 de septiembre de 1930.

el ámbito político nacional, llevó a cabo su lucha en un doble frente: contra las distintas versiones del campo colonialista y contra las otras versiones en el interior mismo del campo nacionalista.

A su regreso, el joven periodista se lanzó al campo de batalla político e intelectual para defender los derechos electorales de un Partido amenazado con perder su nombre y su lugar. La decisión compartida por el Tribunal Supremo y el Circuito de Apelaciones había concluido que el Partido Unión se había fundido en un nuevo partido, la Alianza, y que al conservarse el mismo no podía formarse ninguna nueva agrupación con el nombre y las insignias de un partido existente. Muñoz aprovechó el contexto para definirse públicamente y, al mismo tiempo, defender su espacio discursivo distinguiéndose de las líneas partidistas. El "Panfletista de Dios" era la voz autónoma que defendía los principios fundamentales del orden democrático preservando siempre su entera libertad de acción; era el defensor valiente y desinteresado de "los ideales" y figura alrededor de la cual comenzaba a girar una nueva generación política e intelectual. Ante el peligro de un posible fraude electoral para las próximas elecciones, escribía al gobernador Roosevelt, ofreciéndole su autorretrato y afirmando ante el "Otro imperial" el saber-poder de su voz:

> Me creo autorizado para dirigirme a usted en este sentido, en primer lugar como puertorriqueño, en segundo lugar como puertorriqueño fuera de las líneas partidistas. Soy, como usted sabe, nacionalista radical, por razones morales y de altivez colectiva no debatibles, y por razones económicas que siempre estoy dispuesto a debatir. Apoyo, como también usted sabe, toda aquella parte del programa económico del socialismo puertorriqueño que no se encamina a coartar la actual soberanía moral de Puerto Rico o entorpecer su futura soberanía efectiva.[92]

Era el momento de afirmarse sin cortapisas y de asumir la defensa del ideal soberanista frente a las fuerzas conservadoras del autonomismo unionista que habían dominado durante el

[92]La carta giraba en torno a la representación de los partidos en las Juntas Locales Electorales y consistía de una crítica a la ley vigente en Puerto Rico por poner en peligro la participación eficaz del pueblo. Muñoz defendía, desde una postura ética, el principio democrático de respeto a la voluntad de los ciudadanos y solicitaba la reformulación de la ley para asegurar la representación de todos los sectores políticos del país. Véase: Muñoz Marín, "Carta a T. Roosevelt", 11 de noviembre de 1931, en ALMM. sec. III, serie 1, folio 12, núm. 1.

desliz aliancista. Muñoz insistía en presentarse como portavoz del ala progresista del nacionalismo moderado y para esto enarbolaba la bandera de la independencia como emblema distintivo e integrador:

> Yo soy nacionalista (aunque no pertenezco al Partido Nacionalista, ni a ningún otro, porque creo que en Puerto Rico hacen falta algunos hombres que preserven entera libertad de acción, que propulsen con todas sus fuerzas los ideales de algún partido, pero que no estén comprometidos a defender sus errores; que tengan un alto compromiso con el ideal, pero ningún bajo compromiso con quienes traten de lucrarse del ideal). Soy nacionalista, repito, y si el Congreso de los Estados Unidos decidiera mañana pomposamente que Puerto Rico podría esperar ser Estado de la Unión norteamericana, yo continuaría tranquilamente siendo nacionalista, y como yo, cientos de miles de puertorriqueños, lo mismo que si lo hubiera decidido el Parlamento de Berlín.[93]

El viaje de regreso fue un cambio de lugar y de interlocutores y con esto, lo que sólo estaba implícito en los escritos dirigidos al público norteamericano pasó a convertirse en credo repetido en discursos, entrevistas y artículos periodísticos. La coyuntura obligaba a un ajuste de cuentas con el nacionalismo moderado tradicional, sobre todo con ese "ideal" autonomista que había adoptado desde el proyecto Campbell y la fundación de la Alianza. Había llegado el momento de superar esa postura infantil que, si en el pasado tuvo alguna justificación, era una mezcla de miedo, pereza mental y "una comprensión inexacta de la realidad".[94] El letrado sostenía que las posibilidades de éxito de las reformas económicas dependían del proyecto político que se asumiese y que el triunfo de un programa de rehabilitación del país sólo podía asegurarse a partir de la independencia. Respondiendo a la pregunta de si la autonomía tenía importancia política en el presente y debía aparecer en el programa del unionismo-liberal, señalaba:

---

[93]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", La Democracia, 25 de noviembre de 1931, p. 2-3.

[94]Véase: Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (primer artículo)", La Democracia, 10 de marzo de 1932; "Puerto Rico y el Partido Liberal (tercer artículo)", La Democracia, 12 de marzo de 1932, en ALMM. Sec. III, serie 3 folio 9.

> Ni en el de la Unión ni en el de ningún otro partido. No se puede observar de cerca la vida política de Puerto Rico sin llegar a la conclusión de que todo tutelaje es degradante en un sentido práctico además de ser degradante en un sentido moral. Mientras la soberanía no resida en nosotros habrá genuflexiones y degradaciones ante aquellos en quienes resida. Esta es la enfermedad pública de Puerto Rico colonial, y no tiene más cura que una dosis de soberanía sin adulterar.[95]

En el contexto de las luchas político-ideológicas nacionales, la cuestión de lo político o de los ideales adquirió prioridad. El muñocismo insistió en su crítica al colonialismo y al autonomismo como formas de gobierno que llevaban a un tutelaje degradante en el plano político y moral. Para esto, retomó su larga e insistente defensa de la viabilidad material y espiritual de la nación subalterna. Ya hemos señalado que en su combate con el discurso imperial esta bidimensionalidad del mundo le permitió adoptar una doble actitud de aceptación y rechazo del discurso colonial y precisar el lugar donde se definía la identidad y se afirmaba la igualdad, y hasta la superioridad, de la nación subordinada. Ahora insistía en que el subalterno podía y debía revitalizar ambas dimensiones del cuerpo social. Más aún, que lo material y lo espiritual eran partes de un todo que se reforzaban mutuamente. No había tal cosa como dos dimensiones sociales separadas con problemas y soluciones independientes. Contrario a la retórica imperialista y a la práctica de los partidos políticos tradicionales, particularmente del unionismo y el socialismo, se debía entender que ambas zonas sólo podían desarrollarse a través de un programa y un proceso que supiese combinarlas. Si el coloniaje había desconectado y quebrantado estos espacios en la nación oprimida, entonces su reconstrucción material necesitaba y conllevaba su reconstrucción espiritual.

La fusión de lo material y lo espiritual significaba enlazar las preocupaciones económico-sociales que dominaban la esfera de la política con las inquietudes espirituales o ideológicas de lo político. En el contexto nacional, hablando en el interior de la tradición del nacionalismo moderado,

---

[95]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", La Democracia, 25 de noviembre de 1931, p. 4.

el espacio de lo político cobraba relevancia para trazar fronteras y precisar un proyecto. La independencia pasó a convertirse en un proyecto político de madurez nacional. El tiempo de las indecisiones había quedado atrás. El nacionalismo cultural debía completarse con el deseo del Estado soberano y con la incorporación del tema de la justicia social para los sectores populares.

El proyecto soberanista implicaba un cambio de actitud: ponía fin al ciclo de las genuflexiones y permitía la reconstrucción moral del subalterno. Se abandonaba la "costumbre de pedir", para elevar la voz y demandar del "Otro imperial" el reconocimiento de Puerto Rico como una nacionalidad con derechos iguales a los de las demás naciones del mundo. La independencia era una posición epistemológica y éticamente indiscutible, un Derecho de todo pueblo que demostraba mediante su voluntad política su madurez histórica. En donde no aparecía esta aspiración, la nación era todavía un gesto inconcluso, un proceso no consolidado, amenazado por enemigos internos y externos. Lo que el nacionalismo moderado tradicional relegó al plano de un "vago ideal" que se utilizaba por dignidad y en el que no se insistía por precaución, era ahora un atributo del crecimiento de la comunidad, el deseo que no tiene precio y que "entre hombres dignos no se discute". La independencia era expresión de la racionalidad y el decoro de una comunidad y allí donde no había sido conquistada, la nación estaba desarmada, a medio hacer, despilfarrando sus fuerzas espirituales:

> Se ha considerado la Independencia entre nosotros como un vago ideal, como una cosa que se afirma por dignidad, pero sobre la cual no se insiste por precaución.
>
> No quiero discutir si esta actitud tuvo o no alguna vez justificación. Quiero probar que no la tiene ahora. La Independencia no es a mi juicio -bien estudiado y bien meditado- un mero postulado abstracto para satisfacer un orgullo moribundo. Es una necesidad moral. Es una imperiosa necesidad económica.
>
> Es una necesidad moral, en el sentido eminentemente práctico de que, mientras no se luche por ella con toda sinceridad, con todo valor, mientras no se establezca claramente en el corazón de los puertorriqueños la comprensión de que el permitir que se nos gobierne en contra de nuestra voluntad, hace de cada puertorriqueño un hombre menos entero, menos fuerte, menos digno de respeto de lo

> que está en su naturaleza ser, este pueblo, en cada uno de sus individuos, sufrirá la pérdida de un caudal de fuerza moral, de vigor espiritual, que es irreparable.[96]

La fuerza moral de la postura soberanista contrastaba con la degradación colonial y su más clara manifestación: el incondicionalismo anexionista. En su crítica a la estadidad, Muñoz sostenía que la misma conducía económicamente, a la ruina del país; políticamente, al autoritarismo de un orden constitucional hecho para otra realidad política; culturalmente, a la desintegración de la personalidad puertorriqueña. Sin embargo, su propuesta concedía también un lugar a los hijos descarriados que postulaban esta ideología política. Se trataba de no declararlos culpables por sus pecados, convirtiéndolos en víctimas del engaño y la necesidad y ofreciéndoles una oportunidad para reintegrarse al regazo familiar. En el muñocismo, era el orden colonial el que quedaba definido como una estructura de poder perversa que degradaba el espíritu colectivo de la nación subalterna dividiendo a la población mediante el soborno y el favoritismo, aprovechándose de las necesidades de unos, de las flaquezas de otros y de los intereses de los menos. El colonialismo era el gran enemigo, una enfermedad mortal que destruía la personalidad nacional deshaciendo la solidaridad social y deshumanizando al puertorriqueño. Los sectores criollos que habían quedado atrapados por sus cantos eran víctimas de una seducción nociva que sólo perseguía la aniquilación del subalterno:

> Ese estado de cosas que criticamos, ¿se debe exclusivamente a una perversidad sistemática de los republicanos? ¿O no se debe también, o en vez -y fundamentalmente- a los designios perfectamente planeados del régimen que padecemos? Hay un viejo axioma guerrero, que es también una vieja táctica imperial: divide y vencerás.
>
> El sistema de gobierno en Puerto Rico está diseñado con sutileza diabólica para producir esta división, para estimularla, determinarla, manejarla. Una autoridad irresponsable, desde los escaños del Congreso, desde los escritorios del Departamento de Guerra de los Estados Unidos, tiene en sus manos premiar o castigar las actividades públicas de los portorriqueños. Contando con la flaqueza humana, que en las colonias tiende a rayar en la abyección, la autoridad que

[96]Véase: Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (primer artículo)", La Democracia, 10 de marzo de 1932, pp. 2-3; Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", La Democracia, 25 de noviembre de 1931.

> reconoce influencias y otorga beneficios, que desconoce influjos y castiga protestas, tiene en sus manos crear cuantas luchas internas quiera en el seno de nuestro pueblo. Tiene en sus manos el soborno, tiene en su poder la degradación de nuestro pueblo. Lo tiene de la misma manera que un secretario de comité en la esquina de una plaza en un día de elecciones con una faja de billetes en el bolsillo tiene en su mano el soborno de los pobres campesinos ignorantes. El pueblo de Puerto Rico ocupa, ante el Gobierno Norteamericano, la misma posición que un grupo de jíbaros hambrientos ante un político con una faja de billetes. Y como estamos acostumbrados a perdonarle mucho a la flaqueza de nuestros jíbaros, reconozcamos que la flaqueza de nuestros adversarios podría no existir si no hubiera un régimen perfectamente preparado para suscitarla y explotarla. Indignémonos, con un dejo de compasión, con quienes así flaquean. Pero indignémonos también, con profunda determinación patriótica, contra el régimen que prepara las trampas y aprieta el resorte, contra el sistema que no sólo deprime a los patriotas, sino también fabrica a los traidores.[97]

La independencia era un proyecto político fundamental para asegurar la renovación de la dimensión material de la nación subordinada. Hemos señalado que muchas versiones del nacionalismo anticolonial, tanto de la fase de arranque como de movimiento, reconocían al "otro" metropolitano como un poder civilizador en el plano material y hasta se mostraban dispuestas a reconocerle logros culturales o espirituales a la nación dominante. Sin embargo, ya en la fase de movimiento, el nacionalismo, tanto en su versión radical como moderada, comienza a sospechar y luego a sostener que la superioridad material de la metrópoli perjudica a la nación oprimida impidiéndole el desarrollo de una economía moderna equilibrada. En otras palabras, empieza a plantear que el poderío económico imperial provoca el subdesarrollo material de la colonia.

El nacionalismo muñocista daba la voz de alerta. Un presente caótico amenazaba con hundir para siempre a la nación oprimida. Se vivía en un "mundo colonial complejo" enfrentado a "su momento decisivo" y era imperativo adoptar posturas políticas correctas que permitiesen la reconstrucción del pueblo oprimido. En el plano político, esa postura se llamaba Independencia, único salvavidas que podía sostener flotando en el inmenso mar de la Historia el cuerpo nacional. El

[97]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (primer artículo)", La Democracia, pp. 3-4.

colonialismo, por el contrario, era un naufragio que amenazaba con el ahogo, accidente fatal en el Tiempo que hacía perder el Norte y podía desembocar en la desintegración total de la nación. Ante el caos generado por la subordinación colonial, las opciones autonomistas y estadistas eran absurdas por ser incompletas y suicidas.

Para el muñocismo, la estadidad era una "caverna sin salida" que no ofrecía ninguna seguridad social y política. La misma conllevaba rendir voluntariamente la soberanía para convertirse en una colonia de la Constitución federal, ganando simplemente lo que ya se tenía: la seguridad militar y naval que Estados Unidos tenía que mantener por razones históricas. Los puertorriqueños tenían que tener cuidado con esa falsa imagen del "Otro imperial" como sociedad democrática que aceptaban con ingenuidad y debían observar con atención las contradicciones de la vida social y política norteamericana que ya Jacinto Ortega les había presentado en las páginas de La Democracia; país donde las huelgas terminaban con la muerte de mujeres y niños, donde los trabajadores tenían que luchar por sus salarios contra el capital y las fuerzas del Estado, donde se encarcelaba y se condenaba a muerte a las personas por sus ideas políticas y, peor aún, donde se perseguía y se linchaba a los hombres por razones de raza y religión. Las fuerzas retrógradas de la sociedad metropolitana eran una razón adicional para descartar el anexionismo.[98]

En la organización del Partido Liberal la disputa ideológica principal era la que enfrentaba a los autonomistas con los independentistas. Para Muñoz, el autonomismo fue un ideal y una postura política importante superada por el desarrollo histórico del país. Se trataba de un ideal incompleto que aspiraba a "privilegios revocables" y cuya fragilidad dejaba al subalterno sujeto a realizar “genuflexiones y degradaciones” ante los que conservaban la soberanía. Los que se aferraban a esta posición eran sectores moderados que no habían comprendido los cambios y las nuevas tareas del

[98]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", La Democracia, 25 de noviembre de

presente y permanecían estancados en posturas superadas por la historia. El autonomismo no era el enemigo del independentismo, sino su etapa infantil, aquella postura valiente a partir de la cual fue tomando forma política una identidad nacional en formación.

Pero el tiempo y el contexto se habían transformado. Por paradójico que pareciese, en los inicios de la década del 30, la nación que había madurado se enfrentaba a la amenaza de su desintegración. La única opción era asumir como proyecto la plena realización de su soberanía para, a partir de la construcción del estado-nación, poder ingresar en la verdadera modernidad. Esta era la tarea política a promover en el interior del unionismo, partido político que había aglutinado las fuerzas del nacionalismo incipiente desde 1904 y que ya en 1932 había conquistado su mayoría de edad. La independencia era la "fuerza moral que da un ideal definitivo" y paso indispensable para iniciar y asegurar la "salvación económica" de la nación empobrecida. La soberanía, además de conveniente o deseable, era necesaria. Si no se asumía con toda decisión se permanecería indefenso frente al abismo, listo para deshacerse con la "ruina súbita, inevitable, irreparable" de su personalidad.

Para convencer a la militancia unionista de la necesidad de adoptar el proyecto de independencia, Muñoz estableció una tipología del autonomismo que le permitió contestar sus inquietudes y posturas. La conclusión fue sencilla: el autonomismo fue una posición importante en la historia política puertorriqueña pero había quedado superado en el presente, dejando como única opción la independencia. La autonomía era, a lo más, un "sueño absurdo", "un disfraz de conformidades inconfesables" producto del temor, el interés personal, la pereza mental, la incomprensión teórica, la actitud pasada de moda y hasta el revanchismo político:

> La situación es hoy completamente distinta. Puerto Rico ni es parte ni quiere ser parte ni debe ser parte ni le conviene ser parte de la nacionalidad norteamericana,

---

1931, pp. 4-7.

> y la petición de autonomía es una dádiva que se le pide a una nación extraña cuando existe un derecho integral que puede y debe recabarse. Refiriéndome otra vez al estricto significado político e histórico de la palabra autonomía hago notar que una república no puede reconocer entidades territoriales autonómicas dentro de su sistema, porque su constitución le impide a su poder legislativo desprenderse de la facultad de revocar cuantas leyes haya hecho, incluyendo aquellas mediante las cuales se haya otorgado alguna fórmula de gobierno que parezca una autonomía. La autonomía irrevocable es solamente aquella que, llevando consigo todos los poderes de la nacionalidad, reconoce a un rey, a una dinastía que es rey y dinastía al mismo tiempo de otras nacionalidades. Las monarquías pueden reconocer sistemas autonómicos como reconoce Inglaterra el del Canadá y el de Nueva Zelandia. Las repúblicas sólo pueden tener colonias como tiene Francia en el Congo, como tiene Estados Unidos a Puerto Rico. Por consiguiente, mientras no se establezca una monarquía en Estados Unidos la aspiración de Puerto Rico a la autonomía, en su verdadero sentido, en su único sentido aceptable e irrevocable, será, o un sueño absurdo, o un disfraz de conformidades inconfesables.[99]

En su lucha contra la realidad colonial y el discurso imperial, así como contra las ideologías anexionistas y autonomistas, el nacionalismo moderado muñocista buscó afianzar sus posiciones manejando criterios epistemológicos y morales. Como ya destacamos su forma de convertir la política en un acto moral y moralizador, podemos ahora señalar los argumentos epistemológicos de su temática. El muñocismo utilizó dos campos de saber, la Economía y la Historia, y a partir de ellos construyó su interpretación del pasado y del presente. Contra el discurso imperial y el colonialismo criollo, que asociaban el pasado con la barbarie y el presente con la civilización, se lanzó a una empresa de revaluación histórica. El pasado y el presente eran dos momentos que debían ser releídos y comprendidos en su profunda verdad. Había que desmitificar la conciencia colonialista repensando sus representaciones del tiempo y las diferencias que inventaba para distinguir entre "nosotros" y "los otros".

El discurso imperial miraba constantemente a sus estadísticas para proclamar el triunfo de su empresa civilizadora y contrastar sus hazañas con lo que se le presentaba como un pasado vacío.

---

[99]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (tercer artículo)", La Democracia, 12 de marzo de 1932, en ALMM. sec. III, serie 3, folio 9.

Desde esta mirada del Poder, el presente había sido el inicio de la modernidad, un corte histórico significativo edificado bajo su tutela, una época de aciertos: escuelas, hospitales, carreteras, balanza comercial favorable, aumento en la producción; todos como testimonios de la grandeza imperial.

Muñoz ripostó releyendo el pasado y destacando que durante el siglo XIX el país oprimido había conocido al menos dos momentos importantes de desarrollo económico. Insistió en que tras el aparente crecimiento económico del presente colonial se escondía un mundo de miserias donde una masa humana se encontraba a punto de un desplome irreversible. Además, llevó a cabo una crítica del psicologismo racialista escondido en el discurso imperial defendiendo la tesis de que la dinámica económica del país subordinado era un producto de fuerzas, tanto internas como externas, y no una consecuencia automática de la personalidad del conquistador. Si Puerto Rico había progresado materialmente durante las primeras tres décadas de dominación norteamericana se debía a la iniciativa de los propios puertorriqueños.

Examinando el presente, penetrando la superficie de la "prosperidad aparente" iba apareciendo otro mundo económico: el de la desposesión y el desempleo crónico, el del hambre y las enfermedades, el del país sometido a condiciones de dominación que llevaban a la subordinación y desintegración de su economía nacional. Bajo el colonialismo, la nación subalterna quedaba degradada a la condición de un "esclavo agradecido". El logro epistemológico del discurso nacionalista consistía en leer la “verdad” de las formas de explotación que la economía norteamericana imponía sobre el pueblo de Puerto Rico. Estados Unidos y la Isla eran realidades histórico-sociales diferentes en espacios geográficos muy distintos y su nexo estaba basado en relaciones de poder que tenían como resultado la desigualdad: el beneficio de uno acrecentándose en proporción inversa al beneficio del otro.

> No sabemos lo que sería Puerto Rico, si no hubiera ocurrido la intervención norteamericana. Durante el régimen norteamericano se ha observado el desarrollo de

> una gran prosperidad aparente. Pero este no fue el primer salto en el progreso económico y comercial que dio Puerto Rico. En 1815, como resultado de la Cédula de Gracias que eliminó los antiguos monopolios coloniales españoles, la vida económica del país dio un salto hacia adelante comparable con el que ha dado después de 1898. Este último salto es más aparente que real; pero lo que quiero señalar en este momento es, sencillamente, que Puerto Rico, país latino, no tomó rápido incremento por la influencia de los Estados Unidos, país de raza exótica, sino por razones económicas independientes de la psicología nacional del conquistador, ya que en 1815 como después en 1850, tuvo igual incremento siendo la nación dominadora de una psicología nacional totalmente distinta. Apunto esto porque muchas personas creen que estas cosas ocurren por motivo de superioridad racial, en las iniciativas comerciales. En cuanto a nuestra "prosperidad" en sí, me atengo a los informes del Gobernador Roosevelt, y a los discursos de Santiago Iglesias: 60% de la población en desempleo más o menos crónico, salarios en nuestra industria principal que promedian 180 pesos al año, 600,000 infectados de uncinariasis, 35,000 tuberculosos y todo ese desvencijado cuadro de miseria y millones, de hambre y balances comerciales favorables; de millones de dólares que salen por motivo de la tarifa, $5,000,000 que salen por encima de los que entran por motivo del cabotaje, 10,000,000 que salen por motivo del absentismo; contrabalanceándolos por los 2,000,000 de la aduana y de los otros regalitos con los que de cuando en cuando nos obsequia el Congreso de los Estados Unidos y que nosotros tenemos la poca integridad de aceptar, es cuadro que hace de la bandera americana un ropón con el que se cubren las llagas de un pordiosero, bajo el cual se muere de miseria, de hambre y de podredumbre un esclavo agradecido.[100]

Doble proceso: el de reconocer las diferencias obvias entre “nosotros” y los “otros” y el de precisar que las relaciones entre metrópoli y colonia son relaciones de desigualdad y explotación que le permiten al poderoso desvalijar la zona colonial. Estados Unidos era definido como un país industrial de la zona templada, poseedor de su soberanía política; Puerto Rico, por el contrario, se presentaba como un país agrario, tropical y carente de soberanía. Entre estas dos totalidades sociales los nexos sólo servían para asegurar la desigualdad y la explotación. La superioridad económico-industrial del "Otro imperial", con su capitalismo corporativo expansionista, se había lanzado sin cortapisas sobre una economía agraria para desplazar el poder económico de las manos criollas y depositarlo en el capital monopólico norteamericano. El resultado, un capitalismo dependiente

[100]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", La Democracia, 25 de noviembre de 1931, pp. 7-8.

agroexportador en el cual los productos principales de exportación quedaban controlados por el capital absentista. Los llamados beneficios en las relaciones económicas con los Estados Unidos eran los beneficios del capital norteamericano que saqueaba a Puerto Rico, destruyendo la base de la propiedad criolla, trasladando la riqueza obtenida en el espacio colonial al área metropolitana y provocando una proletarización desquiciadora que desembocaba en la pauperización absoluta y relativa de todos los sectores sociales que formaban el país. La tarifa de protección y el acceso al mercado norteamericano, que habían hecho posible el aumento de la producción y una balanza comercial favorable, llevaban en verdad al enriquecimiento de los pocos y a la fuga de capital. La colonia, carente de poderes, se limitaba a soportar su empobrecimiento sin posibilidad de regatear. La ausencia de poder político dejaba desarmada la economía puertorriqueña, mientras que los Estados Unidos, en el uso legítimo de su poder legislativo, protegía sus intereses y, sin mala fe, "de soslayo" e impensadamente, destruía la base social de la economía isleña. Con una "inocencia brutal", "el elefante trotaba sobre una colonia de hormigas". Lo que parecía protección y progreso era en el fondo subordinación y saqueo. La tarifa, combinada con el cabotaje, había convertido al país en un cañaveral artificialmente sostenido que dependía de las importaciones para su subsistencia y que carecía de poderes para detener su descomposición:

> Puerto Rico es un país agrario de la zona tórrida que está incluido en el sistema de aduanas de un país industrial de la zona templada. El Congreso del país industrial de la zona templada hace tarifas, impone derechos de aduana, que el país de la zona tórrida, sin la menor intervención en el funcionamiento de dichas tarifas, tiene que acatar. Las tarifas aduaneras del país industrial de la zona templada se hacen, como es natural y legítimo, en provecho de los intereses de su población. Los intereses de esa población industrial de zona templada no son, no pueden ser, los mismos que los intereses de la población agraria de la zona tórrida. Por consiguiente, las tarifas, al hacerse allá, no pueden tener en cuenta los intereses de acá. Y como cuestión de hecho, no los tienen en cuenta. Protegen el azúcar, porque el azúcar es un interés norteamericano en Puerto Rico, un interés creado artificialmente al amparo de la tarifa. El tabaco, otro interés predominantemente norteamericano, está protegido nominalmente, ya que la "protección" que ofrece la tarifa es de $35.00 quintal y el precio con el que los acaparadores norteamericanos quieren arruinar a

> los productores puertorriqueños es, este año, de $18.00. Esta "protección", falsa en cuanto a las dos terceras partes del azúcar, porque protege intereses norteamericanos, falsa en cuanto a todo el tabaco, porque no protege al agricultor puertorriqueño del acaparador norteamericano, es lo único que remotamente se puede alegar como un beneficio recibido por Puerto Rico de sus relaciones arancelarias con Estados Unidos.
>
> Y en cambio, ¿cuáles son los perjuicios de esa misma relación? Todo lo que se consume en Puerto Rico, todo lo que consume el jíbaro más pobre y el banquero más rico, está gravado con los fuertes recargos de la tarifa norteamericana, que perjudican a Puerto Rico sin intervención de los puertorriqueños que la pagan. Y perjudica a Puerto Rico, entiéndase bien, que es importante, no porque los Estados Unidos deseen cometer la insólita crueldad de encarecer la vida de hombres que apenas ganan unos centavos diarios, sino porque la tarifa norteamericana la hace el Congreso Norteamericano en el ejercicio legítimo de su deber de proteger los intereses del pueblo norteamericano. Y aniquila a Puerto Rico de soslayo, de paso, casi impensadamente, con la misma inocencia brutal de un elefante que trota sobre una colonia de hormigas.[101]

Es importante leer detenidamente esta crítica a las consecuencias económicas del colonialismo y las serias acusaciones que se lanzan contra el poder metropolitano. Muñoz ha elaborado sobre el "Otro imperial" una moneda con doble rostro: el de un ángel ilustrado anunciando la buena nueva de la modernidad y el progreso, dispuesto a cumplir su misión de auspiciador del desarrollo de los rezagados, y el de un ángel ciego y descontrolado que arrasa ambicioso todo lo que encuentra a su paso con el fin de instalar su reinado exclusivo sobre el mundo. Estados Unidos era una sociedad paradójica, un mundo en donde fuerzas positivas y negativas se enfrentaban en un combate cuyo desenlace no llegaba a visualizarse.

Por momentos, el muñocismo sospechaba de la misión civilizadora del "Otro imperial" y parecía comprender el carácter imperialista de la expansión norteamericana sobre el Caribe. Sin embargo, esta crítica era coyuntural y coexistía con su tesis de que en el interior de la nación norteamericana existían fuerzas progresistas genuinamente interesadas en el progreso y bienestar de los demás. De aquí que su interpretación de las consecuencias económicas del colonialismo no

[101]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (primer artículo)", La Democracia, 10 de marzo de 1932, pp. 5-6.

significara la adopción de una teoría de la conspiración, como sostenía el nacionalismo radical albizuista. Dentro de una mentalidad liberal, pensaba que si en algunos momentos el Estado metropolitano había quedado sometido al poder del gran capital, ésta no era su raíz social constitutiva como Estado moderno, democrático y pluralista. Puerto Rico era una víctima de las luchas socio-políticas norteamericanas, un damnificado que desconocía los giros de un Poder que lo dirigía y entre lo salvaba y lo arruinaba. El nacionalismo moderado quería llevar a cabo la pedagogía del oprimido enseñándole esa realidad del "Otro superior" como un sujeto bipolar, para luego invitarlo a esa contradictoria relación de aceptación y rechazo: aceptación del "Otro" cuando es ilustrado y modernizador y se presenta con su rostro progresista; rechazo del "Otro" cuando es expansionista y racista, y aparece como un poder codicioso carente de decoro y dispuesto a destruirlo todo, inmisericordemente.

El mejor ejemplo del fracaso del experimento colonial en el plano material lo expresaba lo que aparentemente era su acierto: el auge azucarero. Para el muñocismo, la industria azucarera en Puerto Rico era una actividad artificial que "vivía muriendo", "llena de amargas quejas", y que sólo se sentía segura cuando las catástrofes mundiales elevaban los precios en el mercado internacional. Los terrenos del país resultaban inadecuados provocando que los costos de producción excedieran el precio del mercado. Era la tarifa la que oxigenaba esta empresa inestable impidiendo su desaparición. Pero la tarifa, como legislación Congresional, era una decisión tomada por el poder metropolitano de acuerdo con lo que consideraba adecuado para la sociedad norteamericana. La colonia no tenía aquí ni poder ni importancia en la reflexión del poder imperial. El país subordinado vivía en un limbo amenazante sujeto a una legislación ajena que podía alterarse de acuerdo con los intereses de la sociedad norteamericana. Con "toda inocencia", el Congreso podía, mediante la baja en la tarifa, "arruinar súbita y catastróficamente" la Isla y esto era lo que parecía avecinarse con la

próxima llegada de los demócratas al poder en los Estados Unidos y el auge del librecambio. En el futuro nacional que soñaba el muñocismo el cañaveral no serviría de rama económica dominante. La nación subalterna tendría que fundamentar su destino en una nueva base económica que no perpetuara la economía colonial. Pero de lo que se trataba era de asegurar que esta transición no arruinara al país. Para superar la amargura azucarera se hacía necesario obtener poderes soberanos que permitiesen legislar medidas de regeneración económica. Además, no podía olvidarse la responsabilidad moral de los norteamericanos por haber provocado semejante anormalidad como economía colonial:

> La industria azucarera que es -desgraciadamente y no por culpa nuestra- la base de la economía colonial puertorriqueña, me da la impresión de un moribundo sostenido sobre sus pies por muletas atadas por cordones a un camión que en cualquier momento puede moverse arrastrando tras sí las muletas.
>
> El problema no es, por lo tanto, si al azúcar le conviene o no la tarifa. No es ni siquiera, en su aspecto esencial, que el azúcar esté en sus dos terceras partes, en manos de corporaciones norteamericanas. El problema inminente, trágico, amenazador, es si a Puerto Rico le conviene o no el azúcar. Más que eso todavía: si el azúcar puede o no sobrevivir en Puerto Rico bajo cualquier régimen concebible. Y la contestación es clara, terminantemente: no puede.[102]

Para contrarrestar el panorama económico colonial era "derecho moral y deber patriótico" recabar de los Estados Unidos el reconocimiento de nuestra soberanía. Sólo la independencia haría posible la "protección de nuestras vidas de acuerdo con nuestras propias necesidades con vistas a nuestra propia salvación"; sólo "a base de derechos perpetuos reconocidos como inalienables" era posible planificar un desarrollo económico futuro para ingresar en la modernidad. Los paños tibios del autonomismo resultaban inapropiados. A nadie podía ocurrírsele que la situación de la economía colonial podía superarse "a base de privilegios revocables a capricho de quien los haya otorgado", es decir, sobre alguna ley de un Congreso que protegía los intereses de sus nacionales:

---

[102]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (primer artículo)", La Democracia, 10 de marzo de 1932, pp. 7-9; "Puerto Rico y el Partido Liberal (segundo artículo)", La Democracia, 11 de marzo de 1932.

> ... A lo que sí tenemos un derecho moral incuestionable, de lo que sí tenemos un deber patriótico ineludible, es de demandar que el pueblo de los Estados Unidos nos suelte, nos liberte completamente, para proteger nuestra propia vida de acuerdo con nuestras propias necesidades, con vistas a nuestra propia salvación. ...
>
> Y no se diga que a Puerto Rico puede libertársele del dominio arancelario de Estados Unidos sin libertársele de la soberanía efectiva de Estados Unidos, porque un país no pude desarrollar una política económica seria y honda con miras a los próximos cien años, a todo el porvenir, a base de privilegios revocables a capricho de quien los haya otorgado. Puerto Rico sólo puede proceder a la metódica y gloriosa obra de su salvación a base de derechos perpetuos reconocidos como inalienables.[103]

En el muñocismo, la cuestión económica contenía necesariamente una cuestión moral. De aquí, por ejemplo, su empeño en redefinir las ayudas económicas norteamericanas como obligaciones y no como dádivas del paternalismo imperial. Washington tenía que responder ante la nación oprimida por provocar un ambiente económico que amenazaba con destruir "el país que ha gobernado autoritariamente" y no podía deshacerse de su responsabilidad impunemente. Este cuestionamiento moral del poder imperial era una estrategia fundamental en su proyecto soberanista. La misma abría la posibilidad de reclamar la "ayuda" norteamericana para el futuro estado-nación puertorriqueño. Estados Unidos no podía abandonar a su suerte a Puerto Rico luego de haber fracasado en su misión civilizadora y propiciado su crisis material y espiritual. Todo lo contrario, una vez reconocido el derecho a la independencia y realizado el estado-nación, le correspondería al "Otro" cumplir su compromiso histórico. Claro está, con la diferencia abismal que existía entre administrar una colonia y apoyar a un "pueblo libre". Las ayudas federales que se conservarían en el futuro de la nueva república se establecerían en mutuo acuerdo y ya no serían las medidas para beneficiar a un sector particular del capital:

> La responsabilidad de Estados Unidos no proviene de una grandeza; proviene de una mezquindad. Proviene del hecho irrefutable de que, en provecho de

[103]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (primer artículo)", La Democracia, 10 de marzo de 1932, pp. 6-7; "Puerto Rico y el Partido Liberal (segundo artículo)", La Democracia, 11 de marzo de 1932.

> inversiones de su capital, creó, en un país que ha gobernado autoritariamente, una estructura económica que pone a ese país en peligro inminente de destrucción, y al reconocer la independencia de ese país es moralmente responsable (si se tratara de individuos sería civilmente responsable), de agotar todos los medios para establecer la seguridad económica nacional de ese país.[104]

Para poner en práctica los cambios económicos y políticos que aseguraran la superación del colonialismo y la fundación del estado-nación se hacía pertinente un "tratado de transición" que tuviese en consideración los intereses legítimos de ambos pueblos y donde los puertorriqueños tuviesen el gesto ético superior "de no explotar a un pueblo moralmente tan indefenso como lo es el de Estados Unidos en sus relaciones con Puerto Rico".[105] El caso de las Filipinas servía de precedente para orientar las medidas de transición que llevarían a un desenlace feliz del trauma colonial. El tratado se haría entre "dos soberanías libres" y establecería un período de cambio que conservaría el acceso protegido de los productos de exportación puertorriqueños al mercado norteamericano. El pleno reconocimiento de la soberanía puertorriqueña era indispensable para asegurar la reconstrucción moral y el poder de legislar que sentarían las bases de una economía nacional:

> Si vamos a liquidar la artificial industria azucarera en, digamos, veinte, treinta, cuarenta años, es absolutamente necesario que tengamos autoridad soberana para amparar con nuestras propias tarifas y nuestra propia diplomacia las industrias, las fuentes de riqueza, que hemos de desarrollar en su sustitución, con las mismas tierras y los mismos capitales de la industria azucarera y los mismos capitanes e industria que hoy son azucareros; y ésto sólo puede hacerse, bajo la soberanía de los puertorriqueños. Querer reconstruir toda la economía de un país con cortapisas arbitrarias, con una autoridad arbitraria suspendida, como la espada de Dámocles, sobre nuestras cabezas, bajo una constitución exótica, bajo un poder revocador arbitrario, sería tan fatal, tan ridículo, tan patético y tan estúpido como sentarse en la rama de un árbol para después cortarla. Tenemos que cortar la rama ya afincados en el tronco firme de la soberanía. Si el azúcar ha de desaparecer de cualquier manera,

---

[104]Muñoz Marín. "Puerto Rico y el Partido Liberal (segundo artículo)", La Democracia, 11 de marzo de 1932, p. 2.

[105]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (segundo artículo)", La Democracia, 11 de marzo de 1932, pp. 2-3.

> bajo la independencia puede desaparecer el azúcar sin que se arruinen los azucareros.[106]

Economía, política y ética se enlazan dialécticamente en el análisis del sistema colonial que realiza el muñocismo y le permiten artuicular la triple dimensión de su propuesta. Pero es principalmente la dimensión ética la que se convierte en motor de la historia, en zona de la superioridad del oprimido que debe ser afirmada para devolverle los bríos que necesita para conquistar su soberanía política y su bienestar económico. Contra ella era que había actuado, consciente e inconscientemente, el poderío imperialista, imponiendo un orden colonial que socavaba el cuerpo y el alma del subalterno. Entre sobornos políticos, dádivas económicas y una política de desintegración cultural que buscaba borrar la memoria histórica del subalterno, el orden colonial y el discurso imperialista habían intentado perpetuarse. Había llegado la hora de enfrentar esta amenaza, afirmando la prioridad de lo moral y abogando por una reconstrucción espiritual que hiciese posible enfrentar la psicología colonial de la impotencia y la inferioridad, sustituyéndola con una autoconciencia de las potencialidades silenciadas por el peso de la opresión. La renovación moral avivaría la voluntad para convertirla en acción económica y política. Contra la psicología colonial, que declaraba que la independencia no nos sería concedida o que faltaba demostrar nuestra capacidad o nuestras fuerzas, ripostaba:

> Contesto a la primera frase: que "nos la van a reconocer", (la independencia ni se pide ni se da; se demanda y se reconoce). Contesto a la segunda frase: que los imperios no ocupan territorios con el objeto de salvar a los habitantes de su propia incapacidad. Los ocupaban en el mundo antiguo para exprimirlos en tributos directos; los ocupan en el mundo moderno para explotar su suelo, y el trabajo barato de sus habitantes, y crear un mercado de monopolio donde se le pueden vender a hombres depauperados las heces de la producción imperial a precios exorbitantes. Pensar que Estados Unidos está en Puerto Rico con el único objeto de esperar a que los puertorriqueños demuestren poder ejercer su propia soberanía es pensar que los

[106]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (segundo artículo)", La Democracia, 11 de marzo de 1932, pp. 2-4.

> ladrones se roban los relojes con el objeto de brindarle a sus dueños oportunidad de aprender a darles cuerda. ...
>
> A la tercera frase, "!Si no tenemos fuerzas!" voy a contestar categóricamente que tenemos fuerzas, y fuerzas de sobra, para imponer el reconocimiento de nuestra independencia. En la clase de fuerza que tenemos -y que nunca hemos usado- la posición de Estados Unidos es débil ante la nuestra. Me refiero, desde luego, a la fuerza moral. La fuerza moral, que en el caso de un país pequeño como Puerto Rico y de un país grande como Estados Unidos, es incontrastable a favor del primero. Ante la enorme fuerza moral que puede ser nuestra con sólo quererlo nosotros, Estados Unidos son -lo digo con entera conciencia de responsabilidad- moralmente inermes.[107]

Quedaba así terminada la argumentación epistemológica y ética que sostenía la existencia de la nación oprimida y su derecho a un futuro como nación-estado. Reconocidas las diferencias con el "Otro metropolitano", era necesario concluir que el colonialismo resultaba un régimen antinatural que degradaba al amo y al esclavo pretendiendo convertir lo distinto en desigualdad. El nacionalismo moderado muñocista aceptó el modelo esencialista de inventar identidades puesto en práctica por el discurso imperial, pero revaluó sus representaciones. “Nosotros” y los “otros” no éran idénticos, pero esto no legitimaba relaciones de dominio y explotación. Se podía y se debía insistir en las diferencias, incluso contrastando los espacios espirituales de cada nacionalidad y reconociendo sus lenguajes, formas religiosas y logros intelectuales. Más aún, debíamos completar este reconocimiento de las diferencias culturales con la comprensión de las diferencias en el plano material. Estados Unidos y Puerto Rico eran naciones con distintos contextos económicos, geográficos y políticos. Mientras la primera era una economía industrial y un país soberano con una vasta extensión territorial, la otra era una economía agraria en un país pequeño sometido al colonialismo. Pero reconocidas las diferencias, no se podían utilizar las mismas para validar el ejercicio del dominio y la explotación.

---

[107]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (segundo artículo)", La Democracia, 11 de marzo de 1932, pp. 6-7.

El nacionalismo moderado muñocista se organizaba como utopía emancipadora manejando los principios políticos de la modernidad: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Estos postulados eran los pilares sobre los cuales organizar un diálogo que hiciese posible la solidaridad entre los pueblos. El colonialismo era la antítesis de estos principios y debía ser erradicado como un desliz en el camino hacia el Progreso y la Libertad. Las nociones políticas modernas eran principios universales que aseguraban, entre individuos y pueblos diferentes, el mutuo reconocimiento de sus existencias, el respeto de sus formas de vida y la convivencialidad. El muñocismo manejó el racionalismo político moderno y el democratismo metropolitano para enfrentar el discurso imperial. Puerto Rico y los Estados Unidos eran pueblos distintos cuyas diferencias no hacían del primero un pueblo inferior. Todo lo contrario, la Isla era propietaria de una historia que la certificaba como una nación constituida y correspondía a la metrópoli, y a los otros sujetos internacionales, reconocerla como tal. A lo que invitaba al "Otro todopoderoso" era a recapacitar sobre la forma imperialista de realizar su misión histórica. Para esto, servía la palabra, no la violencia. Si con el Verbo se creó el mundo, con él también se podía forjar una nueva relación entre Estados Unidos y Puerto Rico: la de pueblos amigos, libres e iguales acompañándose en el viaje a la modernidad.

La llegada a la vida pública: el periodista se convierte en Senador.

Los resultados electorales de noviembre de 1932 parecieron confirmar el vaticinio que el muñocismo había estado proclamando a lo largo de la década del 1920. El nacionalismo moderado unionista, con su retórica tradicionalista y culturalista, había descuidado la cuestión económico-social y abandonado a las masas populares al poder de convocatoria de otros discursos políticos. El socialismo de Iglesias había aprovechado esta oportunidad para convertirse en una fuerza política significativa. El resultado de este descuido fue la declinación de su hegemonía, que apenas pudo prolongarse artificialmente mediante una alianza con los sectores conservadores del republicanismo

encabezados por Tous Soto. El abandono de la independencia, y el fortalecimiento del centro político y de los sectores conservadores dentro de la Alianza, completaron su desgaste hasta provocar su derrota política. Los resultados electorales daban una ventaja a la Coalición de la Unión-Republicana y los socialistas sobre el Partido Liberal, obteniendo los primeros 208,232 votos por 170,168 los liberales. El Partido Socialista aportó 97,438 votos y la Unión-Republicana 110,794. La Coalición dominó ambas cámaras legislativas y eligió su candidato a Comisionado Residente en Washington, posición que recayó en el líder socialista Santiago Iglesias Pantín.[108]

Pero estaríamos equivocados si creyésemos que la voz profética denotaba algún pesimismo. Todo lo contrario, orgulloso, optimista, ansioso por entrar en acción, manejaba la crisis como un reto que obligaba a la tarea de concientizar a las fuerzas políticas y sociales que habrían de emprender la gesta emancipadora de la nación subalterna. Hemos señalado su deseo de presentarse como una voz autónoma opuesta a la conducta y los errores de las voces tradicionales que habían dominado el espacio público y el debate político. Ahora, en su primera participación en la legislatura puertorriqueña, el Senador electo insistió rápidamente en precisar sus prioridades y distinguirlas de los asuntos que predominaban en un ambiente político en donde los partidos contrarios, y hasta el mismo Partido Liberal, habían quedado atrapados por el afán de ocupar posiciones y discutir asuntos de poca importancia.

Completada la tarea de asegurar que el liberalismo adoptara como proyecto político la independencia, el acceso al espacio legislativo obligaba al nuevo Senador liberal a concentrarse en otro problema: el de la reconstrucción económico-social. A lo largo de la década del 20, había insistido en que el ardid de las fuerzas conservadoras dentro del nacionalismo moderado había sido utilizar la cuestión política como un señuelo para desviar la atención de los urgentes asuntos

[108]Pagán, Historia de los partidos políticos, II, pp. 44-47.

económicos del país. Ahora, metido ya abiertamente en el campo de la política, debía superar esa vieja postura y acentuar la importancia de la cuestión económico-social. Sin negar la relevancia de algunos asuntos políticos que se debatían en la nueva legislatura de 1933, Muñoz sostenía la prioridad de lo económico como "una nueva ruta" que reclamaba "una nueva visión espiritual". Para enfrentar la crisis había que deshacerse de las "etiquetas" y las perspectivas partidistas. Sólo así la práctica política podría servir de agente catalítico para "salvar a Puerto Rico de la ruina":

> El momento político reviste una honda responsabilidad para todos los portorriqueños. Es momento de tomar nuevas rutas. Es momento, por lo que pasa en Puerto Rico, y por lo que pasa en el mundo, de enfocar la vida pública con una nueva visión espiritual. En el porvenir inmediato se vislumbran algunos asuntos interesantes, pero triviales si se contrastan con la visión de la responsabilidad pública que es nuestra necesidad perentoria. Los asuntos interesantes a los que me refiero son: la resolución de estadidad que parece va a presentar el señor Martínez Nadal; la posibilidad, según declaraciones del senador King, de que sea enmendada la Carta Orgánica en el sentido de que sea elegido el gobernador por el pueblo de Puerto Rico; el planteamiento de nuestros problemas económicos ante el Congreso de los Estados Unidos, en aquellos aspectos en que dicho Congreso se ha reservado hasta ahora la autoridad para actuar; y otros asuntos por el estilo. Pero ninguna de estas cosas reviste gran importancia si las equiparamos con la miseria, el hambre y la ruina de nuestro pueblo.
>
> Por encima de tal o cual manera de elegir nuestros funcionarios, por encima de tales o cuales peticiones a presentar en el Congreso, por encima de cómo se ha de presentar la cuestión de la estadidad por el partido Republicano, por encima de dónde habrá de encontrarse la cuna del nuevo gobernador; por encima de todas esas cosas, está el hecho de que nuestro pueblo se está muriendo de hambre.
>
> Nos hundimos en un abismo de miseria y de ruina en cuyo fondo se destaca un panorama pavoroso. Y ante esta realidad todavía estamos jugando a la política, ocupándonos de quién va a ser el Presidente de la Cámara y de cuántos departamentos va a disponer tal o cual partido político.
>
> Ante este contraste las personas sensatas tienen que sentirse envueltas en un hálito de manicomio, en una sensación de niños haciéndose maldades al borde de una conflagración preñada de dinamita. En Puerto Rico no hay más que un problema, un problema enorme que incluye a todos los demás, y que se traduce en la siguiente pregunta: ¿por qué se está muriendo de hambre Puerto Rico? La respuesta cabal a esta pregunta, y la ejecución completa y valerosa de lo que esa respuesta dicte, es la solución del problema integral de Puerto Rico.[109]

[109]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", El Mundo, 12 de febrero de 1933, en ALMM. Sec.III, serie 3, folio 8, doc. 1.

Desde su programa de marzo de 1932, el Partido Liberal, como organización del nacionalismo moderado, se había fijado una tarea dual: reclamar "la independencia absoluta de la Isla" y cooperar con las autoridades coloniales para promover todo tipo de medidas que redundaran en el bienestar del país.[110] ¿Cómo complementar estos proyectos? Por absurdo que parezca, para poder cumplir con esta doble faena, el discurso muñocista retomó las diferencias entre lo económico-social y lo político que resultaban ya tan familiares en el debate público puertorriqueño. En el plano macro de "lo político", la cuestión del estatus era el asunto central y el reclamo de la independencia resultaba prioritario como medida indispensable para poder llevar a cabo efectivamente la salvación de la nación. Se trataba aquí de enfrentar la realidad colonial y el discurso imperial, afirmando la nación, construyendo sus proyectos económicos, políticos y culturales renovacionistas y defendiendo con argumentos epistemológicos y morales su existencia indiscutible como sujeto histórico. En el plano micro de "la política", las tareas eran más concretas y tenían que ver con la puesta en práctica, mediante legislación, de las medidas que permitiesen enfrentar, dentro de "lo posible" que concedía el régimen colonial, la crisis orgánica que amenazaba la nación; sobre todo responder a sus problemas económico-sociales. En esta dimensión, la retórica debía ceder ante la práctica, el ideólogo ante el legislador, el utopista ante el pragmático.

Quizás se pueda analizar las posibilidades que abre esta concepción bidimensional del espacio político preguntándose cómo era posible compaginar los reclamos de independencia con la aceptación de puestos públicos en un gobierno colonial. En el muñocismo, el proyecto soberanista formaba parte del debate en el plano de "lo político" y asumirlo no estaba en contradicción con la participación en el mundo de "la política", o de los asuntos de gobierno, dentro de las estructuras del

[110]Esta era una postura que parecía no alarmar a las autoridades coloniales convencidas de que el independentisnmo seguía siendo más retórica que un reclamo real. Véase: Mathews, La política puertorriqueña, pp. 36-38; Pagán, Historia de los partidos políticos, II, pp. 1-68.

régimen colonial que se rechazaba y se pretendía superar. No se trataba de nada nuevo en la vida política del país. Por el contrario, era una postura tradicional del nacionalismo moderado que, desde sus orígenes político-partidistas como Partido Federal (1899) y luego como Partido Unionista (1904), había llevado a cabo una crítica del régimen al mismo tiempo que participaba en su forma de gobierno. Desde la primera década de dominación norteamericana, los sectores más progresistas dentro del nacionalismo moderado vieron la independencia como un ideal y como un proyecto que no sería alcanzado en el proceso electoral establecido por la Carta Orgánica que daba forma al gobierno colonial. Si bien era importante asumir una posición como solución al dilema del estatus de la Isla, esto no significaba, de ninguna manera, que se creyese que el proceso electoral para organizar el gobierno fuese a resolver la cuestión colonial. Cada cuatro años se debatía en torno a la administración de la cosa pública y se cumplía con el orden gubernamental organizado, primero bajo el Acta Foraker y luego en el Acta Jones, sin que los resultados electorales significaran posibles modificaciones al Acta Orgánica. Los partidos que participaban en el proceso electoral debían estar conscientes de las posibilidades reales que existían en el espacio en el que luchaban y confundir la agenda del "buen gobierno" con la cuestión colonial sólo serviría para impedir la legislación posible y necesaria en favor del pueblo. La cuestión del estatus refería a otro plano y debía resolverse en un proceso específico de carácter plebiscitario en donde el pueblo tomaría, en acuerdo con el poder Congresional norteamericano, una decisión en torno a la fórmula deseada para superar el orden vigente.

Las versiones moderada y radical del nacionalismo en la fase de movimiento se separaban en este punto. Mientras el nacionalismo radical albizuista interpretaba el proceso electoral como un medio para resolver la cuestión colonial y organizar, a partir de una posible victoria política, una Convención Constituyente que estableciese el orden jurídico-político de la nación soberana, el

nacionalismo moderado relegaba la cuestión del estatus a una consulta plebiscitaria y consideraba las elecciones como un asunto administrativo. Cada cuatro años la política giraba en torno a la selección de un personal capaz de implantar, dentro del orden jurídico establecido, un gobierno honesto y preocupado por solucionar los principales problemas del país. Todo partido o movimiento político debía establecer su postura en torno al estatus sin dejar de aspirar a ser gobierno. El problema del estatus sería solucionado finalmente mediante un acuerdo, entre el poder imperial y las fuerzas políticas nacionales, para convocar a un plebiscito en donde se presentarían distintas opciones y la ganadora, más tarde o más temprano, se convertiría en realidad. Es necesario añadir que para el nacionalismo radical albizuista, una victoria electoral significaba la adopción inmediata del proyecto soberanista, mientras que el nacionalismo moderado consideraba necesario un período de transición durante el cual, en mutuo acuerdo con el poder imperial, se establecerían las bases económicas y políticas del nuevo estado-nación. El poder imperial estaba obligado moralmente a subsanar los daños provocados por el colonialismo y no podía abandonar a la nación desvalida a una muerte segura.

Ya en el espacio de la política, Muñoz se dio a la tarea de precisar sus proyectos legislativos. La independencia, más que desaparecer, fue relegada a otro plano del debate público pues su importancia indudable no debía servir de pretexto para la inactividad legislativa. En el plano de lo real, la práctica política debía ser pragmática: legislación para responder a los problemas concretos que agobiaban la sociedad. El hambre y la miseria, esos perros inclementes que desajustaban toda la sociedad puertorriqueña, eran el reto que enfrentaban los políticos en la nueva coyuntura histórica. Estaba por verse si nuestros líderes eran capaces de combatir el caos económico-social o si preferirían continuar con sus agendas pequeñas y sus disputas interminables e irrelevantes. Para el Muñoz legislador, la independencia podía esperar, pero la lucha contra la miseria no; era rebajar el

"ideal" de independencia y convertirlo en prioridad inhibitoria de las asignaturas prácticas. Los dos planos políticos debían relacionarse, pero no confundirse. Había que estar consciente de sus diferencias para no convertir una problemática en obstáculo para encontrar soluciones a los otros asuntos de igual y hasta mayor trascendencia que surgían en la otra. Contestando a una pregunta de Negrón Muñoz en donde la entrevistadora consideraba indispensable la independencia para poder llevar a cabo las tareas del Estado interventor modernizador, respondía:

> Desde luego que el método que bosquejo de combatir nuestros males, sería difícil en un país libre, y mucho más difícil ha de resultar en una colonia que carece de autoridad ejecutiva y que está sujeta a limitaciones constitucionales que no se hicieron ni en provecho de la colonia ni siquiera en perspectiva de la época moderna. Con buena voluntad, sin embargo se puede afrontar el problema del hambre y la miseria de un pueblo bajo cualesquiera circunstancias. Por lo menos, es nuestro deber poner manos a la obra inmediatamente. Lo contrario sería utilizar el ideal de independencia como una excusa para no hacer nada. Y la independencia es un ideal demasiado alto para hacerlo jugar el papel de pretexto y excusa. Tampoco he querido mencionar hoy las ventajas de la soberanía, para no crear un obstáculo ante aquellos que aún dudan de esas ventajas.[111]

El nacionalismo moderado muñocista llevó a cabo dos estrategias para legitimar sus posturas prácticas. En primer lugar, buscó proyectarse como un nuevo discurso integrador capaz de organizar un nuevo bloque histórico para enfrentar los problemas reales que asfixiaban a la sociedad puertorriqueña. Su argumentación era simple y contundente. La miseria amenazaba con destruir la nación por lo que era apremiante tomar decisiones acertadas para su reconstrucción socio-económica. Todos los sectores del país corrían el riesgo de perecer si el cuerpo social del que formaban parte sucumbía a su enfermedad crónica. Por lo tanto, a todos ellos les debía interesar salvar el conjunto, incluso haciendo los sacrificios particulares que fuesen necesarios. El todo era más que la suma de sus partes. La cuestión del estatus era en este plano irrelevante y divisoria, por

[111]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", El Mundo, 12 de febrero de 1933, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 8, doc. 1, p. 5.

lo que debía ser pospuesta. Un cadáver no tenía opciones y la nación oprimida estaba al borde de un colapso total.

La segunda estrategia se articulaba a partir de un reconocimiento. ¿Cuál era una de las principales debilidades de la nación subalterna? Muñoz contestaba sin titubeos: la división política provocada por la cuestión del estatus y las agendas chiquitas de nuestros pseudo-líderes políticos por dádivas y puestos públicos. Esta era una realidad que el poder imperial había sabido explotar a su favor y que ahora los grupos locales debían subsanar para poder sobrevivir. El muñocismo se presentaba como una utopía para la salvación del cuerpo nacional que el orden colonial, y una mezcla de inexperiencia y torpeza de nuestro liderato público, habían fragmentado. Su doble estrategia consistía en presentarse como una nueva propuesta integradora y moralizadora del espacio público.

En el espacio de la política había algo que hacer, más aún, mucho que hacer. La propuesta integradora y moralizadora del muñocismo se organizaba con una evaluación de "la política" como espacio relacionado con la democracia y la ética. La estrategia expositiva era la de un diálogo en el que la voz de autoridad se preguntaba y se respondía sin titubeos. ¿Quién sería el sector capaz de enfrentar la crisis del país? Respuesta: ningún sector aislado. Sólo un nuevo bloque histórico que integrara a los más diversos grupos podría realizar con éxito la empresa de renovación material y espiritual de la nación. Realizada la solidaridad de los representantes del pueblo, manifestación clara de la madurez política y moral de la comunidad, era posible acercarse a ese "Otro imperial", que más que un extraño peligroso era el compañero de viaje, y recordarle su compromiso histórico con el pueblo subordinado.

El muñocismo era una convocatoria para la solidaridad transclasista y transpartidista, una oferta para el diálogo: hacia el interior, entre las fuerzas políticas e intelectuales que formaban la

nación; hacia el exterior, con el "Otro imperial". La política, que era el campo de acción de las distintas clases y sectores sociales, debía servir como espacio de sublimación, como lugar donde se expresaba la madurez de una comunidad que alcanzaba a reconciliar sus contrarios en una síntesis: la del bien común de la "gran familia". Su discurso pretendía ser esa teoría comprensiva del todo, esa palabra del pueblo y para el pueblo, hecha por un intelectual que representaba una nueva tendencia entre el liderato político del país. La voz del "agitador de Dios"[112] se proyectaba como una nueva racionalidad política con una postura ética, indispensables ambas para poder realizar la unidad nacional amenazada por la heterogeneidad constitutiva de toda sociedad; pluralidad degenerada en una desigualdad acrecentada geométricamente por la explotación provocada por el colonialismo.

El muñocismo manejaba una concepción liberal de la sociedad. Esta quedaba definida como un sistema socialmente heterogéneo compuesto por una diversidad de clases y sectores en donde la estratificación social no amenazaba con destruir el todo en un antagonismo insalvable entre sus partes. Los grupos, reconocidos como diferentes, trascendían sus intereses económico-corporativos para comprender, según la historia hacía posible su consolidación social como pueblo, la necesidad de afianzar los nexos indispensables que hacían posible transformar el bienestar de unos en bienestar de todos. Los múltiples agentes sociales, cumpliendo con sus funciones e intereses, ayudaban a la dinámica del todo y este mundo de relaciones sociales se expresaba políticamente como un proceso de superación de la diversidad que hacía posible la constitución de una voluntad colectiva con los bríos para orientarse hacia un destino. La política era un drama en donde lo diverso se reconciliaba, transmutando lo particular en lo general, lo individual en lo social, las clases y los grupos en el pueblo-nación.

---

[112]Muñoz Marín, "Panfleto" en Rosario Natal, La juventud de Luis Muñoz Marín, p. 108-109.

El muñocismo, en su proyecto integrador, era una perspectiva transclasista que creía posible la superación de la lucha de clases y la reconciliación de las partes como unidad familiar. Las clases eran reconocidas pero se negaba su antagonismo. Incluso se consideraba que cuando éste predominaba, reflejaba la inmadurez de una comunidad. Las revoluciones se apreciaban como gestas políticas fundacionales de la nación, como acto colectivo del todo contra sus enemigos internos y externos, pero esto cuando se pensaba en la experiencia histórica de otras nacionalidades convertidas en estados-naciones. En el caso de Puerto Rico, la revolución violenta se asociaba con la dispersión y la anarquía, es decir, pasaba a considerarse como una peligrosa expresión de la inviabilidad de la comunidad. El liberalismo como discurso de una burguesía revolucionaria, como utopía de una clase que aspiraba a transformar el orden político existente, pasaba a convertirse, en el interior del nacionalismo moderado anticolonial, en una concepción moderada del cambio socio-político, en doctrina para la "revolución pasiva".[113]

Pero la mayor contradicción de toda esta concepción liberal de la sociedad y la política era que la misma implicaba una reconsideración del régimen colonial que se rechazaba en el plano de lo político. Aquello que representaba la unilateralidad autoritaria de un poder imperial que había legislado el orden gubernamental de un pueblo sin su consentimiento, aparecía ahora como espacio democrático a ocupar para poner de manifiesto la madurez colectiva y la estatura ética del subalterno. En el nacionalismo moderado muñocista, el espacio de la política que organizaba el acta Jones pasó a definirse "como la democracia que más o menos nos rige",[114] en donde los representantes de las distintas clases y sectores sociales podían y debían llevar a cabo las medidas que hiciesen posible el progreso de la comunidad. La asignatura principal de todo líder político era

[113] Sobre el concepto de revolución pasiva véase: Gramsci, Notas sobre Maquiavelo; Chatterjee, Nationalist Thought.

[114]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", El Mundo, 12 de febrero de 1933, en

saber utilizar este "espacio democrático" para articular el consenso y esto, claro está, suponía hacer a un lado, al menos temporeramente, su preferencia en cuanto a la cuestión del estatus.

Entre 1931 y 1933, el Líder había cambiando de lugar y sus posturas se transformaban. Si el joven político, apenas de regreso a Puerto Rico, consideraba que "era imposible en una colonia resolver de una manera honda el problema económico-social sin antes haber resuelto, por lo menos en nuestro propio espíritu el problema de la libertad",[115] ahora, el Senador electo, el representante del pueblo, cambiaba de opinión y afirmaba que la modernidad material de la nación subalterna podía iniciarse desde el mismo contexto colonial. En el plano de la política, la inteligencia y la responsabilidad del liderato criollo tenían que encontrarse con las sabias y buenas intenciones de una metrópoli consciente de su compromiso con el subalterno. Para las obras prácticas necesarias y los acuerdos políticos viabilizadores, la independencia era un deseo turbulento que debía ser reprimido y convertido en lo inconsciente. En el interior del discurso muñocista, las tensiones provocadas por este deseo tendrán numerosos síntomas a lo largo de toda la década del 30 y no encontrarán solución definitiva hasta que a mediados de la década siguiente un nuevo principio de realidad, o pragmatismo político, se combine con un nuevo “super yo” para devaluar el deseo como error y asumir como "nuevos caminos" el autonomismo.[116]

El muñocismo pensó la política y el gobierno dentro del paradigma del liberalismo político. Ya hemos anotado cómo su proyecto integrador suponía una concepción de la política como campo de reconciliación social. Ahora debemos detenernos para discutir su teoría de la democracia, es

---

ALMM. Sec. III, serie 3, folio 8, doc. 1.

[115]Negrón Muñoz, "Hablando con Luis Muñoz Marín", La Democracia, 25 de noviembre de 1931, en ALMM, Sec. III, serie 3, folio 10 doc. 1.

[116]Véase: Muñoz Marín, "Alerta a la conciencia puertorriqueña", El Mundo, 7,8,9 y 10 de febrero de 1946; "Nuevos caminos hacia viejos objetivos", El Mundo, 28 y 29 de junio de 1946, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 456-476, 496-505.

decir, su teoría de cómo se ejerce esa reconciliación de lo diverso en el plano de la política. La teoría muñocista de la democracia se articuló relacionando la política, la forma de gobierno y la ética y con esto queremos destacar que no tomó en consideración la problemática de lo político o la cuestión colonial. La misma partía del supuesto de que toda sociedad estaba constituida por una diversidad de clases y sectores económico-sociales. La política de lo que trataba era de la interacción de estos grupos para poder establecer una forma de gobierno. El tipo "ideal" o ético de gobierno era aquel que hacía posible superar la diversidad social transformándola en comunidad nacional. De eso era que trataba la política como campo de acción en donde se expresaba y se superaba lo diverso a través de un proyecto común. De eso era que trataba la democracia como forma de gobierno éticamente superior que hacía posible la constitución del consenso nacional.

Muñoz consideraba que existían al menos tres formas de organizarse el gobierno: autoritariamente, dictatorialmente o democráticamente. Bajo las dos primeras, un individuo, o una determinada clase o grupo, podían apropiarse del poder para implantar la defensa de sus intereses. Ya fuese que estas formas se reconociesen o no como modos unilaterales de ejercerse el poder, respondiendo a un determinado individuo o clase, o que las mismas pretendieran proyectarse como un programa beneficioso para la comunidad, lo que las hacía antidemocráticas era fundamentalmente la falta de participación de las masas y la autonomía del poder sobre los gobernados. Pero aquí, en el carácter autocrático de ejercerse el Poder radicaba su debilidad principal. Lo que ambos tipos de gobierno expresaban era el fracaso de la solidaridad social. Caudillista o ilustrado, el despotismo siempre expresaba la fragilidad del pacto social y contenía en estado latente la amenaza de una explosión de las diferencias. Peor aún, era casi seguro que sus crisis sólo servirían para acentuar su forma unilateral de ejercerse el dominio y la impotencia de los sectores gobernantes para construir la hegemonía. Las formas autoritarias y dictatoriales de

gobierno demostraban que el principio del pueblo-nación que orientaba la modernidad no se había materializado históricamente.

El liberal soñaba con una modernidad más estable, pacífica y autorregulada y ese mundo sólo podía ser un producto y un contexto democrático. No obstante, las tendencias recientes en la vida política nacional e internacional parecían inclinarse en otra dirección. En el plano internacional, el muñocismo sostenía que la democracia había sido colocada en el banquillo de los acusados. Tanto los teóricos del orden como los de la revolución la desechaban por débil e inoperante: los primeros, porque no permitía mandar; los segundos, por ser sólo máscara de la opresión. Desde uno u otro paradigma teórico-político, era el autoritarismo el que parecía estar legitimado como estilo político de los más diversos movimientos y los ejemplos de países como Rusia, Italia y los Estados Unidos, demostraban que la democracia iba perdiendo terreno. Era necesario asumir su defensa, levantar su bandera y postularla como única vía política de acceder a la modernidad.[117]

Para enfrentar esa tendencia política e intelectual que infectaba el espacio nacional e internacional, el teórico liberal fue elaborando su explicación de la democracia, reconociéndole sus defectos y virtudes, buscándole solución a sus paradojas y elevándola a un plano de superioridad moral. La modernidad se le presentaba como el momento de una nueva forma de ejercerse el poder político. Las formas dictatoriales y autoritarias no desaparecían pero el carácter predominantemente personal del poder se transformaba en poder social. Mientras que en la época premoderna los gobiernos dominaban a los pueblos, y ambos se presentaban como cuerpos separados, en la modernidad el gobierno era dirigido por los grupos sociales que formaban la sociedad. La política había dejado de ser una esfera autónoma y superior para convertirse en reflejo de las luchas económicas y sociales de las diversas clases y grupos que formaban la sociedad. Más que de

[117]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", El Mundo, 12 de febrero de 1933.

individuos o de élites separados de la sociedad, el mundo político se caracterizaba por la selección, más o menos democrática, de unos representantes para organizar un gobierno.

Pero aquí radicaba también una gran debilidad. Los representantes que formaban el gobierno eran controlados por las clases y sectores sociales que los elegían para que protegieran sus intereses particulares. El resultado era que la fragmentación social se tornaba fragmentación política originándose una lucha de clases que hacía imposible "un gobierno capaz de trazarse un plan con vista a los intereses globales de su pueblo". El pueblo, compuesto en su mayoría por las clase populares, quedaba desarmado frente al poder de algunas clases y élites que, miopes para comprender el todo, anteponían sus intereses económico-corporativos al posible progreso de la colectividad:

> ... La democracia y el autoritarismo están en pugna a través del mundo y la democracia va perdiendo terreno.
>
> Para ver cuáles son los defectos de la democracia que la hacen perder terreno, y cómo pueden corregirse, es necesario considerar la esencia de estas dos ideas de gobierno. Es ésta: que a través de los siglos los gobiernos han gobernado a los pueblos, mientras que en la época moderna, los gobiernos son los gobernados. Pero no son gobernados por los pueblos, pues la cultura popular en ningún sitio llega a ese grado de capacidad. Los gobiernos son gobernados por una serie de intereses especiales, organizados en camarillas, desde la camarilla de los prestidigitadores profesionales, pasando por la de los fabricantes de patentizados y por la de los mandatarios de las industrias básicas del mundo, y llegando hasta la de los propios trabajadores agremiados. El resultado es que el gobierno no puede trazarse un plan con vistas a los intereses globales de su pueblo, ni mucho menos ejecutarlo. La actuación del gobierno bajo esta democracia de camarillas, es sencillamente una componenda, un remedio corcusido por el miedo que pueden infundir las distintas camarillas a los nombres de gobierno que les deben favorecer.
>
> Se ve claramente que así no se puede resolver el problema de ningún pueblo, que así no se puede rescatar de la ruina a ninguna comunidad, ni establecer una política inteligente en el seno de ninguna nacionalidad.[118]

Quedaba reconocido el peligro latente en la forma democrática: el propiciar la dispersión social. Cuando esto sucedía la política se reducía a lucha de clases, expresaba la ausencia de un

[118]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín" El Mundo, 12 de febrero de 1933.

bloque histórico capaz de articular la hegemonía y realizar un proyecto histórico nacional. Para Muñoz, analizar la democracia en Puerto Rico significaba exponer cuáles eran las tareas y posibilidades de esta forma de gobierno, reconociendo su potencial y sus debilidades como modo de ejercerse el poder. En el caso particular de esta nación subalterna, el gobierno democrático había sido una experiencia inconclusa. Pero, lo curioso era que, en su razonamiento, esta debilidad parecía provenir más de las luchas internas que de la situación colonial. Durante las primeras tres décadas de dominación norteamericana, la "democracia" isleña había sido el reflejo de sus desavenencias y de un liderato que no habían sido capaz de elaborar un "plan" para la salvación del país. El resultado era el estado presente de crisis orgánica de una sociedad que parecía un "paciente en condición desesperada ante cuyo cuerpo en agonía se tiran los bisturíes a la cara diecisiete médicos" tratando de proteger sus intereses y apropiarse del botín:

> Puerto Rico ocupa para nosotros el caso de ese paciente en condición desesperada, ante cuyo cuerpo en agonía se tiran los bisturíes a la cara diecisiete médicos por la Presidencia de la Cámara, y se debaten a través de los partidos políticos los representantes de las corporaciones azucareras, los representantes de los agricultores, los representantes del trabajo, los representantes, en fin, de los diversos intereses que componen nuestro pueblo, cada cual empeñado en que se resuelva el problema de Puerto Rico sin tocar el interés que el representa. De las componendas que resultan de ese estado de cosas no puede surgir la salvación del pueblo de Puerto Rico. Podrán no ser tocadas las corporaciones azucareras; pero cuando muera el pueblo de Puerto Rico, morirán con él las corporaciones azucareras. Podrán no ser tocados los intereses de los trabajadores; pero cuando muera el pueblo de Puerto Rico morirán con él los trabajadores. Podrán no ser tocados los comerciantes o los agricultores; pero cuando muera el pueblo de Puerto Rico, morirán con él los comerciantes o los agricultores. Por la componenda hemos ido a la ruina, y por la componenda iremos a la muerte.[119]

El muñocismo manejaba aquí las metáforas médicas para presentar su diagnóstico de la sociedad puertorriqueña: la sociedad como cuerpo, las clases y grupos como órganos, los políticos como médicos que representaban los intereses de cada órgano, la lucha de clases como el virus de la

[119]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", El Mundo, 12 de febrero de 1933.

dispersión que amenazaba de muerte al cuerpo social y pretendía llevarlo a la tumba. Suerte que, más allá de ese mundo político minúsculo y pueril, existía una voz ilustrada y benévola para llamar la atención de todos e invitarlos a la reconciliación. La voz, la suya, de esa minoría de hombres lúcidos que llamaban a enfrentar la crisis con un proyecto colectivo de regeneración material y espiritual de la nación que sólo podía implantarse cuando el espacio de la política funcionara precisamente como base para un gobierno democrático.

¿Cómo enfrentó Muñoz el dilema de esa "democracia" débil que expresaba más la dispersión política que el consenso? En tiempos de crisis, el nacionalismo moderado quería llamar a la cordura apelando a la Razón. El presente era tiempo de reflexión, tiempo para la ciencia, para un nuevo saber de lo político y lo socio-económico que hiciese posible la preparación de un programa de reconstrucción nacional. Su discurso se ofrecía como utopía para un consenso fundador de un nuevo poder legítimo: el poder que se ejerce en favor del bien común. De aquí que se presentara como una nueva concepción del mundo capaz de articular la hegemonía de las clases fundamentales y construir un nuevo bloque histórico que implantara las medidas pertinentes para realizar la modernidad. Esa modernidad que era el lugar y el tiempo de la Razón y el Progreso, la meta de una lucha para hacer posible la emancipación del pueblo del despotismo de la naturaleza y de la desigualdad fragmentadora. El muñocismo era una utopía liberal moderna creyente en el poderío de la ciencia y la tecnología, del capitalismo y la democracia. Para insertarse en la política, diferenciándose de los políticos tradicionales, su estrategia consistía en afirmar la posibilidad de la nación como una comunidad reconciliada, en donde un liderato responsable, guiado por los códigos de la ética del trabajo y del servicio público, se encargaría de asegurar el bien común a través de un gobierno democrático. Su llamado era a dotar a la política de una nueva actitud ética que transformara la lucha de las tribus en consenso nacional.

Vuelvo a destacar que en toda esta reflexión liberal de la política y la democracia que realizó el muñocismo, la cuestión colonial quedó silenciada o relegada al plano de "lo político" como lo de otro tiempo y espacio. De aquí que el Estado colonial pudiese convertirse en gobierno democrático y la cuestión del estatus en problema que ponía en peligro el consenso posible y necesario entre los representantes de los distintos grupos que actuaban en el tiempo y espacio de "la política". Podemos decir, que el nacionalismo moderado se decidió por la "revolución pasiva" y que su estrategia política consistió en rechazar la ruptura con el orden vigente y plantear el cambio como un proceso de "revolución-restauración" que podía implantarse desde el mismo gobierno colonial, representado ahora como gobierno democrático. Dentro de la legalidad del orden establecido era posible utilizar las instituciones existentes para llevar a cabo la transición desde la crisis a la reencarnación. La democracia colonial, "esa forma menos mala de gobierno", debía ser corregida para que hiciese posible el pasaje desde la sociedad tradicional subalterna a la sociedad moderna soberana y la principal manera de mejorarla estaba en las manos de los mismos líderes políticos nacionales.

¿Cuáles eran las acciones a realizar para corregir esta paradójica democracia colonial? Ya hemos señalado que en todo discurso nacionalista la cuestión política se combina con la cuestión ética. Quizás ahora debemos insistir en que el nacionalismo moderado muñocista buscó legitimarse convirtiendo la política y la democracia en espacios para la acción moral y moralizadora. Si, por el lado negativo, la democracia podía fomentar la discordia en el cuerpo social, por el lado positivo podía servir para la creación de un verdadero consenso capaz de elevar la fuerza espiritual de la sociedad. La construcción del consenso social significaba la adopción de sacrificios y solidaridades que transmutaban el Poder en dirección. Muñoz se acercaba aquí a la noción gramsciana de hegemonía como incorporación activa de las clases subalternas en el proyecto histórico de las clases fundamentales y como proyecto indispensable a realizarse antes y después de la toma del poder. La

"democracia" colonial era ese mundo de "trincheras y casamatas" generadas por la sociedad política y la sociedad civil; una forma de estructurarse el gobierno que había que saber manejar y fortalecer para asegurar el consenso indispensable a partir del cual realizar cambios económico-sociales y políticos en el orden colonial.

Para Muñoz, las debilidades de la democracia se superaban cuando los sujetos políticos se mostraban capaces de actuar en el espacio público como sujetos éticos. En este sentido, su discurso se presentaba como un discurso moralizador que buscaba construir una nueva moral pública, la de los funcionarios y representantes políticos como servidores del bienestar colectivo. Este código moral era una visión laica en donde se combinaban la ética del trabajo y el servicio público para hacer posible un nuevo tipo de político que, trascendiendo los intereses corporativos de los grupos, pudiese visualizar los intereses de la colectividad. La revaluación del orden colonial como forma de gobierno democrático y la moralización de "la política" le permitían presentarse como un visionario y un patriota consciente de su función suprema: servir con devoción a la emancipación del pueblo dentro de la legalidad del orden establecido:

> Paso a explicarme más detenidamente. Supongo que yo, además de pertenecer al pueblo de Puerto Rico, pertenezco a la alta clase social y a la clase media económica. Yo le pediría a estas clases que más inmediatamente represento que concibieran la autoridad que ha sido puesta en mis manos al ser elegido al Senado de Puerto Rico como una autoridad para agotar mis esfuerzos, no en salvarlas a ellas temporalmente en perjuicio de otras clases (que es una salvación efímera y sin importancia), sino en tratar de salvarlas a ellas en el proceso general de la salvación de todo el pueblo de Puerto Rico. Naturalmente que tanto yo como los demás legisladores de todos los partidos hemos sido electos por un voto preponderantemente popular; pero como las masas de nuestro pueblo no tienen medios eficaces de exigirnos responsabilidades, es nuestro deber -nobleza obliga- asumir esas responsabilidades, con el apoyo y con la comprensión inteligente y patriótica de las clases que sí tienen medios para exigírnoslas.[120]

[120]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", El Mundo, 12 de febrero de 1933, p. 3.

Lo que el nacionalismo moderado muñocista proponía como forma de corregir la democracia era la adopción de la ética política liberal. Su postura ética era una forma de argumentar a favor de su propuesta política integradora para transformar la democracia en forma de ejercerse la dirección social y política. El pacto político y social se consolidaba con la solidaridad espiritual de la colectividad y el Líder debía ser hombre "ejemplar" y predicador. En su presente histórico, Muñoz reconocía el tiempo de una crisis material y espiritual y los peligros de las viejas actitudes políticas para concluir que era necesario fundar un nuevo pacto social sobre los principios éticos de la modernidad laica: libertad, igualdad, fraternidad, deseo de servicio y preocupación por el pueblo en general.

Cabe preguntarse cuáles son las intenciones más concretas de esta ética política. En primer lugar, era obvio el deseo de debilitar los sectores políticos dominantes y sus alianzas definiendo sus perspectivas como unas limitadas por intereses particulares que resultaban incapaces de percibir el bienestar del pueblo en su totalidad. En segundo lugar, se intentaba organizar un nuevo bloque hegemónico en el que las clases fundamentales, particularmente los sectores propietarios, pudiesen allegarse a los sectores populares para realizar las tareas urgentes de reconstrucción material del país. La construcción de este nuevo bloque de poder social tenía que fundamentarse en la superioridad epistemológica y moral del discurso nacionalista moderado. La tarea regenerativa se llevaría a cabo como un proceso de transformación gradual que podía y debía iniciarse dentro de las estructuras jurídico-políticas que daban forma al régimen colonial.

La dimensión moral era además el lugar de la superioridad de la nación oprimida. “La política” se convertía en un termómetro de la solidez espiritual de la comunidad. En ella se expresaba el grado de madurez y de cohesión de la nación subalterna y, al mismo tiempo, se reorganizaban las fuerzas espirituales que harían posible su devenir histórico. “La política” era una

expresión y un lugar educativo: expresión de la dimensión espiritual de la comunidad y taller de práctica para el desarrollo de la solidaridad nacional. En este plano, la nación se ejercitaba como sujeto ético y sus élites demostraban su inteligencia y sus capacidades para dirigir el país. El pueblo oprimido podría superar su presente según sus élites dirigentes convirtieran el espacio público en un campo de acción ética.

Si esto podemos decir hacia el interior, ¿qué decir hacia el exterior? El nacionalismo moderado afirmó la estatura moral de la nación oprimida y se propuso su reorganización a través de una práctica política orientada por nuevos principios científicos y morales. Un nuevo saber sobre lo real se combinaba con una nueva postura moral para enfrentar el discurso imperial y el orden colonial a través de una "revolución pasiva" que permitiese utilizar acertadamente el espacio jurídico-político colonial redefinido ahora como espacio democrático. Mientras el discurso imperial y el orden colonial se obstinaban en negar la capacidad de la nación oprimida para autogobernarse, el nacionalismo moderado proponía transformar la política para darle a Washington una lección de civismo patriótico. El proyecto integrador y moralizador hacia el interior era pues una respuesta al "Otro imperial", un mecanismo para demostrar que ya se estaba listo para dirigir los cambios que conducirían al futuro de bienandanza:

> Creo en la democracia como la forma menos mala de gobierno. Pero veo que es absolutamente necesario corregir los vicios que hacen ineficaz a la democracia. La corrección de estos vicios, en un pueblo como el nuestro, ha de ser de origen espiritual. Es necesario que los hombres y las mujeres que cooperan a la elección de funcionarios y a la instalación de gobiernos, revisen en su espíritu el concepto de la relación que existe entre ellos y los funcionarios electos y los gobiernos instalados. Es necesario, perentoriamente necesario, para que podamos ir a la salvación inteligente de nuestro pueblo, que no se conciba a los funcionarios como representantes de intereses especiales, sino como ejecutores de una política general, y que no se conciba a los gobiernos como amapuchadores del desbarajuste de intereses especiales, sino ejecutores de un plan orgánico.[121]

[121]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", El Mundo, 12 de febrero de 1933, pp. 2-3.

El nacionalismo moderado muñocista va organizándose discursivamente a partir de una diversidad de formas de percibir el proceso histórico-social: la sociedad como un cuerpo heterogéneo, la política como un lugar de interacción, la democracia como una forma de gobierno para que una ética del servicio público hiciese posible el consenso y la realización histórica del pueblo-nación. Se puede aprovechar su teoría de la democracia para hacer un acercamiento a su concepción del gobierno como relación entre gobernantes y gobernados y genealogizar su definición del pueblo como un resultado histórico de la fusión de una diversidad de clases y sectores sociales. Enfoquemos el análisis en su forma de pensar el papel de los distintos actores sociales y el lugar que ocupan las masas populares en la historia nacional.

En primer lugar, es importante destacar que Muñoz creía que todos los pueblos estaban divididos en dos sectores: sus élites y sus masas. Esta división, saludable y natural en el proceso histórico-social de toda comunidad, resultaba desafortunada cuando se convertía en base para desajustes y desigualdades. Se trataba entonces de reorganizar la división social para hacer posible una meta común: el progreso del país. Su discurso integrador buscaba exactamente servir de proyecto reconciliador, de nuevo pacto entre los gobernantes y los gobernados, de lección a unos y otros sobre sus obligaciones y derechos y sobre sus compromisos comunes. Su proyecto ético era en este sentido una invitación a las élites para que afinaran su mirada y vislumbraran el todo más allá de las partes y, sobre todo, para que supieran hacerle un lugar en el proyecto nacional a las masas populares.

En el relato muñocista, estas élites dirigentes contaban con sus hazañas ejemplares en el pasado. La memoria servía aquí para confirmar su potencial ético y patriótico, como lo demostraba el gesto de nuestros propietarios del siglo XIX abogando por la abolición de la esclavitud. El precedente a imitar, lo que nos distinguía del "Otro imperial", había sido precisamente la postura

heroica y moral de nuestras minorías letradas, políticas y económicas que habían asumido la responsabilidad de emprender la emancipación de un amplio sector de las masas populares. El muñocismo le asignaba ahora a los grupos selectos de su presente una tarea liberadora similar, un reto político y moral de igual trascendencia: la de hacer de médicos salvadores del cuerpo social sometido a la enfermedad del colonialismo. Su propuesta era un llamado para que asumieran con conocimiento y responsabilidad la tarea emancipadora de la colectividad.

En el discurso muñocista, las masas funcionaban como un "otro interior", como víctimas impotentes que servían de pretexto para la acción heroica de las élites racionales y morales que habrían de liderear el viaje hacia la tierra prometida. Las masas se mostraban inclinadas al cambio pero era por obligación y no por conocimiento y profundidad en sus ideas. Se trataba de un grupo amorfo incapaz de elaborar formas de conciencia que le permitiesen formar los instrumentos políticos y culturales para poder exigirle al gobierno el cumplimiento de sus funciones civilizadoras. La empresa de reconstrucción nacional, como el pasado fundacional, era tarea de los pocos, obligados moralmente a cumplir su asignatura histórica como deber y pacto: servir de vanguardia ilustrada encargada de dirigir a "la turba de estrellas y hombres hambrientos hacia la gran aurora".[122]

He aquí su propuesta: deber y pacto de las clases propietarias, cuya "seguridad relativa" y visión más amplia, "que les da la escala de sus negocios", les permitía presentarse como agentes de cambio y progreso; deber y pacto de la clase media, que como "depositaria principal de la cultura y de la civilización de un pueblo" tendría que encabezar la "revisión espiritual" de la vida pública. Este dúo de verdaderos sujetos históricos, junto a las masas trabajadoras a las que había que movilizar y emancipar, debían construir el bloque de poder que hiciese posible superar "los males

[122]Muñoz Marín, "Panfleto", en Rosario Natal, La juventud de Luis Muñoz Marín, p. 108-109

del país". El nacionalismo moderado muñocista era una invitación a las élites para que dirigieran la reorganización material y espiritual de la nación, recordándoles que cualquier proyecto que olvidara a los sectores populares sería un esfuerzo trunco condenado al fracaso. La nación sólo podría realizarse plenamente si sus grupos dirigentes resultaban capaces de incluir en su agenda histórica "el bienestar, la salud, la civilización y la dignificación de los hombres y mujeres que no poseen otra cosa que su trabajo":

> Como cuestión de hecho, mi observación personal me indica que las dos clases sociales que con más facilidad se prestan al avance sensato de las ideas son, los grandes capitalistas y los trabajadores: los grandes capitalistas por la seguridad relativa de su posición, y por la visión más amplia que les da la escala de sus negocios; los trabajadores porque para ellos, que están mal, toda reforma ofrece las perspectivas de una mejora. Cuando la clase media, que es la depositaria principal de la cultura y de la civilización de un pueblo, adopte la actitud de revisión espiritual en cuanto a la vida pública a la que anteriormente aludí, estaremos enteramente preparados para afrontar con autoridad e inteligencia los graves males que padece Puerto Rico.[123]

He aquí a los sujetos sociales que el nacionalismo moderado muñocista intentaba fundir como un bloque. He aquí la heterogeneidad a superar a través de una ética política que hiciese posible una forma de gobierno democrática. La estratificación entre propietarios (del mundo material y espiritual) y trabajadores, "natural" en toda sociedad, debía dar paso, a través de la práctica política moralizadora, a la integración de la riqueza, el trabajo y la inteligencia. La división social era una forma de distribución de funciones que necesitaban armonizarse para el progreso del todo. Funcionaban como sectores activos que administraban y dirigían: "los agricultores, los industriales, los comerciantes y los profesionales". De éstos emergían las élites morales conocedoras de la realidad que sabían asumir su obligación de amar al prójimo como a sí mismas. Funcionaban como sectores pasivos: las masas que constituían el trabajo. Los primeros debían cumplir "su única

[123]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", El Mundo, 12 de febrero de 1933, p. 4.

función legítima", que era velar por el bienestar común, y para esto debían saber ejercer correctamente sus tres cualidades: inteligencia, autoridad y eficacia. Los segundos, debían también cumplir con su función implícita: trabajar y obedecer las reglas que habrían de establecer la propiedad y la inteligencia para proveerles de "alimento, vestido, albergue, salud y educación", mínimos indispensables para la modernidad.

La lucha contra el gobernador "embustero".

Hacia mediados de 1933, Robert H. Gore fue nombrado gobernador de Puerto Rico. Cuando fue seleccionado para ocupar el puesto se trataba de un personaje desconocido en los pasillos de Washington. En su juventud había practicado el periodismo y luego se había dedicado con éxito al negocio de los seguros pero no era ni un político de carrera ni un militar. Al momento de su nombramiento carecía de conocimientos sobre Puerto Rico y aunque vivía en el estado de la Florida no conocía el idioma español.[124] El período de su gestión sirve de contexto para retomar dos puntos importantes en el debate político de la época: las diversas formas de la mentalidad imperial con relación a Puerto Rico y la posición ambivalente del nacionalismo moderado muñocista ante el orden colonial, las autoridades imperiales y los burócratas de turno.

Ya nombrado gobernador, pero todavía sin pisar la Isla, Gore entabló su primer contacto con los sectores políticos del país en una charla que ofreció en Chicago. Para su primer encuentro con el subalterno creyó prudente declararse partidario de la estadidad, posición que estaba en el programa del Partido Demócrata, sin sospechar la reacción que estaba provocando en sus superiores y en los políticos isleños. Aunque el campo imperialista norteamericano contenía distintos proyectos y posiciones en torno a los asuntos de Puerto Rico, era indudable la existencia de un sector

[124]Véase: Mathews, La política puertorriqueña, pp. 50-121; Luis Muñoz Marín, pp. 22-24.

mayoritario que consideraba prácticamente imposible la anexión de la colonia y se oponía a los reclamos del gobernador electivo basándose en la politización del país y en la "dudosa" fidelidad del pueblo gobernado. Esta posición era la que expresaba el Jefe del Negociado de Asuntos Insulares, el General F. LeJeune Parker, en su Memorando al Secretario de Guerra, George Dern, cuando destacaba la falta de condiciones de Puerto Rico para la estadidad.[125] Lo que se presentaba como un compromiso en el programa del Partido Demócrata resultaba en verdad un mero formalismo sin trascendencia, letra muerta que carecía de defensores reales. El Gobernador no tardó en comprender su error y decidió sintonizarse con el discurso dominante. Así, al reportarse con su Jefe, el Presidente Roosevelt, ya cantaba en el coro de los que creían que pasaría mucho tiempo antes de que Puerto Rico fuese merecedor de la estadidad y definía la Isla como un lugar de carencias en donde faltaban "todas las condiciones y requisitos que han cumplido los otros estados de la Unión".[126]

El gobernador Gore llegó a Puerto Rico el 1 de julio de 1933 y fue recibido con ese optimismo cauteloso con que se recibía en el país a todos los gobernadores norteamericanos desde la invasión. El nacionalismo moderado, organizado en el Partido Liberal, sostuvo su clásica postura de bienvenida, aunque discrepando del gusto del nuevo incumbente por la estadidad. Pero sobre gustos no valían las disputas. Las diferencias en torno al estatus no podían impedir el reconocimiento de los intereses compartidos, sobre todo, el de enfrentar la crisis del país. Sobre esos puntos comunes sería posible edificar un diálogo y organizar un gobierno en donde el nacionalismo moderado y la burocracia ilustrada imperial actuaran como fuerzas solidarias. Esta era la propuesta

[125]Véase: "Memorando del General Parker al Secretario de Guerra", 20 de junio de 1933, citado en Mathews, La política puertorriqueña, pp. 66-67.

[126]Robert H. Gore, "Carta al Presidente Roosevelt", 3 de julio de 1933, en Mathews, La política puertorriqueña, p. 67.

central del liberalismo criollo y la misma suponía una reafirmación de su posición tradicional de ver la gestión imperial con un optimismo que rayaba, sino en la ingenuidad, al menos en la ambigüedad.

En su nota editorial del 3 de julio de 1933, La Democracia, órgano del liberalismo, reconocía al Gobernador como un representante del Nuevo Trato y de la mentalidad democrática norteamericana.[127] Aunque la condición colonial era un aspecto negativo que impedía completar el nexo gobierno-pueblo, quedaba para actuar las buenas intenciones y la sabiduría del nuevo administrador colonial. Formando equipo se podían enfrentar los asuntos de "carácter inmediato" que tuviesen que ver con el país, sobre todo, los "grandes problemas económicos" y la justicia social. Dentro de una tradición que contaba ya con tres décadas de existencia, el nacionalismo moderado invitaba al Gobernador a una "política creadora", a "quitarse la chaqueta y arrollarse las mangas" y poner "manos a la obra" para implantar conjuntamente un programa de salvación. En esta propuesta integradora se borraban las diferencias clasistas, partidistas y, más aún, la cuestión colonial. El "Otro imperial" era reconocido como un sujeto civilizador ilustrado y no como un agente opresor que mantenía al pueblo colonizado en una condición deplorable que amenazaba su existencia. La aparente ingenuidad política era una "treta del débil", que consistía en mostrarse confiado en la sabiduría y estatura moral del "Otro imperial", para invitarlo a redefinir la sagrada alianza y reclamar poderes que no fueran incompatibles con la "unidad irrevocable" que había instalado en la historia la invasión del 98. La “revolución pasiva” seguía siendo la estrategia principal para allegarse a la modernidad.

En el discurso nacionalista moderado no terminaban de establecerse las sobredeterminaciones entre lo subjetivo y lo objetivo. Por momentos, el colonialismo, como una condición estructural de desigualdad y opresión, parecía dominar más allá de los deseos de tal o cual

[127]Véase: "El discurso inaugural del gobernador Gore", La Democracia, 3 de julio de 1933, en

funcionario político imperial. Dentro de esta visión, las buenas intenciones de la burocracia imperial no podían romper la lógica de la desigualdad colonial. Pero luego, en el plano de la política, como lugar en donde hacían la historia los grupos, las clases, los partidos y los individuos, se consideraba posible una acción modernizadora y moralizadora separada de las relaciones estructurales del régimen colonial. Para el muñocismo, la política era el espacio de la esperanza y los intereses comunes que hacían posible la democracia. Desde esta mirada, las posturas y acciones de la burocracia imperial, consideradas como progresistas y democráticas, hacían olvidar el sistema que le servía de telón de fondo. Los actores, libres del contexto objetivo, podían salvar lo real, reordenando el escenario histórico y convirtiendo lo trágico en algo heroico.

El modelo heroico, con su teoría voluntarista de la historia, acentuaba el protagonismo subjetivo y el afán mesiánico. Los pueblos se salvaban por sus héroes y era eso lo que reclamaba el nacionalismo moderado: hombres inteligentes y responsables que supieran transformar la voluntad de verdad en voluntad de poder. Aplicada al "Otro imperial", la teoría subjetiva de la historia permitía pensar que la solución del imperialismo, como voluntad de poder, dependía del poder de la voluntad; es decir, de un nuevo equipo de amos ilustrados, decididos a culminar felizmente la historia de la nación civilizadora tomando decisiones sabias que ayudarían a reconstruir la nación en bancarrota. El muñocismo sostenía que las fuerzas progresistas en el poder en Washington, representadas por el nuevotratismo de Roosevelt, tenían claro su compromiso histórico con Puerto Rico y con la historia de la gran nación norteamericana: corregir el desliz imperial, acentuar el carácter democrático de la civilización metropolitana y ayudar a la emancipación definitiva de la especie humana. Su modelo liberal de pensar "lo político" y "la política" le servía para representarse la Historia como el proceso de realización de la Razón y el Bien expresados en una modernidad

---

Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 415-416.

material y espiritual universal que reconocía la diversidad de individuos y naciones en marcha hacia el paraíso terrenal: universalidad del Progreso en donde sobrevivía lo diverso y en donde se reconciliaban, hacia el interior, el burgués y el obrero, el liberal y el coalicionista, el nacionalista y el socialista, y, hacia el exterior, nosotros y los otros, metrópoli y colonia, el funcionario imperial y el patriota responsable.

Lo que comenzó como propuesta para el diálogo se transformó rápidamente en campo de guerra. Los inicios de las hostilidades entre el nuevo Gobernador y el liberalismo comenzaron durante el mes de julio, con motivo de los posibles nombramientos de su Gabinete, y se agudizaron hasta la confrontación abierta, en agosto, cuando el incumbente manifestó su intención de solicitarle carta de renuncia a cualquier persona nombrada para un puesto público.[128] Dos asuntos adicionales caldearon más los ánimos y fueron fundamentales para disminuir su poder. Los mismos estuvieron relacionados al campo educativo: la sustitución del Comisionado de Instrucción y la huelga universitaria.[129]

El misionero imperial exacerbó sus diferencias con el nacionalismo moderado cuando, obsesionado con la promesa civilizadora, trajo nuevamente al debate público la cuestión de la educación y la americanización. El representante de la civilización se mostraba deseoso de cumplir con la tarea de corregir la debilidad espiritual del "Otro colonial" y consideraba que en los último años el Departamento de Instrucción, bajo la dirección del Comisionado Dr. José Padín, no había

[128]Véase: Muñoz Marín, "Editorial", La Democracia, 11 de julio de 1933; Muñoz Marín, "Declaraciones", El Mundo, 12 y 15 de agosto y 5 de septiembre de 1933; Muñoz Marín, "Editorial: !Gob. Gore, es usted un maldito embustero!", La Democracia, 6 de septiembre de 1933, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 417-418; Mathews, La política puertorriqueña, pp. 66-70.

[129]Véase: Isabel Picó, "Los orígenes del movimiento estudiantil universitario: 1903-1930", Revista de Ciencias Sociales. Núm. 1-2, Vol. XXIV, (enero-junio 1985); "Los estudiantes universitarios en la década del 30: del nacionalismo cultural al nacionalismo político", Revista de Ciencias Sociales. Núm. 3-4, Vol. XXIV, (julio-diciembre 1985).

estado cumpliendo su cometido histórico. A su parecer, hacía falta reorientar la educación de la Isla para revitalizar una americanización que haría posible "la simpatía y la comprensión entre los Estados Unidos y Puerto Rico".[130]

El tema de la educación y de la americanización agitó la lucha entre el bloque compuesto por las fuerzas anexionistas y el Gobernador versus las fuerzas del nacionalismo radical y moderado. Además, los actos y comentarios de Gore no fueron bien recibidos en las altas esferas políticas metropolitanas. Por ejemplo, su ataque contra el Dr. Padín resultó contraproducente. El Comisionado contaba con el apoyo de importantes sectores en el aparato burocrático político norteamericano y cuando planteó sus diferencias con el educador como un asunto personal que debía resolverse escogiendo entre uno u otro, su posición se debilitó.[131] El fantasma del antiamericanismo que poblaba sus paranoias era un monstruo imaginario que el poder imperial se negó a reconocer. Lo mismo le sucedió con el nombramiento de Rafael Alonso Torres, representante a la Cámara por el Partido Socialista, como miembro de la Junta de Síndicos de la Universidad de Puerto Rico. La decisión, motivada por su deseo de desplazar de posiciones públicas importantes a los sectores liberales, suscitó una protesta que se transformó en una gran huelga estudiantil universitaria y fomentó la movilización de amplios sectores del país contra su gestión. El ambiente que había logrado crear Gore no podía ser más desastroso. En apenas medio año convirtió la crisis económica en crisis administrativa y avivó las diferencias entre el bloque anexionista-imperialista y los sectores del nacionalismo radical y moderado.

---

[130]Robert H. Gore, "Carta al Secretario Dern", 12 de agosto de 1933, en Mathews, La política puertorriqueña, p. 84.

[131]Robert H. Gore, "Carta al General Cox", 7 de octubre de 1933, en Mathews, La política puertorriqueña, p. 92.

Es importante decodificar la reacción del nacionalismo moderado ante los desmanes del Gobernador para reconocer una importante contradicción entre sus posturas teórico-críticas sobre el orden colonial y su práctica política. Ya hemos señalado que desde muy temprano el nacionalismo moderado combinó su crítica del colonialismo, los reclamos de mayor autonomía y sus rechazos a la gestión de algunos gobernadores, con las alabanzas y una fe casi ciega en un poder imperial ilustrado y caritativo, capaz de cumplir su misión civilizadora y corregir los desatinos de algún burócrata desorientado. Esta paradójica posición, de aceptación y rechazo del orden colonial y del discurso imperial, fue lo que apareció en la lucha contra Gore.

El muñocismo heredó y promovió esta doble postura frente al poder imperial utilizando su teoría liberal del gobierno y el Estado para contrastar sus funciones con las acciones de ese "pobre diablo que un oleaje del destino ha arrojado como inútil naufragio a nuestras playas".[132] Lo de Gore no podía verse como un producto del orden colonial sino como un asunto de ineptitud personal, un golpe de mala suerte que se le había colado subrepticiamente a Washington, pero que en verdad representaba una negación de los "ideales más altos del pueblo americano".[133] El sistema colonial funcionaba y podía servir de base para resolver los problemas de la nación subalterna siempre que predominara la orientación progresista y civilizadora que distinguía al "Otro imperial" como un verdadero agente de la Historia. Para corregir los estropicios del advenedizo no era necesario cuestionar el orden colonial y, menos aún, recurrir a la violencia. Esta, que era una acción que podía ejercer todo pueblo que viera pisoteados sus derechos y clausuradas las vías pacíficas de cambio, no aplicaba a Puerto Rico por la sencilla razón de que nosotros teníamos la suerte de contar con la

[132]"Notas editoriales: El atentado de la Fortaleza", La Democracia, 25 de octubre de 1933, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 425-426.

[133]"Notas editoriales: El atentado de la Fortaleza", La Democracia, 25 de octubre de 1933, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp 425-426.

imparcialidad e inteligencia de un Poder metropolitano que sabía funcionar como juez y no como parte en el asunto.[134] La tarea consistía entonces en levantar la voz para hacer llegar el mensaje a los oídos del Poder y confiar en que éste sabría cumplir su compromiso de organizar y proteger al subalterno.

¿Aceptación de la inferioridad? De ninguna manera. Es más acertado ver aquí una teoría de la evolución y del desfase de los pueblos que sirve de fundamento epistemológico para legitimar las estrategias de la "revolución pasiva".[135] El nacionalismo moderado muñocista aceptaba que en la Historia unos pueblos y naciones maduraban más rápidamente que otros pero consideraba que todos ocupaban un mismo plano de igualdad. El superior era en realidad un adelantado cuyo deber moral era ayudar a los rezagados a superar sus limitaciones y allegarse al progreso. El papel de la vanguardia civilizadora era el del guardián y el amigo que ayudaba al pueblo-nación infantil en su fase de crecimiento hasta su conversión en pueblo moderno. Eso era lo que se había aceptado del discurso imperial, el reconocimiento del adelanto histórico de la nación metropolitana, sobre todo en la dimensión material, y su compromiso moral de ayudar al "otro" en la realización de su modernidad material y espiritual. Es importante tener presente que para Muñoz, Estados Unidos representaba los avances materiales de la modernidad que se aspiraba conquistar y que en la dimensión espiritual, si bien un materialismo vulgar amanazaba estos logros, existían también elementos de una cultura moderna que el subalterno debía incorporar para consolidar su espacio espiritual. Se podía ser moderno sin alcanzar los niveles de riqueza de la poderosa sociedad metropolitana y, en ese proceso, se tenía que desarrollar la zona espiritual incorporando algunos valores y estilosde vida progresistas que el "Otro" había realizado.

---

[134]"Notas editoriales: El atentado de la Fortaleza", La Democracia, 25 de octubre de 1933.

[135] Véase: Gramsci, Notas sobre Maquiavelo; Chatterjee, Nationalist Thought, pp. 43-50.

En su lucha contra Gore, la estrategia del muñocismo giró en torno a dos puntos centrales. Por un lado, contrastó las funciones del Estado y del gobierno con la gestión personal del Gobernador y, por otro lado, elevó la voz para tocar a la puerta de un Washington considerado como ángel imparcial y justiciero. En primer lugar, su redefinición del lugar de gobernador en el orden jurídico-político colonial se llevó a cabo mediante los principios epistemológicos del racionalismo político liberal. A menos de un año de distancia, lo que parecía parte del proyecto imperialista para "destruir la fuerza moral de los puertorriqueños",[136] pasó a convertirse en una posición de carácter neutral, objetiva y mediadora que tenía por función interpelar a las fuerzas locales para asegurar la paz social y política. El gobierno colonial pasaba a convertirse en taller de práctica para el aprendizaje de la vida democrática y el gobernador en el educador de un pueblo que apenas alcanzaba su mayoría de edad.

Esta "reconsideración" merece destacarse como uno de los rasgos centrales del nacionalismo moderado muñocista. En su artículo, "Puerto Rico y el Partido Liberal", del 11 de marzo de 1932, el líder liberal había planteado lo siguiente:

> El cargo de gobernador (irresponsable) tiene su poder de nombramiento para hacer y deshacer líderes, para estimular líderes dúctiles y castigar líderes refractarios -castigarlos no en sus personas (eso no sería importante) sino en sus influencias. El poder confirmativo del Senado (ya se ha visto muchas veces) queda prácticamente desvirtuado por el poder de veto del gobernador, por la capacidad para nombrar en receso, por el prestigio casi físico del cargo. El cargo combina todas las fuerzas necesarias para degradar la fuerza moral de los líderes puertorriqueños a cambio de pequeños favores, para desintegrar la fuerza moral colectiva de los puertorriqueños, dividiéndolos en bandos a base de apetitos. Es, en fin, una maquinaria de soborno más o menos sutil que, de no ser una institución pública, se denominaría un "ilegal lobby", como en los estatutos de muchos estados, y sería castigada por las leyes como delito criminal. El hecho de que algunos gobernadores, por decencia personal, manejen el cargo con mayor altura, no desmiente la naturaleza del cargo. Yo no me encamino aquí a hacer una crítica corriente del cargo, sino a probar que la intención

[136]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (segundo artículo)", La Democracia, 11 de marzo de 1932; "Editorial", La Democracia, 24 de octubre de 1933.

> de los imperialistas norteamericanos es, claramente, dividir y destruir la fuerza moral de los puertorriqueños, porque comprenden y temen su efectividad potencial.[137]

Ahora, a poco más de un año, el discurso imperial se apropiaba del imaginario nacionalista y servía de base para el retrato del administrador imparcial y mediador que, más allá de los intereses sociales y políticos locales, funcionaba como agente del orden y la civilización. La imagen, aceptada como un acierto por el Secretario de Guerra, se torna el punto de contacto de un diálogo y de un acuerdo; irónica complicidad del discurso del patriota con el del burócrata:

> Con respecto a aquellos principios cuya seguridad es considerada suprema para el bienestar de Puerto Rico, el Partido Liberal sostiene lo siguiente: es esencial que el gobernador en ningún momento se aparte, ya sea en acto o palabra, pública o privadamente, del concepto de su cargo como fuerza moderadora no-partidista. Es esencial que la educación política del país no se rebaje o comprometa, o se anule mediante la destrucción de las garantías del servicio civil arrojando así la acción política a una lucha de vida o muerte por mezquinos empleos. Es esencial, bajo el presente status, que el último ciudadano de Puerto Rico considere al gobernador su más alto servidor y no su más pequeño enemigo. Es esencial para el status futuro de Puerto Rico, sea la independencia o la estadidad, que la vida política y administrativa del país se mantenga en el más alto nivel posible, que su adiestramiento en democracia sea un adiestramiento en los problemas sociales y no en las pequeñeces y enredos del patronazgo. Es esencial, según una norma inteligente y sensata conducida hasta donde sea posible por voluntad de la mayoría legislativa, que se establezca una medida razonable de paz política en este país a fin de que los tremendos problemas del hambre, el desajuste económico y la justicia social se enfrenten con serenidad y fuerza por todo el pueblo.[138]

El proyecto integrador del muñocismo, como utopía para la paz política, era la propuesta para un canto a coro entre los grupos nacionales y el poder imperial. La crisis, que había servido para desmitificar el "progreso" colonial, tenía ahora como propósito invitar a la concordia, impedir

---

[137]Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (segundo artículo)", La Democracia, 11 de marzo de 1932.

[138]Véase: Muñoz Marín, "Editorial", La Democracia, 24 de octubre de 1933, en Mathews, La política puertorriqueña, pp. 99-100. El comentario de Mathews sobre el nombramiento de norteamericanos para el cargo de gobernador de Puerto Rico es la reproducción tardía de la explicación que utilizó el discurso imperial para legitimar su orden colonial. Véase: ibid., pp. 99-100.

el conflicto, reconstruir la solidaridad interna y el pacto con el "Otro". Faltaba hacer llegar esta invitación al centro mismo del poder en Washington, ese juez imparcial y sabio que conocía, porque así lo certificaba su historia democrática, cuál sería la forma de quitar del camino a "un hombre pequeño" que era el único obstáculo para el "estado de paz" que necesitaba el país, con miras a enfrentar sus problemas económicos.

En Washington, la voz del nacionalismo moderado se presentó como voz de todos, más allá de líneas partidistas, y como propuesta de diálogo y no de recriminaciones. El muñocismo quería ser la voz de la cordura de la "comunidad más pacífica de América", que sabía "admirar" a la nueva autoridad política "como el Presidente más grande de los tiempos modernos". Su tarea: iniciar un diálogo para posibilitar la misión imperial de civilizar a Puerto Rico. Se trataba de la palabra orgullosa de la nación agradecida que aceptaba "la idea de americanización interpretada como una actitud de respeto hacia los más altos ideales del pueblo americano", pero que rechazaba la política americanizadora que amenazaba destruir su personalidad. Para él, el caso Gore era sintomático de un problema con una cura: un individuo obstaculizaba la “política del Buen Vecino” y el Nuevo Trato que deseaba implantar el nuevo poder imperial ilustrado. Este "hombrecito" impedía el acoplamiento feliz de la metrópoli y la colonia, pueblos amigos que deseaban realizar unidos el viaje a la modernidad. Contra este "pequeño vendedor de seguros" se apelaba al Poder, mezcla de Razón y justicia, para que solucionara el problema removiendo la piedra. En la lógica del nacionalismo moderado, lo objetivo quedaba desplazado por lo subjetivo. El colonialismo, como una relación estructural de desigualdad, cedía su lugar a los problemas ocasionados por un individuo. El acto de destitución era la sentencia final para reconstruir la paz pública y devolverle a la nación colonial su confianza en la gestión imperial:

> Los puertorriqueños consideran a la Administración en Washington como corte de justicia que decidirá este caso a base de sus méritos y después de una investigación adecuada.[139]

El muñocismo se ofrecía de moderador frente a la crisis e invitaba al "Otro" a reconstruir su legitimidad devolviéndole al gobierno su supuesta forma democrático-liberal. Lo que proponía era "que un nuevo gobernador coopere con la mayoría legislativa como tal, y que mantenga los derechos de las minorías como tal", un "Ejecutivo de todo el pueblo dentro de las normas de un gobierno democrático y de la voluntad de la mayoría".[140] Su crítica del orden colonial se iba tornando canto para la concordia y la esperanza que podían entonar juntos los pueblos afines. Así, por ejemplo, en su epistolario con Barceló informaba al presidente del Partido Liberal de sus conversaciones con el Secretario de Guerra, Dern, y resaltaba sus coincidencias al definir los principios y funciones que conllevaba la posición de gobernador. El paradigma liberal funcionaba como contexto ideológico para la nueva alianza.

Al pensar el Estado imperial y el gobierno colonial dentro del modelo liberal, como guardianes del bien común, el nacionalismo moderado muñocista hacía suya la autoimagen imperial. El importante debate anticolonial iba siendo desplazado por los problemas de "la política" y por una concepción del poder metropolitano como un agente progresista y civilizador interesado en afianzar un gobierno democrático dentro de una condición colonial. El proyecto político prioritario pasaba a ser la construcción de un nuevo bloque de poder que integrara a las fuerzas

---

[139]Véase: Muñoz Marín, "Declaraciones en Washington", La Democracia, 8 de noviembre de 1933; "Memorando dirigido al presidente Roosevelt", en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, vol. II, pp. 429-431, 436-438; Muñoz Marín, "Carta a Antonio R. Barceló", 6 de noviembre de 1933; "Carta a Antonio R. Barceló", 11 de noviembre de 1933, en ALMM. Sec. III, serie 1, folio 2, doc. 1, 3.

[140]Muñoz Marín, "Memorando al presidente Roosevelt", en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 436-438.

progresistas de la metrópoli y la colonia para hacer posible la reconstrucción de la dimensión material del país subalterno.

El héroe vuelve a casa.

Desde mucho antes de su estadía en Washington, cabildeando para la destitución de Gore, Muñoz había suavizado sus críticas al régimen colonial.[141] La propuesta independentista había coexistido con el marcado optimismo en torno a la gestión del gobernador Theodore Roosevelt hijo y con la definición del Congreso norteamericano como un poder neutral mediador donde apoyarse para encontrar soluciones a los problemas del país. Con su incursión en la política dio inicio un nuevo contexto que tornó su discurso más pragmático y moderado. De lleno en la vida pública y el debate partidista, el Senador fue recargando su nacionalismo de un liberalismo afín al manejado por el discurso imperial, que le permitió revaluar al "Otro imperial" y adoptar frente a éste una actitud más conciliadora. La lucha contra Gore fue más el pretexto para un encuentro que una confrontación con el colonialismo. La pelea se dio en un doble frente, interno y externo, y sirvió para ajustar acuerdos, cantar a coro, volverse uno. Así, a su regreso triunfal, luego de que el Presidente Roosevelt aceptara la renuncia del Gobernador, el nacionalismo moderado pasó a proclamarse portavoz de las políticas nuevotratistas del Estado imperial y la propuesta soberanista comenzó un zigzagueante proceso de evaporación.[142]

---

[141]Mathews y Rosario Natal han reproducido la explicación del propio Muñoz sobre esta transición explicando el cambio como un producto de su contacto con Washington hacia finales de 1933. No creo acertado explicar las ideas de un autor asumiendo sus alegatos. Considero mucho más acertado destacar las condiciones intelectuales y políticas que hicieron posible modificar ciertos argumentos y prácticas políticas y creo que las mismas están dadas en el interior mismo de la teoría y la práctica del nacionalismo moderado, mucho antes de la experiencia del Líder con las nuevas fuerzas metropolitanas. Véase: Mathews, La política puertorriqueña, pp. 112-113; Rosario Natal, Luis Muñoz Marín; Muñoz Marín, Memorias, pp. 98, 104-109.

[142]Véase: Angela Negrón Muñoz, "Hablando con Luis Muñoz Marín, El Mundo, 28 de enero de

La euforia del triunfo contra Gore sirvió para precisar la propuesta muñocista. En el plano de la política, el sueño integrador consistía en intentar establecer la "paz política" en la doble dimensión interna y externa. Hacia el interior, se reclamaba el fin de "la politiquería de los bandos" y se afirmaba el presente como un "momento de gran oportunidad y de halagadoras posibilidades" que sabrían reconocer y aprovechar "todos los hombres de patriotismo, de sensatez y responsabilidad". Hacia el exterior, el deseo de armonizar voluntades encontró en el poder imperial al "pueblo amigo" que cooperaría en la rehabilitación material de su colonia. El "Otro imperial" era la base de apoyo para iniciar "la espiral ascendente de la prosperidad y la seguridad económica de los puertorriqueños".[143]

Para este período, el discurso muñocista acentuó su separación de lo político y la política como campos en donde se debatían asuntos distintos. En el primero, "la definición del status futuro de Puerto Rico"; en el segundo, "todos los problemas de urgencia", fundamentalmente económicos. Lo que antes se consideraba dos niveles de un mismo proceso, que los políticos tradicionales unionistas y socialistas habían dividido artificialmente, descuidando cada cual uno u otro de los puntos fundamentales de la realidad isleña; lo que se señalaba que había que relacionar, reconociendo que ninguna reforma económica verdadera podía realizarse sin una "dosis de soberanía sin adulterar", era lo que ahora se aceptaba como divisible, como áreas distintas cuyos asuntos debían resolverse reconociendo sus diferencias y jerarquías. La tesis de la "paz política" era pues una estrategia para relegar lo político a un segundo plano por problemático y fragmentador del consenso interno y externo que se aspiraba a construir. La prioridad sería la política, el espacio de

---

1934", ALMM. Sec. III, Serie 3, Folio 7, Doc. 1.

[143]Véase: Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", La Democracia, 24 de enero de 1934, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 443-444; Negrón Muñoz, "Hablando con Luis Muñoz Marín", El Mundo, 28 de enero de 1934.

los acuerdos y las prácticas que harían posible la "rehabilitación efectiva, encaminada hacia la independencia económica de Puerto Rico". Lo político, como lugar en donde se articulaba el proyecto soberanista, tendría que esperar, primero a un futuro próximo; más tarde, a un futuro incierto cada vez más distante que se convertiría en jamás. Sólo será una cuestión de tiempo para que el muñocismo termine de formular un proyecto de modernización en oposición al proyecto soberanista, alegando la posición "especial" que ligaba la Isla a la metrópoli: lazos de "amistad" que se tendrían que eternizar con una forma política inédita que serviría de base para el viaje a la modernidad.[144]

Reinado de lo económico, preparación e implantación de un plan de reconstrucción del espacio material dentro del orden político colonial será, a lo largo de los próximos años, la preocupación central alrededor de la cual girará el discurso muñocista.[145] Su propuesta tendrá varios puntos: la reconstrucción de la agricultura, la reorganización de la producción diversificando los productos y haciendo hincapié en los artículos alimenticios, el enfrentamiento con el latifundio ausentista y la fuga de capital, la crítica a las leyes de cabotaje y el reclamo de poderes para hacer tratados y establecer tarifas de protección, la reanimación del cafetal mediante créditos y seguros, la industrialización y, por último, la conversión del Estado en un agente interventor que reconstruya el mundo del pequeño propietario, medida indispensable para enfrentar la proletarización salvaje, el desempleo y la sobrepoblación.[146]

---

[144]Véase: Muñoz Marín, "Nuevos caminos hacia viejos objetivos", El Mundo, 28 y 29 de junio de 1946, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 496-505.

[145]Sobre la época y el Plan Chardon véase: Mathews La política puertorriqueña; Trías, Historia constitucional, II. pp. 172-222; Pagán, Historia de los partidos políticos, II, pp. 57-60; Dietz, Historia económica, pp. 167-171.

[146]Véase; Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", La Democracia, 24 de enero de 1934, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 443-444; Negrón Muñoz, "Hablando con Luis Muñoz Marín", El Mundo, 28 de enero de 1934; Muñoz Marín, "Resolución ante el Senado de

Para Muñoz, el presente era el tiempo de los malabares al borde del abismo. La crisis evidente invitaba a la acción y al optimismo y en su discurso el recuento de nuestras carencias y calamidades era la estrategia provocativa que legitimaba el ejercicio de la voz. El "cuadro desconsolador" era un contexto "para despertarle la imaginación constructiva hasta a las piedras".[147] Hacia el interior, la propuesta consistía en llevar a cabo la alianza de clases y de sectores sociales y políticos cuyos intereses y deseos fuesen, por necesidad y por altura moral, la salvación del país. Su palabra se presentaba aquí como un llamado para la formación de un nuevo bloque histórico, el de las fuerzas patrióticas nacionalistas compuestas por independentistas y autonomistas, para enfrentar a los obnubilados y obstinados colonialistas y anexionistas. Al mismo tiempo, hacia el exterior, era un llamado a la cooperación, pacto del pueblo de Puerto Rico con la "Administración Roosevelt para la mejor solución de los problemas económicos" de la Isla.[148]

En el ínterin, el "Otro imperial" había confirmado su imagen de cuerpo responsable, "liberal y justo", deseoso de afrontar con nuevas medidas profilácticas la situación de su colonia.[149] El Nuevo Trato pasó a considerarse un cambio de actitud en la política de Washington hacia la Isla y quedó definido como "una movilización de fuerzas económicas a los efectos de la reconstrucción permanente a base de recursos propios", rechazando cualquier intento de definirlo como un mero "plan de caridad".[150] Las fuerzas progresistas de la metrópoli y la colonia coincidían en su análisis

---

Puerto Rico", La Democracia, 24 de marzo de 1934, en Bothwell, op. cit., II, pp. 446-448.

[147]Negrón Muñoz, "Hablando con Luis Muñoz Marín", El Mundo, 28 de enero de 1934.

[148]Negrón Muñoz, "Hablando con Luis Muñoz Marín", El Mundo, 28 de enero de 1934; Muñoz Marín, "Resolución ante el Senado de Puerto Rico", en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, p. 446.

[149]Muñoz Marín, "Resolución ante el Senado de Puerto Rico", en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, p. 446.

[150]Negrón Muñoz, "Hablando con Luis Muñoz Marín", El Mundo, 28 de enero de 1934.

del presente y aceptaban fundirse como un sólo cuerpo para encontrar pronta solución a los asuntos políticos y económicos de la nación subalterna, convirtiendo el futuro en un tiempo de esperanzas.

En sus relaciones con el discurso imperial, el nacionalismo moderado se volvió diálogo y optimismo: diálogo posibilitado por un lenguaje común y el reconocimiento de puntos de coincidencias que unían los intereses y las acciones de la metrópoli y su colonia; fe que era solicitud de apoyo y un tono de ingenuidad desesperada ante la ruina asfixiante de la vida material que comenzaba a convertirse en "completo colapso económico-social". El pueblo, "pacífico y respetuoso de la ley", entrenado por siempre en "la gimnasia de la paciencia", fijaba su confianza en ese "Otro imperial" que repetía la promesa de los primeros días de invasión.[151] Heredero de la tradición moderada, el muñocismo se convirtió en teoría de creyentes. El viejo espíritu que recibió jubilosamente la proclama del General Miles seguía reinando:

> Mi llamamiento a usted, Sr. Presidente, es para que le dé certidumbre a mi pueblo; certidumbre de tal naturaleza que barra con todas las dudas, para que los puertorriqueños puedan apretarse los cinturones y aguardar la justicia. Puerto Rico necesita esta certidumbre.[152]

La cuestión económica sirvió de zona de coincidencias entre las élites letradas y políticas del país y la nueva burocracia ilustrada nuevotratista. El poder imperial, preocupado por su crisis de legitimidad, reconoció la necesidad de rehabilitar económica y socialmente su colonia. El proyecto civilizador se reafirmaba a través de este gesto inteligente de aceptación de su estancamiento y hasta de su fracaso. La voz del nacionalismo moderado sintió un eco proveniente desde Washington. Ya

---

[151]Nelson A. Miles, "Proclama", en Pagán, Historia de los partidos políticos, I, pp. 20-22.

[152]Véase: Muñoz Marín, "Carta al Presidente Roosevelt", 27 de junio de 1934, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, p. 481; "Carta al Presidente", 13 de diciembre de 1934, en ibid., pp. 484-485; F. D. Roosevelt, "Carta a Muñoz Marín", 17 de diciembre de 1934, en ibid., p. 486. Anoto el hecho de que ambas cartas fueron parte de un acuerdo entre Gruening, Muñoz y Roosevelt para tranquilizar los ánimos políticos en el país. Véase: Muñoz Marín, Memorias, pp. 131-136.

las medidas correctivas habían comenzado a implantarse con los programas de ayuda federal: el más nombrado de ellos, la Puerto Rican Emergency Relief Administration (PRERA) dirigido por James L. Bourne en 1933. Luego, durante el año siguiente, el Poder se hizo carne en la figura de la esposa del Presidente, Eleanor Roosevelt. Acompañada de un importante grupo de asesores entró en contacto con la realidad del país y promovió estudios y reuniones donde se discutió la crisis y sus posibles soluciones. Una nueva burocracia imperial, deseosa de enmendar los errores del pasado, tomaba cuerpo en hombres como Rexford Guy Tugwell, Henry Wallace, Harold Ickes, Ernes Gruening y los esposos Bourne.

Zona de coincidencias y de propuestas: Washington fomentó la elaboración de un plan para la reconstrucción de su colonia a través de la llamada Comisión Puertorriqueña de Normas, compuesta por Rafael Fernández García, el comisionado de agricultura Rafael Menéndez Ramos y el canciller de la Universidad de Puerto Rico, Carlos Chardón. Muñoz, quien no era miembro de la Comisión, estaba también en Estados Unidos en contacto permanente con las acciones del grupo. Además, se relocalizó la administración colonial al trasladar los asuntos relacionados con la Isla, de manos del Negociado de Asuntos Insulares del Departamento de Guerra a la nueva División de Territorios y Posesiones Insulares del Departamento de lo Interior dirigida por Ickes. En esta etapa de acuerdos y esperanzas compartidas el proyecto soberanista no desapareció, más bien se convirtió en uno más de los asuntos a discutirse, razón para una "mesa redonda" que hiciese posible encontrar una solución de consenso hacia el interior y hacia el exterior. El Washington responsable, ilustrado y progresista, sería finalmente ejemplo y aliado para lograr una independencia concertada, con su período de transición y pactos de mutuo beneficio.[153]

[153]Véase: Negrón Muñoz, "Hablando con Luis Muñoz Marín", El Mundo, 28 de enero de 1934; Muñoz Marín, "Resolución ante el Senado de Puerto Rico", La Democracia, 24 de marzo de 1934. También consúltese: Dietz, Historia económica, cap. III; Mathews, La política puertorriqueña, pp.

Que la actitud imperial cambió en la época nuevotratista no cabe la menor duda. El campo imperialista no es, como discurso y como práctica, un todo homogéneo y estático que reproduce eternamente los mismos gestos y la misma retórica. Quizás tendríamos que atender más detenidamente la retórica de la "política del Buen Vecino" para ver allí conservadas las reglas del Poder. Sin embargo, lo que resulta pertinente recalcar para nuestro estudio son las coincidencias de perspectivas entre el discurso imperial ilustrado y el nacionalismo moderado. Ambos reconocían la crisis orgánica del país, apuntaban contra el latifundio proponiendo diversificar la economía y creían en la necesidad de que el Estado liberal se tornase Estado benefactor. En su diagnóstico sobre la realidad colonial, el secretario del Interior, Ickes, ponía claramente de manifiesto la similitud indiscutible de su percepción del mundo colonial con la del nacionalismo moderado muñocista:

> Puerto Rico ... ha sido víctima de una economía de laizzes-faire que ha originado el rápido crecimiento de grandes corporaciones ausentistas, las que han acaparado mucha tierra que antes pertenecía a pequeños cosecheros independientes quienes, en consecuencia, han sido reducidos a una virtual servidumbre económica. Si bien la incursión de Puerto Rico dentro de nuestras murallas arancelarias ha sido muy beneficiosa para los accionistas de estas corporaciones, tales beneficios no han pasado a manos de las masas puertorriqueñas. Estas, por el contrario, han visto que las tierras en las que antes cosechaban frutos de subsistencia, se han dedicado a la producción de azúcar, mientras ellos se ven obligados gradualmente a importar sus alimentos básicos, pagando por éstos los altos precios originados en el arancel. Hoy la miseria y la destitución están más extendidas en Puerto Rico y el desempleo es mucho mayor que en toda época previa de su historia.[154]

Durante los años 34-35, el prestigio del joven senador liberal ascendió vertiginosamente al prácticamente reconocérsele como representante legítimo de la política nuevotratista de Washington. El diálogo comenzaba a producir ganancias políticas y un poder dual iba tomando forma separándose de la rama legislativa dominada por la Coalición: el de los organismos federales

---

122-190; Pagán, Historia de los partidos políticos, II; Trías Monge, Historia constitucional, II, pp. 140-239.

[154]Harold Ickes, "Carta al Senador Duncan N. Fletcher", 15 de enero de 1935, en Mathews, La política puertorriqueña, p. 212.

de reconstrucción económica ligados al grupo liberal.[155] En el plano económico fue el tiempo de las luchas para defender los proyectos nuevotratistas: como la Ley Costigan-Jones y la implantación de la Puerto Rican Reconstruction Administration (PRRA) bajo la dirección del antiguo ex-director de la División de Territorios y Posesiones del Departamento de lo Interior, Ernest Gruening. El muñocismo fue aquí parte del coro renovacionista, traductor isleño de una nueva actitud del poder imperial visto ahora como cuerpo moral antiimperialista.[156] El independentismo se opacó ante la nueva amistad y, subrepticiamente, la cuestión de énfasis que separaba lo económico-social de lo político comenzó a convertirse en teoría de los planos antagónicos. La cuestión económico-social encontraría soluciones a través de prácticas políticas que iban en dirección contraria al proyecto soberanista. No se trataba ya de dos vagones de un mismo tren viajando en una misma dirección, sino de dos trenes cuyos caminos se bifurcaban para comenzar a correr en dirección opuesta.[157]

En marzo de 1935, culminó un debate en torno a la cuestión azucarera que venía suscitándose desde los inicios mismos de las políticas nuevotratistas para regular el mercado de este producto. Esta discusión permite retomar la propuesta económica que caracteriza al nacionalismo moderado como discurso para promover la "revolución pasiva" como vía para implantar la modernidad capitalista. Ya hemos señalado que en el muñocismo la crítica contra la economía artificial azucarera se fue matizando a partir de 1933. El "fuego que corría por los valles y ascendió las laderas para devorarlo todo"[158] era la realidad sobre la que se podía actuar pero sin provocar grandes rupturas que resultaran contraproducentes para la vida social y política. El azúcar era,

---

[155]Mathews, La política puertorriqueña, pp. 191-247.

[156]Muñoz Marín, Memorias, pp. 107-108.

[157]Muñoz Marín, Memorias, p. 123.

[158]Muñoz Marín, "El triste caso de Puerto Rico", American Mercury, (febrero 1929).

inevitablemente, la punta de lanza de la economía colonial puertorriqueña y las acciones para un desarrollo económico futuro tenían que reconocer el poder de ese sector económico. Provocar su derrumbe sólo serviría para agudizar la crisis y acrecentar la miseria social. La estrategia muñocista para tratar la economía azucarera consistió en presentar este mundo como un campo repartido desigualmente entre "nosotros" y los "otros", como uno más de los planos donde se ponían de manifiesto las contradicciones del colonialismo. El azúcar debía sobrevivir pero el latifundio y el predominio del capital ausentista debían ser combatidos sin cuartel. Su propuesta consistía en reorganizar la economía azucarera para que la misma sirviese de base para el progreso del país, asegurando que los grupos criollos compuestos por centralistas, agricultores y trabajadores fuesen los verdaderos favorecidos con su desarrollo.

Desde 1934, la Ley Costigan-Jones asignaba al azúcar puertorriqueña una determinada cuota de venta en el mercado norteamericano. Los productores de azúcar, encabezados por las grandes corporaciones, se movilizaron políticamente para tratar de detener su aprobación y cuando esta estrategia fracasó intentaron que la cuota asignada a Puerto Rico fuese lo más alta posible. Se originó una lucha que aglutinó a los azucareros y los coalicionistas en un lado y a los nuevotratistas y liberales en el otro. Muñoz aprovechó la ocasión para impulsar tres puntos. En primer lugar, buscó afirmar su imagen de paladín de las políticas nuevotratistas, demostrando así sus buenas intenciones a Washington. En segundo lugar, utilizó la cuestión del azúcar para articular su oferta integradora a las clases propietarias y trabajadoras del país, distinguiendo sus intereses de los del capital corporativo. Por último, separó los bandos en la contienda política demostrando que la Unión-Republicana era simplemente la portavoz de los intereses corporativos norteamericanos frente a los cuales se levantaba la voz inteligente y vertical del nacionalismo moderado. Esta estrategia le servía

para debilitar a la Coalición, llamando la atención del sector obrero y socialista sobre sus discrepancias de contenido con los intereses del capital corporativo y sus portavoces republicanos.

La larga polémica en torno a la Ley Costigan-Jones pasó, a lo largo de los años 34 y 35, desde el hemiciclo del Senado al plano público en el famoso debate que Muñoz sostuvo con Miguel A. García Méndez, líder destacado del Partido Unión-Republicana.[159] El Senador liberal insistió en destacar el impacto positivo que habría de tener la Ley pues, si bien asignaba a Puerto Rico una cuota azucarera, contenía también un programa de compensación que podía alcanzar los 40 millones de dólares y concedía poder al Secretario de Agricultura para mejorar los contratos de los agricultores y los salarios de los trabajadores. El verdadero problema era decidir sobre qué grupo debían recaer las limitaciones de la cuota y los beneficios de los fondos de ayuda. Mientras las corporaciones ausentistas intentaban que los efectos negativos de la cuota recayeran sobre los agricultores, él consideraba que la ley estaba orientada a proteger a los colonos y a los trabajadores.

El azúcar era pues una rama económica dividida. Si la colonia significaba el latifundio azucarero y la fuga de capital, la nación subalterna tenía también su lugar en esta zona económica y estaba encarnada en los sectores propietarios y obreros que como unidad armoniosa, o pueblo, enfrentaban el colonialismo y sus fuerzas económicas retrógradas, con la ayuda del propio poder metropolitano. El Estado imperial resultaba una fuerza anticolonialista decisiva, dispuesta a favorecer la consolidación de las clases propietarias de la nación subalterna. Rehabilitar la economía azucarera sólo podía entenderse como reconstrucción de las clases propietarias criollas a las que se

[159]Véase: Muñoz Marín, "Discurso ante la asamblea reunida en el Teatro Municipal de San Juan", 14 de agosto de 1934, en Pagán, Historia de los partidos políticos, II, pp. 64-66; "Discurso ante el Senado de Puerto Rico", 28 de febrero de 1935, en ALMM, Sec. III. Serie 2, Folio 15, Doc. 1; "El Debate de Miguel A. García Méndez y Luis Muñoz Marín en torno a la Ley Costigan Jones", El Mundo, 20 de marzo de 1935, en ALMM, Sec. III, Serie 2. Folio 14, Doc. 2.

sumaban como corolario los sectores trabajadores; en fin, reconciliación de clases cuya suma constituía ahora el pueblo-nación.

El debate público con García Méndez sirvió también para precisar las fronteras que lo separaban del capital corporativo extranjero y sus representantes políticos criollos. El republicanismo anexionista vivía, durante el cuatrienio 1932-36, una de esas paradojas desorientadoras. Su reinado político, después de esperar casi tres décadas, coincidió con el predominio del sector demócrata en el Estado metropolitano y, sobre todo, con un sector demócrata dispuesto a realizar modificaciones significativas en el orden existente para subsanar los daños provocados por los desenfrenos del "laizzes-faire". Su amor obstinado por el "Otro imperial" sufría los continuos desplantes del objeto amoroso, produciendo así una relación de tensión.

En su debate con Muñoz, García Méndez resumía la postura de la Coalición y de la Asociación de Productores de Azúcar. Para todos ellos, la Ley atentaba contra la economía azucarera isleña y era un obvio estatuto discriminatorio que consideraba a Puerto Rico prácticamente como un país extranjero. Estados Unidos y Roosevelt, paladines "de la civilización Occidental contra el comunismo y el militarismo japonés", habían dado muestras de sus "prendas de afecto" por Puerto Rico en las innumerables ventajas económicas que conferían a la Isla. Pero un burócrata de turno, el Secretario de Agricultura, Wallace, había confundido al Presidente y le había hecho apoyar un estatuto que convertía la Isla en zona extranjera y que al limitar su acceso al mercado norteamericano provocaba cuantiosas pérdidas para la economía azucarera. Su argumentación le llevaba a concluir que si algo demostraba la cuestión de la cuota era la indefensión de la colonia y la necesidad de la estadidad. Era obvio que los estados de la unión gozaban de privilegios que estaban ausentes en la sociedad subalterna.[160]

[160]Miguel A. García Méndez "El debate entre Miguel A. García Méndez y Luis Muñoz Marín",

En su turno Muñoz reafirmó su defensa de la Ley como una beneficiosa para los propietarios y trabajadores del país y resaltó la importancia del Plan Chardón para la reconstrucción de la Isla. Insistió también en la necesidad de crear una corporación pública que ayudara al progreso de los colonos, al mismo tiempo que disminuía el desempleo. La Ley había impedido una caída más drástica en el precio del azúcar en el mercado y ofrecido compensaciones por los posibles efectos negativos de la cuota azucarera. Además, la misma concedía poder al Secretario de Agricultura para mejorar la condición de los colonos y los trabajadores. Los enemigos de la Costigan-Jones eran claramente las corporaciones ausentistas que buscaban hacer recaer en los colonos todos los efectos negativos de la cuota y apropiarse de las compensaciones contenidas en la misma.[161]

En el meollo del debate sobre la cuestión del azúcar fue tomando forma la discusión sobre la modernidad y la nación. ¿Podía Puerto Rico ingresar en la modernidad bajo un tipo de capitalismo agroexportador? Para Muñoz, la respuesta tenía que ser flexible aunque aparentara ser contradictoria: sí y no. En primer lugar, el azúcar era un producto importante que debía verse como un producto entre otros y como una actividad industrial que debía acompañarse de un esfuerzo por desarrollar la industrialización. En otras palabras, el azúcar sí, pero el monocultivo no. La agricultura sí, pero también la industrialización. En segundo lugar, el azúcar debía sobrevivir pero tenía que nacionalizarse. La cuestión del azúcar se tornaba lucha entre el capital ausentista y los productores y trabajadores criollos. Había pues que enfrentar el latifundio ausentista y la fuga de capital, nacionalizando la industria para que la misma sirviera de base de apoyo material para el progreso del país.

El Mundo, 20 de marzo de 1935.

[161]"El debate entre Miguel A. García Méndez y Luis Muñoz Marín", El Mundo, 20 de marzo de 1935.

El debate en torno a la Ley Costigan-Jones aclaraba las posibilidades y los contendientes en el mundo azucarero. La estrategia de Muñoz fue sencilla: presentar el azúcar como un mundo económico-social bipolar en donde los bloques existentes sostenían un antagonismo irremediable que reclamaba la acción política de los más contra una poderosa minoría extranjera. El nacionalismo moderado se apoyó aquí en una perspectiva liberal dieciochesca del capitalismo de competencia contra el capitalismo monopolista, traducida ahora como debate entre “nosotros” y los “otros”, y no en una teoría marxista de la lucha de clases. Para él, la verdadera lucha en el espacio económico azucarero no era la que entablaban el capital y el trabajo. En el mundo colonial esta polémica resultaba distorsionada por el predominio del capital ausentista como verdadero agente explotador de las clases propietarias y trabajadoras que constituían la nación subalterna. De aquí que los polos antagónicos estuviesen compuestos, por un lado, por el capital corporativo ausentista, hijo predilecto del colonialismo, agente del monocultivo latifundista y de la fuga de capital y, por otro lado, por los propietarios y trabajadores del país, agentes de una capitalismo de competencia saludable, suma de un "nosotros" diverso pero reconciliado, en donde el espíritu se hacía carne.

El azúcar, como parte del mundo colonial, era una industria artificial que adoptaba formas latifundistas y un desarrollo desordenado que amenazaba el equilibrio social. Pero el azúcar era una realidad que no podía destruirse sin provocar consecuencias calamitosas para el país. Se trataba de ponerla a funcionar, bajo la dirección de un gobierno interventor y su tecnocracia ilustrada, en favor del bienestar de las clases nativas reduciendo la presencia y el poder del capital foráneo. El azúcar debía sobrevivir como industria nacional cuya riqueza ayudaría al despegue económico de la nación subalterna y para que pudiese llevar a cabo con éxito su tarea era necesario que la misma estuviese predominantemente en manos de una burguesía criolla.

En su proyecto económico, el muñocismo funcionaba como una concepción del mundo integradora para la articulación de la hegemonía de la burguesía criolla. Su propuesta: un capitalismo de competencia que supiese combinar equilibradamente lo agrícola, lo industrial y los servicios. Se trataba de un discurso adscrito a la utopía liberal de la competencia perfecta en donde la lucha de clases, cuando existía, se pensaba como diferencias no antagónicas que podían ser subsanadas a través de una serie de reformas que le devolvieran a la sociedad su funcionalidad orgánica. En la formación de un nuevo bloque histórico la burguesía debía transformar sus intereses corporativos en intereses nacionales y movilizar a las clases subalternas dentro de un nuevo proyecto histórico nacional. El capital criollo debía reconocer su lugar como vanguardia económica y política, su responsabilidad histórica como fuerza "dirigente". El intelectual orgánico le servía de agente concientizador y proponía movilizar a su alrededor a las masas populares:

> Deseo presentar aquí claramente mi posición en cuanto al problema económico fundamental de Puerto Rico en relación con las centrales nativas y de dueños residentes. La política -el "policy"- que creo debe desarrollarse y que en lo que me concierne desarrollaré es: la más completa protección a las centrales nativas y de dueños residentes, en todo aquello que no limite en forma alguna la justicia que todos le debemos a los agricultores y trabajadores de Puerto Rico. En todo lo que sea abaratar su crédito, saneando su estructura financiera; en todo lo que sea libertarlas del control de los Bancos, del grave peso de contribuciones excesivas, del alto costo en la compra de sus materiales, de la incertidumbre de un mercado fluctuante y adverso, pondré a contribución todos mis esfuerzos en beneficio de las centrales puertorriqueñas. Esta es una lucha de todo Puerto Rico por su redención económica; y las diferencias legítimas que existen entre unos y otros intereses puertorriqueños pueden y deben ajustarse en forma inteligente, justiciera y fraternal. Nuestra lucha es contra los resultados de la invasión económica y por la conquista de Puerto Rico por todos los puertorriqueños para todos los puertorriqueños.[162]

Al final del debate quedaba flotando una contradicción. El mismo había girado en torno a una ley federal y colocaba en el centro de la polémica las políticas del "Otro imperial" para la sociedad colonial. Pero el muñocismo coincidió en este punto con la perspectiva de su debatiente. El

[162]Véase: "El debate entre Miguel A. García Méndez y Luis Muñoz Marín", El Mundo, 20 de marzo de 1935.

Washington benévolo, ilustrado y anticolonialista era el agente civilizador que haría posible nuestra salvación histórica. Lo que las fuerzas anexionistas no podían entender, por estar sujetas a los intereses de la burguesía ausentista azucarera, era que la ley Costigan-Jones era una expresión de la inteligencia y la responsabilidad moral del poder metropolitano para proteger a los desamparados y devolverlos a la Historia. El muñocismo continuaba reproduciendo una de sus principales paradojas: la crítica del colonialismo se combinaba con la apología del "Otro imperial".

En el plano político isleño, el desastre administrativo y la agitación provocada por el gobernador Gore acentuó los problemas del país y debilitó la legitimidad del gobierno colonial. Después de todo, hasta el mismo liberalismo había explotado esta imagen catastrófica para exigir de Washington su destitución y la inclusión de Puerto Rico en los planes renovacionistas del gobierno federal. Pero ahora, eliminado el "hombrecito", la tarea consistía en subsanar sus errores y restaurar el prestigio metropolitano. Dos puntos importantes merecen destacarse entre las posiciones que asumió el muñocismo durante esta coyuntura: por un lado, se mostró afín con la preocupación imperial por reconstruir el control y la legitimidad del régimen colonial y, por otro lado, su modelo liberal de repensar el orden colonial y el puesto de gobernador significó la aceptación del poder nominador de Washington. Si el Poder ilustrado se equivocaba, sabía corregirse; muestra de esta actitud era la destitución del gobernador Gore.

Los proyectos económico-sociales que el muñocismo iba elaborando para combatir la crisis real y sus monstruos imaginarios, junto a su utopía liberal, fueron acercándolo a tal punto a las preocupaciones imperiales que terminó deseando la reconstrucción de la legitimidad del régimen que supuestamente combatía. Muñoz y Washington coincidieron en que el gobierno colonial había perdido credibilidad a partir de Gore y consideraban necesario reconstruir su cuerpo real e imaginario. En la discusión sobre la figura deseada para administrar la colonia ambos estuvieron de

acuerdo en el tipo de funcionario que se necesitaba. El ex-gobernador Beverly había sentado la tónica de la preocupación imperial al proponer un ejecutivo de mano dura, preferiblemente un ex-militar, para dirigir las riendas del país. El Negociado de Asuntos Insulares del Departamento de Guerra, el Presidente Roosevelt y Muñoz apoyaron esta posición.[163] Así, a la selección del coronel Elisha Francis Riggs como Jefe de la Policía Insular para finales de 1933, se le sumó como nuevo jerarca imperial en la Isla el General Blanton Winship, antiguo Auditor de Guerra del Departamento de la Guerra.[164] El nuevotratismo iba dando forma a su doble estrategia de administración colonial: el gesto benévolo del poderoso para la rehabilitación económica de su colonia y la mano dura de la autoridad preocupada por la seguridad política.

Al momento de acercarse el nombramiento del nuevo gobernador, en el muñocismo ya dominaba el silencio de un olvido deseado. Hay que destacar que su crítica contra el ex-incumbente no se había llevado a cabo a través del reclamo del gobernador electivo o del nombramiento de un puertorriqueño para el puesto. Todo lo contrario, el nacionalismo moderado parecía estar convencido de que en ese momento resultaban inadecuados ambos reclamos y se limitó a aceptar, sumiso, el poder nominador de Washington. Las reformas nuevotratistas lo habían llenado de entusiasmo y lo económico iba opacando a lo político. Esta actitud se hizo evidente en la forma en que recibió el nombramiento de Winship, dándole legitimidad al poder nominador del "Otro imperial". Enfrentado con el nombramiento del General reprodujo la actitud tradicional del nacionalismo moderado: silenció la cuestión colonial y basó sus comentarios en torno a las cualidades personales del nuevo incumbente, contrastándolas con las del anterior.

---

[163]James R. Beverly, "Carta al Sen. Cox" en Mathews, La política puertorriqueña, pp. 110-111; Muñoz Marín, "Declaraciones en Washington", La Democracia, 8 de noviembre de 1933, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, p. 431; Muñoz Marín, "Memorando al Presidente y al Secretario de la Guerra", en ibid., pp. 436-438.

[164]Mathews, La política puertorriqueña, p. 41.

La designación del general Winship como gobernador de la Isla fue vista por el nacionalismo moderado a través de su teoría liberal del gobernador no-electivo. La supuesta democracia colonial de la que hablaba estaría bien representada por cualquier hombre que reconociese que la función del gobernador era servir de mediador en las luchas políticas y que asegurase el bien común por encima de los intereses particulares de clases, grupos o partidos. Winship parecía el contraste deseado con respecto a Gore. Hombre "de inteligencia, de caballerosa diplomacia, de gran experiencia en asuntos de administración pública, de energía y actividad, conocedor y respetuoso del espíritu y la cultura de pueblos extraños", le resultaba el nombramiento idóneo, la encarnación de los principios liberales.[165]

A lo largo de los años 1934-35, Muñoz tuvo tiempo para reconocer su desatino. Poco a poco fue convenciéndose de que el General era un elemento retrógrado, heredero de la tradición imperialista y enemigo de las posturas nuevotratistas. Pero su critica se redujo a considerarlo otro nombramiento desatinado y no significó de ninguna manera un ataque al gobierno metropolitano y al orden colonial. En verdad estos eran años donde reinaba el optimismo y el canto a coro renovacionista. El muñocismo era un discurso que proponía un diálogo-debate con el discurso imperial oficial y no una ruptura o confrontación intelectual y política. Después de todo, las respuestas positivas de Washington a sus reclamos estaban dándose una tras otra. Así, a los programas de emergencia y a la destitución de Gore, se sumó, como muestra de esta nueva actitud antiimperialista del gobierno metropolitano, la decisión de relocalizar a su colonia en el organigrama gubernamental. Para completar el entusiasmo del líder liberal, se nombró como primer director de la nueva agencia a Ernest Gruening, un intelectual progresista norteamericano con indudables credenciales y conocimientos sobre Hispanoamérica, que había sido editor de la revista

[165]Negrón Muñoz, "Hablando con Don Luis Muñoz Marín", El Mundo, 28 de enero de 1934.

The Nation en donde Muñoz había publicado varios artículos importantes en los años anteriores.[166] Los periodistas liberales se encontraban ahora como representantes políticos y sus perspectivas comunes eran una muestra más de la solidaridad que podía crearse entre los pueblos amigos.

En este punto, el muñocismo decidió encontrarle solución a los problemas que generaba el gobernador Winship moviendo los hilos de sus superiores. Se daba aquí una de esas contradicciones en el aparato administrativo imperial que supo ver e intentó explotar a su favor. Winship era un militar conservador producto de la mentalidad imperialista de la secretaria de Guerra; Gruening un intelectual progresista comprometido con las políticas nuevotratistas. Las diferencias entre uno y otro no tardaron en aparecer y Muñoz, consciente de que el gobierno del General era un obstáculo al programa nuevotratista, utilizó las mismas para debilitar al Gobernador y propiciar su salida. Gruening y el Secretario del Interior, Ickes, estaban de acuerdo con su percepción, pero el General supo ajustarse y se quedó en su puesto. Muñoz comprendió que no había llegado la hora de apretar el lazo alrededor del nuevo incumbente. Hubiese sido desatinado después de la pelea contra Gore y de la clara decisión de Washington de implantar reformas económicas. Después de todo, un poder dual iba tomando forma lentamente separando, a la rama ejecutiva y legislativa del gobierno colonial, de las agencias federales encargadas de llevar a cabo la reconstrucción del país. El optimismo creció cuando en mayo de 1935 se creaba por orden ejecutiva la Puerto Rican Reconstruction Administration (PRRA) y se nombraba como su director a Gruening.[167]

Durante este período, la estrategia que el muñocismo siguió hacia el interior fue dividir la Coalición política de la Unión-Republicana y los Socialistas buscando dar forma a un nuevo bloque histórico en el que nacionalismo y socialismo se dieran la mano. Este era un proyecto de alianza en

[166]Mathews, La política puertorriqueña, pp. 172-173.

[167]Mathews, La política puertorriqueña, pp. 214, 225-226; Dietz, Historia económica, pp. 161-176.

el que había insistido desde 1924, en ese diálogo Barceló-Iglesias que creyó necesario fomentar, y que ahora se le hacía nuevamente pertinente. Sin embargo, aspectos importantes, tanto estructurales como personales, habían cambiado. Sobre todo, su lugar en la política. Ya como senador electo por el Partido Liberal, comenzó a reconocerse como el líder indiscutible de un nuevo bloque social e intelectual y a vislumbrar la formación de un nuevo partido bajo su dirección.[168]

El punto fundamental que serviría para restablecer el diálogo entre los liberales y socialistas era la aplicabilidad de la Ley de los 500 acres. Este era un lugar de coincidencia en el que podía incluirse al imperialismo ilustrado nuevotratista y, además, separaba a los socialistas de sus compañeros republicanos. El latifundio absentista, la fuga de capital y el monocultivo azucarero eran reconocidos como causas de la pobreza colonial y los esfuerzos para realizar la rehabilitación económica de la nación subalterna sólo tendrían éxito si se lograba invertir la proletarización desenfrenada provocada por el capitalismo salvaje.[169]

En el muñocismo, el ataque al latifundio se veía como una confrontación con el capital corporativo azucarero. Los propietarios criollos debían considerar esta lucha una forma de deshacerse de una competencia desigual y tener presente que dentro del Plan Chardón la misma estaba articulada como una forma de favorecer a los productores locales y a los trabajadores y campesinos del país. Muñoz era lo suficientemente astuto para reconocer que su proyecto integrador no tendría éxito político si su programa económico se convertía en una amenaza para la burguesía criolla. El azúcar debía reajustarse a su contexto geográfico y social y a las medidas adoptadas por

---

[168]Muñoz Marín, "Carta a Ruby Black", 1 de febrero de 1935, en Mathews, La política puertorriqueña, pp. 214-215.

[169]Véase: Miguel Guerra Mondragón, "Carta al Lcdo. Mercado sobre las 500 cuerdas", 6 de octubre de 1934; "Carta al Gob. Winship", 26 de marzo de 1935, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 482-483, 487-488; Mathews, La política puertorriqueña, pp. 220-239.

Washington en la Ley Costigan-Jones, pero no podía desplomarse estrepitosamente sin arrastrar consigo a la totalidad de la sociedad.

Si en el plano partidista la nueva alianza consistía en acercar a los socialistas y liberales aislando a la Unión-Republicana como organización que representaba los intereses del gran capital azucarero, en el plano social la alianza de clases era el proyecto de integrar a la burguesía y a la pequeña burguesía criolla con la clase obrera, los campesinos y la intelligentsia. Esa burguesía ilustrada y nacionalista "de hombres de negocios que se sienten ligados a los dolores de todo el país y reconocen su posición de alta responsabilidad por el bienestar del país", encarnada en Eduardo Giorgetty,[170] debía exhibir el espíritu de solidaridad social indispensable para la salvación de la nación. Nuevamente nuestras clases propietarias tenían la posibilidad de demostrar su estatura moral sirviendo de fuerzas emancipadoras de los desposeídos. Los descendientes de aquellos antepasados gloriosos que dieron muestra de sus altos principios éticos liberando a sus esclavos, con o sin compensación económica, serían los que en el siglo XX se encargarían de liberar del pauperismo a la masa de obreros y campesinos reducidos a la indigencia.

Una de sus epístolas a Ruby Black, solicitando su intervención a favor del centralista viequense José Benítez, enseña su análisis sobre la situación de la burguesía criolla y las propuestas concretas que recomienda para devolverle su vitalidad.[171] En primer lugar, Benítez era el prototipo del burgués criollo progresista que había reconocido los aspectos positivos del Nuevo Trato, pero además era un ejemplo de la situación de su clase. Endeudado con un banco foráneo, los altos intereses que acompañaban sus préstamos hacían prácticamente inoperante su negocio. Se trataba de

[170]Muñoz Marín, "Carta a Eduardo Giorgetty", 29 de diciembre de 1934, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 9, doc. 5.

[171]Muñoz Marín, "Carta a Ruby Black", 11 de noviembre de 1935, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 9, doc. 1.

un ejemplo de una clase propietaria en crisis atrapada en las redes del capital financiero. En segundo lugar, Benítez representaba una clase y un ambiente social. Vieques vivía del azúcar y la crisis de nuestro burgués era sinónimo de crisis de la comunidad. Su endeudamiento personal reflejaba la situación de miseria que abrumaba toda aquella Isla, por lo que el Líder consideraba que defender la situación de una clase era la única forma de devolverle la salud económica al cuerpo social. En el muñocismo, burguesía y pueblo se hacían uno y la suerte de éste estaba ligada al destino de aquella. En tercer lugar, las medidas para solucionar los problemas del empresario viequense eran las propuestas para una clase y tenían por finalidad demostrarle la afinidad de sus intereses con el programa nuevotratista. Muñoz recomendaba dos medidas para la reconstrucción de la empresa y de la Isla: asegurar el aumento en la cuota de producción de azúcar y ayudar al refinanciamiento de la deuda a través de los mecanismos de reconstrucción económica implantados por el gobierno federal. Las dos medidas consistían en mirar hacia Washington: hacia el mercado y hacia la política económica que la metrópoli estaba organizando, como salvavidas frente a la crisis.

Durante el cuatrienio de 1932-36, el muñocismo sentía que había madurado y encontrado su clímax intelectual y político. Se mostraba como un discurso racional y moderado, con un plan concreto para enfrentar los problemas del país. Al mismo tiempo no olvidaba la importancia moral de los "ideales" y se proclamaba como portavoz del proyecto soberanista. Hacia el exterior, proponía un pacto entre las fuerzas progresistas metropolitanas y nacionales para llevar a cabo el rescate del subalterno y dar inicio a su modernización. Lo importante era que su voz había encontrado eco en las esferas gubernamentales norteamericanas y se sentía partícipe de un coro en donde "nosotros" y los "otros" quedaban reconciliados, entonando un canto común. Hacia el interior, se había proyectado como un poderoso discurso integrador. En primer lugar, mostrándose como el hombre de confianza de Washington. En segundo lugar, afirmando insistentemente su

preocupación por la situación de las clases propietarias y ofreciendo medidas para mejorar su situación. Por último, elevándose en portavoz de los que no tenían voz, en oídos y palabras del pueblo trabajador. Estaba en su mejor momento cuando el sonido de unos disparos trastocó el coro y silenció el canto.

A la hora del rencor se predica la cordura: el proyecto Tydings, el Manifiesto y las elecciones de 1936.

La muerte del Jefe de la Policía, Elisha Francis Riggs, por dos jóvenes nacionalistas, Hiram Rosado y Elías Beauchamp, y el posterior asesinato de éstos por la Policía, transformó el ambiente de camaradería y optimismo que compartían el discurso imperial nuevotratista y el nacionalismo moderado. Gruening y Muñoz, que estaba en Washington, fueron sorprendidos por la noticia y reaccionaron de manera distinta. Un sólo acontecimiento sirvió para demostrar que, tras la aparente armonía, fluían diferencias sustanciales en la forma en que la burocracia ilustrada y el nacionalismo moderado percibían la sociedad colonial; y que tales diferencias no podían quedar reducidas a simples estilos personales. Mientras Gruening quería un repudio inmediato del acto de los nacionalistas, Muñoz consideró necesario rechazar ambos crímenes. El nacionalismo radical se había excedido pero era necesario reconocer su gesto como un síntoma más de la crisis colonial. Su violencia, repudiable por innecesaria, era la respuesta desesperada al colonialismo y al autoritarismo oficial. La muestra mejor de la crisis por la que atravesaba la colonia era que al asesinato político no se respondió con el peso de la Ley, sino con el linchamiento, mala costumbre de la vida política y social norteamericana.

El rencor dominó a la burocracia imperial después de la muerte del Coronel. De primera intención, el gesto se les presentó como una muestra de que la mancha de la barbarie no se borraba fácilmente del espíritu de los pueblos inferiores y que la empresa pedagógica de más de tres décadas estaba fracasando. Pero luego comprendió que la tarea era restablecer el orden y recuperar la

legitimidad amenazada. El "Otro colonial" no era un todo homogéneo. No todos los puertorriqueños eran culpables de la ignominia. Durante tres décadas, aquel pueblo atrasado había dado muestras de ser un pueblo pacífico y agradecido y sólo un grupo de fanáticos insensatos, bajo la dirección de un Líder irresponsable, había sido capaz de perpetrar aquel acto de cobardía. De lo que se trataba era de reparar el daño encarcelando a los culpables y realizando un acto de contrición colectivo que le devolviera a la colonia su legitimidad. A la burocracia imperial no le tomó mucho tiempo descubrir cómo utilizar la muerte de Riggs para reconstruir su prestigio y la legitimidad de su dominio. Si el asesinato había sido un acto que pretendía justificarse bajo un credo político era necesario conseguir el rechazo masivo del mismo. De esta manera, el proyecto independentista se convirtió en un buen pretexto para reorganizar el consentimiento al orden colonial. Se trataba de presentarlo como un monstruo para poblar el imaginario puertorriqueño de inseguridad y recuperar nuevamente la obediencia del subalterno.

Gruening encabezó la reacción imperial. Movilizando sus contactos en la División de Territorios y Posesiones hizo equipo con el Senador demócrata por Maryland, Millard E. Tydings, Director del Comité de Asuntos Insulares del Senado, para elaborar un proyecto de independencia. Las condiciones de la soberanía serían tan onerosas que el pueblo entero se lanzaría de rodillas a solicitar el perdón del Padre. Un subalterno arrepentido reconocería al poder metropolitano como su tutor y afirmaría su ineptitud para el autogobierno.[172] El discurso imperial, en voz de Gruening, definió la independencia como "un desatino" que conduciría a la Isla al ciclo catastrófico del eterno retorno de la anarquía y la dictadura. Arrogante y omnipotente, el poder imperial retomaba su

[172]Véase: Ernest Gruening, "Carta a Henry Epstein" en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 494-497; Muñoz Marín, "Carta a Ruby Black", 25 de septiembre de 1936, en Mathews, La política puertorriqueña, pp. 252-253; Muñoz Marín, Memorias, pp. 148-151; Mathews, La política puertorriqueña, pp. 248-253; Trías, Historia constitucional, II, pp. 190-228; Pagán, Historia de los partidos políticos, II, pp. 73-80.

imagen del "otro colonial" como un cuerpo social inferior, un eterno menor de edad impotente e incapaz de autogobernarse. Razón y orden, símbolos de la civilización imperial, resultaban características inexistentes en los pueblos sin historia.[173]

La burocracia imperial trabajó para completar su estrategia y dos meses después de la muerte de Riggs, su amigo, el Senador Tydings, presentaba, prepotente y despechado, su famoso proyecto de independencia. El legislador era una figura importante en las esferas del Congreso y ya había dirigido el proyecto de ley para concederle la independencia a las Filipinas. En 1933, había visitado por primera ocasión la Isla y concluido que aunque la independencia no contaba con apoyo, Estados Unidos haría una sabia decisión marchándose del país.[174] Ahora decidió aliarse con Gruening y los abogados de la División de Territorios y Posesiones Insulares del Departamento del Interior, para redactar un proyecto que convirtiera la independencia en un salto hacia el abismo.[175] El Senador sometió dos proyectos sobre Puerto Rico. El primero proponía celebrar un plebiscito sobre la independencia; el segundo modificar la ley electoral para asegurar elecciones honradas en un país donde tal parecía que las instituciones democráticas eran constantemente malogradas por el fraude y la corrupción. La colonia seguía practicando sus viejos vicios premodernos y se mostraba como un espíritu perverso difícil de civilizar, una simple razón adicional para abandonar al bárbaro a su suerte.[176]

---

[173]Véase: Gruening, "Memorando al Secretario Ickes", en Mathews, La política puertorriqueña, p. 251.

[174]Véase: Tydings, "Carta a Roosevelt", 6 de diciembre de 1933, en Mathews, La política puertorriqueña, p. 206.

[175]Este nexo Tydings-Gruening fue reconocido por el propio Tydings. Véase: Ruby Black, "El proyecto plebiscitario de independencia", La Democracia, 14 de noviembre de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 701-702.

[176]Véase: Black, "Tydings presentó un proyecto de ley para celebrar un plebiscito", La Democracia, 24 de abril de 1936; "Tydings realiza declaraciones en torno al proyecto de plebiscito y

El proyecto de plebiscito para la independencia de Puerto Rico fue una obra maestra del poder imperial.[177] En su letra expresaba la mentalidad y los intereses concretos que Estados Unidos quería asegurar al reconocer a una posible república de cartón. El proyecto proponía celebrar un plebiscito en noviembre de 1937 y, de salir victoriosa la independencia, se procedería a organizarse, a más tardar en junio de 1938, una convención constituyente que tendría por misión redactar una constitución a ser ratificada por el Presidente y, luego, por el pueblo de Puerto Rico. La constitución incluiría una declaración de derechos y organizaría una forma republicana de gobierno. En el período de transición los puertorriqueños afirmarían su lealtad a los Estados Unidos y los funcionarios políticos harían expresa su fidelidad mediante juramento. El país no podría imponer contribuciones a las propiedades de los Estados Unidos y sólo podría realizar empréstitos con el consentimiento del Presidente. Ya durante el período independiente, el nuevo gobierno asumiría las deudas del régimen colonial y se respetarían los derechos de propiedad de los ciudadanos y corporaciones norteamericanas. El poder imperial se reservaba el derecho de intervención para mantener el gobierno del país y, más aún, conservaba dentro de su jurisdicción importantes áreas territoriales. La isla de Vieques y las islas y cabos adyacentes, así como las tierras y propiedades que poseía el gobierno de los Estados Unidos para fines militares en Culebra y otras zonas de la Isla, quedaban bajo su control. Como veremos más adelante, esta curiosa república desmembrada e invadida apenas fue cuestionada en el contraataque muñocista, preocupado más que nada por los aspectos económicos del proyecto.

---

proyecto electoral", La Democracia, 29 de abril de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 524-525, 568-569. También: "Se someterá a plebiscito la independencia de Puerto Rico", El Mundo, 24 de abril de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 526-530.

[177]Véase: "El proyecto Tydings", El Mundo, 28 de abril de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 544-558.

En el plano económico, asegurar que Puerto Rico pagara sus deudas y defender los títulos de propiedad del capital norteamericano eran la prioridad. Para la Isla quedaban las privaciones. Primero, poniendo fin a todos los programas de ayuda económica y, luego, restringiendo los préstamos a concedérseles a cualquier residente o entidad que realizara negocios en el país. En el aspecto comercial, el período de transición, que duraría cuatro años, serviría para eliminar escalonadamente los privilegios tarifarios de sus productos en el mercado norteamericano hasta considerarlo un país extranjero entre otros. El rencor imperial se camuflajeaba de liberalismo progresista para recordarle por escrito al subalterno las posibles consecuencias de cualquier insolencia independentista.[178]

Cuando la tecnocracia criolla parecía estar opacando a los políticos en la restauración del país y la justicia económica ponía sordina al tema soberanista en el nacionalismo moderado muñocista, el Senador Tydings destapó una Caja de Pandora. La redacción del proyecto no fue consultada con el Líder liberal. Para Muñoz, la independencia se había convertido en un punto de llegada a largo plazo, en un destino que sería más el producto que la base a partir de la cual se realizaría la modernización del país. Era la rehabilitación económico-social, realizada al unísono por Washington y las fuerzas progresistas del liberalismo criollo, el fundamento material que viabilizaría el proyecto político soberanista. De ahí que la falsa bondad imperial lo sorprendió con su exceso de rencor y lo obligó a reorganizar su estrategia de lucha en Washington y en Puerto Rico.

[178]"El proyecto Tydings", El Mundo, 28 de abril de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 544-558.

Ante el resentimiento imperial Muñoz no se amilanó y tomó la ofensiva.[179] Lo que a unos le pareció una "nueva traición de la administración nacional demócrata" que sometía a Puerto Rico a escoger "entre la ruina y la ignominia",[180] y a otros "el reconocimiento por el poder ejecutivo imperial de la independencia de la nación intervenida",[181] fue para él un reto ante el cual tenía que desatar una contraofensiva que, aceptando la meta soberanista, criticara lo destemplado del Proyecto. Procedía desenmascarar el Tydings como un arrebato vengativo de un grupo de funcionarios dolidos por la muerte del Coronel y, por lo tanto, como un gesto irresponsable, apresurado y desafortunado que echaba por el suelo todas las medidas progresistas puestas en vigor por el Nuevo Trato. Lo que parecía un gesto liberal era en verdad el producto del más burdo imperialismo. Algunos funcionarios influyentes en Washington habían decidido tomar la aspiración soberanista y transformarla en el ángel de las tinieblas con la clara intención de aterrorizar a los puertorriqueños doblegando su espíritu nacionalista y reconstruyendo la legitimidad del orden colonial. El Tydings pretendía degradar el "ideal" convirtiéndolo en invitación al suicidio colectivo, en pasaporte hacia la ruina definitiva como destino histórico.

---

[179]Véase: Muñoz Marín, "Declaraciones en torno al Tydings", Washington, 23 de abril de 1936, en Ruby Black, "Tydings presenta un proyecto de ley para la celebración de un plebiscito", La Democracia, 24 de abril de 1936; "Se someterá a plebiscito la independencia de Puerto Rico", El Mundo, 24 de abril de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 524-525, 526-530; Muñoz Marín, "Declaraciones en torno al Tydings", Washington, 25 de abril de 1936, El Mundo, 26 de abril de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 542-543; "Declaraciones", Washington, 27 de abril de 1936, La Democracia, 29 de abril de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 566-567. Véase también: Muñoz Marín, "Documentos en torno al Tydings", ALMM. Sec. III, serie 3, folio 6, doc.1-7; "Memorando al secretario Ickes" en Mathews, La política puertorriqueña, p. 255.

[180]Véase: Rafael Martínez Nadal, "Si el proyecto Tydings se convierte en ley es deber votar por la independencia", El Mundo, 25 de abril de 1936; "Declaraciones de prensa en torno al Tydings", El Mundo, 28 de abril de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 531-533, 561-562.

[181]Albizu Campos, "Declaraciones en torno al Tydings" en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 536-539.

Muñoz consideró el Proyecto el producto de un espíritu de resquemor que era ajeno a la tradición progresista que representaba el nuevotratismo. Como siempre, existían dos Washington y el Tydings era una alianza accidental de la burocracia liberal, dolida con el asesinato del Coronel, y los residuos indisolubles de la mentalidad imperial que predominaba, sobre todo, en el ala militar del Estado imperial. Entre los aturdidos y los obsesionados con la fuerza, el rencor invitaba a la represión. El gobierno de Roosevelt estaba a punto de caer en la trampa preparada por los sectores proimperialistas y había que tratar de impedir su degradación a rufián.

Para Muñoz, la intención era obvia. Contra la política ilustrada de la Administración Roosevelt,[182] se levantaba un sórdido discurso imperial que disfrazándose de nuevotratismo pretendía deshonrarlo. Esta mirada imperialista presentaba como "favores generosos" lo que en verdad era una "muy limitada restitución" y olvidaba "la gran responsabilidad de Estados Unidos por la desastrosa situación económica prevaleciente en Puerto Rico".[183] Amenazando a la sociedad colonial con abandonarla a su suerte, este sector pretendía castigar lo que le parecía una muchedumbre de malagradecidos que ni siquiera casi cuatro décadas de ayuda económica, disciplina política y educación habían podido civilizar. El "otro colonial" había demostrado su incapacidad para el autogobierno y la civilización, faltando a la Ley y resistiendo la americanización cultural. El arrebato infantil nacionalista del pueblo debía ser confrontado con la realidad de su impotencia histórica y el castigo jurídico al liderato de fanáticos malintencionados debía completarse con una muestra de arrepentimiento político colectivo.[184] Albizu y los suyos debían ser

[182]Véase: Gruening, "Elogio al Tydings", El Mundo, 25 de abril de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 534-535.

[183]Muñoz Marín, "Declaraciones sobre el Tydings", El Mundo, 24 de abril de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, p. 529.

[184]Véase: Gruening, "Carta a Henry Epstein" en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 494-497.

procesados y encarcelados, el pueblo debía expiar sus culpas y el pecado de la independencia rechazado de forma manifiesta por la opinión pública. En su deseo de castigar a "los culpables" y al imaginario nacionalista, el Tydings retomó el viejo modelo imperial del "otro bárbaro". Sin un amo benévolo e ilustrado, ¿dónde podía desembocar la colonia que no fuese en la ruina? Si la Isla tenía un destino era el que hacía posible el "pertenecer a pero no formar parte de" los Estados Unidos. Sólo así había salido de cuatro siglos de obscuridad y cualquier medida para cambiar el proceso tendría como resultado una recaída en su pasado.

Muñoz sacó sus propias conclusiones sobre las consecuencias políticas del Proyecto. Se trataba de un "bluff" que el Congreso no podría adoptar por razones económicas y morales y que sólo serviría para destruir el prestigio de los Estados Unidos en toda América Latina. Su verdadera intención era la de enfrentar la crisis de legitimidad del orden colonial reorganizando el apoyo al "status quo" al hacer de la independencia una imposibilidad y de la estadidad un silencio interminable. En este punto coincidían Muñoz, Martínez Nadal y Barceló.[185] Para enfrentar las ráfagas del encono y escapar de la celada preparada para liquidar la independencia y asegurar el orden colonial, el nacionalismo moderado asumió la defensa del "ideal" soberanista elaborando una contrapropuesta que desenmascarara el Proyecto dejando ver sus bajos supuestos y malas intenciones, al mismo tiempo que definía los elementos indispensables para sentar las bases materiales de la futura nación-estado.[186]

---

[185]Véase: Martínez Nadal, "Si se convierte en ley el Tydings", El Mundo, 25 de abril de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 531-533; Antonio R. Barceló, "Declaraciones en torno al Tydings", La Democracia, 25 de abril de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 540-541.

[186]Muñoz Marín, "Declaraciones en torno al Tydings", El Mundo, 26 de abril de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 542-543.

Para comenzar, el Tydings era una invitación a la ruina y, por tanto, una postura irresponsable. Para poder llevar a cabo una verdadera descolonización de la Isla era necesario hacer un nuevo proyecto que fuese aceptable tanto para las autoridades norteamericanas como para los puertorriqueños, asegurando un período de transición económica y política.[187] En primer lugar, Muñoz, contrario a Albizu,[188] aceptaba el plebiscito como un mecanismo para definir el estatus de la Isla pero creía necesario realizar el referéndum propuesto en una fecha anterior, junio de 1937, para evitar los peligros de un posible huracán en la opinión pública y las consecuencias del "tiempo muerto" en la economía azucarera. En segundo lugar, de resultar victoriosa la independencia, en enero de 1938 se elegiría una Asamblea Constituyente que luego de aprobar una constitución designaría delegados para, junto a los delegados presidenciales, establecer una serie de tratados entre ambos países. Luego de firmados los pactos se procedería a unas elecciones para elegir el gobierno de Puerto Rico y durante el tiempo de transición se irían traspasando las funciones administrativas. Se establecería un nuevo período de transición que en vez de amenazar a Puerto Rico con arruinarlo antes de la independencia, conservaría las relaciones vigentes entre la metrópoli y la colonia para no poner en peligro los intereses y beneficios mutuos.

En el plano económico, Muñoz proponía una relación de trato preferencial para los productos norteamericanos en el mercado puertorriqueño siempre y cuando estos no compitiesen con la producción local. Estados Unidos, por su parte, concedería entrada libre a los productos agrícolas de exportación y haría recaer sobre los propietarios absentistas, y no sobre los productores criollos o residentes, cualquier medida restrictiva. Además, la Isla tendría capacidad para establecer

---

[187]Muñoz Marín, "Declaraciones en torno al Tydings", La Democracia, 29 de abril de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha politica, II, pp. 566-567.

[188]Albizu, "Declaraciones en torno al Tydings" en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, p. 536.

sus propios tratados comerciales y su política migratoria, esta última, curiosamente, preocupada no tanto por controlar la entrada al país como por facilitar la salida del excedente poblacional.[189] Por último, Estados Unidos reconocería su responsabilidad con la situación económica de la Isla y concedería un préstamo para sostener su reconstrucción.[190]

El Tydings provocó una reacción negativa en casi todos los sectores políticos del país, aunque por razones distintas.[191] Sólo el nacionalismo albizuista pareció celebrarlo como "un reconocimiento del derecho de Puerto Rico a la independencia", pero a esto se limitaba su apoyo. Para Albizu y los suyos los planteamientos del Proyecto eran obviamente unilaterales y, por lo tanto, insostenibles. La forma de república a construir sería el producto del diálogo entre representantes plenipotenciarios de ambos países y no el resultado de una decisión congresional. En el campo político isleño, lo que se aceptó del Tydings fue más la propuesta independentista que su contenido y esto más como una reacción de indignación real o fingida de los líderes políticos del país. Con diferentes acentos, Muñoz, Barceló, Martínez Nadal e Iglesias, coincidían en que se trataba de un verdadero exabrupto y amenazaban con recoger el guante y contestar con un sí a la

[189]Desde muy temprano en los escritos de Muñoz, y luego en el Plan Chardón, el tema de la sobrepoblación se reconocía como un problema que debía combatirse mediante una política de control de la natalidad y una serena invitación "a los que sobraban" para que buscaran mejor suerte en otras tierras. En este punto coincidían el nacionalismo moderado y Washington. El equipo de nuevotratistas que acompañó a la Sra. Roosevelt en su visita a la Isla hizo incapie en la sobrepoblación como la causa de la miseria. El neomalthusianismo comenzó a disfrazar la explotación económica y la desigualdad con la cuestión numérica de comparar la población con los recursos. Véase: Rexford G. Tugwell, "Carta a Henry Wallace", 16 de marzo de 1934, en Mathews, La política puertorriqueña, p. 163.

[190]Véase: Muñoz Marín, "Carta a E. Gruening", 27 de abril de 1936; "Carta a Antonio R. Barceló", 27 de abril de 1936; "Carta a Charles A. Thompson", 27 de abril de 1936; "Carta a Mylard E. Tydings", 28 de abril de 1936; "Carta a Walter MckJones", 11 de junio de 1936, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 8, documentos 8,10, 11-14; "Declaraciones en torno al Tydings", La Democracia, 29 de abril de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 566-567.

[191]Discrepamos aquí de la lectura hecha por Mathews. Véase: Mathews, La política puertorriqueña, pp. 254-257.

independencia. Pero en el caso de Muñoz, su crítica del "Bill" conllevó al mismo tiempo una aceptación de la independencia y un cuestionamiento de su contenido que dio paso a una propuesta alternativa. Lo que llama la atención es que sus comentarios se centraran en torno a las cuestiones económicas y guardaran silencio del contenido político. El poder imperial, con su pasaporte para la intervención en su república de cartón desmembrada y ocupada militarmente, no recibió una clara respuesta de su parte.

Muñoz pasó la primera mitad del año 36 en los Estados Unidos. Había llegado allí para defender el programa de la PRRA y había sido sorprendido con la noticia de la muerte del Coronel y los jóvenes nacionalistas. El ambiente de tensión creado por estos acontecimientos deterioró rápidamente sus buenas relaciones en el interior del aparato burocrático imperial y le dejó entrever los nubarrones que se avecinaban sobre la Isla. El Tydings confirmó sus temores de represalias y, peor aún, hizo más difícil su diálogo con Washington. Luego de casi dos meses de lucha para contrarrestar los efectos nocivos del Proyecto en la capital imperial y en la Isla, creyó terminada su misión en la metrópoli y decidió regresar de incógnito al país.

A su llegada a Puerto Rico se lanzó inmediatamente a establecer sus tácticas políticas para enfrentar lo que le parecían los efectos negativos del Proyecto en la política insular: el miedo y el patriotismo destemplado. En año electoral, el Tydings sólo serviría para derrotar las fuerzas liberales y se trataba entonces de impedir esta caída utilizando su supuesto. Si el Bill reconocía nuestro derecho a la independencia, entonces la cuestión gubernamental pasaba a un segundo plano. La tarea principal era preparar la opinión pública para que entendiera sus verdaderas opciones y para llevar a cabo con éxito esta empresa decidió que era necesario renunciar a sus cargos políticos y oponerse a las elecciones de noviembre, por innecesarias. No había tiempo que perder y prometió

presentar al pueblo puertorriqueño un escrito donde resumiría su experiencia en Washington y lo que le parecían los pasos a seguir en el presente político.[192]

El 25 de junio se hizo público su Manifiesto a los puertorriqueños.[193] El intelectual orgánico esbozaba su propuesta integradora, interpelando a las élites políticas y civiles del país para que asumieran la tarea urgente de construir un nuevo bloque histórico. En primer lugar, el muñocismo creyó ver verificado en el presente su lectura de la situación colonial. El tiempo de crisis se había convertido en tiempo de decisiones trascendentales que requerían de una nueva actitud optimista y vertical. Lo que era inevitable, aunque podía haber sucedido "un poco antes o después", había "llegado súbitamente". "Una mano brusca, hecha de acumulación histórica y de circunstancias presentes" nos había "dado un tirón súbito que nos obligaba a crecer". Nuestra "perfectamente natural" realidad colonial había desembocado, ineluctablemente, en la formación de un pueblo maduro listo para asumir su soberanía. El reto que enfrentábamos era convertir esta llegada a la mayoría de edad en la base para emprender el desarrollo material y espiritual de la nación logrando dar forma a un proyecto que combinara sabiamente los cambios políticos con el proyecto económico material:

> Hemos sido colonos. Históricamente es perfectamente natural que lo hayamos sido. Pero históricamente también era absolutamente inevitable que, siendo el pueblo que somos, dejáramos de serlo. El momento de la transformación podía haber llegado antes o podía haber llegado después. Pero no mucho antes ni mucho después. Nuestro desarrollo como pueblo en todos los órdenes lo reclamaba. Habiendo llegado el momento, y habiendo llegado súbitamente, nuestro problema es cómo dejar de ser colonos en la forma que garantice la mayor integridad, la mayor

[192]Muñoz Marín, "Declaraciones sobre su propósito de renunciar a los cargos políticos", El Mundo, 23 de junio de 1936, en ALMM. Sec. III, serie, 3, folio 5, doc. 6.

[193]Muñoz Marín, "Manifiesto a los puertorriqueños", El Mundo, 25 de junio de 1936, en ALMM. Sec. III, serie 3, folio 5, doc. 1. También en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 593-597.

> civilización, la más digna paz y tranquilidad y la más verdadera justicia a nuestra nacionalidad. Esto me hace repetir que tenemos que crecer y crecer hoy mismo.[194]

Las angustias presentes eran el resultado de que el momento decisivo nos había sorprendido "jugando" a la política en plena decadencia material y espiritual. Las élites económicas, políticas y culturales, se habían quedado estancadas en los debates minúsculos y disgregadores que sólo servían para poner de manifiesto cierto grado de inmadurez. Ahora era imperativo convocar a una revolución espiritual, a un salto cualitativo en la actitud de esas élites para que asumieran la función de orientadoras del pueblo y dejaran atrás sus viejas disputas. El "niño entretenido" tenía que "crecer rápidamente" e "inevitablemente" para convertirse en Sujeto histórico capaz de utilizar su voluntad con responsabilidad:

> La vida pública puertorriqueña me da en este momento la impresión de un niño entretenido entusiasmado, apasionado largamente por juguetes mientras su hogar se hace grietas y amenaza ruinas, mientras su familia se desespera y desintegra. De pronto cruje la casa, y, misteriosamente, los juguetes se convierten en realidades: la locomotora de cuerda se convierte en una locomotora de verdad, inmensa plafando en plenitud de vapor. Y el niño tiene la mano en el pistón.
>
> Nosotros -todos los líderes de Puerto Rico, en el campo político, en el económico, en el cultural- somos el niño; tenemos la mano en el pistón. Y la locomotora ya no es de cuerda, ni de juguete, sino de acero, y está llena de fuerza incontenible que conduce al porvenir- al horizonte iluminado del porvenir, o al primer muro que pueda servir para estrellarse una locomotora... Una mano brusca, hecha de acumulación histórica y de circunstancias presentes, nos ha dado un tirón súbito, ha vuelto en redondo nuestra mirada, y nos ha puesto frente a frente al destino.
>
> ¿Qué hacemos? No hay más que una respuesta. Tenemos que crecer. Tenemos que crecer rápidamente. Tenemos que crecer inmediatamente. Tenemos que crecer hoy mismo. Y no es imposible hacerlo. No es ni siquiera difícil. Es más, es prácticamente inevitable que crezcamos. La mente de los hombres permanece inmadura mientras la vida se desliza entre irrealidades. Pero puede madurar, y madura, en una hora, en un instante, ante la primera realidad incontrastable que clama ante su alma y ante su verdad. Así también ocurre con los pueblos.[195]

---

[194]Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936.

[195]Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936.

Quedaba establecido el principal interlocutor y al mismo tiempo precisada la tarea primordial. Las élites tenían que convertirse en fuerzas dirigentes capaces de comprender el presente y articular un proyecto para el futuro. A éstos se les invitaba a demostrar madurez organizando un nuevo bloque histórico que, fundiendo los grupos dirigentes con las masas populares, pudiese poner fin al presente colonial y sentar las bases para la modernización material y espiritual del país. El tiempo colonial era uno de distracciones políticas en plena bancarrota. Era también el tiempo de la ofuscación y los actos intrascendentes y, más aún, era el tiempo de la fragmentación que condenaba al pueblo a luchas fratricidas y odios mezquinos. Semi-cómplice y semi-víctima, el liderato político y civil del país había quedado sujeto a este "prólogo desastroso", tiempo de la caída, que era necesario superar. El "prólogo colonial" tenía que terminar para dar paso a un nuevo estado de autoconciencia nacional que hiciese posible emprender la marcha hacia el futuro como uno más de los pueblos libres del mundo.

Para Muñoz, las verdaderas opciones de Puerto Rico, aquellas que había dejado claramente establecidas el bill Tydings, eran la continuidad colonial o la soberanía plena e irrevocable. La estadidad estaba descartada, al igual que las soluciones autonómicas intermedias. En este plano político bipolar, la colonia era el mundo de los odios y las luchas irrelevantes y mezquinas, período de la inmadurez cuya extensión innecesaria amenazaba la propia existencia de la nación. De aquí que el repudio unánime de la colonia tuviese que convertirse en un bloque solidario nacional que, con "responsabilidad ciudadana", supiese "laborar por la independencia con el espíritu, con la pureza, que son necesarios para que la república de Puerto Rico sea república de estabilidad económica, de justicia social, de civilización honda y permanente, de orden cívico y de la más plena y sagrada libertad individual".[196] Metrópoli y colonia tenían que transmutarse en pueblos libres

[196]Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936.

cuyas fuerzas progresistas pusiesen fin al tiempo de la caída colonial. La única opción, la independencia, haría posible que una "raza noble", que "un pueblo de antigua civilización", superase por fin ese mundo colonial que había puesto las bases morales de su civilización "al borde del desquicio y del resquebramiento":

> La colonia no puede perdurar ni podríamos permitir que perdurara. Ni pueden los mismos Estados Unidos dejar que por mucho tiempo perdure. Las alternativas ante el pueblo de Puerto Rico son las que expresa el Proyecto Tydings. No porque las exprese dicho Proyecto sino porque esa es la realidad histórica. Porque la estadidad es imposible. Porque la autonomía, o es enteramente fraudulenta y compuesta de colocaciones adicionales, o es otorgar la autoridad reteniendo la responsabilidad los Estados Unidos -cosa imposible además de indeseable. Las alternativas desde el punto de vista de los Estados Unidos son por lo tanto: independencia o colonia.
>
> Puerto Rico entero repudia la colonia. La repudia la misma naturaleza de la república norteamericana, que es fundamentalmente anti-imperialista, y que sólo durante treinta y cinco años mantuvo un paréntesis, un devaneo, de imperialismo, que se ha estado liquidando rápidamente durante los últimos tres años.
>
> No hay, pues, ni siquiera alternativa efectiva. La independencia es la única solución, con peligros o sin ellos: para los que creen en ella, lo mismo que para los que la duden o la teman. El problema de hondo alcance que está ante todos los portorriqueños no es deshacerse en luchas por o contra la independencia, sino unir a su sentimiento patriótico igual medida de responsabilidad ciudadana...
>
> Este es el problema. Esta es la responsabilidad que tenemos ante nuestros hijos y ante generaciones cuyos abuelos no han nacido todavía. Somos raza noble; pero la colonia nos ha hecho hondo daño. Somos un pueblo de antigua civilización; pero la colonia ha puesto al borde del desquicio y del resquebramiento las bases morales de nuestra civilización.[197]

Afirmando la nación, enfrentando su tiempo de crisis, invitando a su transmutación en Sujeto histórico, rechazando el orden colonial, era necesario establecer las rutas de la práctica política. Las estrategias de saber-poder del Manifiesto llegaban a una conclusión inevitable. Si el bill Tydings había funcionado como una mano dura que enfrentaba a los puertorriqueños con su realidad y su futuro, obligándolos a reconocer el tiempo colonial como el tiempo de los odios y las luchas fratricidas, entonces ya no tenía razón de ser alguna continuar con las luchas electorales

[197]Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936.

dentro del régimen colonial. Toda persona inteligente y responsable tenía que reconocer que había llegado el momento de poner fin a "las prácticas de vida colectiva que han ensombrecido nuestra nobleza ingénita" y "llevado a punto de desmembramiento nuestra civilización moral"; había que "dejar de actuar como colonos disputándonos el exiguo y ficticio y sordo poder de la colonia" y prepararse para asumir el futuro como pueblo soberano. Las elecciones de noviembre se habían hecho obsoletas y procedía boicotearlas con la táctica del retraimiento:

> Ante la perspectiva clara de la independencia, ¿cómo podemos continuar por un momento más las prácticas de vida colectiva que han ensombrecido nuestra nobleza ingénita, que han llevado a punto de derrumbamiento nuestra civilización moral? Con la patria en que moriremos y en que vivirán nuestros hijos y nuestros nietos, ante nosotros como visión que nos deslumbra y que al propio tiempo nos pone una profunda sobriedad en el espíritu, ¿cómo podemos, por un momento más, continuar actuando como colonos, disputándonos el exiguo y ficticio y sordo poder de la colonia? Ante la necesidad de una república fundada sobre la paz, sobre el respeto mutuo, sobre las relaciones que deben unir a los hombres decentes y responsables fuera de toda bandería, ¿cómo podemos continuar, por objetivos ilusorios de poderes no existentes, ahondando el odio de unos puertorriqueños para otros, haciendo cada día más fuerte las pasiones que, si no amainan, azotarán a las generaciones futuras con consecuencias alternadas de dictadura y anarquía civil? ¿Para lograr qué fines, ¡Santo Dios!, vamos a agregar una más a las luchas comiciales que han llenado de odio, de rencor, de ansias de venganza, el corazón de Puerto Rico?[198]

El nacionalismo moderado invitaba a un reconocimiento, a la adopción de una mirada histórica que trazara el largo y complejo proceso de formación nacional, aceptando los elementos positivos y negativos de su historia. La nación era un producto de luchas, avances y retrocesos, altruismos y mezquindades. En su madurez, un pueblo no tenía nada que ocultarse a sí mismo pues su existencia representaba la victoria del hombre sobre la naturaleza, de la solidaridad sobre el egoísmo, de la civilización sobre la barbarie. El muñocismo, como metarrelato del Ser, reconocía como prólogo nacional el período en que entraron en contacto el hombre y la naturaleza y se desarrollaron complejas y, hasta antagónicas, relaciones sociales. Los "orígenes" estaban en la

[198]Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936.

conquista y evangelización realizada por España, doble proceso éste de apropiación de la naturaleza y de los "otros internos" forzados a la incorporación. La conquista de la tierra fue guerra social en donde el amo explotó a sus indios y sus esclavos para someter, a través del trabajo de éstos, a la naturaleza, convirtiéndola en minería y agricultura. También fue la época de esa aculturación homogeneizadora impuesta por la evangelización que promovieron los intelectuales tradicionales, propietarios de la verdad absoluta de la palabra divina. Luego fue el tiempo del bastión militar y de las luchas contra otros grupos invasores que fueron rechazados. Finalmente, se llegó a un período en que la población creció y se apegó a la tierra y el espíritu se hizo verbo, elevando la conciencia del pueblo a textos. En esta fase de arranque, la nación fue inquietud y rebeldía, no revolución. Sobre este prólogo del Ser se abrió el capítulo del 98: "se cambió de dueño" y se inició un contradictorio experimento democrático para "elegir representantes sin poder". Durante las últimas tres décadas y media, la política degeneró en el espectáculo tétrico de niños disputándose un gobierno sin poder, mientras iba deteriorándose la convivencia de la "gran familia" y el empobrecimiento material y espiritual culminaba en el presente al borde de un precipicio ante el que se requerían fuerza y voluntad para sobrevivir.

Pero el destino era una verdad ineluctable. El metarrelato muñocista era la construcción de un alma nacional cuya continuidad histórica se abría, desde el pasado, a la utopía posible de su futuro. Al preguntarse por el Ser lo afirmaba como una lucha y al construir su memoria le aseguraba un destino. El dios Jano, que miraba hacia el pasado, y a veces lo idealizaba y lo añoraba como un tiempo feliz, tenía su otro rostro mirando hacía el futuro, visualizando en lontananza las formas de la ciudad moderna. El muñocismo no aspiraba a la reinstalación de ese pasado que era prólogo o prehistoria de la nación, con sus paradojas y sus luchas de clases. Sin embargo, desde allí, desde el tiempo vivido, se hacía posible la transmutación del espíritu para una nueva época, se vencían las

adversidades naturales y sociales y se reconciliaban las diferencias. En el siglo de larga duración, entre 1815 y 1936, la población desembocó en pueblo, la tierra en patria y su suma en nación. Entre el pasado y el destino ésta era la historia que ameritaba realizarse: la de la salida de la esclavitud colonial, la del espíritu vigoroso y optimista de un "pueblo ya maduro y una nacionalidad consciente de sí misma":

> Aplicando ahora a Puerto Rico palabras de Shakespeare, recientemente citadas por un gran estadista de Estados Unidos, podemos decir, debemos decir, tenemos que decir: "Lo pasado es prólogo". Las carabelas de Colón llegaron, Ponce de León conquistó y pacificó. Eso fue prólogo. Los españoles del siglo XVI echaron los cimientos de una comunidad aislada en todo un mundo nuevo. Y eso fue prólogo. Se explotaron minas pobres, se trabajó al indio, se instituyó la esclavitud, se sembraron alimentos, se implantó una religión. Y eso fue prólogo. Del remoto pasado vino un sistema legal y de las inmediatas canteras se hicieron fortificaciones. Se peleó con éxito contra otros sistemas legales, otras siembras, otras religiones, otras razas, todas estas cosas disfrazadas de soldados y marinos. Y eso fue prólogo. Se cambió de dueño. Y eso fue prólogo. Se le dio a los portorriqueños la oportunidad de elegir representantes sin poder (la elección, dentro de los mejores principios de la democracia; la falta de poder, dentro de principios bastantes remotos de la democracia). Y eso fue prólogo. Se hicieron leyes buenas y malas en Estados Unidos y en Puerto Rico, se pusieron en vigor algunas y otras se dejaron de poner en vigor. Y eso fue prólogo. Se aumentó el número de los portorriqueños que podían ser democráticamente electos sin tener poder, y llegó a dársele una apariencia de poder en un aparente control del presupuesto de gastos de su gobierno. Y eso fue prólogo. El aparente control fue el juguete. Los niños no solamente juegan con los juguetes. Frecuentemente pelean por los juguetes. Los portorriqueños lucharon denodadamente por la única apariencia de poder que habían tenido. Y eso fue prólogo desastroso. Y ni yo ni ninguno de los que me leen, con alguna posible excepción, estamos exentos de culpabilidad en este juego. Hubo violencias y muertes por cuestiones electorales hace más de treinta años. No asigno responsabilidades. Los odios que se crearon entonces, de una parte y de otra, todavía subsisten y corroen, e imparcialmente envenenan, la vida pública de nuestro pueblo. Y eso fue prólogo. Después han surgido otras violencias electorales, otras muertes, otros odios, de una parte y de otra. Y esto que es como hacer un préstamo oneroso a cargo de la serenidad y de la fraternidad del porvenir, también fue prólogo. Y todo este sufrimiento, y toda esta sangre, y toda esta violencia, y todas estas muertes, y todo este odio, y toda esta proyección de pasiones sobre el destino de nuestros hijos y de nuestros nietos, lo hemos hecho por los escasos e ilusorios y poco edificantes poderes del gobierno colonial. Y yo, a quien jamás ha afectado adversamente ni en lo personal ni en lo político el gobierno colonial, lo digo con todas las fuerzas de mi espíritu, y se que han de oírme aquéllos a quienes sí ha afectado adversamente el gobierno colonial. Y todo esto ha sido prólogo, y debe considerarse como prólogo, y

> tiene que considerarse como prólogo. Y el prólogo tiene que terminar hoy. Y hoy tiene que empezar la obra en sí de un pueblo ya maduro y de una nacionalidad consciente de sí misma tanto en el espíritu de ciudadanía como en el espíritu de patriotismo.[199]

Si el prólogo fue tiempo de formación y de contradicciones, el presente era el tiempo de decisiones para asumir el futuro. Pero, ¿qué significaba este llamado a crecer? Para Muñoz, la madurez implicaba saber combinar el deseo y las emociones con la "sabia prudencia" y el "desapasionamiento". Luego de planteado el proyecto integrador para asumir el fin del colonialismo con la formación de un nuevo bloque de poder, quedaba ahora preparar el espíritu de moderación que contuviera los desenfrenos de un patriotismo infantil en esta nueva era de nacionalismo ilustrado. Tratando de distanciarse de los arrebatos patrióticos de algunos sectores, como los albizuistas que con una euforia ingenua celebraban el Tydings como un reconocimiento de nuestro derecho a la independencia, y los barceloistas que haciéndose los ofendidos adoptaban un patriotismo a la ligera que clamaba por la independencia "aunque nos muramos de hambre",[200] el muñocismo invitaba al control de las pasiones y al predominio de la inteligencia. Había que saber aceptar el reto del Tydings-Gruening colocándose a la altura del momento decisivo, pero serenamente, con prudencia y circunspección.

El primer gran problema del país era exactamente el desbalance que existía entre el "espíritu ciudadano" y el patriotismo. Este último predominaba en los actos y las palabras y sus furores obnubilaban el entendimiento del presente impidiendo reconocer los elementos indispensables para llevar a cabo con éxito el viaje a la modernidad. El "espíritu ciudadano" y el patriotismo eran dos

---

[199]Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936.

[200]Véase: Albizu Campos, "Declaraciones en torno al Tydings", en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 536-539; Barceló, "Declaraciones en torno al Tydings", La Democracia, 25 de abril de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 540-541; Martínez Nadal, "Declaraciones", El Mundo, 25 de abril de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 531-533.

estados anímicos o psicológicos indispensables que debían fundirse con ecuanimidad para que la práctica política tuviese como resultado un final feliz. El patriotismo era esa zona de los sentimientos y las emociones que, si bien eran parte importante de toda acción humana, podían en sus excesos hacer fracasar el mismo proyecto modernizador de la nación. El "espíritu ciudadano" era el contrapeso indispensable que realizaba la tarea correctiva de este peligro. Este estado psicológico dotaba a la acción política de claridad y responsabilidad, dejando ver los elementos concretos y las tareas prácticas que harían posible la realización plena de la nación. El muñocismo se distanciaba así del albizuismo, tildado de apasionado y mesiánico, y del discurso destemplado de Barceló, llamando a "la cordura" y postulando la necesidad de saber combinar razón y pasión, realidad y deseo, espíritu del ciudadano responsable y patriotismo indispensable. Las reacciones frente al Tydings demostraban que en las decisiones políticas en Puerto Rico predominaba el aspecto emotivo y era necesario equilibrar el peso de las pasiones con una buena dosis de juicio sereno y responsable:

> La verdad inicial, según yo la veo, es que nuestro espíritu ciudadano no iguala a nuestro patriotismo. Nuestros sentimientos patrióticos son mucho más fuertes que nuestra responsabilidad ciudadana. Para crecer es necesario que el espíritu sereno de responsabilidad ciudadana sea tan fuerte como el sentimiento emocional del patriotismo. ...
> ...
> Con patriotismo, y con igual espíritu ciudadano, marchan los pueblos dignos hacia su ideal político fundamental de independencia; ideal que sería insuficiente a pesar de su nobleza, si se limitara a implantar la independencia en vez de a implantarla rodeada de todas las garantías de que esa independencia dará frutos de justicia, de vida civil ordenada, de permanencia.[201]

El colonialismo era inadmisible por fomentar la explotación económica y la destrucción moral de la nación oprimida. Se trataba de una relación de desigualdad en donde el país gobernante apabullaba material y espiritualmente al país gobernado. Los pocos momentos históricos en que se

[201]Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936.

producía un imperialismo ilustrado capaz de realizar una administración justa y responsable del país subordinado, como en el período nuevotratista, eran la excepción que confirmaba la esencia jerarquizadora y opresiva del coloniaje. Incluso, si bien era posible reconocer grados distintos de opresión entre diferentes regímenes coloniales, o entre distintos períodos de un mismo sistema colonial, la clave del colonialismo era la negación de la subjetividad y de la voluntad del "otro" subalterno. Pensando dentro del paradigma liberal, Muñoz creía que los pueblos que maduraban hasta convertirse en naciones, como los individuos que alcanzaban su mayoría de edad, se convertían en sujetos racionales con derechos naturales a la libertad y a la propiedad y que esa Razón libre de un pueblo se expresaba como voluntad política. Contra estos derechos naturales de las naciones atentaba el colonialismo: gobierno ilegítimo, imposición del fuerte sobre la vida del "otro" sin su consentimiento:

> La segunda verdad, que viene inmediatamente después de la primera en Puerto Rico, es que ningún país gobierna a otro, a la larga, para beneficio del país gobernado. Se pueden dar ocasiones, como la actual ocasión en los Estados Unidos, en que se trate sinceramente de hacer justicia al país gobernado; pero esas son ocasiones fuera de todo el proceso histórico, casualidades, agregación fortuita de circunstancias que pueden ser efectivas mientras duren, pero que jamás pueden durar por mucho tiempo. ...
> ...
> La colonia no puede continuar en Puerto Rico. Y si puede continuar, no debe continuar. ¿Cuáles son las alternativas a la colonia? Antes de contestar vamos a definir lo que es colonia. Colonia es el gobierno de un pueblo por otro pueblo sin el consentimiento ni la intervención efectiva del pueblo gobernado. Colonia es aquel pueblo que es gobernado drásticamente por otro. Colonia es también aquel pueblo que, aún gozando de ciertos poderes, reales o aparentes, está sujeto a perder esos poderes por decisión, voluntad o capricho del gobierno de otro pueblo sin su intervención ni consentimiento. Una colonia puede estar sujeta a las decisiones, de día en día, de un sólo hombre irresponsable ante la voluntad del pueblo gobernado. Y una colonia puede tener, de día en día, poderes tan grandes como los poderes de una nación soberana, pero sujetos, de día en día, y de un día para otro, a modificación, a disminución o revocación por el poder metropolitano sin su consentimiento.[202]

[202]Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936.

Rechazado el colonialismo, quedaba precisar las opciones políticas y la viabilidad de cada una de ellas. Para Muñoz, la verdadera descolonización sólo conocía dos vías, la independencia y la estadidad. Ambas definiciones reconocían poderes irrevocables al pueblo oprimido y en ese sentido eran posturas de igual solidez moral. Sin embargo, una de ellas carecía de posibilidad real, y en caso de materializarse, resultaría en una verdadera crisis material y espiritual. La estadidad estaba descartada por ser contraria a los intereses del pueblo oprimido, pero además, por no contar con el apoyo del pueblo opresor. Era pues, más que un ideal, una fantasía, una ilusión irrealizable que surgía de una combinación desafortunada de admiración hacia el poderoso, desconocimiento de la esencia del colonialismo e irresponsabilidad ante las graves consecuencias que acarrearía. Corolario del colonialismo, el anexionismo era una utopía sin futuro, un deseo insostenible e irresponsable, una muestra más de lo pasional y de la falta de espíritu ciudadano, lo único que como estado psicológico inverso al patriotismo:

> Soy contrario a la estadidad. En el pasado, y en numerosas oportunidades, he tenido el honor de dar a mis compatriotas la larga lista de objeciones que existen a la estadidad -objeciones económicas, culturales, espirituales. No creo necesario repetirlas. El Gobierno de los Estados Unidos ha dado demostraciones inequívocas de que desde su punto de vista la estadidad para Puerto Rico es imposible. Un líder portorriqueño que siempre fue amigo de la estadidad, que tesoneramente la propulsó durante toda su vida pública, ha reconocido esta imposibilidad y ha dicho, con el beneplácito de sus amigos en la vida pública, que es indigno seguir solicitándola. Ante el Congreso de los Estados Unidos reposa desde hace un año y medio una resolución de estadidad sobre la cual ni se toma ni se tomará acción. En el mismo Congreso de los Estados Unidos, con posterioridad, se presenta una ley, aprobada por la Administración, que sólo reconoce dos posibilidades para el futuro de Puerto Rico, desde el punto de vista de los Estados Unidos -la Independencia o la Colonia- descartando ya por acción directa la estadidad. Y esto lo hace el gobierno de un partido que -aunque fuera por inadvertencia- llegó a poner la estadidad entre las cláusulas menores de su plataforma. El dedo de la historia señala claramente. Cualesquiera que sean los argumentos a favor o en contra de la estadidad, es innecesario repetirlos: la Estadidad es imposible. Y es por lo tanto "indigno continuar solicitándola", según palabras de un gran defensor de la estadidad. Como la estadidad es imposible, la única alternativa al coloniaje es la independencia, por

> mucho que se la dude, por mucho que se la tema, por mucho que no se la comprenda.[203]

Pero antes de explicar su proyecto independentista era necesario descartar esa falsa opción que latía siempre en el interior del nacionalismo moderado y que por momentos, como muestra de inmadurez, había logrado silenciar y hasta eliminar la postura independentista. Esa postura juvenil, pero ya absurda y limitada, era el autonomismo. Desde sus escritos de marzo de 1932, Muñoz había insistido en que este tipo de gobierno era una opción superada, una salida a medias que sólo perpetuaría el orden colonial y que carecía de posibilidades en el orden constitucional norteamericano. Ahora retomaba su crítica para analizar sus dos tipos posibles, el fraudulento y el excelente, y concluir que ambos eran formas de gobierno inestables, insustanciales, incapaces de reconocer poderes y derechos permanentes al pueblo subordinado.

La autonomía fraudulenta era una forma de gobierno, aparentemente democrático, que dejaba intacto el poder imperial de ordenar y revocar cualquier decisión del llamado régimen autonómico. Por otro lado, la autonomía formalmente excelente podía conceder muchos poderes al país subalterno pero tenía un peligro: resultaba inaceptable dentro del orden constitucional norteamericano y, por lo tanto, no daba garantías de perpetuidad a los derechos y poderes reconocidos. El autonomismo, no importaba su forma, estaba históricamente superado y, por lo tanto, sólo podía conducir al espectáculo vergonzoso de "la libertad atada a una cadena larga". Nacía de una psicología que, disgustada con el régimen colonial pero temerosa de la independencia, creía posible cubrir la miseria colonial con un "manto decoroso y hasta decorativo" que se pareciera a la soberanía. Políticamente conducía a un "arreglo humillante", imposible y antiético en donde se pretendía disfrutar de la libertad sin la responsabilidad que le era inmanente:

---

[203]Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936.

Pero no quiero en esta hora de tan honda seriedad, aparecer como evadiendo ninguna idea que pueda albergar algún portorriqueño. Y quiero por lo tanto mencionar -a pesar de que no es alternativa- esa cosa vaga, posiblemente fraudulenta, posiblemente excelente, pero siempre inestable y fundamentalmente insustancial, a la que llamamos aquí la autonomía. La autonomía puede ser fraudulenta. Es decir, puede ser un sistema que otorgue unos cuantos empleos adicionales y de títulos grandilocuentes a algunos portorriqueños más, sin que esto aumente en forma sustancial el poder de los portorriqueños para bregar libremente con su porvenir y con el porvenir de su posteridad. Puede haber, por ejemplo, un gobernador electivo un gabinete de nombramiento enteramente local, toda una judicatura de nombramiento enteramente insular; y todas estas agencias de la voluntad popular pueden estar sujetas al veto del Presidente de los Estados Unidos, del Congreso de los Estados Unidos, del sistema judicial de los Estados Unidos. Tal sistema sería, claramente, el otorgamiento de un juguete más y tendería a aumentar las luchas entre los portorriqueños, los odios entre los portorriqueños, las cargas de pasiones sobre el porvenir de nuestros hijos, sin aumentar, en un ápice el poder de los portorriqueños sobre Puerto Rico. Resumen: Colonia: Odios, Juegos, Prolongación del período de inmadurez.

O, por otra parte, tal sistema autonómico puede ser excelente en su forma y siempre peligrosísimo en su fondo. Pudiera ser que el Jefe Ejecutivo no estuviera sujeto al veto del Presidente ni del Congreso de los Estados Unidos. Concebiblemente pudiera ser que los problemas de Puerto Rico pudieran resolverse sin cortapisas por parte de una Constitución hecha para otro pueblo y otro clima y otros problemas y, por lo tanto, irrelevante en Puerto Rico. Pudiera ser, es remotamente concebible, que tal sistema encarnara los mismos poderes de la independencia en cuanto a tratados, tarifas, legislación, acción ejecutiva y judicial. Pero lo que no puede ser bajo la Constitución de los Estados Unidos es que estos poderes se reconocieran irrevocablemente, a perpetuidad. Esto es la libertad con una cadena larga. Esto es la libertad otorgada para ver lo que pasa. Esto es la libertad otorgada hasta que pase algo que desagrade a quien tiene en la mano el otro extremo de la cadena. El edificio del porvenir de Puerto Rico, la estructura económica que sea de justicia para nuestros hijos y nietos, no se puede levantar sobre solar prestado. ...

Esto, desde el punto de vista de Puerto Rico. Desde el punto de vista de los Estados Unidos ocurre con cualquier autonomía que tenga buen aspecto lo mismo que ocurre con la estadidad: es imposible. Imposible, porque, si vale algo, otorga poderes efectivos. Otorga poderes efectivos al pueblo gobernado reteniendo el pueblo gobernante completa responsabilidad. Los Estados Unidos no están dispuestos a otorgar autoridad reteniendo responsabilidad. Ni nosotros debemos solicitar tan humillante arreglo, indicativo de que, aunque queremos jugar libremente, queremos que alguien sea responsable por los juguetes que podamos romper. Así no se crece. Y necesitamos crecer.[204]

[204]Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936.

La prudencia del nacionalismo moderado se ponía de manifiesto en su proyecto económico y en los nexos entre metrópoli y colonia que deseaba perpetuar. Remover el orden colonial y transformar la dimensión material de la nación subordinada sólo sería posible a través de un pacto entre "los pueblos amigos". Destruido el nexo opresivo era necesario conservar los lazos de amistad y proteger los mutuos intereses económicos. Donde había reinado la explotación y la desigualdad tomarían forma los acuerdos para viajar unidos hacia la modernidad. Se hacía necesario aclararle a los puertorriqueños lo tantas veces dicho desde los Estados Unidos: que el Tydings era inaceptable económicamente para ambos países; que la única independencia posible era la que conllevaba la justicia social y económica; que la soberanía era no sólo posible sino necesaria y significaba la única salida del sistema colonial y que la viabilidad de esta modernidad económico-social y política dependía, tanto de la inteligencia y cordura de los puertorriqueños como de su relación permanente con los Estados Unidos. La Isla debía conservar su acceso privilegiado al mercado norteamericano, así como los productos de éste tendrían trato preferencial en el mercado puertorriqueño. Al mismo tiempo, el país tendría poderes para establecer tratados comerciales con otras naciones y legislar para proteger ciertos productos como el café. El bloque de fuerzas progresistas en ambas naciones terminaría triunfando sobre una minoría reaccionaria compuesta de remolacheros norteamericanos y el capital corporativo extranjero que dominaba la industria azucarera isleña.

El camino hacia la independencia debía recorrerse con orden e inteligencia. El caos civil y las formas dictatoriales que parecían caracterizar a las repúblicas latinoamericanas no tenían que convertirse en destino de la nación puertorriqueña. Además de la superioridad moral de la independencia sobre el coloniaje, Puerto Rico contaba con un factor fundamental a su favor: la ausencia de una tradición castrense. Se trataba de saber combinar esta ventaja con una clara comprensión de las desigualdades sociales y políticas que provocaban los disturbios en las

repúblicas hermanas para asegurar el futuro feliz del país. La independencia se afirmaba como el destino inevitable y digno, única opción frente a los deseos del colonialismo de eternizarse.[205]

Para mediados del 1936, el nacionalismo moderado muñocista se encontró en el clímax de sus paradojas internas, tanto teóricas como político partidistas. Cuando la independencia había comenzado a quedar relegada a un segundo plano como parte de "lo político" que no era prioridad de la política, y, por lo tanto, como zona de los "ideales" que debía separarse de las tareas económico-sociales, se habían precipitado los acontecimientos arrastrando en su vértigo al nacionalismo moderado. Abandonar la independencia hubiese sido un suicidio político, una traición espiritual imperdonable que habría convertido a Muñoz en el reproductor de una tradición unionista-liberal que él mismo se había dedicado a socavar durante más de una década. El joven líder, que hacía apenas tres años había hecho imperar la postura soberanista frente a las fuerzas autonomistas, sólo podía conseguir con semejante decisión su aislamiento de la llamada juventud radical liberal que lo apoyaba en el interior de su Partido. Se decidió entonces a recoger el guante sin que esto significara que el plebiscito y el estatus se tornaban prioridad frente a las políticas de renovación económico-social que el Nuevo Trato había comenzado a implantar en el país.

La independencia se aceptó como ideal y como destino, pero era necesario definirla y defenderla con mesura, conteniendo la euforia patriótica y llamando a la prudencia. El espíritu de moderación, definido como responsabilidad ciudadana, servía de contrapeso para abogar por una solución soberanista que sería el resultado de los acuerdos alcanzados por los pueblos amigos. Había que detener la independencia a lo Tydings-Gruening, o a lo Albizu-Barceló, con otra independencia proyectada en la imaginación. Estrategia sutil para un desplazamiento en el tiempo en el que, sin abandonar el proyecto, se asignaba éste al futuro. Había que seguir siendo soberanista

[205]Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936.

sin aceptar el Tydings, alargando la discusión del tema en futuros congresos, absteniéndose de participar en unas elecciones que podían resultar contraproducentes para el ideal, pero más aún, para el Partido. Para Muñoz, lo que el Bill hizo fue convertir las elecciones que se avecinaban en una cuestión plebiscitaria y crear las condiciones para que la derrota de la independencia fuera la derrota del Partido Liberal. Había que salvar ambos escollos practicando el retraimiento electoral.

El Manifiesto fue un texto de coyuntura que le permitió al muñocismo enfrentar a sus enemigos internos y externos, manejar sus propias tensiones teóricas y prácticas y conservar su solidez utópica y política. Por absurdo que parezca, cuando más contundente regresaba el "ideal" de independencia era cuando más problemático resultaba para su teoría y su práctica. Lo reprimido, hecho inconsciente, volvió como una pesadilla inoportuna y su mérito fue lidiar con el problema manteniendo el equilibrio precario entre el proyecto soberanista y su plan de modernización. En algunos momentos, el "ideal" se convertía en camisa de fuerza, en navaja de doble filo, y se hacía indispensable precisar su significado y manejarlo con buen juicio y cautela. La independencia seguía siendo un principio aglutinador de fuerzas sociales y políticas, pero no la prioridad de la práctica política. Era un principio integrador en el espacio político isleño y en el campo del liberalismo que no tenía utilidad en la agenda común que hacía posible el proyecto civilizador nuevotratista. La solución de esta "guerra civil"[206] tomaría forma discursiva paulatinamente, a partir de la consolidación de su liderato en un nuevo organismo político y de la victoria electoral de su Partido Popular Democrático en 1940, hasta convertirse, seis años después, en ruptura y antagonismo.[207] La conclusión fue el producto de un complejo proceso de ajustes teóricos y prácticos que permiten reconocer los rasgos del nacionalismo moderado en su fase de movimiento.

---

[206]Muñoz Marín, Memorias, pp. 63-64, 82-83.

[207]Muñoz Marín, "Nuevos caminos hacia viejos objetivos", El Mundo, 28-29 de junio de 1946, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 496-505.

Se trata de los vaivenes de un discurso cuyas conclusiones no se explican adjudicándolas a un acto de "traición" o a una "sabia decisión". Más allá de la apología o la recriminación es posible ver aquí el carácter creativo, dinámico y polémico del nacionalismo moderado en su lucha contra el orden colonial y sus discursos legitimadores y contra otras formas del pensamiento nacionalista. El nacionalismo moderado muñocista de la fase de movimiento era un discurso poblado de paradojas y la cuestión de la independencia fue, más que nada, una zona neurálgica que permite ver sus cambios teóricos y prácticos para ajustarse al doble espacio, interno y externo, de su lucha política.

De regreso a la vida política nacional, la lucha en torno al retraimiento electoral fue el frente de guerra que el muñocismo tuvo que asumir en lo que restaba de año. La conclusión a la que había llegado del ambiente creado por el Tydings era, a su parecer, sencilla e incuestionable. Las artimañas del Bill habían tergiversado el ideal soberanista hasta convertirlo en un monstruo que propiciaría la concentración de todas las fuerzas conservadoras del país. El Proyecto había logrado su propósito al fomentar un estado de inseguridad entre las clases medias y trabajadoras que, desorientadas, serían presa fácil de las tretas de las fuerzas conservadoras, capitaneadas por el sector azucarero y sus representantes políticos de la Unión-Republicana. Llevar la independencia a una consulta, bajo las condiciones ofrecidas por el Tydings y en el ambiente de confusión que había creado, era simplemente un suicidio político. El propósito de las fuerzas conservadoras era aprovechar el golpe bajo dado por el Bill para fortalecer sus posiciones y derrotar electoralmente al Partido Liberal. Luego, la tarea sería interpretar esa derrota como un repudio a la independencia. La burocracia imperialista, y sus aliados en Puerto Rico, terminarían posteriormente abandonando todo ese "bluff" porque ya habrían conseguido su objetivo central: legitimar el orden colonial vigente.

Para impedir este resultado, deseado por el ala imperialista de Washington y las fuerzas reaccionarias de la Isla, era necesario cuestionar la utilidad de las elecciones de noviembre. El

contexto de las relaciones de fuerza dejaba una de dos salidas: posponer las elecciones o practicar el retraimiento electoral. Muñoz pensaba que la táctica del retraimiento serviría para provocar una pobre asistencia a las urnas, apenas un 30% de los votantes, que podría interpretarse como un apoyo al liberalismo independentista. Al mismo tiempo se crearía el ambiente para una segura victoria liberal en el 1940. Si el Tydings reconocía el derecho de Puerto Rico a su independencia, entonces se hacía innecesaria otra elección dentro del régimen colonial. La consigna "no más colonia" ayudaría a movilizar a los más diversos sectores que se oponían al orden vigente y haría posible consolidar un nuevo bloque histórico. El Senador estaba convencido de que la mayoría de los miembros del Partido Liberal apoyaban su posición y que sólo fuerzas reaccionarias en su interior se oponían a su táctica. Se trataba entonces de asegurar el apoyo de Barceló, que en un primer momento había abogado por el retraimiento para luego retractarse,[208] y convencer a Washington de que su postura no significaba un rechazo a los Estados Unidos y a sus políticas nuevotratistas. Para esto insistiría en que el retraimiento era una táctica impuesta por las circunstancias, una postura inevitable provocada por las fuerzas conjuntas de las pasiones y el conservadurismo que habían detenido sus esfuerzos de los tres últimos años para la restauración del país, la justicia económica y la futura concesión de la independencia por el Congreso.[209]

---

[208]Véase: Muñoz Marín, "Carta a R. Black", 3 de julio de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 601-602; Barceló, "Carta a Rafael Martínez Nadal", El Mundo, 18 de junio de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 591-592.

[209]Véase: Muñoz Marín, "Manifiesto", El Mundo, 25 de junio de 1936; "Carta a R. Black", 3 de julio de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 601-602; "Carta a Walter MckJones", 11 de julio de 1936, en ALMM. Sec. III, serie 1, folio 8, doc. 8; "Carta a R. Black", 15 de julio de 1936, en ALMM. Sec. III, serie 1, folio 8, doc. 2; "Carta a R. Black", 25 de septiembre de 1936, en Mathews, La política puertorriqueña, pp. 288-289; También: Muna Lee, "Carta a R. Black", 3 de julio de 1936, en Bothwell, op. cit., pp. 603-604; R. Black, "Carta a Luis Muñoz Marín", 6 de julio de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 605-606; R. Black, "Carta a Muna Lee", 20 de julio de 1936 en Botwell, ibid., pp. 609-610; Muna Lee, "Carta a R. Black", 22 de julio de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 611-612.

En la lucha por el retraimiento, el nacionalismo moderado muñocista coincidió momentáneamente con el nacionalismo radical albizuista. Las contiendas electorales se le presentaron como parte del ambiente colonial y como una estrategia para fragmentar las fuerzas progresistas de la sociedad colonial. El colonialismo era el tiempo-espacio de las luchas fratricidas en donde se despilfarraba todo el potencial renovador de la nación oprimida en tareas insignificantes. El Tydings hacía innecesario prolongar este ambiente de odios y nimiedades en donde la hidalguía y el honor quedaban opacados por la busconería y el servilismo. Las elecciones carecían de utilidad política y el retraimiento se convertía en obligación.

Pero se equivocó. El retraimiento no sonó bien a los oídos de un importante sector de los liberales y la burocracia imperial. Resumamos brevemente los sucesos en el interior de su partido. La posición de Muñoz resultó derrotada, primero, en una reunión de la Junta Central celebrada el 25 de junio y, luego, por el margen mínimo de un voto, en la Asamblea celebrada al mes siguiente. La lucha no terminó ahí y continuó en la Asamblea de nominaciones de mediados de agosto. Muñoz decidió no aceptar ninguna candidatura aunque sí participar en la campaña electoral. Por su parte, el grupo de Barceló terminó controlando la Junta Central del Partido. Los muñocistas intentaron enfrentar esta derrota a través de una solicitud para que se modificara la composición de la Junta o de lo contrario amenazaron con el retraimiento. Alegaron que la composición de la misma no aseguraba que el ideal de independencia con justicia social, que contenía el programa liberal de 1932, estuviese en manos de sus defensores. Para fines de agosto la Junta volvió a reunirse y rechazó la solicitud. Barceló reaccionó contra "la propaganda de retraimiento a base de una política derrotista" y acusó a los muñocistas de querer imponer una "independencia revolucionaria". Estos devolvieron el golpe reuniéndose en septiembre y amenazando con retirar sus candidaturas.

Ante el impasse, Muñoz decidió lanzar su Manifiesto a los liberales,[210] como un resumé de sus tareas y logros personales en la reorganización del Partido Liberal. Barceló ripostó reafirmando que la independencia con justicia social era parte de la plataforma del Partido Liberal defendida por toda la Junta y distinguiendo su independentismo de la visión seguida por el ala radical muñocista, a la cual definió como "socialismo radical o comunismo".[211] El grupo de Muñoz terminó entonces organizándose en una nueva asociación que alegó no tener pretensiones partidistas, Acción Social Independentista (ASI). La misma postuló "defender por los medios más rápidos, más eficaces y más seguros, agotando todas las acciones legales, la independencia de Puerto Rico y la justicia social y económica de los puertorriqueños" y dijo estar organizándose para la campaña plebiscitaria poselectoral.[212] La lucha continuó de forma solapada hasta celebradas las elecciones de noviembre. La victoria de la Coalición, formada por la Unión-Republicana y los socialistas, exasperó nuevamente las diferencias hasta que la ruptura se hizo inevitable.[213]

---

[210]Muñoz Marín, "Manifiesto a los liberales", El Mundo, 8 de septiembre de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 652-662.

[211]Barceló, "Réplica a Luis Muñoz Marín", El Mundo, 9 de septiembre de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 663-672.

[212]"Se inscribe A.S.I.", El Mundo, 16 de septiembre de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, p. 678; "Entrevista a Luis Muñoz Marín", El Mundo, 15 de octubre de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 691-692.

[213]Podemos seguir la polémica en los siguientes escritos: Muñoz Marín, "Carta a R. Black", 18 de agosto de 1936, en ALMM. Sec. III, serie 1, folio 6, doc. 8; Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 25 de agosto de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 633-634; "Fracasa la conciliación liberal", El Mundo, 27 de agosto de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 635-639; "La reunión de Naranjales", El Mundo, 28 de agosto de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 640-647; Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 28 de agosto de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 648-649; Muñoz Marín, "Declaraciones", El Mundo, 29 de agosto de 1936, en Bothwell, ibid., p. 650; "No hubo acuerdo entre Muñoz y Barceló", El Mundo, 6 de septiembre de 1936, en Bothwell, ibid., p. 651; Muñoz Marín, "Manifiesto a los liberales", El Mundo, 8 de septiembre de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 652-662; Barceló, "Réplica a Muñoz", El Mundo, 9 de septiembre de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 663-672; "Se inscribe Acción Social Independentista", El Mundo, 16 de septiembre de 1936, en Bothwell, ibid., p. 678. También: Pagán, Historia de los partidos

La política de retraimiento agitó la guerra latente en el interior del Partido Liberal entre lo que se presentaba como dos tácticas diferentes de llevar a cabo un mismo "ideal". La polémica tomó forma como una cuestión de liderato y volvió a poner frente a frente a Barceló y a Muñoz. Esta era una vieja disputa, predominantemente subterránea, que se remontaba a los inicios de la vida política del joven Senador y afloraba en distintas coyunturas para luego volverse a silenciar. Las diferencias eran indudables, tanto en el plano generacional como en los grupos sociales de apoyo y en las posturas teóricas, pero también es importante destacar sus coincidencias como miembros de una misma tradición discursiva nacionalista. Muñoz ya había reconocido, desde la década del veinte, las fuerzas conservadoras dentro del Partido y su inclinación por el autonomismo reformista, aunque consideraba a Barceló más una víctima que un portavoz de esta tendencia.[214] En ese tiempo, su crítica era más al silencio en torno al problema social y al culturalismo retórico que a la falta de un proyecto soberanista. A su juicio, era indudable que la independencia predicada por el unionismo-aliancista había sido carnada para atraer a las masas en las épocas electorales y retórica hueca para distraer la mirada de los asuntos económico-sociales del país, pero ésta era la perspectiva y la práctica de la tendencia autonomista y de los grupos conservadores dentro del Partido y no la posición personal de Barceló.

Ahora, en la nueva coyuntura, Muñoz decidió convertir la independencia en el barómetro con el cual medir la verticalidad espiritual de los deponentes y trazar los puntos que los separaban. Si en el 1932, contando con el apoyo de Barceló, había decidido asumir el liderato ideológico del liberalismo y afirmar el proyecto soberanista frente a las fuerzas autonomistas, ahora se trataba de

---

políticos, II, 7-86, 115-113; Trías, Historia constitucional, II, pp. 188, 248-250; Mathews, La política puertorriqueña, pp. 286-319.

[214]Muñoz Marín, "Conversaciones políticas: El Sr. Barceló y los pactos", Puerto Rico Ilustrado, 2 de junio de 1923, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 353-355.

hacer aparecer la disputa como el resurgir de una lucha inconclusa. En el Manifiesto a los liberales, retomó la polémica destacando las debilidades del patriotismo sentimental, insistiendo en su interpretación del autonomismo como "la libertad con una cadena larga" y defendiendo la táctica del retraimiento. El combate era entre las fuerzas estancadas en el pasado y el grupo ya preparado para el futuro. Las primeras se movían alrededor de Barceló, como capitán del autonomismo conservador; el verdadero liberalismo se aglutinaba en torno a la palabra de "su humilde servidor", como dirigente del independentismo progresista que creía en la convergencia de la soberanía y la justicia social.

Analicemos esta estrategia política y discursiva sin reproducirla como explicación.[215] En este nuevo capítulo de la lucha Barceló-Muñoz afloraron sus muchas diferencias, pero no podemos contar entre éstas la cuestión de principios en torno al estatus. Muñoz entonó la consigna independentista como un distintivo integrador pero en verdad, para las elecciones de 1936, ambos se proclamaban defensores del mismo ideal. La discrepancia consistía en que, mientras Barceló veía las elecciones como una forma de confirmar el poder del liberalismo independentista, Muñoz insistía en la segura derrota del Partido y, como consecuencia, del principio soberanista. Barceló iba a las elecciones convencido de que el Tydings había ayudado a consolidar la posición independentista y debilitado a los sectores conservadores, tanto dentro como fuera del Partido Liberal; Muñoz, por el contrario, creía que estos cerrarían filas contra la independencia, por creerla contraria a sus intereses económicos, y convencerían fácilmente a las clases medias y trabajadoras de que sólo el orden colonial les aseguraba un futuro.

[215]Textos como los de Trías, Mathews y Rosario Natal suscriben la explicación de Muñoz. Véase: Trías, Historia constitucional, II, pp. 25, 248-260; Mathews, La política puertorriqueña, pp. 286-319; Rosario Natal, La juventud; Luis Muñoz Marín.

Los resultados de las elecciones de noviembre parecieron confirmar los temores de Muñoz, pero al mismo tiempo dejaban la espina de la duda en los militantes liberales que creyeron posible una victoria en los comicios. El Partido Liberal obtuvo 252,467 votos, mientras que la Unión-Republicana recibió 152,739 y los socialistas 144,294, dándole así la victoria a la Coalición por una mayoría de 44,566 electores. La Coalición vencía en seis de los siete distritos senatoriales, dominando el Senado con catorce (14) miembros por cinco (5) los liberales y controlando la Cámara con veintisiete (27) representantes contra doce (12) de los liberales. Además resultó triunfante en cincuenta y ocho (58) municipios, mientras la oposición liberal apenas resultaba victoriosa en diecinueve (19) de éstos.[216] El resultado fue manejado por las dos lecturas: Muñoz vio confirmado su vaticinio y Barceló concluyó que el mismo era la nefasta consecuencia de la combinación del poder corporativo azucarero con el pesimismo desmovilizador de los muñocistas.[217]

La lectura de Muñoz era indudablemente frágil. El "temor a la independencia" se había traducido en la cantidad de votos más significativa para partido alguno que la postulara en su programa. El liberalismo independentista continuó siendo la fuerza partidista principal del país e incluso aumentó de un cuarenta y seis por ciento (46%) a un cuarenta y ocho por ciento (48%) de los votos emitidos en comparación con las elecciones de 1932. Su crecimiento duplicaba el de cada uno de los partidos de la Coalición tomados por separados. En este sentido, el Tydings parece que provocó la reacción inversa a lo esperado por Muñoz y resultó una fuente de movilización del independentismo liberal. Sin embargo, la derrota tenía raíces más profundas que las apuntadas por

[216]Véase: Pagán Historia de los partidos políticos, I, pp. 113-118; Trías, Historia constitucional, II, pp. 248-253.

[217]Véase: Barceló, "Carta a W. McJones", noviembre de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 695-697; Muñoz Marín, "Carta a R. Black", 5 de noviembre de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 698-699.

Barceló. Muñoz había acertado al pronosticar el fin de la hegemonía del nacionalismo moderado tradicional y en proponer como agenda política y teórica la construcción de un nuevo bloque histórico moderado.

Pero la ironía fue otra. Si el Tydings tenía como objetivo atemorizar a los puertorriqueños y descartar la independencia, parece que alcanzó su efecto deseado, aunque retardado, en el Líder de la llamada ala radical del nacionalismo moderado. El Tydings sirvió para justificar un cambio en el proyecto político del muñocismo que en verdad se había estado fraguando desde varios años antes. Sosteniendo que el Bill había causado un daño irreparable en la imagen de la independencia que tenían los puertorriqueños, comenzó a dudar de su efectividad como ideal integrador y movilizador, exactamente cuando el resultado electoral demostraba lo contrario.[218] La verdadera víctima del Tydings parece ser entonces su principal opositor: lentamente comenzó a "convencerse" de los costos económicos de la independencia, para luego, en el clímax de su paradoja, convertir el nexo colonial en la única opción económica de la Isla. Esa misma relación que había provocado la destrucción material y espiritual de la nación oprimida se convertirá en única forma de asegurar su modernidad futura.

Interesante será la estrategia que tejerá para legitimar sus cambios de posición y el abandono del proyecto soberanista. El nacionalismo moderado justificará sus transformaciones y temores utilizando el mecanismo de defensa de la proyección. La voz poderosa leerá su inseguridad reflejada en el rostro del "otro interior". Las masas populares y las clases medias, objetos a emancipar, se convertirán en sujetos temblorosos, alarmados ante el ángel de la historia, que rechazan los peligros reales e imaginarios de la soberanía. Racional y pragmático, el muñocismo aceptará educarse con la "sabiduría popular" y reconocerá su error voluntarista de querer imponer al pueblo un camino

[218]La reproducción de esta contradicción en la argumentación desarrollada por Trías. Véase;

intempestivo lleno de precipicios y calamidades. Al final será necesario aceptar la tesis imperial de que la independencia y la miseria son sinónimos y de que la modernidad sólo podrá realizarse mediante un proceso gradual de reformas económicas y políticas del orden colonial dentro de la "unión permanente" con el "Otro imperial".[219]

En busca de nuevas alternativas.

Durante el 1937, se prolongó el doble frente de lucha, interno y externo, del año anterior. En el campo imperial, el nacionalismo moderado muñocista decidió continuar su esfuerzo a favor de un proyecto soberanista compatible con el progreso económico del país; mientras en el campo local, la agenda principal consistía en posponer la ruptura de las fuerzas liberales, al mismo tiempo que se iba consolidando su palabra como discurso hegemónico en el ámbito partidista y nacional.

En el ámbito de las relaciones metrópoli-colonia la tarea era reestructurar el diálogo con el "Otro imperial" y salirle al paso a la tendencia conservadora y rencorosa que había producido el proyecto Tydings-Gruening. Por medio del Director de la Unión Americana de Derechos Civiles, Roger Baldwin, Muñoz buscó abrir una nueva vía de comunicación con el Secretario del Interior, Harold Ickes, y envió a éste un memorando discutiendo, entre otras cosas, el contexto de las relaciones entre Estados Unidos y Puerto Rico, la cuestión del estatus y los problemas causados por la gestión "desinteresada" de Gruening.[220] Al mismo tiempo, trabajó para establecer los contactos

---

Trías. Historia constitucional, II, pp. 172, 184, 238.

[219]Aunque Trías muestra una gran ingenuidad al explicar el imperialismo del período nuevotratista como uno poblado de "buenas intenciones" y "actitudes humanitarias", creo que su análisis sobre las paradojas del discurso imperial es muy pertinente. Véase: Trías, Historia constitucional, II, pp. 170, 190-192, 206-207, 217, 234-239, 266-299.

[220]Véase: Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", 5 de enero de 1937, en ALMM, Sec. III, Serie 1, Folio 4, Doc. 16; "Carta abierta", 27 de febrero de 1927, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 18-19; "Discurso", La Democracia, 31 de marzo de 1937; "Notas

necesarios con el Representante Wilbur Cartwright y convencerle de que presentara un nuevo proyecto de independencia que corrigiese los efectos nocivos que para el liberalismo puertorriqueño había tenido el proyecto anterior.[221]

La derrota de 1936 fue para Muñoz una simple confirmación de sus vaticinios. Había que reemprender inmediatamente el combate político para fortalecer al nacionalismo moderado con miras al futuro. Para esto era necesario conseguir el endoso de la administración nuevotratista a un nuevo proyecto de independencia que resultara beneficioso tanto para la Isla como para los Estados Unidos. De esta manera, pensaba lograr tres propósitos. En primer lugar, restituir la posición independentista como una opción política económicamente viable para Puerto Rico, combatiendo así el anexionismo incondicional de una Coalición que había festejado la falsa imagen sobre la independencia creada por el proyecto Tydings. Por este medio se le devolvía al imaginario independentista su poder de convocatoria y movilización política. En segundo lugar, solucionar uno de los grandes debates en el interior del nacionalismo moderado liberal. Muñoz y los suyos habían insistido en presentar sus disputas con el grupo de Barceló como una lucha entre los defensores y los detractores de "la independencia con justicia social". Al viajar a Washington y conseguir que se sometiera un nuevo proyecto, el Vate se confirmaba como el líder indiscutible del ala independentista del Partido Liberal y aparecería ante los ojos de todos como el paladín de la utopía soberanista. Por último, allegándose a la capital metropolitana, el Líder establecía sus contactos con la burocracia imperial saltando por encima de sus diferencias con Gruening. De este modo esperaba obtener un doble resultado: recuperar de parte de las autoridades federales su puesto de "voz del

---

editoriales: El burócrata aludido y el general aturdido", La Democracia, 11 de abril de 1937; "Notas editoriales: El burócrata aludido contra Roosevelt", La Democracia, 20 de abril de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 13-17, 32-36.

[221]Mathews, La política puertorriqueña, pp. 303-304.

Nuevo Trato en Puerto Rico" y reconstruir su imagen de voz que habla con el Poder, de elegido para el diálogo con el todopoderoso, cosa que sus enemigos dentro del liberalismo habían puesto en entredicho.

Para lograr sus propósitos, el diálogo con Ickes era un paso fundamental. Después de todo se trataba de la persona encargada de los asuntos de Puerto Rico en las altas esferas del gobierno metropolitano y era la puerta que había que tocar para detener desde lo alto las iras de Gruening. Temprano en el mes de enero, Muñoz decidió enviarle al Secretario un memorando exponiendo sus puntos de vista sobre los últimos acontecimientos sucedidos en la Isla y ofreciéndose como consejero del Príncipe.[222] El mismo reproducía muchas de las ideas ya desarrolladas en su Manifiesto de julio de 1936, pero ahora las tesis adquirían un nuevo significado porque buscaban convencer más a los superiores que a los subalternos.

A Muñoz le gustaba explotar la imagen del informante que con voz autónoma y responsable rendía un servicio a la metrópoli y a su país: la de establecer un diálogo que hacía posible reconocer la realidad y ofrecer salidas conjuntas a los problemas comunes. Se construía así un espacio de poder en el vacío que separaba la política norteamericana y la puertorriqueña. El Líder era uno de los primeros especímenes de la "nación flotante", un "niuyorican" con una doble personalidad, isleña y neoyorquina, que pensaba y escribía con fluidez en dos idiomas. Su poder nacía exactamente de saber aprovechar esa situación. Si su posición de primogénito de un Prócer le servía en el plano de la política nacional, era su condición de exiliado lo que le había permitido conocer al "Otro", hablar su lenguaje, acercarse sin fundirse a su cultura y su política. Se trataba de aprovechar el espacio vacío entre las partes para servir de puente explicando a Washington lo que era Puerto Rico y a los puertorriqueños lo que era la metrópoli. El informante se proyectaba como una voz de

[222]Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", 5 de enero de 1937, en ALMM, Sec. III,

poder que portaba un saber que las partes envueltas en la relación colonial desconocían. Así, en su memorando a Ickes, el Líder cumplía una misión altruista que debía ganarle el reconocimiento de las autoridades metropolitanas: quería dejarle saber al "Otro" superior la verdad oculta tras los acontecimientos políticos isleños, verdad solapada por los mensajes engañosos de algunos burócratas de menor rango. Su discurso buscaba dialogar con el todopoderoso, servirle de intérprete y de ninguna manera cuestionarlo o enfrentarlo. Su palabra deseaba comunicar, aclarar, convencer y no imponerse o recriminar al "Otro imperial".

Para comenzar había que informar una verdad ineludible. Washington tenía que saber que la voluntad unánime de los puertorriqueños era poner fin al régimen colonial existente. El país era aquí un bloque anticolonial cuya fuerza obligaba al poder metropolitano a buscar responsablemente una salida política a la situación colonial. La segunda gran verdad irrebatible era que sólo existían dos soluciones igualmente dignas, soberanas e irreversibles, a la cuestión del estatus de la Isla: la estadidad y la independencia. Cualquier otra postura intermedia sólo serviría para prolongar el problema colonial en vez de resolverlo. Se trataba entonces de seleccionar la vía más beneficiosa para las partes envueltas; es decir, desde la doble perspectiva, de la metrópoli y la colonia, apuntar los pros y contras de cada opción para llegar a un acuerdo.[223] Este planteamiento era central en el texto porque el mismo lo que buscaba era convencer al poder metropolitano de que la estadidad era absurda y costosa, mientras la independencia era viable y beneficiosa para ambas partes.

Para Puerto Rico estaba claro que la estadidad sería económicamente perniciosa. De realizarse, sólo serviría para acrecentar el predominio del monocultivo azucarero, al mismo tiempo que privaría a la Isla de sus ingresos contributivos, convirtiendo al gobierno federal en un nuevo

---

Serie 1, Folio 4, Doc. 16.

[223]Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", 5 de enero de 1937, p. 1.

poder ausentista que drenaría sus riquezas.[224] Pero, puesto que un discurso que sólo defiende los intereses de una de las partes resultaba estratégicamente inadecuado para establecer acuerdos, Muñoz procedió a enumerar los inconvenientes que la estadidad acarrearía para el "Otro imperial". Curiosamente, el nacionalismo moderado echó mano de las preocupaciones que dominaban en el pensamiento conservador y racialista norteamericano, inquietos por las consecuencias del posible mestizaje racial y cultural. En primer lugar, Puerto Rico era un territorio de ultramar, uno de esos "pueblos extraños" cuya densidad poblacional, historia y estructura cultural lo convertían en una nacionalidad inasimilable. La estadidad permitiría que este elemento extraño se sentara en el Congreso con ocho representantes y dos senadores y afectara con sus decisiones la vida misma de la nación metropolitana. En segundo lugar, la estadidad era un mal negocio pues la Isla no podría aportar al erario federal sin arruinarse. Por último, la estadidad conllevaba adquirir un lugar jurídico irrevocable que ninguno de los pueblos envueltos podría alterar en el futuro. Traducidos a favor de la independencia, estos tres puntos significaban: un reconocimiento de las diferencias insalvables entre ambos pueblos; la afirmación de que cada pueblo tendría poder sobre sus propios asuntos sin inmiscuirse en los del otro; la posibilidad de que la Isla sobreviviera económicamente y la probabilidad de establecer otros acuerdos entre ambos pueblos amigos.[225]

La voz intermediaria tenía que recordarle al Poder la dimensión ética de la acción política. Estados Unidos debía asumir su responsabilidad histórica y ponerle fin a un colonialismo que degradaba a ambas partes de la relación. Si alguna verdad contundente, a pesar de todos sus defectos, había hecho clara el Proyecto Tydings era considerar la independencia como la única solución correcta a la pesadilla colonial. Se trataba de confirmar este reconocimiento pero

[224]Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", 5 de enero de 1937, pp. 1-2.

[225]Véase: Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", 5 de enero de 1937, pp. 2-3.

subsanando los errores generados por el rencor de algunos burócratas menores que, pretendiendo castigar al país por los actos de dos individuos, habían enlodado la imagen misma del gobierno metropolitano ante los ojos de todos los puertorriqueños y de toda Iberoamérica. A los Estados Unidos le urgía limpiar su imagen con otro proyecto de independencia que le hiciese saber al mundo que la democracia americana se oponía al imperialismo y cumplía su misión de vanguardia civilizadora en buena vecindad con sus otros compañeros continentales. Si Tydings y Gruening habían manchado la reputación liberal del nuevotratismo, era pues responsable y pertinente hacer constar públicamente que Norteamérica respetaba el derecho de Puerto Rico a su autodeterminación e independencia como forma de realizarse la amistad eterna entre ambos pueblos.[226]

¿Qué había pasado en Puerto Rico en las recientes elecciones? La victoria de la Coalición proanexionista parecía poner en entredicho la posición de Muñoz de que el pueblo de Puerto Rico favorecía la independencia como forma de resolver la situación colonial. Se imponía la tarea de interpretar para el "Otro" los resultados electorales. En primer lugar, las elecciones habían ocurrido en el ambiente de temor e inseguridad provocado por el Tydings. Ya la voz profética había previsto los resultados políticos de esta medida y advertido sus peligrosas consecuencias para Washington. El Proyecto sólo había servido para debilitar las fuerzas progresistas que apoyaban la gestión nuevotratista y para fortalecer a los intereses corporativos y sus representantes políticos que eran enemigos declarados del gobierno de Roosevelt. En segundo lugar, era necesario hacer una lectura más a fondo de los resultados para entrever, en lo que era una derrota electoral, la pujanza del sentimiento independentista entre la población. Se trataba de un ideal defendido por un partido que obtuvo, contra todas las fuerzas conjuntas del gran capital y sus aliados políticos, el 48% de los votos emitidos por el pueblo. Sólo la inseguridad y el dinero habían logrado detener lo que era una

[226]Véase: Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", pp. 3-4.

tendencia irreversible: la llegada del Partido Liberal al poder político y la victoria segura de la independencia en cualquier consulta plebiscitaria que se llevara a cabo en el país.[227]

En el Memorando, el nacionalismo moderado confrontaba el discurso imperial clásico para forzar a la administración nuevotratista a distanciarse de esas posturas. El primer argumento a favor del control colonial de la Isla era la supuesta realidad geopolítica que hacia del Caribe y Centroamérica el patio americano y, por tanto, zonas vitales para su seguridad nacional. Muñoz refutó esta tesis a través de un doble argumento que curiosamente le servía para delimitar el tipo de república a la que aspiraba. Por un lado, se reconocía la cuestión geopolítica como una realidad que trascendía la cuestión del estatus de la Isla y, por otro lado, se asumía el discurso de la seguridad nacional imperial para convertirlo en seguridad regional y, más tarde, en seguridad continental.[228] La independencia de Puerto Rico no afectaría de manera alguna la seguridad norteamericana por la sencilla razón de que la futura república consentiría la presencia militar de los Estados Unidos en aquellas zonas de la Isla que éste creyese necesario. La república de Muñoz, como la de De Diego,[229] era una república ocupada por bases militares del ejército de otro país definido ahora como guardianes de la seguridad regional:

> Puerto Rico, especially since the American flag was raised over the Virgin Islands, is said not to be of military importance to the United States. However, in any case, every sensible Puerto Rican will agree that even under independence the United States should have the naval and military facilities in Puerto Rico that they may require for their national security. The national security of the United States will always be a primary concern of the Puerto Rican people, because of the friendly relations existing, because of the good neighbor policy, and because the security of

[227]Véase: Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", pp. 4-9.

[228]Véase más adelante nuestro análisis del discurso en conmemoración del natalicio de Luis Muñoz Rivera el dia 17 de julio de 1940.

[229]Véase: José de Diego, "El problema de Puerto Rico" Lake Mohonk, 1913, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 274-280.

> the whole Caribbean will always be intimately involved with the national security of the United States.[230]

¿Cuáles eran entonces las razones que le quedaban al imperialismo? Simplemente dos: la teoría abierta de la explotación económica y la teoría de la misión del hombre blanco. La primera no ameritaba discusión. El egoísmo vulgar no tenía un lugar en la tradición democrática norteamericana y había sido un simple error que algunos sectores del gran capital, junto a políticos ambiciosos, convirtieron en política oficial. Esta era la tendencia accidental y minúscula que la administración progresista de Roosevelt tenía la responsabilidad histórica de sepultar para siempre. Quedaba pues la misión civilizadora.

La tradición moderada del nacionalismo anticolonial puertorriqueño había reconocido desde la invasión norteamericana la superioridad material y la importancia cultural de la sociedad metropolitana. Estados Unidos era la encarnación de la modernidad, un país cuya civilización material -representada en su tecnología y su ciencia- y cultura espiritual -representada en los principios políticos modernos de libertad, democracia y derechos del ciudadano- servían de ejemplo a todos los países del mundo. Hasta aquí se coincidía con el discurso imperial y se aceptaba su misión civilizadora. Pero el tutelaje, cuando era necesario, debía ser pasajero o de lo contrario desembocaba en opresión. Este era el caso de Puerto Rico. Lo que comenzó como ayuda terminó convertido en saqueo y destrucción. La empresa imperial había fracasado y a la liberal y antiimperialista administración nuevotratista sólo le podía tocar la grandeza de proteger a la Isla contra sus explotadores y clausurar el tiempo del colonialismo:

> To any believer in liberty such as you are, to any anti-imperialist, such as Dr. Gruening used to be, to any believer in the rights of people to control their own destiny, it seems that the historical proven reality that people don't control other people, in the long run, except for the purpose of exploitation, must be the basis for any fair-minded decision as to Puerto Rico. I believe it is clear that, if the United

[230]Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", p. 5.

> States continue to own Puerto Rico, most of the long years that will follow the Roosevelt administration will be devoted, as all the long years that preceeded it, mainly to protecting exploitation of the people of Puerto Rico by a few privileged interest over here and, as an incident, in Spain. On the basis of that truth it is that I lay, in terms as simple as that, the need of independence for Puerto Rico.[231]

La independencia tenía otros méritos que la hacían imprescindible. En el plano nacional, esta alternativa política permitiría enfrentar el desastre económico provocado por el latifundio azucarero ausentista; es decir, la fuga de riqueza hacia el exterior, el desgaste de la productividad de la tierra y la población pauperizada hasta la deshumanización. Sólo así sería posible reconstruir la economía, fortaleciendo el mercado interno, diversificando los productos, rehabilitando el cafetal y, sobre todo, dándole forma nuevamente a la clase media propietaria del país. Por otro lado, para los Estados Unidos la colonia era un mal negocio. El pueblo americano tenía que costear de sus contribuciones el mantenimiento de ese pueblo devastado por la avaricia corporativa. Por el contrario, la independencia permitiría la búsqueda conjunta de alternativas económicas que resultaran mutuamente beneficiosas para las economías de ambos países.[232]

Muñoz reconocía que existía un problema que trascendía la cuestión del estatus y que debía enfrentarse con decisión si se quería mejorar las condiciones de vida en el país. Ese problema era el de la sobrepoblación. Para enfrentar esta situación, en su conversación con Ickes decidió reproducir la propuesta del Plan Chardón. Para el Líder liberal, la sobrepoblación debía enfrentarse combinando políticas de control de la natalidad con la práctica gubernamental de fomentar la emigración. El político corregía al poeta y reconocía que en el camino "hacia la gran aurora", "la turba de estrellas y hombres hambrientos"[233] tendría que dividirse y algunos buscar suerte en tierras

---

[231]Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", pp. 6-7.

[232]Véase: Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", pp. 7-9, 12-14.

[233]Muñoz Marín, "Panfleto", en Memorias, p. 221. También en: Rosario Natal, La juventud, pp. 108-109.

extrañas. En la nave que viajaría hacia la modernidad no había espacio para todos y el excedente humano sólo tendría una oportunidad desplazándose hacia otra geografía. En su proyecto, el boleto de viaje que se le concedía a la población sobrante era para cruzar el Canal de la Mona e instalarse en las zonas despobladas de la República Dominicana, a la que obviamente la voz profética parecía no concederle independencia de criterio y oposición a sus planes. Más atrevido aún, el desplazamiento que recomendaba no podía ser temporero e invitaba a los "marchantes" a terminar adaptándose a la nueva patria y asumiendo su nacionalidad. Con cierto descaro, el Líder predicaba que para muchos la esperanza y la tierra prometida era un viaje hacia afuera y desechaba las posibles heridas simbólicas de este proceso de reajuste humano pensando que las mismas quedarían borradas de la memoria con el tiempo. Mientras tanto, le decía a Ickes, el prestigio norteamericano quedaría intacto pues las medidas de control de la natalidad y de emigración no se podrían interpretar como parte de una conspiración imperial para destruir la nación, tesis sostenida por el nacionalismo radical albizuista. El control demográfico sería llevado a cabo por la élite letrada criolla bajo el argumento de que la nave zozobrando sólo podía salvarse lanzando al agua su sobrepeso humano. A los que sobraban se les invitaba a marchar.[234]

Por último, quedaba la cuestión de la forma de gobierno. El nacionalismo moderado deseaba convencer al "Otro imperial" de que las características de Puerto Rico hacían prácticamente imposible un mal gobierno. Se trataba de un pueblo pacífico, sin tradición castrense, educado durante casi cuatro décadas en la práctica de la democracia administrativa norteamericana, que además alcanzaría su independencia sin una revolución cruenta. Estados Unidos no tenía nada que

[234]Véase: Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", pp. 9-10.

temer de la futura república y las malas experiencias políticas de los estados-naciones hispanoamericanos no se reproducirían en la historia futura de la nación subalterna.[235]

Para solucionar el problema colonial, Muñoz recomendaba que se presentara ante el Congreso un proyecto para que los puertorriqueños llevaran a cabo unas elecciones con el fin de establecer una Convención Constituyente que se encargaría de redactar la Constitución de la futura república. Este documento sería sometido a revisión presidencial y una vez realizadas las enmiendas que se creyesen necesarias se procedería a su ratificación por parte del pueblo de Puerto Rico. Una vez aprobada la Constitución, la Convención y el Presidente nombrarían Comisionados que se encargarían de establecer los acuerdos económicos y comerciales entre ambas partes. Aprobados los acuerdos por el Presidente y la Convención, los mismos serían ratificados por el Senado norteamericano. Luego se procedería a celebrar elecciones en la Isla para seleccionar el gobernador, mientras el Presidente proclamaría la independencia del país.[236]

Muchas de las medidas propuestas en el Memorando ya se habían presentado en diversos escritos como alternativas contra el proyecto Tydings y en ese sentido no eran novedosas. Sin embargo, un punto resaltaba en el escrito. La Convención Constituyente y no el plebiscito se presentaba como la forma idónea de resolver la cuestión colonial. El nacionalismo moderado y el radical parecían coincidir en este punto. El plebiscito no era el mecanismo para solucionar la cuestión de la soberanía de un pueblo ya constituido. Su uso aplicaba más a poblaciones atrapadas entre dos estados-naciones y era una forma de consultar la voluntad de ese grupo humano para precisar a cuál de las comunidades políticas deseaba pertenecer. Realizar un plebiscito en un país ocupado como Puerto Rico era simplemente arriesgarse al desdoro público. La imagen de la

[235]Véase: Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", pp. 10-12.

[236]Véase: Muñoz Marín, Memorandum, pp. 14-17.

metrópoli saldría maltrecha pues si el pueblo colonial aceptaba la independencia, ésta parecería un rechazo del "Otro" y, si por alguna razón la independencia era derrotada, la opinión mundial no reconocería la decisión como la de un pueblo libre ejerciendo su autodeterminación. Estados Unidos tenía una sola opción: reconocer el derecho inalienable de Puerto Rico a su soberanía.

Sin embargo, esta postura antiplebiscitaria no se sostendría por mucho tiempo. Como veremos más adelante, separándose de las posiciones del nacionalismo radical albizuista, el plebiscito será revaluado como mecanismo adecuado para solucionar la cuestión del estatus de la Isla e incluso, su supuesta importancia, consistirá precisamente en ser una consulta independiente de los procesos electorales.[237]

La lucha en el plano nacional.

En el plano nacional, después de la derrota electoral del liberalismo en las recientes elecciones, no le costó ningún esfuerzo a Muñoz reconocer lo inminente de la ruptura con el grupo de Barceló. Había estado tratando de posponerla, pero sabía que tenía que estar preparado para asumirla y emerger victorioso. Desde mediados del 1936, estaba clara su estrategia política y teórica. La misma consistía en presentar las discrepancias como un producto del conservadurismo de sus enemigos, particularmente de su rechazo a la independencia con justicia social y su elitismo antidemocrático para con el pueblo liberal. El grupo dirigido por Barceló se presentaba como un sector obstinado de usurpadores vacilantes que no representaban, ni los ideales del programa del Partido ni la voluntad de las masas liberales. El modelo maniqueo ofrecía la claridad de los absolutos que obligaba a las sabias decisiones. En un lado de la contienda se aglutinaba, alrededor de Barceló, el ala conservadora compuesta de autonomistas confundidos y colonialistas disfrazados.

[237]Véase: Muñoz Marín, "Memorandum for Secretary Ickes", pp. 17-19.

En el otro polo se movía el liderato de independentistas verticales, apoyados mayoritariamente por la militancia liberal.

Durante el año 1937, esta estrategia se acentuó según una serie de acontecimientos acercaban el momento de su expulsión del Partido Liberal. Ya señalamos su gestión en Washington a favor de un nuevo proyecto de independencia. Muñoz insistió en que, a partir del Tydings, la administración nuevotratista había manifestado interés genuino en reconocer el derecho de Puerto Rico a su independencia si los puertorriqueños así lo expresaban en un plebiscito. Además, interpretó el proyecto Cartwright como una confirmación de esta posición. El nuevo proyecto tenía un aliciente adicional: corregía la animosidad del proyecto anterior y ofrecía una independencia con posibilidades de progreso económico y social.[238]

Pero, ¿qué hacían mientras tanto Barceló y su grupo? Dos cosas igualmente peligrosas. Por un lado, sabotear su esfuerzo declarando que un plebiscito era innecesario en el presente político del país y, por otro lado, acercarse a una postura de complicidad con las fuerzas reaccionarias que pretendían legitimar y perpetuar el orden colonial mediante reformas cosméticas al régimen. Para Muñoz, el presente era un momento decisivo que no podía enfrentarse con paños tibios y mientras él luchaba por los ideales y el programa del Partido Liberal, Barceló y su gente se dedicaban a menoscabar su trabajo preparándose para alterar el programa y abandonar la independencia en favor de modificaciones menores a la ley orgánica vigente.[239] Se trataba entonces de insistir en que el

[238]Véase; Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", La Democracia, 24 de febrero de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, p. 1; "Notas editoriales: Lo que ya ha aprobado la Administración", La Democracia, 9 de marzo de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 2-4; "Carta abierta", 27 de febrero de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 18-19; "Carta", La Democracia, 21 de marzo de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 20-21; "Declaraciones a la prensa", La Democracia, 7 de abril de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 30-31; "Discurso", 27 de marzo de 1937, en ALMM, Sec. III, Serie 2, Folio 13, Doc. 1; "Discurso", 29 de marzo de 1937, La Democracia, 31 de marzo de 1937, en Bothwell, op. cit., pp. 13-17.

[239]Véase; Antonio R. Barceló, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 31 de marzo de 1937, en

reconocimiento hecho por Washington del derecho de Puerto Rico a su independencia debía ser asumido plenamente. De lo contrario, el liberalismo se jugaba su imagen como partido y aparecería traicionando abiertamente su ideal y convirtiendo a Puerto Rico en "la burla del mundo entero".[240] Si se titubeaba y se dejaba perder la oportunidad, el país aparecería como "el más tímido de los limosneros", recibiendo, como dádiva, su independencia:

> Repito que no hay fuerza que pueda detener la independencia, y que la única fuerza que puede retrasarla, confundir sus "issues", ponerla en peligro de que llegue bajo condiciones que no sean justicieras, es el colonialismo de un pequeño grupo de puertorriqueños mismos. Estoy en Valley Forge. El triunfo de la causa que defiendo es tan seguro como lo fue el triunfo de la causa que se defendió en Valley Forge. Como los hombres de Valley Forge, tenemos en contra reaccionarios, gente de negocitos, hábitos mentales, dinero. Pero tenemos una gran ventaja sobre los hombres de Valley Forge, y es que la mayoría del ejército británico está con nosotros. Si a pesar de esto Puerto Rico perdiera su independencia, no habría paila de aceite en el Infierno de la Historia que pudiera hacer justicia a la conciencia y a la dignidad de semejante pueblo. Puede ser que suframos la indignidad de que la independencia sea la última limosna que le dé la Historia al más tímido de los limosneros.[241]

Durante la década del 20, la estrategia contra Barceló y su grupo había sido dividirlos. En un lado estaba el líder confundido y algunos autonomistas liberales bien intencionados; en el otro, falsos profetas que amenazaban el templo liberal atentando contra su principio constitutivo. Junto a estos últimos, aparecían esas fuerzas de la reacción formadas por una legión de propietarios que habían militado históricamente en el unionismo, dándole fuerza económica pero debilitándolo ideológicamente. Lo que en aquel tiempo fue un diagnóstico y una advertencia se confirmaba en el

---

Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 107-108.

[240]Véase: Muñoz Marín, "Discurso", La Democracia, 31 de marzo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 13-17; "Declaraciones a la prensa", La Democracia, 7 de abril de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 30-31; "Carta a Arthur G. Hays", 14 de julio de 1937, en ALMM, Sec. III, Serie 1.

[241]Muñoz Marín, "Carta", La Democracia, 21 de marzo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, p. 21.

presente pero con un cambio fundamental.[242] La reacción seguía viviendo en el interior del unionismo-liberal y había devorado al líder confundido. No obstante, la hora de su hegemonía había terminado. Desde el 1932, el momento decisivo se hacía inminente y la autonomía y el reformismo se habían transformado en posturas caducas que significaban un retroceso ideológico y político. La independencia, por el contrario, era un ideal de madurez, una fuerza invencible, un destino que podía retardarse pero no evitarse. Según aumentaba la tensión en su polémica con el grupo de Barceló, la estrategia del muñocismo consistió en insistir en que este grupo había pasado a convertirse en aliado del colonialismo: sirvientes de segunda de un "burócrata rencoroso y un general aturdido", que conspiraban diariamente contra Puerto Rico y el prestigio de la propia nación norteamericana.[243]

Inventando al "otro" construyó su autorepresentación. El nacionalismo moderado muñocista decidió erigirse en vanguardia progresista que enarbolaba y defendía la bandera de la independencia. Era el discurso de "los hombres respetuosos de sus ideales y consistentes y consecuentes con sus ideas";[244] la palabra integradora y generosa que proponía la unidad del partido y la nación para la meta excelsa de la soberanía política; el gesto vertical dispuesto a todos los sacrificios menos a rendir sus ideales; el llamado a la unidad de las fuerzas independentistas y anticolonialistas, en las que incluía a los sectores anexionistas; en fin, el discurso anticolonial que

---

[242]Véase: Muñoz Marín, "Conversaciones políticas: El Sr. Barceló y los pactos", Puerto Rico Ilustrado, 2 de junio de 1923, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II. pp. 353-355.

[243]Véase: Muñoz Marín, "Discurso", La Democracia, 31 de marzo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 13-17; "Declaraciones a la prensa", La Democracia, 7 de abril de 1937; "Notas editoriales: El burócrata aludido y el general aturdido", La Democracia, 11 de abril de 1937; "Notas editoriales: El burócrata aludido ataca el honor del Presidente", La Democracia, 20 de abril de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 30-36.

[244]Muñoz Marín, "Discurso", La Democracia, 31 de marzo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, p. 13.

había decidido superar el autonomismo como opción histórica y sostener sólo dos posibles salidas "igualmente dignas": estadidad o independencia.[245]

Una paradoja volvía a aflorar en este debate del muñocismo con el liberalismo conservador y la burocracia colonial. Su crítica al colonialismo, su defensa de la independencia, su rechazo de la política llevada a cabo por el gobierno colonial, estaba acompañada de una apología del "Otro imperial". Tanto en sus diatribas contra Gruening y Winship, como contra Reily y Gore, la crítica del gobierno y del orden colonial se apoyaba en una exaltación del "Otro metropolitano" como un poder ilustrado, que reconocía su pasado imperialista e intentaba subsanar su pecado mediante una política pública de arrepentimiento. La misma consistía en una serie de programas y leyes para realizar la rehabilitación económica de la nación subordinada, a los que se sumaba el compromiso declarado de reconocer la independencia de la Isla si esa era la voluntad del pueblo puertorriqueño.

Para Muñoz, el nuevotratismo era un antiimperialismo que definía el período colonial como una deshonra en la historia de la nación norteamericana. El colonialismo, esa abominable condición de poder-subordinación, empobrecía con su dialéctica perversa al amo y al esclavo y debía ser superado por la combinación de las fuerzas progresistas que en la metrópoli y en la colonia trabajaban al unísono. Los pueblos de Estados Unidos y Puerto Rico se reconocerían mutuamente y llegarían a establecer sus relaciones como pueblos libres e iguales, poniendo fin a la bipolaridad lamentable del coloniaje. Después de todo, ¿no eran las políticas económicas implantadas por el Nuevo Trato en la Isla el mejor ejemplo del reconocimiento de un error y de una política pública responsable y altruista? Más aún, ¿no era el Tydings, con todos sus defectos, una toma de

[245]Véase: Muñoz Marín, "Puerto Rico y el Partido Liberal (tres artículos)", La Democracia, 10, 11 y 12 de marzo de 1932, en ALMM, Sec. III, Serie 3, folio 9, Doc. 3, 4 y 6; "Manifiesto a los puertorriqueños", El Mundo, 25 de junio, 1936, en ALMM, Sec. III, Serie. 3, Folio 5, Doc. 2. "Discurso", La Democracia, 31 de marzo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 13-17.

conciencia de la realidad colonial que invitaba a su extinción? Muñoz parecía aquí estar olvidando lo que él mismo había planteado: que el Tydings tenía como objetivo perpetuar el orden colonial al convertir la independencia en sinónimo de miseria económica. Sin embargo, su estrategia discursiva hacía posible reconciliar ambas posturas. La cuestión se solucionaba de manera sencilla si teníamos presente que había siempre que distinguir entre las "malas intenciones" de algunos burócratas de turno y el "espíritu" democrático norteamericano que encarnaba su Presidente. El Tydings tenía un propósito negativo en la mente de cierta burocracia imperialista rencorosa, pero dentro del espíritu nuevotratista representaba un reconocimiento de nuestro derecho a la soberanía. El nacionalismo moderado se mostraba incapaz de reconocer las estrategias sutiles que el imperialismo benévolo tejía para conservar el orden colonial y creyó que el "Otro imperial" se preparaba, generoso, para suicidarse políticamente.[246]

En el muñocismo, la imagen positiva del poder imperial se tradujo en tres planteamientos esenciales. En primer lugar, se insistía que desde Washington se movían las fuerzas progresistas dispuestas a liquidar el colonialismo. La metrópoli había reconocido el desastre colonial y asumido la responsabilidad moral de ayudar a la reconstrucción de su colonia. En segundo lugar, se distinguía la tendencia dominante en la metrópoli de las políticas negativas de algunos miembros de la burocracia imperial. Las decisiones antidemocráticas del gobierno de Winship, que había tenido su clímax en la masacre de Ponce, así como las intrigas de Gruening para destruir el liberalismo, eran el producto de los desatinos personales de cada uno de ellos y no representaban la orientación intelectual y política del nuevotratismo. Por último, gestiones como las realizadas por el Presidente de la Unión de Libertades Civiles, Arthur Garfield Hays, demostraban a todos los puertorriqueños el

[246]Véase: Muñoz Marín, "Discurso", La Democracia, 31 de marzo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 13-17; "Notas editoriales: El burócrata aludido y el general aturdido", La Democracia, 11 de abril de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 32-33.

carácter progresista y democrático que predominaba en los Estados Unidos, trastocando así la imagen negativa creada por el aparato burocrático-militar colonial.

Las alabanzas a Washington parecían no tener fin en el nacionalismo moderado. El Informe rendido por Hays sobre la masacre de Ponce, inculpando al gobernador Winship, se le presentó como la mejor expresión de la diferencia abismal que existía entre las dos tendencias que se debatían en el interior del campo intelectual y político norteamericano y como la victoria del sector ilustrado sobre el reaccionario.[247] En carta a Black, celebraba el significado pedagógico de la tarea de Hays, la "sacudida magnífica y sumamente saludable" que esta expresión de "democracia jeffersoniana" había tenido en la vida puertorriqueña. Optimista, reconciliador, el representante del nuevotratismo en la Isla auguraba "algo verdadero y profundo" de esta nueva expresión del liberalismo imperial y se sumaba gustoso al grupo de creyentes en la libertad y la democracia norteamericana:

> Puerto Rico ha tenido una mala y horrible experiencia en los últimos años. Pero ha tenido también dos nuevas y magníficas experiencias: la del esfuerzo honesto de Roosevelt de lograr la justicia económica, y el mensaje práctico de Hays en cuanto al sentido y el significado de la libertad. Si estas dos experiencias pudieran juntarse, y honesta y claramente traducirse en una política de gobierno algo verdadero y profundo, se habría logrado para mi trágico pueblo y para el buen nombre y el prestigio del tuyo, magnífico y complaciente país. ¿No sería posible tratarlo?
>
> Tuyo para la libertad Jeffersoniana (no Hooveriana) y para la justicia social Roosevelitiana.[248]

Un hecho particular parecía cuestionar su lectura sobre el "Otro imperial". Al nombrar a José M. Gallardo como nuevo Comisionado de Instrucción Pública de Puerto Rico, el Presidente Roosevelt le cursó una carta en la que le exhortaba a utilizar el proceso educativo como un

---

[247]Véase: "Informe del Comité de Libertades Civiles", El Imparcial, 24 de mayo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 43-81.

[248]Muñoz Marín, "Carta a Ruby Black", 26 de mayo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 84-86.

instrumento para la formación de una "próxima generación de ciudadanos americanos en Puerto Rico que se desenvuelva con completa facilidad en la lengua inglesa".[249] El inglés, decía el Presidente, era el idioma nacional y sólo a través de ese instrumento cultural podrían "los americanos puertorriqueños" tener "una mayor comprensión de los ideales y principios americanos" y aprovechar "las oportunidades económicas que se les brindaron cuando se les hizo ciudadanos americanos".[250] El imperialismo ilustrado reconocía que era imposible destruir la base cultural de los puertorriqueños y no se proponía una americanización asimilista del "Otro inferior". Bastaba con civilizar al subalterno convirtiéndole en un elegido por la Historia, un privilegiado que gozaba de la dicha de haber recibido la gracia de la ciudadanía americana para sumar, a su lengua y su cultura, la lengua y la cultura metropolitana. Preocupado por el fracaso de su misión civilizadora e incapaz de pensar en las resistencias del débil, la voz suprema de la burocracia imperial llamaba a emprender con vigor y devoción la cruzada civilizadora del "otro", legitimando, como mecanismo para abrir las puertas de la modernidad, su empresa de conquista y dominación:

> … Puerto Rico es una isla densamente poblada. Muchos de sus hijos e hijas desearán buscar oportunidades económicas en el Continente o quizás en otros países de este hemisferio. Se verían grandemente obstaculizados si no dominaran el inglés. Es obvio que ellos siempre retendrán y deben retener la facilidad en la lengua de su cultura española de herencia. Claramente no hay deseo o propósito de disminuir el goce o utilidad del rico legado cultural español del pueblo de Puerto Rico. Sin embargo, lo que es necesario es que los ciudadanos americanos de Puerto Rico se beneficien de su situación geográfica única y de las circunstancias históricas únicas que les proporcionaron las bendiciones de la ciudadanía americana haciéndose bilingües. El bilingüismo será logrado por las venideras generaciones de Puerto Rico solamente si la enseñanza del inglés a través del sistema educativo insular es acometida inmediatamente con vigor, entereza de propósito y devoción, y teniendo en cuenta que el inglés es el idioma oficial de nuestra nación.[251]

---

[249]F. D. Roosevelt, "Carta a José M. Gallardo:, 17 de abril de 1937, El Mundo, 18 de abril de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 39-40.

[250]Roosevelt, "Carta a José M. Gallardo", en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 39-40.

[251]Roosevelt, "Carta a José M. Gallardo".

La explicación que el muñocismo dio de la carta del Presidente fue sencilla. La contradicción aparente entre la postura liberal, que reconocía el derecho de Puerto Rico a su independencia, y la preocupación imperial por americanizar al "otro" y volverlo un ciudadano americano bilingüe para el futuro, se explicaba como el producto de un engaño que obnubilaba la percepción que el poder imperial ilustrado tenía del "Otro colonial". El "burócrata aludido", Gruening, había pintado un cuadro falso de la realidad política puertorriqueña creando en Roosevelt la impresión de que los puertorriqueños deseaban conservar, casi por unanimidad, los nexos con los Estados Unidos. Bajo esta impresión, el poder imperial mostraba una vez más su actitud progresista sosteniendo que los isleños debían completar su deseo de permanecer junto a los norteamericanos con una política educativa americanizadora. Pero la posición presidencial era el producto de un malentendido. En el interior del mundo metropolitano se debatían dos tendencias, la imperialista y la antiimperialista; la primera había logrado engañar temporeramente a la segunda pero era una cuestión de tiempo para que el sector democrático, lidereado por Roosevelt, descubriera la verdad y corrigiera su ligereza. El nacionalismo moderado insistía en que la metrópoli era su aliado:

> Después de treinta y ocho años de silencio, el gobierno americano por fin dijo lo primero, que está de acuerdo con las tradiciones democráticas y antiimperialistas de dicho pueblo y especialmente de su actual Administración. Un año más tarde, el gobierno americano dice todo lo contrario. ¿Cuál de las dos cosas hemos de creer? La democrática-anti-imperialista o la anti-democrática e imperialista? Pésele al Burócrata Aludido, pésele a sus maquinaciones de politiquería y engaño, los puertorriqueños vamos a creer la palabra democrática y liberal. Le vamos a hacer a los Estados Unidos el honor de no creer en la palabra que contradice esos principios, sabiendo además, que esta última palabra se basa en maquinaciones contrarias al honor del Presidente Roosevelt por su propio subalterno. Y vamos a no creer en esa palabra contradictoria, para que haya paz sin rebajamiento en Puerto Rico. Si creyésemos en ella, el Burócrata Aludido -rufián intelectual si lo hubo- habría puesto un sello de sangre y de catástrofe sobre el porvenir de nuestro pueblo.[252]

[252]Muñoz Marín, "Notas editoriales: El Burócrata aludido ataca el honor del Presidente Roosevelt", La Democracia, 20 de abril de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 34-36.

Otro punto de tensión con que el muñocismo tuvo que lidiar fue el conflicto entre el nacionalismo radical albizuista y el poder imperial. En principio, Muñoz se opuso en todo momento al encarcelamiento de Albizu y su gente y consideró esta medida como una persecución política.[253] Su experiencia en las luchas obreras en los Estados Unidos durante la década del 20 le había enseñado hasta donde podía llegar la depravación del Estado democrático cuando trataba con grupos políticos contrarios al sistema vigente.[254] El encarcelamiento de Albizu y otros líderes nacionalistas, así como la masacre de Ponce llevada a cabo por la policía el 21 de marzo de 1937, le parecieron un producto de esa mentalidad reaccionaria que había que combatir decisivamente porque sólo serviría para exaltar los ánimos en el espacio político local y dañar la imagen de los Estados Unidos tanto en Puerto Rico como a nivel mundial. Pero según la guerra entre el aparato burocrático-militar colonial y el nacionalismo albizuista arreciaba y la propaganda colonialista insistía en el carácter fanático y violento de los nacionalistas,[255] el muñocismo se vio obligado a establecer sus diferencias con el nacionalismo radical. Era necesario dejar claro, tanto en el ámbito local como metropolitano, que el discurso moderado rechazaba la violencia como arma política y era un movimiento pacífico y legalista que, contrario al patriotismo pasional, combinaba adecuadamente el patriotismo y la responsabilidad ciudadana para hacer de la independencia con justicia social una verdadera posibilidad histórica.

---

[253]Véase: Mathews, La política puertorriqueña, pp. 262-265.

[254]Véase: Muñoz Marín, "La muerte de Sacco y Vanzzeti", en ALMM. Sec. III, Serie 2.

[255]Véase: E. Gruening, "Memorandum para el Secretario Ickes", 9 de julio de 1936, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, II, pp. 607-608; "Carta a Henry Epstein", agosto, 1936, en Bothwell, ibid., pp. 494-497; B. Winship, "Informe contra la Comisión de Libertades Civiles", 3 de junio de 1937, en Bothwell ibid., pp. 88-102; Winship, "Carta al Secretario del Interior", en Bothwell, ibid., pp. 103-105. Coronel William C. Rigby, "Memorándum de felicitación al Gob. Winship", en Bothwell, ibid., p. 106.

En el tiempo transcurrido entre la muerte de Riggs y la masacre de Ponce, el muñocismo trazó las fronteras que lo separaban de la tendencia radical y la violencia le sirvió de hilo de demarcación. La "revolución pasiva", a través de la cual el capital instala su revolución-restauración en la fase imperialista, se convirtió en la consigna de la "revolución pacífica", forma de expresión política inmanente a nuestro Ser nacional. La imagen del Ser como pueblo pacífico, noble, hospitalario y culto; como pueblo que había vivido siglos de vida fraternal, descartaba por ajena a su naturaleza la violencia política. La revolución pacífica era el proceso legalista de transformar el mundo colonial a través de una sabia combinación de lo pasional y lo racional, del patriotismo y la responsabilidad epistemológica y moral. Algunos individuos habían llevado su rechazo del sistema colonial hasta el extremo de la confrontación, pero en realidad no eran locos sino víctimas de la misma condición colonial, que alcanzaba niveles de desesperación. La violencia era el síntoma de una crisis, no un medio político; una amenaza siempre latente en condiciones de explotación y desigualdad, no el mecanismo adecuado para transformar el mundo. La guerra era el testimonio trágico de que los niveles de tolerancia se habían agotado y de que urgía adoptar medidas decisivas para eliminar, no a los nacionalistas, sino el orden colonial.

La expulsión del Partido Liberal.

En los inicios de mayo de 1937, el debate en el interior del liberalismo llegó a su clímax. En Manifiesto dirigido a la Junta Central del Partido Liberal, Barceló rechazaba a los "vociferadores de oficio", a los espíritus "aventureros" que habían atentado contra la postura de "comedimiento, prudencia y previsión" que caracterizaba al nacionalismo unionista-liberal y exigía sanciones reglamentarias contra ellos.[256] El Manifiesto resumía los acontecimientos del año anterior

[256]Véase: Antonio R. Barceló, "Manifiesto a la Junta Central del Partido Liberal", El Mundo, 3 de

lamentando la muerte de Riggs, rechazando la violencia política y explicando la derrota electoral de noviembre del 36 como un resultado de las prédicas y las tácticas muñocistas. La estrategia de Barceló contra Muñoz consistió en presentarlo como un joven insolente, ensoberbecido con triunfos que no le pertenecían e influenciado por el radicalismo albizuista y un "matiz rojo de socialismo radical y demagógico que no es postulado en el programa de nuestro partido".[257] La brecha generacional se tornó cuestión de principios. Asociando a Muñoz con las tendencias radicales del nacionalismo y del socialismo, el Presidente del Partido Liberal lo definía como un elemento ajeno a la tradición del nacionalismo moderado que había intentado llevar el movimiento liberal por caminos extraños. La verdadera discrepancia entre su grupo y el muñocista no era la independencia, sino el tipo de independencia al que se aspiraba y los medios que se consideraban idóneos para realizarla. La formación intelectual del joven líder, sumada a su megalomanía, lo convertían en un aventurero, enemigo del proceso gradualista de emancipación política que predicaba el Partido Liberal. Los malsanos principios de sus primeras lecturas socialistas y sus acciones primeras en la política puertorriqueña se mezclaban con el gusto nacionalista por la confrontación y la violencia para transformarlo en un agente extraño a la tradición moderada. Su prédica antielectoral y su crítica al capital habían desarmado moralmente al liberalismo, alejando de sus filas el importante sector de la burguesía criolla y provocando su derrota electoral.

El debate cobraba aquí un nuevo giro: establecer el heredero legítimo de la tradición moderada. Barceló se hizo portavoz de la teoría gradualista de realizar reformas al régimen colonial postulada por el discurso imperial. Para él, los puertorriqueños estaban prácticamente divididos en

---

mayo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 109-119; Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 5 de mayo de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 122-129; Barceló, "Contra-réplica", El Imparcial, 6 de mayo de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 130-131.

[257]Barceló, "Manifiesto", El Mundo, 3 de mayo de 1937, en Botwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 115.

dos fuerzas: la que postulaba "la bella e inspirada" estadidad y la que promulgaba la natural independencia. La estadidad era imposible por razones raciales, culturales, económicas y geográficas, y quedaba como destino histórico la segunda opción. Muñoz había tergiversado su palabra y levantado la calumnia de la traición al programa del Partido. Pero en realidad, él era quien representaba la tradición moderada y la propuesta independentista como un resultado a largo plazo de las reformas democratizadoras del régimen colonial vigente.[258] Esta era la línea establecida por los grandes patriotas fundadores de la tradición -Baldorioty, Matienzo, Muñoz Rivera y De Diego-, y era la propuesta que se había difundido a través de La Democracia, ese instrumento poderoso y símbolo de la palabra moderada.[259] Para Barceló, la disputa era entre dos formas de concebir la política y el partido: la revolucionaria y la evolutiva; la nacionalista y la liberal; la violenta y la pacífica y conciliadora; la que pretendía un salto a la independencia y la que reconocía la necesidad de llevar a cabo un proceso paulatino de reformas que desembocaran a largo plazo en la soberanía; la del partido revolucionario y la del partido de gobierno:

> Oponerse a la liberalización progresiva del régimen es crear obstáculos a la realización del programa del Partido Liberal y propender a la perpetuación de la colonia. Es el liberalismo portorriqueño, por designio de su programa, un partido de gobierno, con todo lo que esta expresión significa y encierra en la nomenclatura política de Puerto Rico. No somos, no hemos querido ser, por patriotismo, un partido revolucionario. Nuestra acción tiene por fuerza que ser evolutiva y debe desenvolverse dentro de un ambiente de paz, compenetración y cordialidad con el pueblo de los Estados Unidos, en cuyas instituciones libertarias debemos calcar, no por servilismo, sino por noble emulación, las que ansiamos para nuestro propio país. Ninguna reforma progresiva del régimen existente puede repugnar a la conciencia del liberalismo puertorriqueño. (...)
>
> Nos confrontamos, pues, con el inevitable conflicto de dos políticas, no con un mero conflicto de hombres; y ésta que hemos delineado ha sido siempre, es y debe ser la acción del Partido Liberal en lo que a los objetos de su programa se

[258]Véase: Barceló, "Manifiesto", 3 de mayo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 116-117.

[259]Véase: Barceló, "Manifiesto", 3 de mayo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 109-119.

> refiere. Una política conciliadora de todos los intereses legítimos sabiamente armonizados del conjunto puertorriqueño; sin violencias y sin antagonismos injustificables que puedan impedir, en un momento dado, la acción concentrada de todos los hijos de esta tierra para una solución decorosa y unánime de nuestro problema político, que haga honor al país y satisfaga a todos por igual. Esta es la escuela cívica, la escuela de profunda raigambre patriótica que nos viene de Román Baldorioty de Castro, de Luis Muñoz Rivera, de José de Diego y Rosendo Matienzo Cintrón, aquellos valores inmarcesibles y genuinamente portorriqueños, genuinamente amantes de la libertad, que aún no ha encontrado igual ni parangón en la época presente.[260]

Muñoz ripostó acusando a Barceló de autoritario y rencoroso y de pretender silenciar la voluntad del pueblo liberal, provocando su división en un momento histórico trascendental. Sus exabruptos sólo servían para hacerle el juego a las fuerzas conjuntas de la reacción local y de la burocracia colonialista. No obstante, el viejo líder había acertado en un punto: pensar el debate en el interior del liberalismo como una pelea entre dos concepciones de la política y del partido que trascendían las diferencias personales. Se trataba entonces de demostrar quién era el verdadero heredero de la tradición moderada, agente de la prudencia que rechazaba la violencia como instrumento político y defendía los ideales fundamentales de ese movimiento político-intelectual contra cualquier intento de claudicación.

Para Muñoz, la estrategia del burocratismo colonial era confundir a los puertorriqueños con un "bluff" de independencia como el proyecto Tydings y con una propaganda que reducía todo el independentismo a un ideal de fanáticos inclinados al crimen y el suicidio. Curiosamente, mientras él luchaba contra las consecuencias negativas del Proyecto y llamaba a todas las fuerzas políticas a la sensatez, había sido Barceló el portavoz de un patriotismo apasionado que ahora, vacilante, retrocedía hasta convertirse en una traición del programa liberal. No podía ser líder de la tradición

---

[260]Barceló, "Manifiesto", 3 de mayo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, p. 118. Estos son los argumentos que Barceló repetirá constantemente contra el muñocismo. Véase: Barceló, "Carta a J. Camprubí", El Mundo, 14 de agosto de 1937", en Bothwell, ibid., pp. 150-151; "Manifiesto", La Prensa, 20 de julio de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 168-169; "Declaraciones a la prensa", La Prensa, 14 de octubre de 1937, en Bothwell, ibid., p. 173.

moderada un hombre tan ambivalente y confundido que terminaba defendiendo reformas que le darían medio siglo más de legitimidad al régimen colonial. El tiempo de los titubeos y las medidas cosméticas había terminado y el reformismo sólo serviría para posponer peligrosamente la solución soberanista. Para emprender el viaje hacia el futuro era necesaria la celebración próxima de un plebiscito en donde se seleccionaría entre la estadidad o la independencia como únicas soluciones definitivas e irrevocables de la cuestión del estatus. Este era el único medio de "restaurar la paz en Puerto Rico en la más firme amistad, que es la amistad entre iguales, con los Estados Unidos y su gobierno".[261]

En el debate era igualmente importante rechazar la doble asociación, que pretendía hacer Barceló, del nacionalismo con la violencia y de la teoría y práctica muñocista con los actos de violencia realizados por el sector radical albizuista. De esta manera se defendía de los ataques del discurso imperial y, al mismo tiempo, demostraba la claudicación ideológica del líder liberal. Sobre el primer punto, Muñoz insistió en que la postura de Barceló era la reproducción del discurso colonialista que tenía como principales promotores a Gruening y al gobernador Winship. El propósito de éstos era reducir el nacionalismo a una ideología política fanática, "hostil a la paz y el orden y a los Estados Unidos". De esta manera se hacía recaer en los albizuistas toda la culpa por la violencia política, justificando la represión desenfrenada y criminal que había desatado el aparato burocrático-militar colonial como un acto de legítima defensa del orden legal constituido. El colonialismo, el verdadero culpable de la violencia política, aparecía como un “status quo” pacífico y progresista al que había que salvaguardar y la desesperación patriótica, como una locura

[261]Véase: Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 5 de mayo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 122-129; "Carta a Rafael Martínez Nadal", 12 de julio de 1937, El Mundo, 13 de julio de 1937; "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 16 de julio de 1937; "Declaraciones", El Mundo, 21 de junio de 1939, en Bothwell, ibid., pp. 163-164, 167, 197-198.

reprochable que había provocado el caos político y social que vivía el país. Las fuerzas reaccionarias y Barceló eran ahora un coro que entonaba la misma melodía antipatriótica y colonialista y era necesario enfrentarlos defendiendo el nacionalismo, explicando las razones de la violencia política, y como corolario, descartando a Barceló.

Muñoz insistió en que la fuente de la violencia era el régimen colonial y el verdadero crimen, el crimen histórico, era el colonialismo: reino de la barbarie, tiempo de la caída que pretendían perpetuar todas las fuerzas reaccionarias que abogaban por reformas insustanciales. La naturaleza violenta y opresiva del orden colonial debía superarse sin que el patriotismo se degradara en la esencia depravada y desmoralizadora de su enemigo. Por eso la violencia era una táctica política innecesaria y contraproducente; un gesto absurdo e inmoral al que pretendía conducir el orden colonial a los puertorriqueños para denigrarlos. Pero por suerte existía otra salida, la abierta por la sabia combinación de nuestra naturaleza con la conducta altruista del "Otro imperial" ilustrado. La violencia era innecesaria porque el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos estaban dispuestos a reconocer la independencia de Puerto Rico cuando el pueblo así lo reclamara y porque era ajena a nuestra identidad. La violencia emergía del orden colonial y sería superada con su extinción. Además, la violencia política albizuista, que sí existía, era un acto de desesperación producto de un malentendido y sería superada cuando se hiciese claro que Puerto Rico y Washington reconocían la independencia como destino y cuando la familia recuperase su fraternidad. En la utopía posible moderada, se extinguirían los males del colonialismo y el pueblo se reencontraría con su esencia pacífica alcanzando: la "paz sin sometimiento", "la cooperación sin indignidad", "el reconocimiento sincero de derechos e ideales". La "amistad sin adulación" haría

posible ese mundo en que los pueblos iguales cooperarían mutuamente para realizar la modernidad.[262]

Respondiendo al ataque del discurso imperial reproducido por Barceló, Muñoz deslindaba las fronteras que separaban al nacionalismo moderado de otras tradiciones nacionalistas, particularmente del nacionalismo radical. Según el discurso imperial y sus epígonos criollos iban caricaturizando el albizuismo y reduciéndolo a una mera teoría de la violencia política, se veía obligado a postular la heterogeneidad del campo discursivo y del movimiento nacionalista puertorriqueño. Su nacionalismo era una filosofía política moderna y modernizadora que afirmaba la existencia de la nación puertorriqueña y organizaba los proyectos económicos y políticos para su salto de la barbarie colonial a la utopía emancipadora de la modernidad. En su discurso, la violencia era definida como una conducta social y una práctica política extraña al pueblo y a la tradición moderada y su rechazo simplemente era una muestra más de la afinidad de su palabra con la personalidad puertorriqueña.

Desde la muerte de Riggs, dos posiciones se van a repetir constantemente en todas las manifestaciones públicas del discurso moderado muñocista: el carácter pacífico de su praxis política como un reflejo de la idiosincrasia del puertorriqueño y la concepción positiva del "Otro metropolitano" como pueblo amigo dispuesto a trabajar por la liberación material y política de la nación subalterna. En plena lucha contra el discurso imperial y contra las distintas versiones que se debatían por hacerse hegemónicas en el interior del campo discursivo nacionalista, desde Barceló hasta Albizu, el muñocismo fue acentuando su apología del "Otro" y tomando conciencia de una

[262]Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 5 de mayo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, p. 128.

forma de representación del albizuismo que muy pronto haría suya para cantar a coro contra el discurso radical.[263]

En la disputa para definir qué era y a quién pertenecía la tradición moderada, el muñocismo desarrolló la doble estrategia de inventar la tradición y proclamarse su heredero legítimo: se definió como voz y letra de esa santísima trinidad en donde el Padre se desdoblaba en el Hijo y el espíritu. ¿Quién, si no él era el triple heredero del nombre, del "espíritu de resistencia a la opresión" y del instrumento real y simbólico de La Democracia, que era el arma por donde la "sangre" se hacía verbo y texto? El unigénito reproducía en su discurso la voz de una estirpe, de un legado que enlazaba los tiempos para proveerles de sentido y dotar de continuidad a la nación. En el metarrelato fundacional del muñocismo el Padre, el Hijo y los nietos encarnaban esa esencia misteriosa del Ser nacional y construían el sentido de la historia como proceso de nacimiento, desarrollo y madurez de su identidad. En el pasado, los orígenes del espíritu se personificaban en el Padre; en el presente, el poder del espíritu hablaba por boca del Hijo; en el futuro, la esencia se realizaría en los descendientes como "ciudadanos de una patria libre".[264]

El último día de mayo de 1937 se consumó la expulsión de Muñoz y de su grupo del Partido Liberal.[265] Los muñocistas respondieron reuniéndose en Barranquitas para fundar un nuevo partido que quedó temporeramente en suspenso, el Partido Liberal Neto Auténtico y Completo. Posteriormente realizaron reuniones y mítines por toda la Isla y completaron su movilización con la celebración de una Asamblea en Arecibo. Durante la misma se consideraron nulos los acuerdos

[263]Véase: Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 5 de mayo de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 127-128.

[264]Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 5 de mayo de 1937.

[265]Véase: "Luis Muñoz Marín derrotado por la Junta Central del Partido Liberal", La Prensa, 5 de junio de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 132-134.

tomados por la Junta Central y se procedió a definir el programa de un nuevo liberalismo. El proceso de inscribir el nuevo partido se pospuso pues todavía se hablaba de unidad y se pretendía conservar el nombre del Partido Liberal. En su programa este nuevo movimiento afirmaba la independencia como única solución al problema del estatus de la Isla y como un ideal a defender en un futuro plebiscito que daría la oportunidad al pueblo puertorriqueño de manifestar libremente su voluntad política. El régimen colonial era incorregible y las salidas intermedias, como la autonomía, eran falsas opciones por inestables y revocables. La colonia sólo podía superarse por una de dos opciones, la independencia o la estadidad, y la última, aunque digna, era una fantasía política. Para el futuro, la esperanza se llamaba independencia.[266]

Desde mediados del 1937 y en los próximos años, la estrategia del nacionalismo moderado muñocista siguió siendo presentarse como defensor del proyecto soberanista asegurando que el mismo se realizaría de forma pacífica y en la más perfecta armonía con la antigua metrópoli, transmutada ahora en agente descolonizador. Pero un cambio casi imperceptible estaba registrándose en el discurso y la práctica muñocista. El Líder comenzaba a reconocer el posible desacierto de la táctica de retraimiento electoral que postuló para las elecciones del 36 y se aprestaba a revaluar positivamente el proceso electoral y la gestión gubernamental dentro del orden jurídico colonial.

---

[266]Véase: Mathews, La política puertorriqueña, pp. 286-319; Pagán, Historia de los partidos políticos, II, pp. 122-128; Trías Monge, Historia constitucional, II, pp. 248-265; Muñoz Marín, "Notas editoriales: El pueblo liberal se arrancó la mordaza", La Democracia, 23 de junio de 1937, en ALMM. Sec. III, Serie 3, Folio 4, Doc. 4; Muñoz Marín, Francisco M. Susoni y Rodolfo Rodríguez Pabón, "Al gran pueblo liberal", La Democracia, 25 de junio de 1937, en ALMM. Sec. III, Serie 3, Folio 4, Doc. 3; "En la primera prueba popular, diez mil liberales responden a los netos", 23 de junio de 1937, en ALMM. Sec. III, Serie 3, Folio 4, Doc. 5; "Muñoz Marín convoca a asamblea del Partido Liberal", El Mundo, 28 de junio de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 141-149.

El nuevo movimiento liberal aspiraba a realizar una "revolución pacífica", que sólo habría de conseguirse mediante la vía legal a través de la victoria electoral. Sutilmente, se iba afirmando que existían dos tipos de elecciones igualmente importantes, en donde se discutían dos cosas distintas y fundamentales: en las elecciones generales, la composición del gobierno, y en el llamado plebiscito, la cuestión del estatus. La tesis de que el proyecto Tydings, al haber reconocido el derecho de Puerto Rico a su independencia, tornaba innecesario el proceso electoral en el régimen colonial, se desechaba para retornar a una teoría liberal del gobierno como sistema democrático. Al gobierno le correspondían tareas fundamentales para poder implantar, desde el mismo orden colonial, la reconstrucción material del país, y el nuevo liberalismo tenía que aspirar a ser un partido de gobierno para poder llevar a cabo su programa de justicia social. La colonia desaparecería por vía democrática, pero ya no mediante la Constituyente, como planteaba el Memorando a Ickes, sino exactamente mediante lo que se había definido como improcedente: por un proceso plebiscitario, independiente de las elecciones generales, en donde el estatus sería el único asunto en discusión. El nuevo movimiento buscaría insertarse en el proceso electoral para llegar a ser partido de gobierno sin abandonar su ideal de independencia. Las elecciones dentro del orden colonial eran ahora nuevamente el medio democrático para constituir un buen gobierno, aunque no el mecanismo para resolver el estatus. Con la separación, el ambiente para un debate que sacudiría al liderato y las huestes liberales muñocistas estaba puesto. En las próximas elecciones, la cuestión sería el gobierno honrado y el proyecto de rehabilitación económica. El estatus no estaría en discusión y tendría que esperar a la vuelta de la esquina de la Historia.

La cuestión plebiscitaria sirvió también para distinguir la posición del muñocismo de las otras tradiciones nacionalistas de la fase de movimiento. Por razones distintas, el barceloismo y el albizuismo parecían coincidir en que el plebiscito era improcedente. El primero lo rechazaba debido

al ambiente negativo generado por la violencia nacionalista y lo consideraba como un mecanismo para el futuro. El segundo, por su parte, lo tildaba un instrumento jurídico inadecuado que, aplicado a naciones históricas, constituía una afrenta moral y un cuestionamiento de su derecho a la autodeterminación. Separándose de unos y otros, Muñoz se convirtió en el principal pregonador de la alternativa plebiscitaria. Era la mejor forma para matar muchos pájaros de un tiro. Defendiendo la solución pacífica plebiscitaria de la cuestión colonial se congraciaba con Washington y se mostraba como un espíritu ilustrado y democrático, muy distinto a la desesperación apasionada del albizuismo. Al mismo tiempo, contra un Barceló que retrocedía hacia el reformismo colonial, se presentaba como paladín de la independencia y consolidaba su hegemonía en el interior de las fuerzas liberales. Estas no debían tener ninguna duda de quién era el verdadero defensor del ideal independentista. Finalmente, respondiendo a las inquietudes de afuera (Washington) y de adentro (los liberales) se distanciaba del albizuismo y se mostraba como versión autónoma de la historia y la práctica política.

En verdad, el plebiscito estaba lejos de realizarse y más que nada se trataba de saber utilizarlo como instrumento para diferenciarse de sus enemigos inmediatos en el interior del campo nacionalista, al mismo tiempo que se tendía la mano al "Otro imperial". Por eso no sintió temor alguno en coincidir con las fuerzas coalicionistas y aceptar gustoso ese reto-invitación que le hacía Martínez Nadal para que la victoria por mayoría simple de cualquiera de las dos opciones de estatus fuese suficiente para el suicidio político de la vencida. La independencia no perdería si las fuerzas progresistas de Washington y Puerto Rico se aliaban contra la reacción y ahora, olvidando los supuestos efectos negativos que había provocado el Tydings, la voz profética se mostraba optimista, desafiante, presta a triunfar en el duelo por la realización del destino inevitable.[267]

[267]Véase: "Resolución aprobada en la Asamblea del Partido Liberal Neto Auténtico y Completo

La peregrinación del unigénito.

En su doble frente de lucha, contra el discurso imperial y contra otros relatos nacionalistas, el muñocismo fue construyéndose una tradición que daba autoridad y legitimidad a su palabra. La polémica con la versión nacionalista moderada más conservadora, representada por Barceló, acentuó esta función de todo relato nacionalista según ambos pretendían erigir una misma tradición política y postularse como sus representantes exclusivos. En esta batalla de invención y apropiación, Muñoz estaba en mejor posición que el viejo líder liberal. Después de todo, el nexo biológico hacía sencillo y lógico el nexo espiritual y el mismo Barceló había reconocido en el Hijo, la inteligencia y la vocación del Padre.

Desde muy temprano en su vida política, Muñoz supo reconocer la importancia de edificar un metarrelato y de inventar una tradición. Si Norteamérica tenía sus fechas memorables, su pléyade heroica, sus rituales conmemorativos y sus signos de identidad; si un movimiento como el nacionalismo radical albizuista vivía obsesionado con el culto a los héroes y el viaje a Lares; si Barceló pretendía hacer suya la tradición moderada, le correspondía ahora a la voz clarividente e

---

celebrada el 27 de junio de 1937", en "Muñoz Marín convoca a asamblea del Partido Liberal", El Mundo, 28 de junio de 1937, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 145-146; Rafael Martínez Nadal, "Discurso del 4 de julio", El Mundo, 6 de julio de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 158-162; Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 11 de agosto de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 152-154; "Carta a Martínez Nadal", 12 de julio de 1937, El Mundo, 13 de julio de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 163-164; "Manifestaciones a la prensa", El Mundo, 16 de julio de 1937, en Bothwell, ibid., p. 167; Martínez Nadal, "Carta a Luis Muñoz Marín", La Prensa, 20 de julio de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 165-166; Antonio R. Barceló, "Manifiesto a la prensa", La Prensa, 20 de julio de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 168-169; Pedro Albizu Campos, "Declaraciones a la prensa", abril, 1936, en Bothwell, ibid., vol. II, pp. 536-539; "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 2 de mayo de 1936, en Bothwell, ibid., pp. 572-582; Lorenzo Pineiro Rivera, "El Partido Nacionalista se manifiesta contra el plebiscito", La Prensa, 12 de agosto de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 170-171; Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", La Prensa, 17 de noviembre de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 176-177; Barceló, "Declaraciones", La Prensa, 9 de noviembre de 1937, en Bothwell, ibid., pp. 178-179; Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 21 de junio de

ilustrada definir su tradición, asegurar su prestigio y consolidar su liderato. Para alcanzar esas metas, el Líder decidió aprovechar el 17 de julio, fecha del natalicio de Luis Muñoz Rivera, para iniciar un ritual de peregrinación anual a la tierra santa de Barranquitas con la intención de visitar el santo sepulcro y conversar con el Padre fundador del espíritu moderado. Lo que era un encuentro familiar se convirtió en un acto político.

Si el albizuismo definía a Lares como tierra santa a la que debía entrarse de rodillas, el nacionalismo moderado encontró también su bastión sagrado, la tierra originaria de un espíritu que flotaba etéreo como viento entre las montañas. Dispuesto a cumplir con su sino, el Hijo dio inicio a un ritual revitalizador, peregrinando hacia Barranquitas como un viaje hacia el interior, hacia lo profundo, hacia lo más elevado de la tradición moderada. En el centro montañoso de la Isla yacían las cenizas de un héroe que debía ser canonizado como fuente originaria del río espiritual de una tradición política de la cual se sentía su legítimo heredero.

En el ámbito de lo geográfico, más que el azar fue la historia la que condensó en esa región los elementos que dieron forma a la identidad. Durante el siglo XIX, fue en el centro de la Isla, hoy símbolo del estancamiento y de lo obsoleto, donde se dio un importante despertar económico y político. Lares y Barranquitas, tierras para dos tradiciones nacionalistas, fueron los espacios donde floreció la riqueza asociada con el cafetal y tomó forma un mundo social complejo -compuesto de hacendados, pequeños propietarios, comerciantes, agregados y jornaleros- cuyas relaciones sociales de producción sentaron las bases para una compleja lucha de clases que adoptó variadas formas políticas y expresiones culturales. Durante la segunda mitad del siglo XIX, estos lugares hoy canonizados, fueron, gracias al auge económico, zonas de un despertar político e intelectual.

1939, en Bothwell, ibid., pp. 197-198.

Para Muñoz, como para la casi totalidad de la ciudad letrada puertorriqueña de su época, el siglo XIX fue el siglo fundacional de la identidad nacional. Este despertar, más que una hazaña colectiva, se presentaba como la obra de una minoría heroica encarnada en los abolicionistas, Baldorioty y, no podía faltar, el líder pragmático que conquistó con su olfato político la Carta Autonómica, Luis Muñoz Rivera. Desde la montaña, el espíritu había descendido hacia la costa y difundiéndose por los valles, los pueblos y las ciudades, se fue transformando en movimiento político y escritura. Eso fueron los partidos políticos Liberal y Autonomista y La Democracia: actos del espíritu, revelaciones de su existencia y madurez, legados de una estirpe propietaria del verbo que había sostenido y apuntado como destino irrenunciable la independencia nacional.[268]

Para Muñoz, las primeras dos décadas de dominación norteamericana fueron las de las resistencias del pueblo débil que tuvo la suerte histórica de contar con un grupo de hombres talentosos, ejemplares y desinteresados que pusieron sus conocimientos y sus recursos a su servicio. Fueron éstos, los actores que dieron forma a la tradición política del nacionalismo moderado y entre ellos se había destacado como intelectual y figura central, Luis Muñoz Rivera. El Prócer había sido el gran dirigente del partido político más importante de la Isla, el Partido Unión de Puerto Rico, y además una de las plumas más destacadas que había producido nuestra ciudad letrada como dueño y director de La Democracia.

El Padre fundador de la tradición moderada había forjado una teoría de la evolución del espíritu que le permitió reconocer la realidad y actuar comedidamente para trascender el poder superior que provenía del exterior y ayudar a construir el progreso material y cultural del país. Lo que el Gran Líder había comprendido era que Puerto Rico era un pueblo en formación, que requería de tiempo y cuidado para poder conquistar su plena mayoría de edad política. Para evitar que el niño

[268]Véase: Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 5 de mayo de 1937, en

sucumbiera ante las adversidades del orden colonial, se había inclinado por establecer una visión pragmática de la acción política, que pensaba más en las posibilidades concretas que en los ideales abstractos. Pero el Prócer no fue un hombre carente de principios. Todo lo contrario, su genialidad estaba exactamente en reconocer y superar los obstáculos que podían impedir la realización de los principios e ideales. De aquí que su teoría de la evolución política comenzara proponiendo la lucha por la autonomía, para concluir que el destino de la nación era su soberanía política como república independiente.[269]

En el discurso en conmemoración del natalicio del Padre fundador, la disputa con Barceló y el deseo de definir la tradición como una claramente independentista eran lo importante. En primer lugar, el momento decisivo obligaba al joven líder a asumir la posición de dirigente de su pueblo. La figura del Padre servía de "ideal del yo" a introyectarse en el imaginario para orientar la conducta del Hijo: en la dimensión moral, como hombre responsable, vertical y claro en sus ideas que sabía respetar la voluntad del pueblo que representaba; en la dimensión epistemológica, como portador de un discurso verdadero y cauteloso que ofrecía las recetas para conducir la nación por el tiempo histórico. El contraste con Barceló era obvio. Este había pretendido usurpar la voluntad del pueblo liberal imponiendo su liderato, al mismo tiempo que su falta de claridad ideológica lo convertía en un foco desorientador que amenazaba la misma unidad de las fuerzas liberales.

En segundo lugar, había un aspecto central en el pensamiento de Muñoz Rivera que el grupo de Barceló pretendía hacer suyo tergiversando el deseo y el significado de las palabras del Prócer. Se trataba de su teoría evolutiva de la política. Muñoz sostenía que la misma planteaba como posible y necesario alcanzar la meta de la independencia del país a través de un proceso pacífico y

---

Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, p. 127.

[269]Véase: Muñoz Marín, "Las tres lecciones de Luis Muñoz Rivera", 17 de julio de 1937, Puerto Rico Ilustrado, Núm. 1427, p. 11, en ALMM, Sec. III, Serie 3, Folio 4, Doc. 1.

paulatino de reformas. Aplicándola a nuestra historia era posible sostener que el proceso se había iniciado con el gobierno propio concedido en la Ley Jones, continuaba con el quehacer de maduración política de las dos décadas siguientes y culminaría con la realización plena de la soberanía nacional. Para él, se vivía ya en la etapa de lucha que iniciaba esa tercera etapa de crecimiento y sólo una mala interpretación de los postulados del pensamiento moderado podía transformar la teoría de la evolución política en una perspectiva estática y desacertada que prolongaría la situación colonial. Barceló y los suyos pretendían reducir el pensamiento de Muñoz Rivera a un reformismo que posponía eternamente el momento de llegada a la tierra prometida. Sus planteamientos confundían la teoría de la evolución con una teoría del éxodo perpetuo, del vagabundeo histórico, ajena a la tradición moderada desarrollada por el Prócer. El verdadero gesto ejemplar del Padre era su forma de actuar y de pensar, su postura "inteligente, sensata y ordenada de llegar a tomar resoluciones definitivas", para alcanzar la meta del estado-nación:

> Y cuando Luis Muñoz Rivera expresó, en las palabras del programa de Miramar, su concepto de la evolución, no lo expresó para alejar de sí la solución final del problema de Puerto Rico, sino para marcar claramente los pasos hacia esa solución definitiva. Cuando el Congreso de los Estados Unidos había ofrecido la forma autonómica que se llamó Proyecto Jones, Muñoz Rivera fijó la aceptación de ese ofrecimiento como el primer paso de una evolución firme hacia la independencia. El carácter de Luis Muñoz Rivera nos justifica en la suposición de que si el ofrecimiento hubiese sido entonces la independencia, Muñoz Rivera no hubiese invocado el principio evolutivo para retrasar la independencia.
>
> El programa de Muñoz Rivera dijo: primer paso: aceptar el régimen autonómico Jones; segundo paso: desarrollar las actividades del país bajo este régimen autonómico; tercer paso: cuando una asamblea del Partido crea llegado el momento, reclamar definitivamente la independencia de Puerto Rico. El primer paso de este programa evolutivo lo dio Luis Muñoz Rivera mismo. El segundo paso se ha dado durante los últimos veinte años por todos los partidos políticos de Puerto Rico. El tercer paso lo dio la asamblea del Partido Liberal, estrictamente dentro del trazado de Muñoz Rivera, en marzo de 1932, y lo ratificó definitivamente en Arecibo en junio de 1937.[270]

[270]Muñoz Marín, "Las tres lecciones de Luis Muñoz Rivera", Puerto Rico Ilustrado, p. 2-3.

La estrategia contra Barceló, trazada ya desde mediados de 1936, se legitimaba como defensa de la tradición. La independencia era un ideal de madurez y no un arrebato juvenil; una utopía racional y moralizadora y no un raudal de pasiones incontrolables. Era el tiempo de las "decisiones definitivas", la tercera fase del proceso evolutivo y el niño se había hecho hombre. Se trataba entonces de asumir el presente y realizar el destino, desechando la timidez del impotente asustado ante la posible conquista de su libertad.

Al año siguiente, la peregrinación para dialogar con el espíritu sirvió para un doble propósito: continuar la lucha contra el sector de los liberales reunidos alrededor de Barceló y articular el proyecto político populista. En su lucha contra Barceló y sus seguidores, la estrategia consistió en definirlos como agentes extraños a la tradición moderada. Se trataba de un grupo de ambiciosos que venían "en homenaje de conveniencias" a violar "la dignidad de la muerte" usurpando el nombre del Padre. Estos mercaderes del espíritu que pretendían apropiarse del santo sepulcro debían ser expulsados del templo por medio de una guerra santa:

> Venimos a rescatar tu sepulcro tantas veces visitado por la ambición. Venimos en alto y noble son de guerra a rescatar tu sepulcro de los negociantes impíos. Venimos a jurarte, ante el corazón de nuestro pueblo, que arrojaremos del templo de tu sepulcro a los mercaderes de tu nombre.[271]

Pero la tradición a rescatar debía ser definida y relacionada con un proyecto político y social. Ante el espíritu se levantaba una queja: la de "la crisis provocada por la pequeñez de sus propios hombres ante el dolor de nuestro pueblo". Se apuntaba aquí a una tradición histórica y política. Los impíos habían sumado a la barbarie colonial su abandono del pueblo y la apostasía. Los que estaban encargados de proteger y dirigir al pueblo lo habían abandonado a su suerte. Urgía entonces devolverle al nacionalismo moderado su misión política y moral: bañándose en la gracia

[271]Muñoz Marín, "Discurso ante la tumba de Luis Muñoz Rivera", 17 de julio de 1938, en ALMM, Sec. III, Serie 3, Folio 10, Doc. 1.

del espíritu, rescatando el santo sepulcro y reorientando la lucha política para convertirla en gesta de liberación popular.

No obstante, Muñoz hizo una advertencia: contra el pueblo y su liderato iluminado se movían fuerzas negativas, internas y externas. Preparaba aquí el modelo bipolar que orientaría toda la campaña electoral que se avecinaba. En el lado del bien, el pueblo y el liderato heredero de "la honradez intelectual" y "la integridad absoluta con el pueblo". Se enlazaban de esta manera dos sectores, reconociendo sus diferencias jerárquicas. Muñoz no rechazaba el modelo bipolar élites-masa, dirigentes-dirigidos, sujetos-objetos, agentes-todo pasivo. Más bien hablaba de un reto, de un proyecto que debía asumirse sin titubeos. El reto para la cofradía ilustrada, impregnada con el espíritu moderado, era asumir la salvación de ese “otro interior” popular, ciego y desorientado, sometido a la depravación material y espiritual del colonialismo. Su palabra ofrecía un pacto de salvación en el que las obligaciones recíprocas consistían en el altruismo de las élites y la obediencia inteligente de las masas a los iluminados. El liderato bebía en el ambiente sagrado del santo sepulcro los principios, la madurez y la integridad y cumplía con su ritual la regeneración del alma para poder emprender sin desfallecer la gran tarea: el amor al prójimo como a sí mismo.

El lado del mal estaba compuesto por la suma de fuerzas colonialistas externas y los hombres pequeños envueltos en su miopía política. La lucha contra las corporaciones ausentistas y el latifundio continuaba en la agenda. Contra ellos y sus agentes, políticos a sueldo que dependían del dinero de las corporaciones para sus campañas, había que construir el nuevo bloque histórico. El pseudoliderato político del país había traicionado el pacto social y renegado de los principios moderados. Se trataba entonces de reinstalar el contacto de los principios con las masas populares haciendo que éstos sirvieran como estrellas orientadoras para la gran tarea de liberación. La

integridad, la honradez y la verdad, encarnadas en un nuevo liderato, harían posible tres grandes proyectos de reivindicación social y política: pan, tierra y libertad:

> No venimos en homenaje de conveniencias, violadores de la dignidad de la muerte. No venimos a pedirle nada a tu historia ni a tu gloria ni a tu nombre. No venimos a pedir. No venimos a lograr. Venimos a ofrecerte, a jurarte, que la altura, la integridad, la honradez y la verdad perdurarán en la acción pública de estos montes y estos valles de Puerto Rico, que ni el más humilde jíbaro podrá ser engañado impunemente; que habrá pan, tierra y libertad para este pueblo, para que tu vida no haya sido en vano, para que el fruto de tu vida no sea amparo de ambiciones y rencores, sino pan, tierra y libertad para los hombres.[272]

Pocos días después las palabras aparecerán rodeando la efigie del campesino como insignia del nuevo partido. El rostro sobre el espejo era una invitación y un recordatorio; invitación a los sectores populares para que se miraran y se identificaran con el partido, recordatorio a las élites de su compromiso con los principios y el proyecto de rehabilitación de las víctimas. En este sentido, la elevación del jíbaro a emblema no significó su reconocimiento como sujeto que sintetizaba la nacionalidad. Por el contrario, estamos ante el gesto benévolo del poderoso que se solidariza "con el dolor ajeno" y hace del "otro victimizado" un objeto que sirve de pretexto para que el verdadero agente histórico cumpla su misión. Pan, tierra y libertad son tareas para la acción económica y política, son palabras sagradas para un pacto y un proyecto: pacto para la integración y movilización de un nuevo bloque histórico; proyecto de regeneración material con consecuencias moralizadoras. La reconstrucción económica del país requería de la movilización política de las masas bajo la dirección de un nuevo liderato forjado dentro de los principios del espíritu moderado y revigorizado por los rituales de peregrinación.[273]

---

[272]Muñoz Marín, "Discurso ante la tumba de Luis Muñoz Rivera", 17 de julio de 1938, p. 2.

[273] Hablando del partido político moderno en América Latina, Rama destaca que se trató de organizaciones ideológicas con base popular y un fuerte acento nacionalista. En estos militaron nuevos letrados provenientes de sectores sociales ligados a la modernidad y, sobre todo, aquellos que se forjaron fuera de las instituciones letradas tradicionales. Particularmente importantes fueron los que provenían del periodismo y la bohemia. Además señala, que el carácter

En el proyecto nacionalista para emancipar a las masas, extraña uno las referencias al obrero moderno como protagonista de la historia. Quizás sea bueno detenerse para elaborar varios puntos que permitan comprender por qué fue el campesino, y no el proletario, el que se consideró como símbolo nacional y cuál fue el significado de su retrato. En primer lugar, vale anotar una razón estructural. En el contexto de las sociedades coloniales, el capital domina, pero no ha disuelto las formas precapitalistas de producción. De aquí que las masas en vías de proletarización permanezcan todavía cercanas a su pasado campesino. La explotación económica y el desbarajuste colonial tienen como víctima principal al campesinado, lo que le permite a un discurso moderno empeñado en la emancipación del hombre elevarlo a encarnación de la humanidad sufrida. Cuando el discurso nacionalista en la fase de movimiento sale en busca de lo popular para inclinar a su favor las relaciones de fuerza, se encuentra con esta condición estructural de un mundo colonial caracterizado por una población predominantemente campesina sometida al poderío del capitalismo metropolitano. Este era, al menos, el caso de Puerto Rico a finales de la década del 30: una sociedad predominantemente rural en donde el capitalismo agrario no había terminado de destruir las formas precapitalistas de producción aunque ya las había sometido a su lógica.

En segundo lugar, se debe destacar que la representación del campesinado le permitió al discurso nacionalista realizar dos metas: la crítica del colonialismo y el capitalismo salvaje y fundamentar socialmente la cuestión de la identidad. El campesino es un productor propietario ligado a la tierra, cuya actividad económica se mantiene ajena al móvil del lucro que caracteriza la mentalidad capitalista. Su presencia implica otro tiempo y otra lógica económico-social. De aquí que, reconociéndolo, se puedan cuestionar las formas económico-sociales que impone la lógica del capital en el mundo colonial. Y ésto sin que su importancia simbólica pueda interpretarse como una

---

ideológico, popular y nacionalista de los nuevos partidos no negó su rigidez autoritaria y el

postura nostálgica que desea retornar al pasado. La condición del campesinado ilustra, mejor que la de cualquier otra clase o grupo social, los resultados "malditos" de la economía colonial y su falsa modernidad.

El campesino es también un hombre ligado a la naturaleza en un doble sentido: relacionado con la naturaleza como fundido a la tierra y relacionado con la naturaleza por representar un hombre premoderno, un buen salvaje que expresa las características del individualismo que tanto le gusta destacar al liberalismo económico. Se trata, pensando en el modelo contractualista ilustrado, del personaje que hace el salto del estado de naturaleza al contrato social exactamente antes de que se imponga sobre él la lógica enajenante de la falsa modernidad colonial. Pero tenemos que insistir en que esta representación de lo campesino no convierte al nacionalismo anticolonial de la fase de movimiento en un pensamiento obsesionado con lo premoderno. El retrato que este discurso hace de dicho personaje rural no es el del objeto exótico[274] que sirve para rechazar la modernidad, sino el de un "otro" civilizable, un menor de edad cuya educación es responsabilidad moral de las élites ilustradas. De aquí que cuando se expone su crisis lo que se pretende destacar sean los peligros de una aceptación acrítica de la modernidad, que en el contexto colonial adquiere formas alarmantes y grotescas. El campesino representa ese individuo fundador de la sociedad, un hombre que debe ser educado y al que debe ofrecérsele un lugar en el futuro nacional.

El campesinado le sirve también al discurso nacionalista para resolver el fundamento social de la identidad. Se trata de una clase en donde la naturaleza y el hombre se hacen uno. Es él quien, apropiándose de la tierra, la fecunda con su trabajo para que emerjan juntos los panes y el nexo espiritual que fundan lo nacional. La nación, como comunidad asociada a un espacio geográfico transmutado mediante el trabajo y el amor, tiene en este personaje su gran símbolo. El capital y el

---

caudillismo. Véase: Rama, La ciudad letrada, pp. 143-152.

proletario resultan más artificiales, más volátiles. Ambos carecen de raíces, se desentienden de la tierra reduciéndola a materia prima o propiedad ajena. El obrero moderno, por ejemplo, es arrancado de la tierra, despojado de ella para deambular por el espacio sin un sitio fijo, de la montaña a la costa, de una ciudad a otra, desde su tierra hacia geografías extrañas. Lo mismo le sucede al capital, cuya forma más abstracta, como bien vio Marx, es la del capital financiero que se acrecienta a sí mismo sin ningún proceso concreto de producción. El capital sujeto a sus leyes objetivas es también centralización y transnacionalización; es decir, su voracidad productiva y su pasión por el lucro destruye el vínculo del hombre con la naturaleza, genera antagonismo social y cosifica el espíritu. El campesino, por el contrario, recuerda la fusión originaria que hizo posible la nacionalidad; apunta al pasado feliz donde las relaciones técnicas y sociales de producción eran equilibradas; nos lleva a las raíces históricas y sociales de la identidad.

Para ser más precisos, es necesario reconocer que en el discurso nacionalista el obrero no está negado en esta exaltación del campesino sino más bien enfrentado al recuerdo de su pasado originario antes de la miseria y la desposesión. En el mundo colonial, la proletarización desenfrenada provocada por un capitalismo agro-exportador dominado por el capital corporativo ausentista lo que ha creado es un pseudo obrero moderno, hijo desafortunado de una revolución irracional en las formas de producción y de propiedad que ha acarreado consigo el desempleo y el tiempo muerto. En esta proletarización "de temporada" el obrero se ve irremediablemente atado a su pasado campesino y tiene que volver a su vieja personalidad, regresar a la tierra para sobrevivir, como hacia su pasado tendrá que mirar para renacer. Para retomar el caso de Puerto Rico, el jíbaro era un campesino semiproletarizado.

---

[274]Véase: Todorov, Nosotros y los otros, pp. 305-396.

Por último, y no menos importante, es necesario tomar en consideración las condiciones concretas en donde se desarrolló el nacionalismo moderado muñocista. En primer lugar, debemos destacar que el proletariado puertorriqueño fue siempre un objeto que atrajo la mirada del Vate. Desde su juventud, había reconocido la urgente necesidad de relacionar el unionismo liberal con las masas trabajadoras. Ahora, para dar forma al nuevo bloque histórico, buscaba aprovechar la erosión que había sufrido el liderato socialista sin confundirse con sus proyectos y sus símbolos y apuntando, más que a la salvación de una clase, a la emancipación de toda la nación. Muñoz reconocía que la existencia de una tradición política obrera, organizada en el Partido Socialista y el reciente Partido Comunista, hacían poco novedoso el simbolismo proletario. Había que rescatar una imagen que representara la condición híbrida de las masas populares. El jíbaro fue ese símbolo de lo popular: mitad campesino, mitad proletario.

En segundo lugar, es importante tener presente que el unionismo-liberal fue tradicionalmente un movimiento que se nutrió del voto campesino. Para asegurar la continuidad de esa tradición política era acertado elevarlo a símbolo. El muñocismo quería reinstalar un viejo pacto, movilizar a los sectores de apoyo tradicionales del unionismo-liberal. Si el socialismo de Iglesias venía creciendo electoralmente en los municipios de la costa, resultaba prudente conservar el poder de convocatoria sobre los sectores populares de los municipios del interior. Por último, el jíbaro fue sin lugar a dudas una herencia intelectual. El criollismo dominante en la ciudad letrada puertorriqueña, representado por escritores como LLoréns Torres y Meléndez Muñoz, fue una fuerza que pesó en la temática del muñocismo.

Pan, tierra y libertad fueron las consignas de una crítica al colonialismo como fuente principal de la miseria y la explotación y, sobre todo, como régimen de opresión. Sin embargo, surge aquí un inconveniente que tendrá que resolverse en los próximos años de cara a las elecciones

de 1940. Las dos primeras palabras provocaban pocos problemas de interpretación al referir más directamente al proyecto económico del nacionalismo moderado. Pero la tercera, la libertad, quedaba abierta a un debate semantizador. ¿Refería a la libertad económica, a la política, o a ambas? La importancia de precisar su significado se hará más pertinente según en el interior del discurso muñocista se vaya separando la liberación de la miseria de la liberación del coloniaje y se abra la posibilidad de una nueva estrategia política: la de la prioridad de un plano sobre el otro y, más aún, la del antagonismo de estos dos tipos de libertad. La ambigüedad de los grandes principios modernos obligará al discurso nacionalista a definir los significantes constitutivos de la modernidad: pueblo, libertad, igualdad, democracia, nación, etc.

El contacto con el espíritu revitalizaba a las élites, permitiéndoles definir su compromiso con las masas y en el centro de ese pacto estaba la rehabilitación económica. Había que "rescatar el sepulcro" y "salvar a nuestro pueblo". Pero, curiosamente, esta gesta libertadora comenzaba a realizarse con ayuda del "Otro imperial" y separada del plano de lo político. La independencia era insuficiente, dejaba de ser lo fundamental para convertirse en parte de un proceso que podía iniciarse en el interior del contexto colonial. La clave para el éxito de esta empresa era el altruismo metropolitano combinado con los principios de una élite política comprometida con la reconstrucción económica. La independencia en sí misma, como planteaba el albizuismo, era un logro incompleto y "podía ser un fraude contra nuestro pueblo". El muñocismo reafirmaba aquí su esfuerzo por separarse de otras versiones nacionalistas que, o insistían en la violencia, o descuidaban el plano económico de la futura república, o fallaban en ambos puntos. Mientras tanto, en el interior de su discurso, la bipolaridad de lo económico y de lo político se traducía en la bipolaridad de la política y de lo político y la dialéctica del todo se desplazaba hacia la teoría de las prioridades y del antagonismo. Lo económico y lo político pasaban a convertirse en zonas cuyas

problemáticas tenían que resolverse en procesos distintos: lo económico en la política, entendida como proceso democrático de constitución de un gobierno por medio del proceso electoral legal; lo político, en una consulta plebiscitaria futura, donde el pueblo expresaría su deseo de asumir una de las dos salidas posibles del orden colonial. Si los que emprendían la tarea de reconstruir la dimensión económica lo hacían guiados por los principios del espíritu moderado, entonces no había que temer al complejo de inferioridad que provocaba "el infierno colonial". Los formados "con altura, con integridad, con honradez, con verdad" no temían encontrarse en valle de sombra de muerte porque la luz del espíritu estaba con ellos:

> Venimos a rededicar nuestros corazones al ideal de tu vida, que fue más que el de la independencia, más que el de cualquier otra forma de intervenir los hombres en su destino; que fue el de la honradez intelectual, espiritual y personal en la vida pública, el de la integridad absoluta con el pueblo cuyo dolor no debe ser el pedestal de ambiciones, cuya felicidad debe ser el objetivo del tráfago creador de nuestras almas. Sin altura, sin honradez, sin integridad, la independencia misma podría ser un fraude contra nuestro pueblo. Con altura, con integridad, con honradez, con verdad, hasta en el infierno colonial los hombres pueden tener dignidad, pueden sentirse libres en sus almas, mientras todavía no sean libres en su autoridad y en su destino.[275]

En busca del Otro interior: la elevación de las masas a sujeto histórico.

En marzo de 1939, Muñoz daba inicio a un proyecto periodístico que tenía como propósito concretizar un pacto con los sectores populares. El Batey (correo del campesino puertorriqueño) fue un medio de divulgación de sus ideas y de contacto con las masas que jugó un papel central en la constitución del bloque histórico populista y en su movilización política. Se trataba del "primer periódico que se publica en Puerto Rico para el hombre del campo"[276] con la intención de llevar la palabra iluminada del Líder a su pueblo, convidándolo a que se convirtiera en agente histórico. Era

[275]Muñoz Marín, "Discurso ante la tumba de Luis Muñoz Rivera", 17 de julio de 1938, pp. 1-2.

[276]Muñoz Marín, "En El Batey", El Batey, núm. 1, marzo, 1939, pp. 1, 3.

su deseo, que el símbolo se transformara en sujeto, la bandera en rostro en el espejo, la consigna en diálogo y compromiso.

El Batey sirvió para articular y difundir dos posturas teóricas centrales para la práctica política del muñocismo. Por un lado, ayudó a organizar y promover un modelo bipolar de la política que disolvía la diversidad partidista en dos grandes bloques: el del capital y sus representantes y el del pueblo junto al liderato del Partido Popular Democrático. Por otro lado, hizo posible la popularización de las consignas movilizadoras de las masas, invitándolas a ejercer su derecho al voto con plena conciencia del poder contenido en ese acto. Enlazando ambas posturas, el nacionalismo moderado construyó un relato histórico de la vida política puertorriqueña como una dividida en tres tiempos: el de los orígenes, el del "tiempo muerto" y el de la plena realización futura. El presente se consideraba un tiempo de lucha en que se enfrentaban los vestigios del tiempo inútil con el surgir de un nuevo movimiento en donde reencarnaba el espíritu patriótico y desinteresado del período fundacional.[277]

Cada una de las fuerzas en pugna poseían sus propias organizaciones, desarrollaban prácticas políticas distintas y estaban formadas por clases y sectores sociales diferentes. El tiempo del vacío se definía como el reino del capital corporativo y las organizaciones políticas unionista, republicana y socialista, con sus respectivas Alianza y Coalición, malacostumbrados todos a una práctica política de corrupción y soborno del electorado para conquistar el poder. Por otro lado, el tiempo venidero era la posibilidad de la esperanza que el pueblo ayudaría a construir eligiendo a una élite patriótica, inteligente y responsable, capaz de llevar a cabo la reconstrucción material y espiritual de la nación. El presente era el momento crucial en que se enfrentaban el pasado y el futuro y le tocaba a las masas populares, conscientes del poder de su voto, movilizarse para dar

[277]Véase: Alvarez Curbelo, "La conflictividad en el discurso político de Luis Muñoz Marín", en

inicio a la empresa de su emancipación. El pueblo y el liderato ilustrado, fundidos en el Partido Popular Democrático, eran la combinación perfecta para emprender con optimismo la marcha hacia el futuro. En el ejercicio democrático de elegir el partido correcto y enfrentar a los explotadores tradicionales, junto con sus representantes políticos, estaba la posibilidad de una nueva vida.

El Batey cumplía una función adicional: la de construir la imagen del héroe redentor. En la lectura del periódico abruma la constante repetición del nombre del Líder. Lo que aparecía impreso eran sus palabras, sus promesas, su retrato, su historia. Los principios y el Partido tenían nombre y apellido. Muñoz Marín hablaba, Muñoz Marín según sus biógrafos, Muñoz Marín era el incorruptible, Muñoz Marín era el paladín. El Partido resultaba secundario o más bien su apéndice político. Los otros líderes eran tan sólo seguidores "prominentes" o compañeros convencidos. En El Batey se imponía en el imaginario popular, como teoría de la redención, la imagen del redentor, afianzándose, más que la función dirigente de una élite, la omnipresencia y la omnipotencia del caudillo.[278]

La voz del nacionalismo moderado asumía la responsabilidad de establecer el diálogo con las masas. Mientras en la vida política puertorriqueña todos los grupos y partidos se habían dedicado a manipular e ignorar al campesino, él insistía en la necesidad de "hablarle, explicarle,

---

Alvarez Curbelo y Rodríguez Castro (eds.), Del nacionalismo al populismo, pp. 13-25.

[278]Véase: "Historia breve de Luis Muñoz Marín", El Batey, núm. 1, marzo, 1939, pp. 3,4; "Los partidos políticos de Puerto Rico", El Batey, núm. 3, abril, 1939, pp. 2,3,4; "Las corporaciones saben que con Muñoz 'no hay golpe'", El Batey, núm. 5, junio, 1939, p. 2; "De Muñoz Rivera a Muñoz Marín", El Batey, núm. 6, agosto, 1939, pp. 1, 3; "El jibaro de la pavita", El Batey, núm. 6, agosto, 1939, p. 2; "Saben que no pueden comprar a Muñoz Marín", El Batey, núm. 7, agosto, 1939, p. 2; "Los que atacan a Muñoz Marín no han hecho nada por ustedes", El Batey, núm. 8, octubre, 1939, p. 2; "Santiago Iglesias ha muerto", El Batey, núm. 9, diciembre, 1939, p. 1; "El pueblo sigue a Muñoz Marín en el Partido Popular", El Batey, núm. 9, diciembre, 1939, pp. 2, 3; Carlos Roman Benítez, "La historia de Muñoz Marín en defensa de su pueblo", El Batey, núm. 10, enero, 1940, pp. 2, 3; "Muñoz Marín en la campaña por los barrios en campo", El Batey, núm. 12, marzo, 1940, p. 3.

consultarle".[279] Esta nueva actitud de acercamiento a lo popular le servía de línea de demarcación entre el pasado estéril y sus vicios y el presente optimista, separando radicalmente a los grupos políticos que luchaban por el control del gobierno. Se buscaba iniciar una nueva época y un nuevo estilo político, fundiéndose en un diálogo con las masas subalternas para convertir la política en un espacio democrático y moralizador. Para lograr este propósito se hacía apremiante desarrollar una nueva forma de llevar el mensaje hablando personalmente, cara a cara, con la gente. El "otro interior popular" iba dejando de ser una abstracción para convertirse en un sujeto de carne y huesos, una realidad viviente reconocida como propietaria de una voz. El Líder no sólo les hablaba sino que los escuchaba, no sólo les predicaba sino que los reconocía.[280]

El acercamiento a las masas era la forma de realizar un gran pacto entre éstas y la nueva élite política progresista. Esta fusión crearía el bloque histórico que sepultaría el pasado fútil y daría inicio al tiempo de la esperanza. El antagonismo político entre las fuerzas del pasado y el nuevo movimiento político, organizado en el Partido Popular Democrático, alcanzaría su momento decisivo el día de las elecciones, cuando el pueblo por fin emergiera triunfante con su nuevo gobierno. En el pasado, los gobiernos habían sido siempre lo mismo, diversas versiones partidistas del reino del capital y sus secuaces. En el presente se trataba de preparar el futuro transformando la vida política para realizar un gobierno: "el del pueblo contra sus explotadores":

---

[279]Muñoz Marín, "En El Batey", El Batey, núm 1, marzo, 1939, pp. 1, 3.

[280]Véase: Muñoz Marín, “Muñoz Marín en la campaña por los barrios del campo”, El Batey, núm. 12, marzo, 1940, p. 3; "Tripa-hartitas, coalicionistas, 'liberales' corporacionistas todos son una misma cosa", El Batey, núm. 8, octubre, 1939, pp. 1, 3; "El partido de todo el pueblo" El Batey, núm. 9, diciembre, 1939, p. 2; "Combinaciones políticas contra el pueblo", El Batey, núm. 9, diciembre, 1939, p. 4; Muñoz Marín, "En El Batey: Los nombres de los partidos no importan", El Batey, núm. 11, febrero, 1940, pp. 1, 2; "Declaraciones", El Imparcial, 9 de diciembre de 1939, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 215-216; "Declaraciones", El Mundo, 14 de diciembre de 1939, en Bothwell, ibid., pp. 217-219.

> ... Bajo todos los partidos la situación se ha ido poniendo peor en Puerto Rico -y sobre todo, en los campos de Puerto Rico, y sobre todo, en los últimos veinte años. Bajo el Partido Unionista la situación estaba mal. Bajo la Alianza peor. Bajo la Coalición peor todavía. ¿Por qué? Todos los partidos han tenido hombres buenos. Entonces, ¿por qué la cosa va de mal en peor bajo todos los partidos? Lo voy a explicar clara y sencillamente: porque todos los partidos se han parecido en dos cosas, en que aceptan dinero de los grandes para comprar el voto de los pequeños, y en que desprecian al electorado, porque creen que se compra. Por eso todos los partidos han hecho la mayor parte de las leyes en beneficio de los grandes intereses que les han dado el dinero a todos los partidos y no en beneficio del pueblo.
>
> Por eso bajo todos los partidos han gobernado siempre los mismos, los que siempre dieron dinero a todos los partidos.
>
> ¿Cómo se arregla esta situación? Se arreglará el día que el pueblo gobierne. ¿Cuándo gobernará el pueblo? Cuando el pueblo ni venda su voto ni permita que nadie lo venda sin ser objeto de desprecio en su barrio. El pueblo gobernará cuando elija a un partido que no compre votos y que, por consiguiente, no les haya cogido dinero a los grandes para comprar los votos de los pequeños. Entonces ese partido podrá hacer las leyes a favor del pueblo que le dio libremente sus votos y no a favor de los que sacan millones de las angustias del pueblo.[281]

¿Cuáles fueron algunas estrategias de saber-poder que Muñoz, como intelectual orgánico de las clases propietarias criollas, puso en acción para dar forma a un nuevo bloque histórico? Su estrategia principal consistió en cuestionar la imagen del "otro interior" popular compartida por algunas versiones del campo discursivo imperialista y nacionalista. Desde temprano en la década del veinte, había insistido en que el discurso nacionalista, particularmente en su versión política moderada, había despreciado "lo popular" y considerado a las masas una multitud a disciplinar y manipular. Ahora, en la época crucial que se vivía, según la democracia de masas se iba ampliando, la única posibilidad de enfrentar el orden colonial era a través de una movilización popular capaz de trastocar las relaciones de fuerzas a favor de un nuevo bloque popular nacional. Para esto era necesario revaluar la representación de las masas que había dominado el imaginario nacionalista y reconocerles un lugar en el nuevo bloque de poder.

---

[281]Muñoz Marín, "En El Batey", El Batey, núm. 1, marzo, 1939, pp. 1, 3; "Los partidos políticos en Puerto Rico" El Batey, núm. 3, abril, 1939, pp. 2, 4.

Para Muñoz, el campesino era quien mejor representaba la condición del pueblo puertorriqueño. Se trataba de un "hombre olvidado", engañado por la astucia de los poderosos que habían gobernado después de la muerte del procerato heroico fundador de la tradición nacionalista moderada. Durante el "tiempo muerto", el capital había dominado bajo diversas formas partidistas -en el unionismo, la Alianza y la Coalición- y había logrado un propósito central: su enriquecimiento a costa de la pobreza y el sufrimiento del pueblo. Era necesario invertir esa tendencia económica y política moralizando a las masas para convertirlas en fuerzas de la esfera pública. Un nuevo pacto entre el pueblo y el liderato inteligente y responsable daría a la política un nuevo sentido: el de medio para llevar a cabo la redención colectiva.[282]

Se presenta aquí una gran ironía. Este reconocimiento del "otro interior", ¿lo convierte en sujeto-actor o lo define como sujeto-impotente reducido a víctima a redimir? Ya se ha señalado que en la fase de movimiento, la necesidad de enfrentar el orden imperial y las fuerzas enemigas afianzadas en todas las trincheras de la sociedad política y civil llevan al nacionalismo moderado a un obligado reconocimiento de las masas como sujetos del drama social y político.[283] Ahora debemos añadir que la imagen que construyó de lo popular fue más la de la víctima a educar y convencer, a través de un nuevo saber y una nueva moral social, que la de un sujeto listo para asumir su autoemancipación. La liberación del pueblo era una empresa de educación y moralización política que constituía la tarea principal de la élite dirigente del nacionalismo moderado.

---

[282]Insistimos en este planteamiento porque el mismo se repite constantemente en los 18 números de El Batey publicados entre marzo de 1939 y noviembre de 1940 y en dos de los discursos más importantes de este período. Véase: Muñoz Marín, "La unión del pueblo. Discurso en conmemoración del natalicio de Luis Muñoz Rivera", 17 de julio de 1939, en ALMM. Sec. III, Serie 2, Folio 9, Doc. 1; "Discurso", 3 de noviembre de 1940, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 273-282.

[283]Véase: Gramsci, Notas sobre Maquiavelo; Chatterjee, Nationalist Thought, pp. 29-30, 43-52.

El muñocismo conservó el modelo bipolar élite-masas para pensar la acción política. La posible emancipación popular -en esto se mantuvo como heredero de la tradición ilustrada- no podía ser un movimiento de autogestión acéfalo. La liberación necesitaba para su realización que el movimiento popular adquiriese forma institucional y se organizara como partido y que éste tuviese como cabeza dirigente a una élite, cuyo compromiso ineludible con las masas era la mejor prueba de su superioridad intelectual y moral. Muñoz, plenamente consciente de las funciones y elementos que formaban un partido moderno, le asignaba el papel de un intelectual orgánico en el que unas élites y cuadros intermedios debían organizar y difundir una concepción de mundo capaz de transformar los intereses económico-corporativos de las clases fundamentales en un proyecto histórico-nacional.[284]

Es interesante ver en los nexos del partido y el periódico los desplazamientos que del plano de lo civil a lo político pueden realizar las instituciones que ayudan a organizar la hegemonía. El Batey, por ejemplo, era uno de esos instrumentos fundamentales en la lucha por la hegemonía en la sociedad civil que se enlazaba con la sociedad política al convertirse en vocero del partido. El partido era una institución de la sociedad política cuyas funciones educativas lo desplazaban al plano de la sociedad civil. Para Muñoz, organizar y realizar la hegemonía era la función del partido-intelectual, encargado de articular una concepción del mundo que hiciese posible realizar un nuevo bloque histórico con el fin de abrirle paso a una modernidad concebida como emancipación popular y salvación nacional. Las masas por sí mismas no podían romper el cerco que le habían tendido sus opresores. El capital y sus representantes, dominando la vida material y espiritual, terminaban imponiendo su visión de mundo y su práctica económico-política. Para su liberación, el pueblo debía ser movilizado políticamente dentro de un orden partidista capaz de "explicarle e informarle"

[284]Intereso destacar sus similitudes con la teorización gramsciana. Véase: Gramsci, Notas sobre

sobre su realidad y sus opciones. Era este partido como institución, y sus dirigentes como filósofos, los que, como propietarios de la verdad y lo ético, educarían a las masas y las orientarían en la lucha política. El Batey era el lugar de un encuentro, el texto en el que se consagraba la unión entre las élites y las masas en favor de una nueva época. Las primeras daban la palabra, el saber, iluminaban la conciencia con su verdad y su verticalidad moral; las segundas daban la fuerza cuantitativa que transformaba el discurso de una élite en utopía política hegemónica:

> El BATEY viene a hablarle al campesino para que se prepare a salvarse a sí mismo. Viene a explicarle, a informarle, para que sepa lo que está pasando y piense lo que tiene que hacer. El BATEY viene al campo para que los próximos veinte años no sean iguales a los últimos veinte años. Para que el pueblo campesino entienda, se liberte del engaño, y gobierne democráticamente para beneficio de su familia y de sus hijos.
>
> El que firma estas líneas nunca le ha mentido a su pueblo. No hay un sólo hombre en todo Puerto Rico, de cualquier partido que sea, que se atreva a negar esto. Pero con eso no basta. No es bastante que ustedes tengan confianza en mí. Es necesario que a ustedes se les explique lo que afecta sus vidas; es necesario que se les prueben y demuestren las verdades. Es necesario que ustedes piensen, ustedes mismos, sobre sus propios problemas. Para ayudarlos a pensar, a salvarse vendrá a sus manos cada quince días El BATEY.[285]

En 1939, otro intelectual caribeño, el martiniqués Aimé Césaire publicaba en París su Cuaderno de un retorno al país natal.[286] El letrado progresista ponía de manifiesto una tendencia que comenzaba a dominar en la ciudad letrada caribeña: la del intelectual comprometido que buscaba realizar la alianza política y cultural de las élites con las masas, de la cultura superior con la cultura subalterna. Su voz quería ser ahora sonido de lo inaudito, esperanza para los desesperados, utopía contra el mutismo colonial, canto y ética para la acción política:

> Iré a ese país mío y le diré: "Abrázame sin temor...
> Y si sólo sé hablar, hablaré para ti."

Maquiavelo.

[285]Muñoz Marín, "En El Batey", El Batey, núm. 1, marzo, 1939, p.3.

[286]Véase: Aimé Césaire, Cuaderno de un retorno al país natal. México, Era, 1969.

> Y le diré todavía:
> "Mi boca será la boca de las desdichas que no tienen
> boca. Mi voz, la libertad de aquellas que se desploman
> en el calabozo de la desesperación."[287]

Durante el mismo año, en Puerto Rico, Muñoz daba forma a su nuevo proyecto periodístico como un espacio sobre el cual el intelectual comprometido llevaba a cabo un acuerdo con las clases populares de la sociedad colonial. Pero por más progresistas que fueran en su época las posturas de Césaire y Muñoz, es imposible dejar de ver aquí "el gesto del superior que consiste en dar la palabra al subalterno".[288] Este diálogo ficticio, que pretendía reconocer la voz del "otro interior" y hacer texto su lenguaje, era un gesto del político-letrado propietario de una cultura superior que buscaba por este medio proponer al débil o al subalterno un convenio contra un enemigo común: el colonialismo.[289] La propuesta populista del muñocismo buscaba dar forma a un bloque histórico jerarquizado en el que las élites y las masas no ocupaban el mismo lugar. Al disponerse a convertir el silencio en voz y dejar hablar al "otro interior", la voz de autoridad de la élite letrada pensaba que ese “otro” era un menor de edad incapaz de comprender sus problemas y que, por lo tanto, debía ser educado y dirigido para que pudiera encontrar su salvación. El paternalismo de la cultura letrada invitaba a un diálogo jerarquizado: las masas contaban sus problemas, las élites organizaban sus frustraciones y elaboraban las soluciones. El poder de la voz letrada era el de su saber y sus principios: voz poderosa de la cultura superior dispuesta a iluminar la conciencia subalterna; voz-luz que quebraba el silencio-tiniebla de la masas-pueblo; voz profética a la que Dios había premiado

---

[287]Césaire, Cuadernos de un retorno al país natal, p. 49.

[288]Véase: Ludmer, "Tretas del débil" en González y Ortega (editoras), La sartén por el mango, pp. 47-54.

[289]Ludmer, "Tretas del débil" en González y Ortega (editoras), La sartén por el mango, p. 51.

con el don de nombrar y proclamar la verdad; voz de una tradición heroica que renacía, la del espíritu moderado:

> El pueblo de Puerto Rico parece como que está en un cuarto obscuro. Por encima de sus cabezas hay una mano que maneja un foete. Ese foete es el hambre. Y con ese foete le están dando cantazos a todo el pueblo en todos sus hogares. El pueblo trata de agarrar la mano que le da el foetazo del hambre. Pero está en la obscuridad. No puede ver la mano que tiene el foete. Y por eso no la puede agarrar para quitarle el foete.
>
> Por eso es que mi trabajo en Puerto Rico es encender una luz en esta obscuridad para que el pueblo vea la mano que lo está afoetando con el hambre. Cuando el pueblo vea esa mano, el pueblo mismo se encargará de agarrarla y quitarle el foete del hambre que lo está torturando. Y la luz que estoy tratando de encender en mi pueblo es para que el pueblo vea por qué es que, bajo todos los partidos, siempre ha habido el foetazo del hambre.[290]

Muñoz también se dirigía a su país y le invitaba a que lo abrazara sin temor. En el diálogo, se comprometía a asumir la representación del "otro", a ser boca de sus desdichas y utopía liberadora contra la desesperación. En la fase de movimiento, el nacionalismo moderado se veía obligado a redefinir la imagen de lo popular que el campo nacionalista había inventado. Lo que en el nacionalismo de arranque se visualizaba como suma de carencias materiales y espirituales, como zona social problemática sobre la cual ejercer el poder de la palabra para definir sus características y desarrollar prácticas disciplinarias, se transformaba ahora en sujeto racional con voluntad. El intelectual orgánico articulaba un proyecto integrador para realizar la movilización popular contra el colonialismo, haciendo un reconocimiento a las masas subalternas. El pueblo ya no era un objeto sobre el cual aplicar saberes disciplinarios con el fin de capacitarlo para asumir su papel de fuerza de trabajo.[291] Invitado a conversar, el nuevo sujeto colectivo pasaba a ser reconocido asignándosele

---

[290]Véase: Muñoz Marín, "En El Batey: Dios hizo pan para todas las bocas", El Batey, núm. 6, agosto, 1939, pp. 1, 2; "Muñoz Marín en la Isla y usted en su vecindario", El Batey, núm. 8, octubre, 1939, p. 2; "En El Batey: Por esto es que el pueblo ha sufrido igual bajo todos los partidos", El Batey, núm. 12, marzo, 1940, pp. 1, 4; "Muñoz Marín en campaña por los barrios del campo", El Batey, núm. 12, marzo, 1940, p. 3.

[291]Véase: Colón Meléndez, El discurso civilizador; Alvarez Curbelo, Un país del porvenir.

un lugar en el bloque político. Su “incorporación activa” se realizaba a través de ese reconocimiento de que el "otro popular" sentía y hablaba, que había hablado en otros espacios que no eran los reconocidos por la cultura letrada -como en la tienda, los alrededores donde trabaja o en su devoción religiosa- y, sobre todo, que poseía su propio lenguaje.

Sin embargo, este sujeto con voz, que se hace texto y sale del anonimato, era un sujeto inferior al que había que enseñarle la verdad iluminadora. Su educación política era una gran empresa moralizadora contra la ignorancia de la que era víctima y contra la corrupción de su conciencia llevada a cabo por el gran capital y sus secuaces. Se trataba de combatir el desprecio que las élites políticas tradicionales y el gran capital habían tenido por lo popular para poner en práctica una forma de movilización efectiva de las masas. La nueva élite propietaria de la palabra, agente del bien, explicaría al "otro interior" la verdad y éste se haría hombre como sujeto convencido hecho eco y obediencia:

> Va a estar el embuste josco por esos campos de Puerto Rico. El pueblo sólo debe creer lo que se le diga con explicaciones sencillas y completas. Sólo debe creer lo que le digan aquellos que están dispuestos a contestar sus preguntas y a explicarle las cosas con claridad. La verdad aclara la mente del pueblo. El embuste pone obscuridad en la mente del pueblo. Los amigos del pueblo tienen la misión de poner claridad en la mente del pueblo. Los enemigos del pueblo se dedican a poner obscuridad en la mente del pueblo. Cuando el pueblo tiene obscuridad en su mente y no ve bien de donde es que sale su sufrimiento, ayuda a que siga su propio sufrimiento, del cual salen las riquezas de los grandes intereses. Cuando el pueblo tenga claridad en su cabeza y vea el camino, no va a permitir que siga su propia explotación.
>
> Por eso la lucha en Puerto Rico es entre el dinero y la obscuridad, de un lado, y la verdad y la claridad del otro lado.[292]

La estrategia muñocista consistió en establecer un diálogo personal o escrito con los sectores populares. El "espíritu" moderado viajó por casi toda la Isla hablando con el "jíbaro" y contestando sus cartas. Para su redención, el pueblo debía comprender sus problemas y nada mejor que la voz

[292]Muñoz Marín, “Va a estar el embuste ‘josco’”, El Batey, núm 5, junio, 1939, p. 2.

sabia y serena del intelectual comprometido para instruirlo en la verdad y la responsabilidad. El populismo era una retórica tras la que se organizaban, sutiles pero importantes, estrategias de saber-poder. El "otro" con el que se hablaba era, a fin de cuentas, un confundido con problemas, que tenía preguntas y no conocía las respuestas. Si las masas pudiesen encontrar por sí mismas la salida de su laberinto, no necesitarían la voz del letrado y por conversación tendríamos, más que el espectáculo del clarividente llevando luz a la obscuridad del oprimido, un genuino diálogo entre iguales. Pero el discurso muñocista no llegará a tanto. Por eso la conversación que proponía era en verdad un espacio jerarquizado en donde el ignorante preocupado entraba en contacto con la palabra iluminadora del sabio ilustrado, listo para emitir sus sentencias felices. El primero preguntaba, el segundo respondía; el primero aportaba inquietudes y confusiones, el segundo sabiduría y soluciones.[293]

Para ver en acción las estrategias de saber-poder escondidas en el paternalismo populista muñocista es importante analizar el epistolario y los diálogos con los otros subalternos que se recogen en El Batey. Encontramos que la voz del "otro" que se hacía texto era, además de voz de quejas y preocupaciones, voz de convencidos. ¿Que decían? En lo esencial reproducían el discurso muñocista. El "otro interior" que preguntaba y contaba sus desdichas era el subalterno "que ha comprendido" la sabiduría de la voz profética, reconocido la estatura moral del intelectual comprometido y decidido afiliarse a su movimiento político. ¿Y que había comprendido? Lo que por fin entendió fue, por un lado, que el mundo político puertorriqueño era bipolar y que en un lugar estaban los representantes del capital, con su manía de sobornar al electorado, y en el otro la nueva voz libertadora con su saber y "su nobleza". Ademas comprendió, que "el voto es su arma" y no se vendía. Una cosa más. Para este rescatado que al fin encontraba la luz había una misión: hacerse eco

[293]Véase: "Muñoz Marín contestará sus preguntas. ¡Escríbale¡", El Batey, núm. 2, abril, 1939, p.

para servir de agente movilizador, convertirse en intelectual orgánico, en boca para que hablara el espíritu:

> Usted que está entendiendo estas prédicas porque son claras y sencillas y no hay quien no las entienda debe ayudar haciendo usted la misma prédica todos los días, por dondequiera que pase y dondequiera que se encuentre y con todos los hombres que se encuentre. De esta manera la obra no será sólo de los mítines que dé Muñoz Marín, que después de todo no pueden ser más que unas cuantas docenas de mítines en un mes, sino que será obra de los mítines que dé cada uno de ustedes que está leyendo esto. Si cada uno ayuda de esta manera a que haya claridad en Puerto Rico, en vez de haber cinco o siete mítines diarios explicándole la verdad al pueblo, habrán miles de mítines diarios en todos los montes y vegas y "rejoyas" de Puerto Rico.[294]

Es necesario reconocer en este diálogo del intelectual con las masas dos intenciones y perspectivas diferentes. Las palabras del "otro", que asumen un lugar en ese triple espacio del periódico, el diálogo y el bloque histórico, y que parecen al letrado eco de su prédica, tienen desde la perspectiva del subalterno otras funciones y reclamos. El campesino convencido tiene una serie de quejas que se pueden precisar: contra los politiqueros y sus busconerías, pero sobre todo, contra la sordera de los poderosos. Los políticos, las corporaciones y el gobierno no escuchan sus lamentos. Lo novedoso en la práctica política muñocista será precisamente ese deseo de hablar, de escuchar preguntas y desdichas para proveer respuestas y esperanzas. Hasta ahí: su "nobleza". Pero el letrado y el "otro subalterno" no visualizan de la misma manera su diálogo. La voz popular que se hace carta no tiene dudas de su existencia previa al texto o a la voz del letrado que cree despertarla. La conciencia popular existe y su voz habla en un lugar que es suyo, fuera de los espacios de la

---

3; "Cuando discuta escríbale a Muñoz Marín", El Batey, núm. 6, agosto, 1939, p. 3.

[294]Véase: "Muñoz Marín en la Isla y usted en su vecindario", El Batey, núm. 8, octubre, 1939, pp. 2, 4.; "Un campesino que ya entendio: Carta de Ramón Ramírez Sánchez a Luis Muñoz Marín", El Batey, núm. 2, abril, 1939, pp. 2, 3; "El mal negocio que hizo un viejito" El Batey, núm. 7, agosto, 1939, p. 4; "Lo que dijo una mujer campesina a Muñoz Marín", El Batey, núm. 7, agosto, 1939, p. 4; Muñoz Marín, "En El Batey: Por esto es que el pueblo ha sufrido igual bajo todos los partidos", El Batey, núm. 12, marzo, 1940, p. 1; "Discurso, 3 de noviembre de 1940", en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política. III, pp. 273-282.

sociedad civil dominados por el Estado y las élites propietarias de la tierra y la alta cultura. Su lugar, su tarima, es el espacio de lo privado. En el hogar, se pone de manifiesto el discurso de la desesperación y por eso "unica mente ollen sus familiares en aquellos momentos de desesperación y ellos suspiran hondo en ver que no pueden alludarlo".[295]

Lo que las masas encuentran novedoso en el discurso muñocista es su deseo de escuchar, no su saber. Lo que los llena de esperanza es ser escuchados y reconocidos. Después de todo, hablar al "otro" es poner de manifiesto mi yo. El diálogo es aquí terreno de coincidencias. Lo que el Iluminado ha logrado ver es ya saber popular, experiencia vivida, cultura política oral de los sectores populares. Si el campesino dice "he comprendido", lo que afirma no es "me has convencido", sino "hemos coincidido". Desde la perspectiva del subalterno, lo que se sabe de lo real es sabiduría compartida por los interlocutores. Su saber es voz de la experiencia y, en este sentido, habla, no como menor de edad que confiesa sus problemas ante el representante del espíritu en la tierra, sino como voz de un sujeto adulto que conversa con su igual, voz autónoma portadora de un saber y una ética, aunque resulte inaudita para los poderosos.

El propósito del letrado es distinto. Como señala Ludmer, su diálogo con el "otro interior" es una estrategia de seducción para que aquél acepte su proyecto. La política es vista, como señala Lugo-Ortiz en el caso de Martí, como seducción y espera. La seducción, "requiere de un saber sobre el otro, ver al otro, identificar cuáles son las necesidades y carencias de aquél que es objeto de mi deseo para ponerlas/ponerme en juego y lograr atraerlo hacia mí".[296] El amor que se profesa se hace de gestos y palabras, de coincidencias y acuerdos pero es, consumada la unión, una relación jerarquizada. Desde la perspectiva del intelectual comprometido la pregunta única o importante es, ¿has comprendido? Esta es la que determina la otra, ¿de qué quieres que hablemos? Se trata no

[295]Ramón Ramírez Sánchez, "Carta a Luis Muñoz Marín", El Batey, núm. 2, abril, 1939, pp. 2, 3.

solamente de enseñarles la verdad sino también de invitarles a actuar a favor del superior. En su respuesta a Ramírez Sánchez, el Ilustrado se muestra complacido de que el "otro" haya comprendido y pasa inmediatamente a asignarle su acción:

> Con verdadera satisfacción leí su carta de reciente fecha. Ella me indica, no solamente la claridad de sus sentimientos personales en cuanto a los prolongados sufrimientos de la masa campesina de nuestro pueblo, sino también que ya la causa de esos sufrimientos se van comprendiendo. Cuando los campesinos las comprendan con la claridad que las comprende usted, ellos mismos pondrán término a esta situación ordenada y pacíficamente ejercitando en su defensa el derecho democrático al voto en vez de ejercitarlo para los privilegios de los que los mantienen en su pobreza.[297]

Lo que en un primer momento parecía una negociación entre iguales para asegurar la emancipación popular se muestra claramente como un discurso jerarquizador que divide el "nosotros" para asignarle a las minorías ilustradas la tarea de dirigir la lucha por la salvación del "otro interior". Luego de tomar conciencia de su realidad las masas sólo tienen un gran acto histórico: el acto de votar, de elegir a hombres incorruptibles para que los representen y dirijan. En el nacionalismo moderado muñocista son estas minorías selectas, propietarias del saber y la ética, los verdaderos sujetos hacedores de la Historia. A las masas se les invita a un acto de confianza, el arreglo es para un préstamo, se solicita el voto para que las minorías comprometidas pongan fin a la miseria y la explotación. El enunciado se ha completado: "si has comprendido, vota por mí".

¿Qué fue después de todo lo que comprendió Pedro Molina? ¿Qué era lo que proponía aquella voz campesina que reconocía en el Líder "al hombre de fundamento que conoce el camino" y se identificaba con el dolor silencioso?[298] Se trataba en ambos casos de convencidos, cuyos actos

---

[296] Lugo-Ortiz, Identidades imaginadas, p. 158.

[297] Muñoz Marín, "Carta a Ramón Ramírez Sánchez", 23 de marzo de 1939, El Batey, núm. 2, abril, 1939, pp. 2, 3.

[298] Véase: Muñoz Marín, "En El Batey: Como Pedro Molina no vendió su voto", El Batey, núm. 3, abril, 1939, p. 1; "Carlos Suarez trabajador socialista hoy popular", El Batey, núm. 4, junio, 1939, p. 2; "Muchos trabajadores y agricultores son candidatos del Partido Popular", El Batey, núm 17,

heroicos eran: unirse a las filas del Partido, reconocer la estatura moral de la voz profética y no vender su voto. Muñoz Marín era la voz firme, incorruptible, esperanzadora, a la que había que sumarse si se quería encontrar la salida del laberinto colonial.

En el escrito sobre el acto heroico de Medina se desplegaba una de las estrategias discursivas más importantes para allegarse a las masas. La voz del "otro", asumida en el texto, es voz reproductora del discurso del Líder, pero sobre todo es voz del que habla a sus iguales contándoles su experiencia. Más que hablar directamente, ahora el poder de la voz letrada se ejerce mediante su eco, el de la otra voz que repite para repetirse interminablemente. El mensaje no necesita venir de afuera por boca de un extraño. El "otro interior" puede "aprendérselo bien" de sus propios congéneres. De aquí la invitación que hace el Líder a los convencidos para que se conviertan en portavoces de la palabra precisa llevando a cabo mítines por todos los rincones del país. El yo y el tú que diferencia y jerarquiza se esconde, más que en el falso nosotros, en un háblense entre ustedes. El letrado extraño se hace invisible pero vive, como espíritu alerta y moralizador, en el discurso popular. Este último, que era el discurso del que preguntaba y se quejaba de una realidad incomprendida, se ha transformado al hacer suyo el saber de lo real de la voz profética.

Se complementaban así dos estrategias. Si para las masas, la realidad colonial constituía un mundo inescrutable e inexorable que se vivía como sufrimiento, entonces su conscientización salvadora llegaba de afuera por el mensaje iluminador del superior, que escuchaba el lamento, entendía lo real y explicaba el pasado, el presente y los actos que posibilitaban un futuro. La voz profética era la palabra del misionero propietario de "la verdad clara y sencilla" que había "explicado bien claro" e invitaba a la acción política a un "otro subalterno", reproductor de la Ley,

---

octubre, 1940, p. 4.

que por fin comprendía los actos y gestos indispensables para labrarse un destino feliz. Pero el mensaje era más efectivo cuando llegaba a las masas en su propio lenguaje, pretendiendo ser un ejercicio entre iguales. Reconocidas las diferencias entre la cultura letrada y la popular, la estrategia de incorporación activa del subalterno debía realizarse mediante la transformación de la voz originaria en eco interminable.[299]

El propósito central era impulsar la movilización de las masas con una nueva práctica política. Había que moralizar la política y sustituir la manía arrogante de sobornar a los electores, que llevaban a cabo los partidos tradicionales con el apoyo de los grandes intereses, con una toma de conciencia del poder de votar. La movilización era una tarea educativa y moralizadora, la de la vergüenza y la dignidad contra la autoemasculación por dinero. Las masas debían romper con una práctica impuesta por los grupos que las sometían a su miseria y se aprovechaban luego de su condición. La misión de la nueva élite ilustrada nacionalista era educarla para que ella cobrara conciencia del poder que le concedía el sistema democrático. El voto era el arma para la autoemancipación, era un logro histórico que hacía posible la redención pacífica de un pueblo. Para llegar a la tierra prometida, la nación no tenía que lanzarse, dominada por una ira desenfrenada, a la rebelión o la revolución. El ciclo de las revoluciones fundacionales de la sociedad burguesa quedaba superado por el desarrollo de formas democráticas de vida política. La conscientización le devolvería a las masas su dignidad extraviada y la democracia, burlada por el soborno y la corrupción, reinstalaría su poderío práctico y moral para hacer posible, como destino, la modernidad. El voto era el verdadero instrumento para la "revolución pacífica" y a través de él se

[299]Véase: "Muñoz Marín en campaña por los barrios del campo", El Batey, núm. 12, marzo, 1940, p. 3; "Discurso", 3 de noviembre de 1940, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, p. 276; "Discurso", 4 de noviembre de 1940", ALMM. Sec. III, Serie 2, Folio 3, Doc. 1.

enfrentaría al pasado estéril con una nueva actitud moral y moralizadora que aseguraría como futuro posible la liberación de la nación:

> El voto es un trabajo que hace el hombre a favor de él mismo y de su familia. Para hacer este trabajo el día de las elecciones se va con ropa de trabajo. Las elecciones no son una fiesta. Son el trabajo más importante que puede hacer un hombre en defensa de sus compañeros y de su familia.[300]

El pueblo.

¿Quiénes constituían esa comunidad imaginada que se llamaba el pueblo? El propósito central de El Batey, decía desde sus inicios Muñoz, era ser el periódico de los campesinos. Sin embargo, se trataba de mucho más que eso. Una de las funciones principales del periódico era ayudar a formar y definir un bloque social capaz de vencer en la contienda política. En este punto, el campesinado fue uno, entre otros, de los sectores sociales a los que se dirigía la voz del caudillo. El nuevo bloque tenía que organizarse como un cuerpo transclasista formado por una pluralidad de clases y sectores sociales integrados por una concepción de mundo que definía un destino común. Campesinos y agricultores, trabajadores y comerciantes, maestros, profesionales, choferes, amas de casa, desempleados eran esa pluralidad del Ser que compartían una condición común, la de la explotación económica y la opresión colonial y, un enemigo común, las corporaciones y sus representantes políticos. Contra el enemigo numéricamente pequeño, pero económica y

[300]Muñoz Marín, "En El Batey: Distintas maneras de hacerse daño con su voto", El Batey, núm. 4, junio, 1939, p. 1. Véase también: Muñoz Marín, "En El Batey: Su voto es su arma", El Batey, núm. 2, abril, 1939, pp. 1, 2; "Carta a Ramón Ramírez Sánchez", 23 de marzo de 1939, El Batey, núm. 2, abril, 1939, pp. 2, 3; "En El Batey: ¿Cómo Pedro Molina no vendió su voto?", El Batey, núm 3, abril, 1939, p. 1; "Informe a los campesinos de Puerto Rico", El Batey, núm. 3, abril, 1939, p. 1; "En El Batey: ¿Qué es el gobierno?", El Batey, núm. 5, junio, 1939, p. 1; "En El Batey: Dios hizo pan para todas las bocas", El Batey, núm. 6, agosto, 1939, pp. 1, 2; "El voto no se entrega", ibid., p. 3; "En El Batey: ¿Por qué no compran ustedes el gobierno?", El Batey, núm. 8, octubre, 1939, pp. 1, 2, 3; "Inscribete" y "El Partido Popular defiende al campesino", El Batey, núm. 10, enero, 1940, pp. 1, 2; "Discurso pronunciado a través de W.K.A.Q.", 31 de marzo de 1940, en ALMM. Serie III, Sec. 2, Folio 7, Doc. 1, pp. 25, 39.

políticamente poderoso, se levantaba el sujeto-pueblo, fusión de clases y sectores subalternos en busca de su emancipación.[301]

Los agricultores constituían uno de los grupos sociales que más preocupaba al discurso muñocista. La estrecha amistad que se fue tejiendo entre el presidente de la Asociación de Agricultores, Jesus T. Piñero, y Muñoz, explica en parte este interés, pero existían razones económicas, políticas y simbólicas de mayor peso. En el discurso muñocista, la clase de los agricultores era lo suficientemente amplia como para inventar una comunidad que incluía al campesino pobre y al colono propietario. Además, fundía dentro de una misma categoría a clases y sectores relacionados a diversas actividades económicas, como el café, la caña y el tabaco.

¿Cuál era el contexto histórico-social en el que se actuaba como discurso integrador? Según se afianzaban las relaciones capitalistas en el campo puertorriqueño, se fue desarrollando una compleja estructura de clases donde se dividía y se desplazaba la población. Las viejas clases propietarias de la tierra vieron aparecer a una poderosa burguesía latifundista, que ligó el control sobre la tierra y la producción agrícola con la actividad industrial de la central azucarera. La burguesía criolla tradicional que no pudo hacer la transición a centralista se mantuvo como apéndice de ese sector industrial, sobre todo como colonos propietarios, sembradores de caña, que empleaban trabajo asalariado en sus fincas. Estos eran fundamentalmente los que se definían como agricultores.

Junto a los cambios y conflictos en el mundo de la burguesía se fue transformando también el mundo rural de pequeños propietarios campesinos, con su economía predominantemente de subsistencia. Desplazado de la tierra por la dinámica del capital, este sector se encontraba en un acelerado proceso de proletarización que no terminaba de concretizarse debido, entre otras razones,

[301]El proyecto social del nacionalismo moderado muñocista se pone de manifiesto en su propuesta legislativa. Véase: "Leyes que el Partido Popular impulsa en esta legislatura", El Batey, núm. 12, marzo, 1940, pp. 2, 3.

al carácter temporal de la actividad laboral en la economía azucarera. No obstante, el proletariado agrícola se tornaba cada vez más numeroso y desarrollaba lentamente una conciencia de clase que culminaba en su propia organización político partidista. Esta complejidad social del mundo rural variaba con relación a regiones y a productos agrícolas. El azúcar costero, por un lado, y, por otro lado, el café y el tabaco de la montaña, producían de manera distinta la estratificación social. Mientras los agricultores tenían una mayor importancia en el sector cañero, eran los pequeños propietarios campesinos los que sobrevivían a la proletarización salvaje a través del tabaco y el café.[302]

Pero el nacionalismo moderado muñocista debía simplificar esta estratificación social del mundo rural fundiendo en un solo concepto homogeneizador su diversidad social y productiva. Ocultando las diferencias entre el pequeño y mediano agricultor y el campesino de subsistencia en proceso de proletarización, el muñocismo buscaba consolidar su bloque histórico convirtiendo la comunidad imaginada en unidad política. Para la lucha política, su modelo presentaba el campo como un mundo social cuya división fundamental era la que se establecía entre los grandes propietarios latifundistas, predominantemente ausentistas y, la mayoría del pueblo propietario de extensiones medianas y pequeñas, predominantemente criollos.

La lucha de clases en el campo puertorriqueño se presentaba como un hecho incuestionable. Allí era que estaban las raíces del antagonismo entre las dos grandes fuerzas que se enfrentaban en el plano político. El campo era un mundo bipolar en donde combatían los poderosos y los subalternos, el latifundio y la mediana y pequeña propiedad, los ausentistas y los criollos, los enemigos de la nación y sus legítimos propietarios. La lucha económica por el control de la tierra expresaba, en el plano simbólico, una lucha espiritual. La tierra real, transmutada en patria, era la

[302]Véase: Dietz, Historia económica, pp. 96-152; Francisco Scarano, Puerto Rico, cinco siglos de

base principal del Ser nacional y el pueblo existía porque era capaz de convertir una realidad territorial en una dimensión espiritual. En la lucha por la vida, los hombres se apropiaban de la naturaleza y realizaban esa fusión que hacía de la tierra y su propietario, la patria y el patriota. Sobre ese espacio real e imaginario se había practicado una empresa de usurpación y despojo que amenazaba la existencia material y espiritual de la comunidad.

De aquí que nada más acertado, para ilustrar la crisis económica y política provocada por el colonialismo, que el tema de la expropiación del propietario criollo y la concentración de la tierra en manos del capital absentista. Ruptura del nexo que daba vida y nutría la nacionalidad, la violencia económica se convertía en violación simbólica de una comunidad. La situación del campesinado era la expresión más cruel de esta empresa de despojo colonial. Su debacle era el resultado del lado oscuro de la economía azucarera y de la corrupción política: el desalojo de la tierra, las privaciones que se ponían de manifiesto en su alimentación inadecuada, el endeudamiento, el desempleo, la vida desvaneciéndose entre el tiempo muerto y el salario miserable. Fundir las clases y sectores del agro en un todo popular nacional, identificar en el latifundio ausentista a ese "otro amenazante" de la nacionalidad y proponer como tarea política la reconstrucción económica y simbólica de la tierra y el hombre era la gran propuesta del nacionalismo moderado muñocista. Para realizar este proyecto y reconstruir el país era necesario tomar el poder político y realizar una legislación que hiciese recaer los costos del progreso en lo grandes propietarios, al mismo tiempo que el gobierno funcionaba como padre protector que impedía la ruina del agricultor.[303]

El nacionalismo moderado muñocista no era un pensamiento de clases tradicionales provenientes del mundo rural. Su mirada al pasado, al mundo rural y el campesinado, era en verdad

---

historia. México, McGraw Hill, 1993, pp. 581-622.

[303]Véase: "La situación de los agricultores", El Batey, núm. 4, junio, 1939, p. 4; "Las leyes antes de las elecciones", El Batey, núm. 12, octubre, 1940, pp. 2, 3, 4.

una estrategia discursiva para poder realizar la incorporación activa de los sectores populares dentro de un discurso moderno y modernizador de claro corte burgués. De aquí que la ruralía y sus sectores sólo constituyesen una parte de sus preocupaciones y que, junto a campesinos y agricultores, este discurso moderno interpelara también a otras clases y sectores propios de la modernidad capitalista. Lentamente, con sutileza y firmeza, el muñocismo fue infiltrando su mensaje en las clases trabajadoras de la costa, particularmente las relacionadas con el azúcar. Era obvio que Muñoz reconocía el control que ejercía el Partido Socialista sobre los trabajadores, pero decidió aprovechar sus errores y su crisis para sostener que lo que fue en una ocasión un gran partido obrero se había corrompido dentro de la Coalición y había quedado atrapado en las garras del capital, traicionando sus principios. Desde su primer número, El Batey dedicaba siempre un espacio importante para discutir los temas que afectaban a los trabajadores e invitaba al movimiento sindical a reorientar sus luchas, separando de sus filas al liderato socialista corroído por la práctica política coalicionista.[304]

La construcción de la hegemonía obligaba a la apropiación activa del subalterno, representado en este caso por el proletariado. Para realizar la misma, el muñocismo se identificó con la tradición socialista y se proclamó su legítimo heredero. Después de todo, Muñoz había comenzado su vida política activa en Puerto Rico militando junto a Iglesias en las elecciones de 1920 y sólo abandonó el socialismo cuando el líder obrero se decidió por la coalición con los republicanos puros de Martínez Nadal. Para él, este desliz político fue el que erosionó el prestigio y los logros indudables del socialismo de Iglesias, que había jugado en sus inicios un papel de

[304]Véase: "El convenio azucarero traiciona a miles de obreros", El Batey, núm. 1, marzo, 1939, pp. 1, 2; "Senador coalicionista acusa a la Coalición", El Batey, núm. 2, abril, 1939, pp. 1, 3; "¡Ultima hora: Si los obreros industriales del azúcar no protestan será eliminada la ley federal del salario mínimo", ibid., pp. 1, 2; "En El Batey: De cómo Pedro Medina no vendió su voto", El Batey, núm. 3, abril, 1939, p. 1; "Vayan a todas las Asambleas", ibid., p. 2; "¿Qué es el Partido Socialista?, ibid., pp. 2, 3; "Actuen los trabajadores", ibid., p. 3; "La ley Wagner", El Batey, núm. 7, agosto, 1939, p. 4.

vanguardia en la lucha por la emancipación de la clase obrera. Ahora, esa tradición tenía en él a su único y legítimo heredero. Su discurso y su práctica política consideraban un tema central la lucha contra la miseria económica y la corrupción política y sus posturas eran las del socialismo verdadero anterior al pecado coalicionista.[305]

Uno de los grandes problemas del muñocismo era integrar dentro de su bloque al capital y el trabajo. La cuestión de la ley de horas y salarios que se discutía en la época, no menos de dos dólares al trabajador industrial, expresaba esta dificultad. Al mismo tiempo que era necesario defender la aplicación de la ley para los obreros de la industria azucarera dominada por el capital corporativo, Muñoz creía peligrosa su puesta en vigor en otras ramas industriales como la aguja, donde curiosamente los niveles de explotación de la fuerza de trabajo eran mayores que en el área industrial del azúcar. El Líder no podía defender mejoras salariales que colocaran en peligro a la burguesía criolla, por lo que se dedicó a proponer que el Estado interventor protegiera al mismo tiempo al capital y el trabajo. Para ésto, lo que se tenía que reconocer era que el funcionamiento de muchas ramas industriales dependía precisamente de establecer diferencias salariales. La aplicación generalizada de la ley del aumento salarial sería contraproducente para muchos sectores propietarios y su crisis terminaría afectando a la misma clase trabajadora.[306]

La cuestión salarial permite ver la intención armonizadora del discurso muñocista. Si bien era necesario apoyar el aumento salarial para los trabajadores, también era importante asegurar que no se afectara el propietario criollo. Así, por ejemplo, insistía en que la ley de horas y salario federal

---

[305]Véase: "Santiago Iglesias ha muerto", El Batey, núm. 9, diciembre, 1939, p. 1.

[306]Véase: "La ley de horas y salarios", El Batey, núm. 1, marzo, 1939, p. 2; "¡Ultima hora¡ Si los obreros industriales del azúcar no protestan ahora, serán eliminados de la ley federal de salario mínimo", El Batey, núm. 2, abril, 1939, pp. 1, 2; "Conspiran para quitar ley de salario mínimo en el azúcar", ibid., p. 3; "Salario mínimo en el azúcar", El Batey, núm. 4, junio, 1939, p. 3; "Marcantonio defendió el derecho de los obreros", El Batey, núm. 7, agosto, 1939, p. 2; "Las leyes antes de las elecciones", El Batey, núm. 16, octubre, 1940. pp. 2, 3, 4.

aplicada a Puerto Rico refería exclusivamente a la rama industrial de la industria azucarera y no al trabajo ligado a las faenas agrícolas. Preocupado por la situación de la burguesía mediana de colonos, que dominaba tierra y capital y contrataba trabajo asalariado, reconocía que la aplicación indiscriminada de la ley podía simplemente precipitar su ruina. La solución que encontró al dilema fue sencilla. En su concepción bipolar del mundo socio-político puertorriqueño existía el bando de los depredadores, encabezados por el gran capital corporativo ausentista, y el pueblo-nación, constituido por sus clases propietarias y trabajadoras. Los verdaderos explotadores del proletariado criollo eran las grandes corporaciones ausentistas que estaban capacitadas para pagar mejores salarios pero rechazaban hacerlo por su avaricia desmedida. Sobre éstos era que había que hacer recaer todo el peso de la ley del aumento salarial.

La implantación correcta de la ley del salario mínimo requería reconocer las diferencias entre "nosotros" y los "otros": dos mundos cuyas características obligaban a prácticas económicas distintas. En el plano del "nosotros", la burguesía criolla y el proletariado limaban sus asperezas proyectando hacia el exterior sus diferencias. Ambos se reconocían como víctimas de un capitalismo corporativo salvaje que amenazaba con destruir la vida material y espiritual del "pueblo". La precaria situación económica de las clases y sectores sociales que formaban este mundo sólo podía agudizarse si se ponía en vigencia la ley del salario mínimo. Quedaba el otro mundo, el dominado por ese "otro" cuya conducta económica depredadora había destruido los pilares del pacto social y creado el drama deprimente de una sociedad en ruina. En este espacio, y como medida para contrarrestar la avaricia del capital, era en donde funcionaba la ley federal que haría posible una distribución más equitativa de la riqueza. La burguesía criolla no debía asustarse ante la puesta en vigencia de la legislación. Aplicada a los sectores corporativos extranjeros, la mejora salarial del trabajador puertorriqueño combatiría la fuga de capital que desangraba al país y

sería un incentivo tanto para los trabajadores como para las clases propietarias. Fortaleciendo la capacidad adquisitiva de las masas trabajadoras, el aumento salarial serviría de motor para dinamizar la economía nacional y por lo tanto, se traduciría, a través de las leyes del mercado, en beneficios para los industriales y comerciantes nativos.[307]

En El Batey, el nacionalismo moderado iba dando forma a su bloque histórico. Si la sociedad puertorriqueña se pensaba como el espacio de una lucha entre dos sectores, el compuesto por el pueblo victimizado y el de la poderosa minoría del capital corporativo, se trataba de asegurarse que el bloque nacional estuviese formado por el mayor número posible de sectores económico-sociales para poder enfrentar al enemigo poderoso. Como sector importante de la clase propietaria, el comerciante también ocuparía un lugar en la constitución del nuevo bloque histórico. Esta incorporación del comercio y del comerciante se llevó a cabo a través de un interesante reconocimiento de los espacios de discusión pública propios de los sectores populares, entre los que se destacaba el cafetín y la tienda como zonas de tertulias pobladas de quejas y frustraciones. Curiosamente, mientras muchos asociaban la tienda con el usurero y el jaiba que se aprovecha de la ruina de los campesinos y trabajadores, Muñoz procedía a revaluar y reintegrar este espacio social, convirtiendo al comerciante del campo en una víctima más de la voracidad del gran capital. Explotado por las contribuciones y sometido a la competencia desleal de las tiendas de las centrales, éste era un sobreviviente afectado por la estrechez de la demanda que imponía el salario bajo, el desempleo y la crisis económica. Víctima como los demás, este pequeño propietario había dado muestras históricas de un gran sentido de responsabilidad y solidaridad social. Su estatura moral se ponía de manifiesto en el gesto de acceder gustosamente al "fiao", arriesgando su propia seguridad

[307]Véase: "Los tres propósitos del obispo de Ponce", El Batey, núm. 5, junio, 1939, pp. 1, 4; "El comerciante y el salario mínimo", El Batey, núm. 7, agosto, 1939, p. 4.

económica, para que alguna familia no sucumbiera ante la enfermedad de la miseria. Su lugar en el "pueblo" estaba asegurado por su función económico-social y su gesta moral.

Se afirmaba así una gran alianza, la de las víctimas del gran capital reconciliadas por su condición común y por el interés compartido de ponerle fin a la pauperización acelerada de la sociedad colonial. Se afirmaba también un proyecto, el de la rehabilitación económica, que haría posible convertir el bienestar individual en bienestar general. El antagonismo en el interior del bloque histórico nacional entre propietarios y trabajadores, o entre campesinos, colonos, trabajadores y comerciantes, se ocultaba bajo la teoría liberal del mercado autorregulado que aseguraba que el progreso de una de las partes influiría de manera positiva a las restantes. Las clases propietarias criollas no debían temerle al progreso material de los trabajadores pues el mismo serviría para impulsar su bienestar. El comerciante y la tienda, que ponían de manifiesto la pobreza generalizada del país, serían el mejor taller para demostrar cómo el progreso de unos mejoraría la situación de los demás. Redimido el comerciante, insertado en el pueblo, se le asignaba la función ejemplarizante que ponía de manifiesto la dimensión moral de la nación subalterna: sabiduría y solidaridad a través de la cual sobrevivían y se cohesionaban los pueblos para transformarse en naciones. Esta revaluación del comerciante y la tienda era, además de una forma de completar el bloque histórico, una propuesta de acción política. El espacio y el agente harían posible las tertulias en donde flotaría el espíritu moderado y su propuesta emancipadora, conscientizando a los sectores populares:

> Una de las clases más sufridas de Puerto Rico es la de los comerciantes del campo. Son hombres que mantienen una lucha muy grande para no desaparecer. En muchos pueblos sufren la competencia de las tiendas de las centrales. Pagan numerosas contribuciones del gobierno... Su mayor desventaja depende de la miseria extrema de la población que rodea sus tenditas. Cada vez que un hombre pierde su finquita, se hace más pobre y puede comprar menos en la tienda. Mientras los trabajadores ganan jornales bajos y los agricultores arruinados escasamente pueden pagar, la tienda sufre por la pobreza de estos compatriotas.

> La tienda es, además, el paño de lágrimas de la miseria que la rodea. Cuando un comerciante del campo ve una familia muriéndose de hambre, le fía. Y después, muchos trabajadores y agricultores honrados, por mucho tiempo no tienen el dinero para pagarle.
> ...
> El comerciante del campo debe ser una fuerza activa para hacer un gobierno que esté libre para ponerles las contribuciones a los grandes en vez de echárselas encima a los pequeños.
> El comerciante del campo tiene un interés legítimo en que mejore el nivel de vida de los trabajadores que rodean su tienda. El comerciante del campo, para proteger su propia tienda, para el bien de todos, debe explicarles continuamente , un día tras otro día a todos sus parroquianos, los males que causa vender el voto.[308]

Otro sector que era numéricamente significativo y que debía ser movilizado era el de los desempleados. El nacionalismo moderado era aquí un enemigo declarado de esa teoría de la vagancia que el poder imperial y las clases propietarias utilizaban para explicar la miseria popular. El desempleo era el síntoma más trágico de la ruina económica del mundo colonial y era necesario reconocerlo como un efecto y no como una causa.

La crisis del 30 había elevado el desempleo hasta un nivel alarmante y provocado la movilización de las masas para tratar de enfrentar su situación. Buscando soluciones a sus problemas, este grupo se acercó al liderato de varios partidos, pero fue Muñoz el que supo inmediatamente asumir su representación.[309] Reconociendo su trágica situación y la urgente necesidad de medidas paliativas, insistió en relacionar el desempleo con la lógica del capitalismo salvaje al mismo tiempo que consideraba posible y necesario poner en práctica un plan económico para desarrollar un capitalismo más armonioso. Para alcanzar esta meta, los desempleados debían movilizarse contra los grupos políticos tradicionales que los habían abandonado a su suerte y

---

[308]"La tragedia del comerciante del campo", El Batey, núm. 3, abril, 1939, p. 4.

[309]Muñoz fue el representante de los desempleados en el Congreso económico que se celebró el 12 de marzo de 1939 y que se manifestó a favor de un plebiscito para solucionar la cuestión colonial. Véase: "Ustedes mismos deben resolver su propio destino", El Batey, núm. 2, abril, 1939, p. 2.

asumido la representación del capital. El muñocismo insistía en que el debate político ponía frente a frente a dos épocas, dos grupos políticos y dos actitudes morales: la de un pasado dominado por un grupo donde se aglutinaban el dinero y sus secuaces y reinaba la corrupción de la vida pública y la de un presente-futuro, democrático y reivindicador, encabezado por la vanguardia populista apoyada por el pueblo. El grueso numérico del pueblo, su parte más sufrida y abandonada, era exactamente esa que conformaban los desempleados. Para ellos, el nacionalismo moderado se presentaba como discurso integrador y esperanzador, haciéndoles un lugar en el sujeto colectivo y ofreciéndoles el sueño de su utopía posible:

> Mi consejo a ustedes es: manténganse unidos como trabajadores y como desempleados, y cuando lleguen las elecciones que vote la verdad y la vergüenza contra el dinero. Así empezará a gobernar la verdad y la vergüenza después de tantos años en que ha gobernado el dinero, prolongando el hambre, la miseria y el desempleo en Puerto Rico.[310]

La articulación del nuevo bloque histórico, así como su organización, educación y movilización a través de un partido, requería de un elemento intermedio esencial capaz de darle cohesión y proveerle de una concepción de mundo. Este sector fundamental, que completaba el bloque de poder, era la pequeña burguesía propietaria de la cultura letrada. Esta clase media estaba compuesta fundamentalmente de maestros, profesionales y funcionarios que realizaban tareas especializadas y de cierto nivel educativo, tanto en el espacio público como privado. La misma no era una más de las clases y sectores que constituían "el pueblo", sino una clase muy especial, indispensable para dar forma y solidez al bloque populista. Muñoz se veía como parte de este sector y le adjudicaba las funciones de dirección y educación necesarias para poder llevar a cabo la organización y movilización de la nación. Esta élite era la responsable de organizar un partido

[310]Muñoz Marín, "Discurso ante asamblea de desempleados", El Batey, núm. 1, marzo, 1939, p. 4.

político, proveerle coherencia ideológica y asegurar, mediante su tarea organizativa y educativa, el pacto de la ciudad letrada con los sectores populares.

La clase media era también una víctima de la ruina material y espiritual del mundo colonial, pero era un damnificado al que le quedaba la propiedad y el poder de la cultura. Obligados a mantener un nivel de vida incompatible con sus ingresos, estos descendientes educados de las clases propietarias sufrían conscientemente su proletarización y difícilmente conservaban, tras su orgullosa resistencia contra la ruina, el poder que daba el saber. La víctima era pues un agente heroico en la resistencia contra la desintegración que cumplía con su misión histórica: convertir la cultura en arma de lucha para la emancipación nacional.

La clase media educada era un sector privilegiado con una misión histórica que poseía aquello de lo que carecía esa parte del pueblo considerada como masas o sectores populares: la propiedad sobre el verbo creador, la fuerza deseante que teje el sueño nacional. Esta posesión conllevaba una obligación política y moral: servir de agente conscientizador y dirigente de los sectores populares para realizar la rehabilitación material y espiritual de la nación subalterna. Como propietaria de la cultura debía convertirse en clase política, aceptar el reto del orden colonial y proveer las armas intelectuales necesarias para romper el poderío de la cultura imperial y colonialista. Su tarea: construir la nación, articulando sus proyectos económicos y políticos, inventando su memoria, y con ello, sus tradiciones fundacionales, sus gestas heroicas y su dimensión moral inconfundible, que demostraban la existencia de una personalidad histórica irrefutable.

Este era el gran pacto. Lo que no se había realizado históricamente o porque no teníamos "pueblo" o porque nuestro mundo letrado no había todavía reconocido a ese "otro interior" como su igual. El presente era el tiempo crucial, el momento del encuentro y el gran convenio de las élites y

las masas, de la palabra y el trabajo, en donde se transmutaban las partes en una gran unidad nacional. Las élites convertidas en clase política se transformaban en sujeto ético; las masas convertidas en pueblo pasaban a ser agente histórico. El pueblo-nación era la simbiosis en donde las partes se hacían el Uno integrado y solidario. El muñocismo expresaba aquí un aspecto moderno del discurso nacionalista: optimista, creía en el poder de la Razón y en el progreso de la Historia como proceso continuista que culminaba en la emancipación humana. El espectáculo de la ruina no lo deprimía sino que lo excitaba, lo invitaba a la reflexión y, más aún, a la acción. La crisis era su pretexto para lanzarse a la lucha sin dudar o desfallecer. En su gesta, se sentía confiado y poderoso, digno y heroico, heredero y representante privilegiado de la fuerza deseante.

En El Batey, son los maestros rurales los representantes de esta ciudad letrada clase mediera que ha reconocido ya su misión histórica y la cumple con un sacrificio ejemplar. Su hazaña: llevar la luz del entendimiento para disolver las tinieblas de la ignorancia, sembrar la palabra precisa y el mensaje optimista en la conciencia colectiva, afirmar el sujeto y elevar su autoestima asegurándole que en el futuro existe una tierra prometida en donde mana leche y miel. Este agente ejemplar abría la puerta de la esperanza brindando a las nuevas generaciones el poder de la cultura y asegurándole de esta manera a los padres que los hijos tendrían un porvenir distinto y superior al suyo. Los maestros rurales eran los funcionarios de una empresa educativa sin la cual el futuro sería el eterno retorno del pasado; héroes mal pagados, despojados de sus sueldos durante los meses de verano, que orquestaban la resistencia nacional contra las tácticas del orden colonial y los propietarios avaros que mantenían el mundo rural en la ignorancia. Su vocación demostraba una vez más la estatura moral del pueblo oprimido. Nadie mejor que ellos representaban los sacrificios de la cultura para

sobrevivir y cumplir su misión de resistir los proyectos destructores que el poder y los poderosos pretendían imponer sobre el espacio material y espiritual de la nación.[311]

Como la presencia en El Batey de esta clase media letrada era más indirecta, quizás sea pertinente completar este análisis allegándole los discursos de antes y después de las elecciones de 1940. En éstos, el muñocismo se manifestaba más abiertamente como un canto de alabanza a la ciudad letrada. Ya hemos señalado que para el Líder, la clase media era una clase que luchaba por su existencia con un arma de la que carecía el resto de las clases y sectores que componían "el pueblo sufrido" y su privilegio educativo conllevaba además un compromiso ineludible con las masas populares. Ahora, en la agitación de los días previos a las elecciones se le convocaba para la batalla decisiva que se avecinaba invitándola a que asumiera su autodefensa y se elevara más allá de sus intereses económico-corporativos hasta devenir en élite política dirigente:

> ¡Y a la clase media le hablo en la doble motivación que tiene en esta lucha! La clase media tiene la motivación de corregir la injusticia que la hace vivir en la zozobra y en el terror al mañana y en la inseguridad constante. Pero la clase media tiene también otra motivación. Es la única clase sufrida en Puerto Rico que ha tenido oportunidad de educarse, de saber, de entender, y por eso tiene la responsabilidad de dar la fuerza de su educación y de su cultura y de su entendimiento al liderato de ella misma y de las demás clases sufridas de Puerto Rico.[312]

Consumada la victoria electoral llegó el momento de los agradecimientos y se abrió un lugar especial para la clase media. El Líder que había fijado sus tareas reconocía ahora sus logros. La ciudad letrada, convertida en élite política, había llevado a cabo el acuerdo con las masas populares y asumido con indudable responsabilidad histórica su función dirigente. Propietaria del saber, esta clase heroica había demostrado su estatura moral al asumir con desinterés la tarea de organizar y de

---

[311]Véase: "Las injusticias que están cometiendo con el maestro rural", El Batey, núm. 5, junio, 1939, p. 4.

[312]Muñoz Marín, "Discurso", 3 de noviembre de 1940, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, p. 275.

educar al pueblo. Su misión se había cumplido con éxito: entablar el convenio que creaba un todo que era más que la suma de sus partes, convocar al encuentro que provocaba la metamorfosis de las clases en nación:

> A los hombres y mujeres de la clase media también quiero expresarles mi felicitación y mi agradecimiento por la forma en que han defendido su propia justicia y por el liderato que les han dado, a base de sus mayores oportunidades de educación, a nuestros campesinos y a la masa de nuestro pueblo en general. Así como los campesinos, los trabajadores y los agricultores amanecieron el día seis de noviembre con una nueva esperanza de justicia, nuestra clase media amaneció con esperanza de justicia y con la seguridad de que eran libres de coacciones y terrores que especialmente se han dirigido contra la clase media dentro de las viejas malas prácticas de la política puertorriqueña. Y la clase media también debe saber, como lo sé yo, que esta libertad de sus espíritus no es a mí a quien se la debe, sino a los campesinos sufridos y al pueblo sufrido de Puerto Rico en general. Así como la clase media dirigió una gran parte de la lucha del pueblo por su redención social, la gente humilde y sencilla de Puerto Rico, con su valor y con su abnegación y con su honradez, ha contribuido a libertar espiritualmente a la clase media de Puerto Rico.[313]

Construido el bloque histórico y establecido el diálogo entre la élite letrada, convertida en clase política, y las masas populares conscientizadas, transformadas en pueblo, procedía reafirmar algunas posturas centrales del nacionalismo moderado. En el plano de su problemática y de su práctica política se destacaban dos puntos: su insistencia en el diálogo con el "Otro metropolitano" y el carácter pacífico de su acción política. La independencia del país sería el producto de un proceso decisional en mutuo acuerdo y amistad permanente con los Estados Unidos. Frente a la demagogia de los enemigos políticos que lo presentaban como opuesto a los Norteamericanos, y para contrarrestar el impacto de la violencia albizuista en el imaginario puertorriqueño, el muñocismo se proyectó como una actitud de diálogo y moderación. En El Batey, definía la administración de Roosevelt como un "gobierno realmente democrático con tendencias a favorecer a las clases

[313]Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Imparcial, 8 de noviembre de 1940, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 283-284. Véase también: "Discurso", 16 de noviembre de 1940, en Bothwell, ibid., pp. 291-292.

populares",[314] y dejaba claro que su lucha política se llevaba a cabo en amistad con el pueblo americano. La violencia estaba descartada como instrumento político y se defendían las acciones que estaban enmarcadas dentro de los parámetros establecidos por la ley y el orden. El futuro del país dependía exactamente de la actitud de seriedad y responsabilidad que asumían la metrópoli y el nacionalismo moderado.[315] Este encuentro de las fuerzas progresistas era la base de poder que aseguraba un programa de rehabilitación económico-social que se debía reafirmar frente a todos. En El Batey, reaparecía el proyecto: lucha contra las grandes corporaciones, reconstrucción del cafetal, paz social, protección del tabaco, aplicación de la ley de las quinientas acres, redistribución de la tierra entre campesinos y trabajadores, promoción de la industria y el empleo y mejoramiento de las condiciones de vida de la población pauperizada. Estas eran las medidas para reavivar el pueblo y dotarle de futuro.

La dimensión moral.

El campo moral del nacionalismo moderado muñocista se construyó combinando las categorías políticas y éticas modernas con los principios religiosos tradicionales. Se trataba de una estrategia para penetrar dos imaginarios sociales: el de las clases medias cultas y el de los sectores populares. En El Batey, Muñoz insistía en establecer la convergencia del letrado moderno con el tradicional, destacando que, con registros distintos, el sacerdote y el político progresista trabajaban en un mismo proyecto: la lucha contra la miseria material y espiritual para liberar al hombre del mal y las necesidades. Dos voces proféticas predicaban el deseo divino de justicia para todos y, por lo tanto, sus diferentes funciones y tonalidades retóricas desaparecían ante su común preocupación por

[314]"El convenio azucarero traiciona a miles de obreros", El Batey, núm. 1, marzo, 1939, p. 1.

[315]Véase: "La justicia que se podría hacer con los millones que se exprimen del pueblo", El Batey, núm. 7, agosto, 1939, pp. 2, 3.

la emancipación de la comunidad. La palabra moderna, como propuesta de liberación, se reforzaba como palabra divina y el político que luchaba por la justicia social pasaba a ser uno más de los apóstoles que "estaba trabajando en la voluntad de Dios". En diferentes planos de la existencia humana el proyecto religioso cristiano y el nacionalismo moderado cumplían un mismo propósito, eran dos voces de un mismo espíritu:

> El BATEY ha hecho bien clara la posición del Partido Popular Democrático con respecto a la religión. El P.P.D. no solamente respeta el derecho de los hombres a su religión, sino que cree que la verdadera religión es la fuerza más grande que hay en el mundo para inspirar a los hombres a obtener la justicia que Dios quiere que tengan. La religión considera al hombre como a hombre, no como a bestia de carga o como a instrumento de explotación. La religión considera que todos los hombres son hermanos bajo la paternidad de Dios. Por eso es que la religión es fuerza de justicia, porque no se puede concebir que Dios quiera que exista injusticia y explotación entre sus hijos en la tierra. Los que trabajan para que haya justicia en esta tierra están trabajando en la voluntad de Dios, que es voluntad de justicia entre los hombres.[316]

La religión era reconocida como un discurso poderoso que jugaba un papel fundamental, como fuerza moralizadora, en la cohesión social. Su gran acierto era servir de crítica contra la injusticia y de propuesta para la felicidad. La misma compartía con la utopía política moderada no sólo un proyecto y unos principios, sino además una actitud: la fe en el futuro. La misma era también el discurso dominante en el imaginario popular y había servido de fuerza integradora de la comunidad y de energía optimista ante las adversidades. Se trataba de reconocer sus aciertos y su utilidad como instrumento para llevar a cabo la conscientización política de las masas populares, traduciendo el discurso político a un código ya reconocido.

---

[316]"Religión y justicia", El Batey, núm. 10, enero, 1940, p. 1. Véase también: "Lo que significa la semana santa para el pueblo", El Batey, núm. 3, abril, 1939, p. 4; "El Obispo de Ponce defiende la justicia social", El Batey, núm. 4, junio, 1939, p. 1; "Los tres propósitos del Obispo de Ponce", El Batey, núm. 5, junio, 1939, pp. 1, 4; Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 14 de diciembre de 1939" en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 217-219; "En manos del pueblo está su salvación" El Batey, núm. 10, enero, 1940, p. 2; "El Partido Popular Democrático y la religión", El Batey, núm 15, septiembre, 1940, p. 4.

Para Muñoz, su palabra y el credo religioso eran dos voces con un mismo contenido. Ambos combatían el hambre y la miseria como ofensas a Dios realizadas por la avaricia de los pocos. Las luchas sociales y políticas eran en verdad formas de expresarse la guerra entre dos fuerzas universales y la bipolaridad antagónica entre el bien y el mal de que hablaba el discurso religioso confirmaba su modo pensar la lucha política puertorriqueña. En el campo del mal, los provocadores de la pobreza; en el campo del bien, el pueblo sufrido y las minorías proféticas ilustradas que luchaban para erradicar la miseria y la desigualdad e instalar en la tierra ese reino de justicia que deseaba la divinidad:

> Es verdad que Dios hizo pan para todas las bocas. Pero grandes intereses corporativos contra la justicia de Dios, privan del pan a muchas bocas para convertirlo en oro para sus cajas. Es verdad que Dios hizo pan para todas las bocas. Pero la injusticia social ha hecho que ese pan no esté al alcance de las bocas para las que Dios lo hizo. Por eso es que la justicia social se parece tanto a la verdadera religión. Porque la justicia social es para devolver la justicia de Dios y para llevar a todas las bocas el pan que Dios hizo para todas las bocas.[317]

En su afán por movilizar a los sectores populares, el nacionalismo moderado reconocía el poder de la cultura tradicional y sus intelectuales. Para hacerse hegemónico y allegarse a las masas, era necesario realizar la reconciliación de la tradición y la modernidad, del intelectual tradicional y el moderno. Las élites políticas letradas modernas, que buscaban organizar la hegemonía de nuevas clases en la sociedad capitalista, tenían que hacer un lugar en su "filosofía" a las concepciones del mundo que poblaban el imaginario socio-cultural de sectores precapitalistas. De aquí que, en vez de rechazar a los intelectuales tradicionales y sus interpretaciones, se decidiera a convidarlos a un diálogo que permitiera descubrir coincidencias entre sus principios y proyectos. La intención era penetrar el imaginario popular manejando sus propias concepciones y categorías. Después de todo, la realización del pacto social y político dependía de esta apropiación-reconocimiento de la cultura

[317]Muñoz Marín, "En El Batey: Dios hizo pan para todas las bocas", El Batey, núm. 6, agosto, 1939, pp. 1, 2.

popular que, en el caso de Puerto Rico, había estado formada principalmente por el discurso religioso articulado por el clero católico.

La invitación a los intelectuales tradicionales era para que reconocieran sus proyectos en el nacionalismo moderado y sumaran el poder de su palabra a la voz política. El intelectual moderno dejaba hablar ahora al intelectual tradicional ocultándose en su interior; quería que éste le hiciera el favor de dirigirse a las masas, utilizara su prestigio y poder para llevar el mensaje. Como cuando manejaba la voz popular para disfrazarse, diciéndole a las masas "escúchense a sí mismos", "escuchen al que de ustedes ha comprendido", ahora también la voz del letrado moderno ponía en práctica una estrategia de encubrimiento. El Líder se presentaba ante las masas como el nuevo lenguaje de una voz eterna. Entre el clero y el político, como entre la verdadera religión y el nacionalismo moderado, existían distintos vocabularios para un mismo contenido. El largo combate de la existencia humana, que la religión definía como el antagonismo eterno del bien contra el mal, se proyectaba en la política como la lucha del pueblo contra sus explotadores.

De aquí que, según se acercaba el día de las elecciones, se hiciese cada vez más presente en las páginas de El Batey el religioso y lo religioso. Como ejemplo del diálogo entre el intelectual tradicional y el moderno podemos analizar el epistolario de Muñoz con el Padre Ramón M. Stadta.[318] En un sermón reciente, el cura había reaccionado contra la prédica comunista, considerándola contraria al proyecto de justicia social de la Iglesia, y advertía a la comunidad católica contra los "falsos profetas" que pululaban en el ambiente político. Los enemigos de Muñoz aprovecharon el sermón para interpretarlo como un rechazo de la Iglesia al proyecto populista. Preocupado por la confusión promovida por estos "políticos inescrupulosos", el Vate se decidió

[318]Véase: Muñoz Marín, "Carta al Padre Ramón M. Stadta", 16 de enero de 1940; Ramón M. Stadta, "Carta a Luis Muñoz Marín", 17 de enero de 1940, en El Batey, núm. 11, febrero, 1940, pp. 2, 3; "Ya el pueblo sabe quienes son los embusteros", ibid., p. 4.

entonces a iniciar el diálogo tendiendo la mano para un reconocimiento de los puntos comunes. ¿Qué mejor que la voz de autoridad del intelectual tradicional para corregir los malentendidos, censurar a los mentirosos y afirmar las coincidencias?

Separando lo político de lo moral, el cura anticomunista reaccionó a la carta del Líder destacando que su crítica al comunismo no aplicaba, como algunos sectores políticos habían insinuado, a los postulados del populismo muñocista. Por su parte, la voz moderada afirmó su respeto y el de su Partido hacia la Iglesia y hacia el credo cristiano como credo de justicia social; al mismo tiempo que cantaba a coro el anticomunismo del sacerdote para borrar de la mente de las clases populares y propietarias cualquier temor. El resultado que se buscaba era importante. Al convertir las dos cartas en un mismo mensaje, en una misma verdad, en dos voces proféticas con el mismo canto por la justicia social, -que era el deseo de Dios para los hombres-, la utopía moderada se fortalecía, pregonada ahora por el intelectual tradicional que se encargaba de llevar a cabo su traducción a un código conocido por las masas populares.

El Padre Juan Rivera Viera fue otro de esos dispuestos a reconocer las similitudes de su proyecto de salvación de almas con la prédica de justicia social del populismo muñocista.[319] Contestándole una carta a Muñoz, el cura daba testimonio de conocer al Líder y su pensamiento y certificaba, con su prestigio de propietario de la verdad y la moral, su anticomunismo. El Padre era uno más de los convencidos que consideraba el mensaje del Líder como un "hablar en cristiano" y su conocimiento de las últimas posturas de la Iglesia contra el comunismo certificaban la certeza de su apreciación sobre el nacionalismo moderado. Lo que sostenía el Padre Viera era una verdad indudable. El nacionalismo moderado no era un discurso cuyos postulados epistemológicos y éticos

[319]Véase: "Lea esta carta del Reverendo Padre Rivera a Muñoz Marín", El Batey, núm. 16, octubre, 1940, p. 1; "Blasfemia contra nuestro Señor Jesucristo", El Batey, núm. 17, octubre, 1940, p. 1; Muñoz Marín, "Discurso", 3 de noviembre de 1940, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de

estuvieran basados en la teoría comunista marxista. Todo lo contrario. Se trataba de un discurso formado por los principios epistemológicos y morales del liberalismo burgués y su proyecto económico y político era la utopía de un capitalismo de competencia, dominado por la presencia de una burguesía no-monopólica y de un sector pequeño burgués más o menos amplio y sólido, ligado a un orden político democrático capaz de servir de base a un Estado pluralista que como fuerza mediadora hiciese posible realizar el bien común.

Para organizar el bloque histórico y llevar a cabo la hegemonía, el nacionalismo moderado reconocía el poder de convocatoria del discurso religioso tradicional. Para movilizar a las masas era necesario que la invitación llegara en boca de la propia gente o de las figuras de autoridad que habían dominado el mundo cultural tradicional. De esta manera, las masas escucharían el mensaje en su propia voz o a través de intermediarios que poseían el control del código cultural dominante en el imaginario colectivo. Por un lado, la voz del Líder encontraba eco en el mundo popular y elevaba su poderío con la traducción. La estrategia de poder que dominaba era la seducción.[320] Por otro lado, fundiendo lo divino y lo terrenal, el discurso religioso y el político, la voz profética del iluminado se autoelogiaba como inteligencia puesta por Dios para servir en la salvación de la nación. En plena crisis, agonizando en la esclavitud colonial, Dios no olvidaba a su pueblo y le proveía el mensaje y el Líder para romper con el tiempo de la caída e iniciar el éxodo histórico hacia esa tierra prometida que era la modernidad equilibrada:

> Dios ha querido darme inteligencia. La inteligencia me podría servir, como les sirve a otros, para echar sombra sobre estas realidades, para turbarlos a ustedes, para cegarlos a ustedes, para que ustedes siguieran viviendo y votando como han vivido y votado hasta ahora por y bajo las viejas mogollas de partidos que han permitido esta situación. Pero Dios no da inteligencia para confundir. Dios da inteligencia para aclarar. Dios da inteligencia para señalar caminos. Dios da

---

lucha política, III, p. 281.

[320] Véase: Lugo-Ortiz, Identidades imaginadas, p. 158; Jean Baudrillard, De la seducción. Madrid, Cátedra, 1990.

> inteligencia para encender la luz con la cual se vea el camino de la salvación. ¡La inteligencia que Dios ha querido darme a mí, yo se las traspaso a ustedes¡ Por mi palabra ustedes ven tan claro como veo yo. Dios me dio a mi inteligencia para que la gente humilde de mi pueblo vea -no para cegarla y confundirla.[321]

El peregrino: tercer viaje a la montaña.

En su ritual purificador, de retorno a la tierra santa de Barranquitas en 1939, Muñoz retomó su metarrelato y se reafirmó como el único y legítimo representante del espíritu moderado, listo ahora para enfrentar, en un nuevo contexto político, a un enemigo en formación.[322] Para julio de ese año se estaban produciendo importantes cambios en el liderato político del país. Los viejos dirigentes estaban a punto de concluir sus agendas públicas y nuevos grupos se movían en el interior de cada partido para heredar la dirección. El deceso de Antonio R. Barceló dejó al Partido Liberal en manos del sector conservador dirigido por José Ramírez Santibañez. Este orientó la organización hacia posturas más abiertamente procapitalistas y eliminó la independencia del programa, asumiendo la estadidad como solución del problema colonial. En el campo socialista, con Iglesias ausente y enfermo, se evidenció una disputa entre el sector dirigido por Bolívar Pagán y la disidencia capitaneada por Prudencio Rivera Martínez. La misma culminó con la organización, por parte de este último grupo, de un nuevo partido: el Laborista Puro. Mientras tanto, en la Unión-Republicana, enfermo Martínez Nadal, un grupo iba consolidándose alrededor de la figura del Presidente de la Cámara, Miguel A. García Méndez. Entre estas tres nuevas tendencias se estaba fraguando un diálogo soterrado con el fin de llevar a cabo una nueva alianza encaminada a buscar la victoria política en las elecciones del año entrante. El olfato político de Muñoz le advirtió los

[321]Muñoz Marín, "Discurso", 4 de noviembre de 1940, en ALMM. Sec. III, Serie 2, Folio 3, Doc. 1.

[322]Véase: Muñoz Marín, "La unión del pueblo. Discurso en conmemoración del natalicio de Luis Muñoz Rivera", 17 de julio de 1939, en ALMM. Sección III, Serie 2, Folio 9, Doc. 1.

peligros que podía acarrearle a su movimiento esta agrupación y procedió a definirla y descartarla políticamente.

Aunque la "Nueva Alianza" era todavía un movimiento en formación, debía combatírsele decisivamente. Para esta lucha, que tenía como norte la contienda electoral que se aproximaba, era necesario recobrar la memoria y definir, dentro del modelo tridimensional de explicar nuestra historia política, el nuevo movimiento que se fraguaba. La estrategia fue presentar el metarrelato de los tres tiempos como la historia de la formación, confusión, renacimiento y lucha de dos grandes fuerzas políticas: la progresista y la conservadora. La argumentación consistía en insistir en que lo que se presentaba como una alternativa novedosa, la "Nueva Alianza" que ya algunos se aventuraban a llamar Tripartismo, resultaba en verdad la reminiscencia de un período oscurantista que, afectando por igual a unionistas, socialistas y republicanos, se había caracterizado por la corrupción política, el patronazgo en los puestos públicos, el predominio de los grandes intereses, la compra de votos y la pauperización absoluta del pueblo.

Para Muñoz, la historia política puertorriqueña del siglo XX se había iniciado con el primer ciclo heroico de la hegemonía unionista. En ese período cargado de tensiones, en el que se clausuraba una época y se iniciaba el diálogo-debate con un nuevo poder imperial, las élites políticas y letradas criollas habían logrado articular los proyectos para salvar el bienestar material de la nación sin destruir la base espiritual de su identidad. Borrando sus diferencias significativas, Muñoz fundía dentro de una misma tradición a pensadores como Baldorioty, Muñoz Rivera, De Diego y Matienzo Cintrón y fechaba el cierre de este primer momento con los fallecimientos de las dos figurar egregias del movimiento unionista: Muñoz Rivera y De Diego.

La desaparición de los próceres dejó al pueblo huérfano de líderes sabios e íntegros y tuvo como resultado un nuevo período histórico-político caracterizado por la crisis y la confusión.

Durante esta segunda fase, dominó el país un liderato mediocre cuyos desatinos desembocaron en la debacle económica, el vacío moral, la división política y social y el empobrecimiento del pueblo puertorriqueño. Unionistas y republicanos se dedicaron a defender a los poderosos, callaron ante la miseria del pueblo y degradaron a las masas con su práctica de comprar votos, desacreditando uno de los grandes logros políticos de la modernidad: la democracia. En este ambiente, el espíritu moderado se desorientó y tras una retórica patriótica se limitó a bailar al son del capital.

A lo largo de la década del 30, el reino del gran capital se había realizado políticamente con la doble victoria electoral de la Coalición, encabezada por el sector republicano. En su interior, un movimiento obrero envejecido permanecía embelesado con las migajas del presupuesto y los puestos públicos conseguidos. El socialismo, en sus inicios una de las fuerzas progresistas más importantes del país, se fue rebajando hasta convertirse en apéndice del conservadurismo y transformó su teoría de la lucha de clases en el discurso de la complicidad con el capital y sus representantes. Mientras tanto, el liberalismo se tambaleaba frente al empuje de las fuerzas conservadoras que se habían fortalecido durante su crisis y un liderato senil que había logrado expulsar del Partido a los verdaderos representantes de la tradición moderada. Los últimos días de este falso liberalismo se caracterizaban por la claudicación total de sus principios y por la búsqueda de nuevas alianzas con otros sectores políticos conservadores.

Este era el presente, tiempo de un combate trascendental, momento de un cierre y una apertura, en el que se enfrentaban: el espíritu moderado renaciendo de sus cenizas y las últimas tramoyas de los provocadores de la crisis nacional. Un liderato joven de hombres inteligentes y responsables se lanzaba al rescate de la tradición moderada y enarbolaban la bandera de la independencia como única solución al problema colonial de la Isla. Eran los heraldos de una nueva época, los llamados a levantar la verdad y los principios para despertar al pueblo y anunciarles su

destino. El período de crisis exigía una gran voluntad y un optimismo inquebrantable pues era el tiempo de la lucha decisiva entre dos fuerzas poderosas: las del pasado y las del futuro. La peregrinación a la tierra santa hecha por el primogénito era una señal y un medio: la señal que anunciaba el tiempo de la reconstrucción de un espíritu moderado que salía de su marasmo recobrando su memoria y disponiéndose a dar inicio al tiempo futuro de la esperanza; el medio para definir principios integradores, trazar fronteras sociales y políticas y consolidar su hegemonía.

En Barranquitas, el heredero blandía el Verbo para invitar a la vanguardia a que bebiera en el saber y la verticalidad ética del espíritu moderado y se dispusiera a emprender sin desfallecer la cruzada de salvación de las masas. Su discurso articulaba tres tareas: inventar la tradición moderada, establecer sus postulados centrales para organizar a partir de éstos el proyecto integrador de un nuevo bloque histórico y definir a los enemigos políticos como agentes de la ofuscación colectiva. El presente, como preludio de una metamorfosis del Ser, quería decir que la fase de crisis había visto nacer en su interior sus propios sepultureros. El movimiento populista, heredero del espíritu heroico, tenía a su cargo la encomienda de derrotar al pasado e iniciar el viaje hacia la tierra prometida. Como discurso moderno, el muñocismo definía la historia nacional como el proceso hacia el Progreso y pensaba el presente como un momento de tránsito. Utopía política, proclamaba la necesidad de una ruptura y con su fuerza deseante “pintaba de un golpe la imagen de un nuevo mundo”.[323]

[323]Habermas ha destacado estos rasgos de la mentalidad histórica moderna con un pasaje de la Fenomenología del Espíritu de F. W. Hegel que vale la pena anotar: "Nos es difícil ver que nuestro tiempo es un tiempo de nacimiento y de tránsito a un nuevo período. El espíritu ha roto con el mundo de su existencia y mundo de ideas vigentes hasta aquí y está en trance de hundirlo en el pasado y anda entregado al trabajo de su transformación... La frivolidad y aburrimiento que desgarran lo existente, la añoranza indeterminada de algo desconocido, son los mejores mensajeros de que algo nuevo se aproxima. Este gradual desmoronamiento... queda interrumpido por un orto que cual relámpago pinta de un golpe la imagen de un nuevo mundo." Citado en: J. Habermas, El discurso filosófico de la modernidad, p. 17.

El muñocismo definió el mundo político isleño como uno bipolar. En el bando enemigo, más allá de la diversidad de partidos y coaliciones, se encontraba un bloque: el de las fuerzas de "la sombra", el de "las barricadas pestilentes de la esclavitud".[324] Ellas eran los agentes de ese tiempo de crisis en que reinaba la explotación económica y la opresión colonial. Ellas eran las fuerzas satisfechas y soberbias de un desastre social que con descaro menospreciaban al pueblo, lo mataban de hambre y corroían su espíritu. Los enemigos eran una minoría poderosa compuesta socialmente de señoritos politicastros ligados a los grandes capitales corporativos y a sectores de la burguesía criolla azucarera organizada en la Asociación de Centralistas y la Asociación de Productores de Azúcar. A éstos se sumaba una burocracia amasada en los privilegios del orden colonial. Entre todos se habían dedicado a pregonar elogios a un régimen colonial que se montaba sobre la miseria popular. Las fuerzas de "la sombra" habían aprovechado su poder económico para afianzar, mediante el soborno, la corrupción y la violencia, su poder político. Este grupo de avaros inmisericordes, que habían adquirido sus fortunas a costa de los infortunios del pueblo, era el que ahora pretendía disfrazarse de fuerza progresista y moralizadora deseosa de llevar a cabo la unión de la familia puertorriqueña:

> (El pueblo) no puede resistir más politiquería barata de señoritos que combinan entre cuatro paredes las barajas de sus propias carreras políticas bajo la supervisión de fuerzas económicas de explotación y de fuerzas gubernamentales de confusión.
>
> (...)
>
> la vida pública en Puerto Rico se había convertido en un zapateado de bomba en que los danzarines cambian de parejas y hacen su estrépito sobre un piso bajo el cual se acurruca la tragedia seria y honda de todo un pueblo. Nuestra vida pública de los últimos veinte años ha sido una falta de respeto a esa tragedia.[325]

[324]Muñoz Marín, La unión del pueblo, pp. 4-5.

[325]Muñoz Marín, La unión del pueblo, p. 4.

Reconocido el "otro" político y sus múltiples disfraces partidistas, quedaba definir el cuerpo llamado "nosotros". La tesis central ya había sido desarrollada en discursos y escritos anteriores y se trataba mas que nada de reafirmarla con miras a las elecciones del próximo año. El proyecto integrador del muñocismo sostenía la alianza de un nuevo sujeto colectivo, el pueblo, con una nueva élite heredera de la tradición heroica fundacional del nacionalismo moderado. La suma de estas fuerzas daba forma al bloque progresista que luchaba para erradicar el pasado, con sus grupos y prácticas políticas, y comenzar el viaje hacia una nueva época.

En su polémica contra la “Nueva Alianza”, Muñoz comenzó enfrentando su imagen de la nación. La metáfora integradora que articulaban los enemigos del pueblo era la de la gran familia puertorriqueña. El muñocismo ripostó contra esta idealización engañosa señalando la bipolaridad social y política que provocaba el colonialismo. El régimen colonial era una enfermedad que destruía el cuerpo social, fragmentaba la unidad de la familia y escondía, tras los espejismos de la riqueza, un horrendo cuadro de miserias, expropiaciones y empobrecimiento moral. La verdadera historia de la nación subordinada era la de esta caída desintegradora en las garras inmisericordes del colonialismo. Este había transformado la vieja unidad familiar, hecha de una diversidad social equilibrada, en un cuerpo social escuálido escindido en dos fuerzas antagónicas: la de la opulencia y la miseria. La verdadera reunificación de este Ser dividido que intentaba el nacionalismo moderado era obstaculizada por una minoría que se aprovechaba del régimen colonial para despojar material y espiritualmente a la comunidad y que ahora pretendía camuflajearse con un sofisma. Muñoz echaba mano aquí de la teoría de la lucha de clases pero la convertía rápidamente en una teoría de bloques sociales, nacionales y morales: el pueblo vs. las minorías explotadoras del capital corporativo y sus aliados locales, la nación oprimida vs. el colonialismo, la democracia y el buen gobierno vs. el autoritarismo y la corrupción.

El nacionalismo, que como discurso integrador se muestra deseoso de disolver las diferencias hacia el interior para plantearlas hacia el exterior, era en su versión moderada un relato crítico de la imagen de la nación como un todo armonioso ya logrado. Si la versión radical albizuista creía necesario borrar las divisiones internas y acentuar la diferencia y la confrontación con lo externo, la versión moderada se mostraba más consciente de las divisiones internas pero mucho más ingenua ante los peligros y tendencias del "Otro imperial". Para el muñocismo, la sociedad colonial había dividido la familia en dos: "la familia grande de las víctimas de la explotación y la familia pequeña y privilegiada de los que sacan millones de la explotación". El combate era inevitable y sólo había que llevarlo a cabo con la mayor decisión para que las fuerzas populares vencieran a sus contrarios y el presente rompiera con el pasado haciendo posible el futuro. De lo contrario, bajo el colonialismo, el tiempo y el espacio sería el eterno retorno del atraso económico y la miseria popular, un paisaje trágico de huesitos de corderos devorados por la ferocidad bestial del capital:

> La familia es un grupo unitario cuyos intereses son comunes, en donde la desgracia de unos afecta a todos y la prosperidad de uno beneficia a todos. Un pueblo -sobre todo un pueblo sujeto a la explotación de tipo colonial- es una lucha entre los que sacan millones de la miseria del pueblo y el pueblo que padece la miseria. Es una oposición inevitable, necesaria, ineludible, entre un pequeño grupo de explotadores en la cumbre de la pirámide económica y toda una clase media que sufre miserias, encubriéndolas lo más decorosamente que puede, que se sacrifica por educar a sus hijos para encontrar que después sólo la pobreza extrema recompensa la educación adquirida con tanto sacrificio; que no puede tener economías y es víctima de la usura cuando le cobran la casa a fin de mes o cuando una enfermedad produce grandes cuentas de hospitales; que si tiene casa, la casa es del dueño de la hipoteca; que si tiene tierra, la tierra es del Colector de Rentas Internas de las compañías refaccionarias y de los bancos hipotecarios. Un pueblo no es una familia unitaria. Un pueblo, sobre todo un pueblo de economía colonial, es una lucha entre el pequeño grupo explotador de arriba y toda la clase trabajadora, cuyos anafres apagados y cuyas alacenas vacías son el índice exacto de los millones en las cajas de las grandes corporaciones -porque mientras más fuego en los anafres y más alimento en las alacenas, menos millones habría en las cajas corporativas. (...)
>
> No existe tal familia puertorriqueña. Lo que existe en Puerto Rico son dos familias: la familia grande de las víctimas de la explotación y la familia pequeña y

> privilegiada de los que sacan millones de la explotación. No se pueden unir los lobos y los corderos en su camino, a menos que los corderos estén dispuestos a viajar, digeridos, en el vientre de los lobos. Lo que ha entrado en nuestra vida pública es la unión del pueblo contra los explotadores del pueblo. Por haber entrado el pueblo directamente en acción, no ya como electorado de comparsa como en el viejo carnaval de nuestra politiquería, sino como pueblo, como gente, como almas, como hombres; por haber entrado el pueblo en acción en el movimiento popular democrático, es que viene ahora el tercer asalto de las mismas fuerzas con el tercer disfraz que han adoptado durante el último cuarto de siglo.[326]

Es difícil dejar de ver en este discurso de 1939 a un intelectual orgánico articulando una concepción de mundo capaz de hacer posible la hegemonía de una burguesía media ligada a un capitalismo de competencia. Las tendencias monopólicas del capital, con sus sectores corporativos y financieros, así como el colonialismo político que había permitido una empresa ininterrumpida de despojo material, eran los enemigos de una modernidad capitalista más justa y equitativa. El pueblo que inventaba el discurso muñocista era un curioso producto de múltiples clases que podían y debían coincidir en un mismo proyecto de modernización económica y desarrollo político y cultural. En este bloque histórico, la burguesía criolla siempre había sido parte del pueblo y para ella siempre había existido un lugar muy especial, un lugar dirigente como clase que debía y podía asumir su responsabilidad política y moral con la colectividad rechazando el espíritu avaro del gran capital.

En este sentido es importante insistir en que su preocupación por la condición económico-social de las clases populares no significó la adopción de un discurso socialista antiburgués, como la crítica del capital corporativo no significó un rechazo al capital o la crítica del colonialismo un repudio del "Otro imperial". Estas son en todo caso sus zonas de tensión: un proyecto de modernización capitalista sostenido políticamente a través de la movilización popular, un rechazo del capital corporativo y monopólico a favor del capitalismo de competencia, una perspectiva política liberal del desarrollo capitalista bajo la dirección de un Estado interventor, un intento de

[326]Muñoz Marín, La unión del pueblo, pp. 9-10.

superación del colonialismo apoyándose en fuerzas políticas metropolitanas, un reconocimiento de los sectores populares y sus condiciones como un reto para las élites propietarias de la tierra y la palabra.

Hacia el interior, el nacionalismo moderado reconocía un tipo de lucha de clases que hacía posible construir un nuevo bloque de poder. Hacia el exterior, acentuaba su entusiasmo con la gestión imperial, cantaba a coro la concepción liberal de la Historia y se aprestaba a juramentar su fidelidad a la supuesta tradición democrática norteamericana. Para reclamar reformas y poderes al "Otro metropolitano", decidió presentarse como un sujeto responsable que reconocía que los cambios significativos, en el momento histórico que se vivía, conllevaban juicio y moderación. Así, por ejemplo, no pensó utilizar el conflicto mundial, que era ya prácticamente ineludible, para reclamar el reconocimiento de la soberanía de Puerto Rico. Todo lo contrario, pospuso la cuestión del estatus en el debate político nacional y en su diálogo-debate con el poder metropolitano, haciendo suyo el discurso del "Otro" y pensando que una supuesta "lealtad de hombres iguales" le ganaría el reconocimiento y el apoyo de las llamadas fuerzas progresistas imperiales. Las diferencias con el nacionalismo radical eran tanto de tácticas como de contenido. Pisando tierra santa, conmovido ante el espíritu, éste era su canto de clausura:

> En paz y amistad con el pueblo democrático de los Estados Unidos, dentro de la paz y el orden que son apropiados al ejercicio de la fuerza democrática del pueblo y necesarios para la ascendente civilización del pueblo, dando todo lo que tenemos para defender la democracia y la justicia americanas y reclamando toda la democracia y la justicia que se nos deben, para que nuestra defensa de la democracia americana sea defensa de hombres que defienden lo que ellos también tienen y no defensa de esclavos que defienden las joyas de su amo; con la lealtad de los hombres hacia sus iguales, que en nada se parece a la lealtad de los perros hacia sus amos;...[327]

[327]Muñoz Marín, La unión del pueblo, p. 16.

En la fase de movimiento, el nacionalismo era, tanto en su versión radical como moderada, un discurso optimista que afirmaba el potencial de la nación oprimida para ingresar en la Historia. Debemos insistir una vez más que la crisis que se proclamaba como realidad presente era siempre el pretexto que lo invitaba a la acción y la movilización política. Si en la fase de arranque, los relatos nacionalistas hablan más de la nación inconclusa, en la fase de movimiento cobra fuerza su carácter utópico moderno como propuesta para otra forma posible de vivir el futuro. En el discurso del 39, el optimismo movilizador atravesaba todo el relato.

A la voz clarividente, en que se encarnaba el espíritu, le correspondía la tarea de romper el velo mistificador que tejió el colonialismo en la conciencia de todas las clases que formaban el pueblo. Al despojar de sus máscaras a los falsos profetas, destruir sus tablas y arrojarlos del templo, el Líder cumplía la tarea de iluminar el camino para que las masas se encontraran a sí mismas. Su discurso era la palabra que nos redimía del pecado colonial:

> Efectivamente se abre ante Puerto Rico una nueva perspectiva histórica. Estamos en el punto en que termina una época y comienza otra. Todo un pasado, que existió desde el momento en que se cerró este sepulcro, ha tocado hoy a su fin y se desmorona ante nuestra vista. Desde que estuvimos aquí el año pasado ha habido una transformación profunda en la vida pública de nuestro país. Esta transformación no estriba en los movimientos febriles y triviales de pequeños lideratos. Estriba en que ha entrado en la escena de nuestro drama puertorriqueño un personaje nuevo, de potencias incalculables, que va a dominar toda la etapa histórica que se abre ante nosotros. Este personaje es: el pueblo de Puerto Rico. (...)
>
> Hace un año empezamos a hacer la unión del pueblo- unión que el pueblo mismo estaba forjando a ciegas en su alma desde mucho antes. La concretamos aquí en Barranquitas. La unión del pueblo está hecha, y crece y se ensancha y se ahonda bajo el nombre de esta fuerza popular democrática, cuya realidad ofrendamos a tu memoria. Este pueblo, que es trabajo hambreado, que es clase media hostigada por la incertidumbre, que es agricultura en ruinas, entra en escena como héroe dominante del drama puertorriqueño. Nosotros sencillamente le hemos abierto la puerta. (...)
>
> (...)
>
> Frente al último cuarto de siglo de los políticos y sus protectores, la fuerza popular democrática inicia la próxima era, la era que ya ha empezado, la era cuya

> voz se está oyendo aquí hoy, la era del gobierno del pueblo mismo a través de líderes que no le deban nada a ninguna fuerza que no sea el pueblo.[328]

El discurso del 39, fue parte de la gran convocatoria que el nacionalismo moderado lanzó a las masas populares con miras a las elecciones. Su retórica se insertaba en el proyecto iniciado en El Batey y sería un eco constante hasta el momento electoral. En plena lucha política, el muñocismo se ofrecía como utopía integradora portadora de un proyecto emancipador que afirmaba la existencia de la nación y su potencial incuestionable para allegarse a la modernidad. El colonialismo estaba dando sus últimos aletazos en Washington y en Puerto Rico. Su sentencia de muerte había sido decretada por las fuerzas progresistas y ahora el pueblo con su movilización se encargaría de ejecutarla. Allí, frente a las cenizas del espíritu, el Heredero declaraba ser el agente y el testigo de una metamorfosis en el sujeto colectivo que lo llenaba de entusiasmo. Su discurso era el canto de un acuerdo en donde el espíritu que habitaba en una minoría selecta se diseminaba por el cuerpo social sacando a las masas de su ñangotamiento. El momento para emprender el viaje hacia el futuro estaba maduro:

> Ofrendamos ante tu tumba, Luis Muñoz Rivera, lo que sabemos que más puedes agradecer en tu inmortalidad: un pueblo de hombres que se levanta de su ñangotamiento con la fuerza de la esperanza, que es la fuerza de Dios en el corazón de los pueblos; un pueblo como tú lo quisiste y lo soñaste: "noble y altivo, generoso y bravo".[329]

La lucha política.

De agosto en adelante, los planteamientos del discurso de Barranquitas se repiten una y otra vez en El Batey. En el plano de la acción política que realizaba el muñocismo se destacaba su lucha contra el Tripartismo, o "la Nueva Alianza", como enemigo político que merecía ser enfrentado

[328]Muñoz Marín, La unión del pueblo, pp. 3-4, 16.

[329]Muñoz Marín, La unión del pueblo, p. 16.

decisivamente. Lo peligroso de esta agrupación política era su aparente novedad y la falsa unidad del pueblo que pretendía sostener. Con estos puntos, intentaba presentarse como una opción frente a los desmanes de la Coalición y buscaba reclutar al electorado socialista, republicano y liberal disgustado con el gobierno. El Partido Popular y la "Nueva Alianza" competían por el mismo mercado electoral y era necesario asegurarse que el descontento sirviera para aumentar las fuerzas del populismo.

La estrategia contra la nueva "mogolla política" Tripartita fue desenmascarar su pretendida novedad y su llamado a la unidad como un ardid del pasado para engatusar a las masas y perpetuarse como estilo político. El tripartismo era el último intento de las fuerzas corporativas y de sus representantes políticos para proyectarse como algo nuevo en la política puertorriqueña y expresaba la crisis de los viejos partidos en proceso de desintegración. Su consigna de "la unidad de la familia puertorriqueña" era una ficción para ocultar la realidad de una sociedad colonial dividida en dos polos antagónicos. El tripartismo era el disfraz del pasado y para comprobarlo bastaba con observar como reproducía el estilo tradicional de corromper al electorado a través de la compra de votos. Era la nueva treta para perpetuar el privilegio de los pocos sobre la miseria de los muchos y se explicaba su aparición como una reacción desesperada de los enemigos del pueblo ante el auge del Partido Popular Democrático.[330]

En el plano de la acción política también era importante asegurar los canales de comunicación con el "Otro imperial" y sus representantes. Los mismos se habían deteriorado después de la muerte de Riggs y la ruptura con Gruening y ahora que se asumía la dirección de un

[330]Véase: "De Muñoz Rivera a Muñoz Marín", El Batey, núm. 6, agosto, 1939, pp. 1, 3; "El embuste de la 'familia puertorriqueña'", ibid., pp. 2, 3; "La Nueva Alianza", ibid., p. 4; "Los tripa-hartitas", El Batey, núm. 7, agosto, 1939, pp. 1, 2; ¡Ultima hora¡ Jefe supremos de la PRRA le quita esperanza a tripa-hartitas", ibid., pp. 1,3; "Tripa-hartitas, coalicionistas, 'liberales' corporacionistas todos son una misma cosa", El Batey, núm. 8, octubre, 1939; Muñoz Marín, "Carta a R. Black", 11

nuevo movimiento político era necesario tener presente que las opciones de victoria estaban ligadas a la comunicación con la metrópoli y la burocracia imperial. Esta era una realidad que el nacionalismo moderado había reconocido desde la invasión del 98 y Muñoz fue, sin lugar a dudas, un continuador de esta práctica y el político puertorriqueño de su tiempo que mejor supo aprovecharla.

Desde octubre, Muñoz manifestaba un gran optimismo con la designación del almirante William D. Leahy como gobernador de Puerto Rico. El nombramiento le pareció una muestra más "de las buenas y sanas intenciones" metropolitanas y el elegido pasó en poco tiempo a ser considerado el mejor gobernador nombrado en la Isla durante las cuatro décadas de dominación norteamericana.[331] Esta actitud de exagerada admiración no sorprende en absoluto pues como ya hemos señalado es una constante en la estrategia política de la tradición moderada. A lo largo de las décadas del 1920-30, el Líder había manifestado igual entusiasmo con el nombramiento de Theodore Roosevelt hijo y recibió con gran optimismo la selección de Winship como gobernador. También había interpretado la victoria política de Roosevelt y los nuevotratistas como la llegada al poder de una minoría ilustrada capaz de poner fin al desliz imperialista y cooperar en la rehabilitación material y espiritual de su colonia. Ahora, la admiración por un hombre con el que apenas se había conversado "dos o tres veces" y del cual ni siquiera se sabía si era "un conservador o un liberal", más que una ingenuidad política, era la forma de asegurar su comunicación con el "Otro superior" y proyectarse en el plano de la política local como una voz capaz de ser escuchada por el Poder.[332] El entusiasmo con Leahy era parte de su estrategia para reorganizar su "diálogo"

---

de agosto de 1939, en Bothwell, Puerto Rico" cien años de lucha política, III, pp. 207-209.

[331]Véase: "Muñoz Marín conferenció con el nuevo gobernador Leahy", El Batey, núm. 8, octubre, 1939, p. 4.

[332]Véase: Muñoz Marín, "Carta a R. Black", 8 de enero de 1940, en Bothwell, Puerto Rico: cien

con la burocracia imperial y cumplía con un doble propósito: presentarse como opción en los planes imperiales y reconstruir su autoridad local. Después de todo, gran parte de su "grandeza política" era la de hablar con el Poder, la de subir al monte y ser escuchado por el Todopoderoso. A lo largo de la última década, sus aciertos políticos se asociaban con esta capacidad de conversar, cuyos logros él mismo se encargaba, una y otra vez, de recordarles a todos.

Para asegurar la victoria política era necesario recuperar la confianza de Washington, conseguir el apoyo del gobernador para lograr una elecciones honestas y convencer a la gente de que la voz profética era considerada como voz amiga por el "Otro superior". Nada mejor que aprovechar los ataques de sus enemigos políticos para reafirmarse como portavoz del Nuevo Trato en Puerto Rico y ofrecerse de intermediario entre el pueblo y el Poder imperial. Nada mejor que este momento para tender la mano al Poder y fortalecer su imagen pública. Ambas cosas se realizaban y reforzaban mutuamente. Así, contra sus detractores, que lo tildaban de comunista y antiyanqui, el muñocismo se afirmaba como discurso "amigo de la democracia americana que hay en Puerto Rico" y definía su Partido como "el mejor defensor que tiene Puerto Rico de la democracia americana". Pero más aún, para los incrédulos, recogía como prueba de su indudable lealtad el testimonio del fiscal que había llevado el caso contra Albizu y los nacionalistas y afirmaba con insistencia el apoyo del Presidente y el Gobernador a la práctica del Partido.

El nacionalismo moderado afirmaba su fidelidad a los principios democráticos que el "Otro imperial" utilizaba para legitimar la dominación colonial y confirmando sus coincidencias teóricas y morales se ofrecía de intermediario entre la metrópoli y el pueblo colonizado. Pero irónicamente, esta función de mediador debilitó la imagen del diálogo entre iguales y acentuó la sensación de

---

años de lucha política, III, pp. 220-221; "Discurso", 31 de marzo de 1940, en ALMM. sec. III, serie 2, folio 7 doc. 1; "El gobernador hará cumplir la ley que prohibe y castiga la venta de voto y encierro de electores", El Batey, núm. 15, septiembre, 1940, p. 2.

dependencia. Sin el "Otro imperial", definido como poder progresista y democrático preocupado por la modernización del mundo colonial, las opciones materiales y espirituales de la nación subalterna se reducían a cero. Lentamente, el exceso de amor y fidelidad transformó el orden colonial en curiosa democracia de un pueblo sin poderes.[333]

Uno de los grandes temas del pensamiento moderado, en su lucha contra el poder de las corporaciones ausentistas, había sido la defensa de la ley de las quinientas acres. Cuando la decisión del Tribunal Supremo de los Estados Unidos declaró vigente dicho estatuto el muñocismo lo interpretó como un triunfo que confirmaba el pacto de las fuerzas progresistas de la metrópoli y la colonia. El acontecimiento le sirvió además de pretexto para reconstruir la memoria y proclamar un procerato heroico.[334] En primer lugar, decidió reconocer la decisión como uno más de los triunfos de la nueva ola democratizadora que venía desde Washington para subsanar el pecado colonial. En su lectura, la ley, que databa desde la Carta Foraker, se presentaba como el producto del olfato previsor de los congresistas norteamericanos y no como una consecuencia del cabildeo que habían realizado intereses poderosos en el azúcar norteamericana para impedir el desarrollo de una industria competitiva en Puerto Rico.[335] Ahora, el triunfo jurídico daba vida a la letra muerta convirtiéndola en arma decisiva en la lucha contra el latifundio corporativo ausentista, principal beneficiario del colonialismo y enemigo mortal del nacionalismo moderado.

---

[333]Véase: "El Partido Popular Democrático defiende la democracia americana", El Batey, núm. 16, octubre, 1940, pp. 3, 4; A C. Snyder, "Carta a Luis Muñoz Marín", 30 de octubre de 1940, en "El fiscal Snyder desbarata otro embuste", El Batey, núm. 18, noviembre, 1940, p. 1.

[334]Véase: Muñoz Marín, Discurso, 31 de marzo de 1940; "La Corte Suprema de los Estados Unidos decide que ninguna corporación puede tener más de quinientas cuerdas", El Batey, núm. 13, abril, 1940, pp. 1, 2.

[335]Véase: Muñoz Marín, Discurso, 31 de marzo de 1940, pp. 2-3; Lyman J. Gould, La Ley Foraker: raíces de la política colonial de los Estados Unidos. España, Universidad de Puerto Rico, 1975.

La victoria legal se presentaba también como el resultado de un pacto entre las fuerzas progresistas metropolitanas y criollas. El poder metropolitano había reconocido las desigualdades que amenazaban la vida material del pueblo sobre el que ejercían su tutela protectora y asumía la tarea de subsanar tal situación. El nacionalismo moderado era aquí un discurso agradecido de Washington, apología de la nueva administración llegada al poder a partir del 1933. Roosevelt y su equipo eran la confirmación de la imagen del "Otro imperial" que se había hecho desde temprano en la década del 1920. Los puertorriqueños debían pensar en los Estados Unidos como una nación poderosa en cuyo interior luchaban fuerzas imperialistas y fuerzas democratizadoras. Con estas últimas se tenían innumerables puntos en común y se debía llegar a un acuerdo para hacer triunfar el proyecto democrático, tanto en la metrópoli como en la colonia:

> Al recordar todas estas cosas y todos estos nombres estamos recordando la etapa académica relacionada con esta política de las 500 cuerdas. La etapa de verdadera lucha por implantarla y llevarla a efecto en la práctica comenzó en 1933 al subir al poder en los Estados Unidos la administración del presidente Franklin D. Roosevelt. Bajo ninguna administración anterior era concebible que se permitiera a los puertorriqueños poner en vigor esta ley, porque dichas administraciones estaban grandemente influídas por intereses económicos poderosos afines a los grandes intereses corporativos que han acaparado y explotado la tierra de Puerto Rico. Pero al llegar al gobierno la administración del presidente Roosevelt, cuyos votos no se basaron en el poder de las grandes corporaciones explotadoras en los Estados Unidos, ahí y entonces y desde ese mismo día comenzó la verdadera oportunidad de poner en vigor esta ley para beneficio de nuestro pueblo, para el rescate de nuestra tierra, que es fuente de pan, fuente de libertad económica, fuente de libertad personal y, esencialmente, fuente de libertad política para los puertorriqueños.[336]

El nacionalismo moderado practicaba con demasiada frecuencia el panegírico de la burocracia política norteamericana. Los grandes hombres del gobierno de los Estados Unidos, sabios a los que había que hacer comprender la realidad puertorriqueña, se presentaban como los principales baluartes en la lucha contra el régimen colonial y la explotación económica del pueblo.

[336]Muñoz Marín, Discurso, 31 de marzo de 1940, pp. 4-5, 21-22, 25; "La Corte Suprema", El Batey, núm. 13, p. 1.

De Roosevelt hijo a Gruening y del presidente Roosevelt a Leahy había una aceptación de la presencia del "Otro imperial" como poder civilizador. Subrepticiamente, al exaltar al "Otro metropolitano" y convertirlo en poder descolonizador, el muñocismo iba poniendo en entredicho su proyecto de emancipación política. Eran las formas paradójicas de la "revolución pasiva" que planteaba cambios dentro del orden político vigente.

La estrategia del muñocismo consistía en llevar al poderoso a un diálogo con el subalterno y al mismo tiempo disminuir los temores que creaba la idea de una ruptura política, tanto en Washington como en las clases y sectores del país. La apología del "Otro", como fuerza modernizadora y protectora de los desamparados, era esa constante estrategia del débil para ser reconocido. Se aceptaba el proyecto civilizador del discurso imperial y se servía también de intermediario para difundirlo en el pueblo colonizado a cambio de reconocimiento. De aquí se concluía que los logros históricos que podían enumerarse en las últimas cuatro décadas en Puerto Rico eran el producto de un convenio, mezcla de obligación moral del poderoso con el pueblo subordinado y de la convergencia de los intereses metropolitanos con los de las fuerzas progresistas del nacionalismo moderado, verdaderos representantes de la nación subordinada. Al aceptar al "Otro" con el cual hablaba como sujeto, el muñocismo se elevaba a sí mismo como parte de una conversación. Esta contenía implícito un mutuo reconocimiento o al menos así lo interpretó el discurso moderado. La treta del débil para ser reconocido era aceptar y reformular el discurso imperial de tal forma que los pronombres en singular se conjugaran en plural: tú eres, yo soy, nosotros somos.

En el plano local, el acontecimiento judicial servía para retomar su relato heroico y afianzar su proyecto político integrador. El muñocismo reconoció a un procerato que durante cuatro décadas había dado la batalla contra el acaparamiento de la tierra por el capital corporativo ausentista. Esta

pléyade constituía una clase política que trascendía las líneas partidistas, demostrando la posibilidad de encontrar puntos en común que unificaran al pueblo y al liderato político. Al mismo tiempo, esta élite ponía de manifiesto la madurez del país para emprender su propia administración pública. Figuras prominentes de todos los partidos, entre los que se destacaban Rosendo Matienzo Cintrón, Luis Muñoz Rivera, Santiago Iglesias Pantín y Rafael Martínez Nadal, habían coincidido en su crítica al latifundio, aunque desgraciadamente algunos habían desviado su atención del tema cuando quedaron sometidos al poder económico de las corporaciones. Lo que ésto demostraba, y había que insistir en ello, era la posibilidad de un consenso integrador contra el enemigo corruptor de la vida material y espiritual del país; un contrincante que ni siquiera representaba los intereses del "Otro metropolitano". En la lucha política, era el capital corporativo ausentista y sus representantes el bloque del mal y contra éste tenían que unirse todas las fuerzas progresistas y el pueblo.

La bipolaridad de la lucha política quedaba una vez más confirmada y la posibilidad de triunfo estaba en la consolidación de un bloque de poder donde el pueblo y el liderato responsable supiese culminar la victoria jurídica con la reconstrucción del país. Memoria heroica y propuesta integradora, el muñocismo invitaba a la superación de las diferencias partidistas y a la lucha por la salvación nacional. En esta propuesta, dirigida hacia todos los sectores sociales y políticos, la cuestión del estatus sólo podía ser una nota discordante. La victoria jurídica era mucho más que un logro legal y correspondía a más de un grupo político. Era el logro que demostraba hasta donde se podía llegar si se conseguía una unidad de propósitos. La tarea integradora que se imponía con miras a las elecciones requería tres esfuerzos: reorganizar al pueblo, asumir su defensa y representación y enfrentar a los enemigos del país. Todo esto, trascendiendo las fronteras de clases, los colores partidistas y las diferencias ideológicas en torno al estatus. Esta era la propuesta del nacionalismo moderado: en el plano social, la cohesión de burgueses, trabajadores, pequeños

propietarios, profesionales y clase media; en el plano partidista, la unidad de liberales, socialistas, republicanos y populares; en el plano ideológico, la tregua entre autonomistas, anexionistas e independentistas; en el plano electoral, la gravitación de todos hacia el nuevo centro político partidista, el Partido Popular Democrático.

En el relato muñocista, el 1933 fechaba el inicio la batalla decisiva para rescatar la tierra de las manos extranjeras. La fecha era significativa pues marcaba la aparición de nuevos líderes políticos y el triunfo de las tendencias progresistas: en Washington, Roosevelt y los nuevotratistas; en Puerto Rico, el nuevo senador Luis Muñoz Marín. Al trazar la historia del procerato abnegado, Muñoz ponía en práctica la invención de una tradición de la que se afirma como el único y legítimo heredero. A la lista de los que lucharon por salvaguardar la tierra de la avaricia corporativa ausentista, se sumaba con modestia la voz que hablaba, la voz del nuevo líder, cuya memoria y don profético lo convertían en dirigente indiscutible del país. Su metarrelato era la historia heroica y continuista del espíritu moderado que culminaba, en el presente decisivo, en su propia palabra. El relato se convertía en autoelogio. La historia de la lucha hasta el triunfo legal era su historia: la de sus viajes a Washington para "decirle" al poder "lo que había que hacer", la de su inteligencia para comprender los cambios en el mundo político imperial y reconocer la llegada al poder de un grupo anticolonialista, la de sus propuestas de reconstrucción material y sus luchas senatoriales, en fin, la del modesto triunfo de la inteligencia responsable.[337]

En el plano económico, el triunfo jurídico abría la posibilidad de implantar una serie de medidas para agilizar una nueva economía orientada hacia el desarrollo del mercado interno. Dejando fuera a los violadores de la ley, fundamentalmente el capital corporativo ausentista, su aplicación beneficiaría tanto a la burguesía criolla y residente, como a los agricultores, campesinos

[337]Véase: Muñoz Marín, Discurso, 31 de marzo de 1940, pp. 4-7, 10, 22-25, 34; "La Corte

desplazados, trabajadores, comerciantes, clases medias y desempleados. Muñoz insistía en su utopía liberal de un capitalismo de competencia en donde la diversidad de clases y sectores, a pesar de sus distintas funciones productivas y de la desigualdad, serían capaces de encontrar un punto de equilibrio que haría posible el bien común. Detenida la tendencia monopólica y latifundista y junto a ésta, la fuga de capital, la economía del país podría reanimarse, encontrando un lugar para todos en su crecimiento. Así, por ejemplo, la burguesía criolla y residente de centralistas se beneficiaría al detenerse la competencia desleal de las grandes corporaciones; los agricultores o la burguesía agraria se salvaría de la voracidad latifundista y encontraría mejores precios para sus productos; el posible acceso a la tierra le daría al campesinado desplazado una nueva esperanza, disminuyendo la mano de obra excedente en el mercado laboral y reduciendo el desempleo; los trabajadores no tendrían que ver diezmado su salario por el sobrante de mano de obra y existirían mayores oportunidades de empleos mejor remunerados; finalmente, el auge de todos estos sectores beneficiaría al sector comercial y a las otras ramas industriales del país.[338]

La ley que ayudaba a recuperar la tierra haría posible restaurar la paz social y política. El nacionalismo moderado se muestra aquí como un discurso pacificador, temeroso de la discordia social y política, que sabe reconocer las raíces del malestar social en la crisis económica y en la profunda desigualdad que caracteriza el mundo colonial. Solamente reconstruyendo la nación de propietarios sería posible contrarrestar el ambiente de violencia social y política que amenazaba con alcanzar su punto de ebullición y evaporar los nexos de convivencia requeridos para que una población sobre un determinado territorio se considerara un pueblo. La miseria era un estado que corrompía por igual a ricos y pobres, una enfermedad mortal que debía ser combatida si se pretendía

---

Suprema", El Batey, núm. 13, pp. 1, 2.

[338]Véase: Muñoz Marín, Discurso, 31 de marzo de 1940, pp. 10-17; "La Corte Suprema", El Batey, núm. 13, pp. 1, 2.

tener un futuro. Los síntomas de la enfermedad eran manifiestos y amenazaba al cuerpo social una explosión terrible que no serviría para hacer justicia ni fundar vida y civilización. Muñoz vaticinaba los peligros de una rebelión. Hablaba para todos, pero particularmente para los poderosos en Washington y los propietarios del poder y la riqueza en la Isla, advirtiéndoles la tormenta que se fraguaba en el silencio desesperado de la pobreza:

> Y óiganme bien los débiles y los poderosos. Y óiganme bien los ricos y los pobres. Y óiganme bien los grandes y los pequeños --que estas palabras son para todos. Nuestro pueblo es sufrido. Nuestro pueblo es paciente. Nuestro pueblo es resignado. Nuestro pueblo ha sufrido pacientemente, resignadamente, por muchos años, una situación aceleradamente trágica. Pero ningún pueblo, ni el pueblo más resignado, ni el pueblo más paciente que Dios hiciera sobre este mundo, puede resistir diez años más de esta situación horrible en Puerto Rico. Dentro de la paciencia de nuestro pueblo se está fragante la fuerza tremenda del coraje de nuestro pueblo. Mientras más paciente haya sido más terrible y más destructor va a ser su coraje cuando estalle desesperadamente.
>
> Y si la situación no se arregla en Puerto Rico, la furia de nuestro pueblo va a ser tan grande cuando llegue a los últimos límites de la desesperación, va a estar tan ahogado en coraje nuestro pueblo, que no va a saber ni hacerse la justicia a sí mismo, y se va a conformar, como los hombres desesperados siempre, con volcar la enorme destrucción de su venganza sin beneficio para nuestro pueblo y con grave e inútil perjuicio para el egoísmo terco de los que creen que esta situación puede seguir impunemente azotando a nuestro pueblo.[339]

Para evitar el colapso, el Líder proponía una alianza de clases. El fundamento de la misma no podía ser otro que el acceso a la tierra y una redistribución de la riqueza que asegurara el pacto social. Esta era la posibilidad histórica que abría la decisión judicial. Mucho más que un triunfo legal, se había conseguido la única forma de subsanar la enfermedad de un país agrícola en donde una población pauperizada deambulaba con sus lamentos de la montaña a la costa, de la costa al arrabal urbano y de ahí, hacia el exterior. Para salvar la riqueza había que redistribuirla de una manera más equitativa; para evitar una revolución, era necesario una reforma agraria y una política de redistribución de la propiedad y el dinero. Esta era la revolución pasiva del capital que el

[339]Muñoz Marín, Discurso, 31 de marzo de 1940, p. 18.

nacionalismo moderado quería emprender, ésta era la propuesta integradora a los poderosos, a los grandes, a los ricos. Sin redistribución de la tierra no habría futuro.[340]

El resto era reafirmar su modelo de la política e insistir en sus tácticas electorales. La lucha, dos fuerzas enemigas, la del pueblo y sus líderes contra las corporaciones y sus representantes; la historia, la que llevaba del tiempo heroico al tiempo del vacío y de éste al tiempo de la esperanza; la táctica, la de moralizar la política invitando a todos a que trascendieran las líneas partidistas a favor de un nuevo proyecto que era también una nueva actitud ética: la de la vergüenza contra el dinero, la de la honestidad contra la corrupción, la de la decisión inteligente contra el fanatismo infantil, la de la voluntad vertical contra la compra de votos.[341]

El estatus no está en issue.

A mediados de 1939, Muñoz se oponía a las propuestas para reformar al régimen colonial que auspiciaban los coalicionistas y los liberales. Para él, hacerle cambios a la ley orgánica Jones sólo serviría para prolongar un problema que ameritaba una solución definitiva. El colonialismo era una enfermedad que "como todas las enfermedades o se curan o matan" pero "no se reforman o liberalizan".[342] Poner fin al orden colonial era el deseo que dominaba el imaginario político puertorriqueño y era esta voluntad la que había que respetar y con la que había que comprometerse.

Pero el Líder captó aquí un problema trascendental. Lo complicado de nuestra situación era que el tema del estatus resultaba al mismo tiempo un asunto fundamental y una cortina de humo que

---

[340]Véase: Muñoz Marín, Discurso, 31 de marzo de 1940, pp. 19-20.

[341]Véase: Muñoz Marín, Discurso, 31 de marzo de 1940, pp. 25-39; "La Corte Suprema", El Batey, núm. 13, pp. 1, 2.; "Muñoz Rivera se llamó con el nombre de seis partidos, Barbosa se llamó con el nombre de cinco partidos", El Batey, núm. 13, pp. 2, 3.

[342]Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 21 de junio de 1939, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 197-198.

algunos utilizaban para distraer la atención de los problemas económicos y sociales del país. Se trataba del "problema más serio y fundamental de Puerto Rico", pero había sido utilizado "por los usufructuarios del régimen colonial", para dividir a los puertorriqueños y perpetuar la explotación y la opresión. Por lo tanto, lo que procedía era establecer una estrategia que reconociendo ambas problemáticas fuese efectiva en realizar sus distintas soluciones.

Criticados los proyectos reformistas y reconocida la importancia del asunto del estatus, Muñoz fue trazando una estrategia discursiva y política que le permitió posponer la solución del reclamo independentista. Elevado "a problema más serio y fundamental", el estatus era un asunto distinto a los múltiples problemas económico-sociales y políticos que caracterizaban la vida pública y privada relacionada con el gobierno. La estrategia ya la había estado trabajando a lo largo de toda la década: separar el estatus y el gobierno, dividir lo político y la política, y destacar que la cuestión del estatus ameritaba una consulta plebiscitaria independiente de las elecciones. Lo que los políticos tradicionales y los explotadores del país habían logrado era fragmentar el pueblo y desviar su atención, creando la falsa impresión de que las elecciones generales eran un asunto plebiscitario. Por el contrario, reconocida la importancia del estatus, era necesario aislarlo de la política, adjudicarle un lugar exclusivo y posponerlo para el futuro.

Esta estrategia era importante para su práctica y su propósito de organizar un nuevo bloque histórico. La misma le permitía fundir como fuerzas anticolonialistas a estadistas e independentistas, borrando las diferencias entre estas ideologías y aceptando la igualdad moral de ambas posturas. Esta posición le ayudaría a reclutar electores de ambas tendencias presentando al Partido Popular como un movimiento anticolonialista y democrático, más que como un movimiento independentista. La crítica del régimen colonial continuaría, pero ya no estaría acompañada de una defensa exclusiva de la vía soberanista. El compromiso del Partido sería consultar la voluntad del

pueblo sobre su forma favorita de superar la condición colonial y respetar esa voluntad. Mientras tanto, urgía reunificar el cuerpo social para enfrentar la crisis económica y la corrupción política. Eso era el Partido Popular Democrático: un movimiento anticolonialista preocupado por enfrentar la crisis económica y política del régimen colonial, una nueva organización que reconocía que en el plano de la acción política, con miras a las elecciones, el asunto del estatus tenía que "ser relegado a un segundo plano" y las elecciones se pelearían "a base de democracia y explotación".[343]

Moralizar el espacio político, reconstruir el económico y proclamarse anticolonialista sin asumir la defensa de una postura particular sobre el estatus y posponiendo para una futura consulta su solución, eran pues las claves de la campaña electoral del nacionalismo moderado. La independencia, que había servido de caballo de Troya en la lucha contra las fuerzas conservadoras en el interior del Partido Liberal y como justificación para decidirse a fundar un nuevo Partido, se iba diluyendo entre el anticolonialismo y la preocupación por los problemas de gobierno. Para comprender este proceso de evaporación nada más adecuado que analizar lo que la palabra Libertad, impresa en la bandera, comenzó a significar.

Muñoz se sintió obligado a redefinir la Libertad para poder neutralizar cualquier significado soberanista. En El Batey del mes de octubre, el Líder definía las tres consignas principales del populismo, pan, tierra y libertad, y dejaba ver la postura que consideraba pertinente adoptar en torno al estatus y la independencia.[344] Mientras el pan era la consigna contra el pauperismo y la tierra el pacto con la burguesía criolla y el campesino pequeño propietario, la Libertad era definida como libertad económica y principio democrático y no como proyecto soberanista. Se desplegaba aquí la

[343]Véase: Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 21 de junio de 1939; "Carta a R. Black", 11 de agosto de 1939, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 207-209.

[344]Véase: "Lo que quiere decir Pan-Tierra-Libertad", El Batey, núm. 8, octubre, 1939, pp. 2, 3, 4.

fuerza discursiva del muñocismo. El poder de la voz era poder de nombrar, poder semantizador que definía y redefinía símbolos y significantes. La Libertad, como todo gran principio de la modernidad, era polisémica: libertad de empresa, libertad del individuo, libertad legal, etc. Se trataba de retomar sus múltiples significados para provocar el desplazamiento de su sentido político radical como concepto soberanista.

En el discurso muñocista, la Libertad se convirtió en un estado económico que significaba deshacerse de la miseria y del poderío de los grandes intereses corporativos. Libertad era también el conjunto de los derechos clásicos del liberalismo político ilustrado: libertad de credo, prensa y expresión, que daban forma al gobierno democrático organizado por la voluntad general del pueblo. El gran principio político moderno ya no refería a la lucha anticolonial para construir el estado-nación independiente, sino a un principio burgués antidespótico que exaltaba al individuo racional y al Estado de Derecho. En la consigna de la Libertad, la independencia se evaporó:

> Libertad quiere decir que el pueblo está libre de los grandes intereses que han dominado el gobierno contra el pueblo; que el pueblo es libre de este dominio no vendiendo sus votos e impidiendo que nadie venda sus votos en ningún barrio de Puerto Rico. Libertad quiere decir respeto a la vida individual de cada hombre, que se vea libre del hambre y de la miseria y del desahucio. Libertad quiere decir la libertad de los hombres para rendir tributo a su Dios dentro de la religión que ellos tengan en sus conciencias. Libertad quiere decir libertad plena de los hombres para hablar y escribir sobre sus problemas y para tratar de resolverlos sin que nadie se lo impida, mientras se mantengan respetuosos de la ley y el orden. Y libertad quiere decir el derecho del pueblo a votar sobre cuál quiere que sea el destino final de todo Puerto Rico; a votar en una elección aparte, donde la mente del pueblo no esté turbada por los nombres de líderes o por otros problemas. Libertad quiere decir que el destino final de Puerto Rico debe ser lo que el pueblo de Puerto Rico mismo decida en una votación aparte de todo otro problema.[345]

El anticolonialismo, además de servir de postura para conseguir adeptos anexionistas e independentistas, fue la estrategia del muñocismo para mantener bajo control al poderoso sector

[345]"Lo que quiere decir Pan-Tierra-Libertad", El Batey, núm. 8, pp. 2, 3, 4. Véase también: Muñoz Marín, "Declaraciones a la prensa", El Mundo, 14 de diciembre de 1939.

soberanista organizador del Partido. La lucha contra el colonialismo era una posición común de ambas tendencias y, por lo tanto, servía para acercar a muchos electores socialistas y republicanos disgustados con el gobierno de la Coalición. Al mismo tiempo era una salida honrosa para las fuerzas independentistas que asumían con responsabilidad un programa de rehabilitación del país, sacrificando temporeramente su máximo ideal. La propuesta de Muñoz era posponer la defensa de la independencia como forma de superar el régimen colonial. Cuando ésta se mencionaba era para, al mismo tiempo que se asumía como ideal, solicitar su silencio político. Sin embargo, su deseo no fue aceptado sin cierto forcejeo político y algunas concesiones en el interior del movimiento populista.

El desplazamiento de la independencia fue fuente de malestar en las filas del liderato populista. La voz de alarma la daba un sector representado por Vicente Géigel Polanco, Fernando Sierra Berdecía y Manuel Rivera Matos. Como portavoz de las preocupaciones del grupo, Géigel dirigió una carta personal a los líderes más importantes que se movían alrededor de Muñoz haciéndoles saber su posición contra la tendencia anti-independentista que parecía estar fraguándose en el interior del Partido.[346] De acuerdo con él, Muñoz se proponía "descartar la independencia del programa y limitar la labor del partido a la gestión de proyectos de rehabilitación económica y social dentro del régimen vigente". Se trataba, a su parecer, más que de un silencio táctico de la prédica independentista, de una peligrosa claudicación. Lo que Géigel comenzó a sospechar, en la estrategia muñocista, era el abandono total del proyecto soberanista y una revocación unilateral y antidemocrática de un principio fundamental del programa del Partido. El autor de la carta recordaba que en sus orígenes el Partido Popular se había fundado contra aquellos sectores

[346]Véase: Vicente Géigel Polanco, "Carta a Samuel R. Quiñones, Ernesto Ramos Antonini, Victor Gutiérrez Franqui y Francisco Susoni", 9 de febrero de 1940, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 222-223.

minoritarios del liberalismo que se oponían a la independencia y que el mismo tenía como propósito central demandar el reconocimiento de nuestra soberanía. Contra el argumento muñocista del temor popular a la independencia, destacaba la función de la organización como intelectual orgánico que educa a las masas en una concepción de mundo y advertía que al excluir la independencia el populismo se hacía cómplice "de una política que sería tan colonial en sus realidades y en sus alcances como las que propulsaban los demás partidos":

> Muñoz Marín cuenta con nuestro cariño, nuestro respeto y nuestra estimación, pero él no tiene autoridad para descartar, como ha pretendido hacerlo, las aspiraciones políticas de este partido, que se ha creado fundamentalmente para demandar el reconocimiento de nuestra soberanía. Que en las circunstancias actuales no fuera prudente hacer intensa propaganda independentista [...] se explica, se comprende y acaso hasta podría justificarse. Pero, de esperar mejor oportunidad para luchar abiertamente por la independencia, a descartar esa aspiración del programa, media un trecho considerable como el que va de la prudencia a la claudicación.
>
> Si una parte del país teme a la independencia; más aún, si el pueblo no la quiere porque no la comprende, es deber del partido y de todos los que sinceramente anhelan el reconocimiento de nuestra soberanía nacional, enseñar a los puertorriqueños a comprenderla, para que aprendan a quererla y se dispongan a luchar por ella.[347]

Muñoz utilizó varias estrategias para legitimar su deseo de silenciar la cuestión del estatus como tema de campaña. En primer lugar, acentuó la distancia de la política y lo político definiendo las elecciones como esa parte de la política que hacía posible formar un gobierno para implantar un proyecto de justicia social. En otras palabras, el gran objetivo de la política era dotar al país de un gobierno honesto capaz de desarrollar una legislación restauradora de su economía y de la paz social. Por otro lado, el plano de lo político se aceptaba como fundamental, pero exactamente debido a su importancia debía tratarse como un asunto independiente de la cuestión gubernamental. Lo político no podía convertirse en agente disociador del bloque histórico y poner en peligro la

[347]Géigel Polanco, "Carta", 9 de febrero de 1940, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 222-223.

victoria electoral de un partido que reconocía la urgente necesidad de emprender la reconstrucción material de la sociedad colonial.

La segunda gran estrategia fue legitimar su posición como un reconocimiento de la voluntad del "otro interior", es decir, de las masas populares. El Líder, portavoz del espíritu y sus principios, actuaba responsablemente al reconocer al "otro" como sujeto y respetando sus comentarios, tomaba conocimiento de su temor a la independencia.[348] Utilizaba aquí el ardid de ocultarse en el “otro”, de proyectar en el rostro y la voz ajena su fuerza deseante. Después de todo, era parte de su arte político hablar con las masas, escuchar atentamente sus quejas y consejos y convertirlos en su sabiduría y guía de acción.

Pero, ¿cómo haber planteado durante tantos años la inclinación decisiva de los puertorriqueños a favor de su soberanía y ahora sostener que la misma era rechazada por la mayoría del pueblo? ¿En que posición quedaba un supuesto partido independentista, comprometido con realizar un plebiscito para decidir entre la anexión a los Estados Unidos o la soberanía como estado-nación, si ahora argumentaba que el pueblo rechazaba la independencia? El Líder, el iluminado, la inteligencia puesta por Dios en la tierra para llevar luz a su pueblo, decía ser ahora el oído atento de un rumor que emergía desde el fondo del Ser nacional, del sonido del temor-temblor de las masas ante el futuro. Para él, su vaticinio sobre los efectos nocivos que el proyecto Tydings tendría sobre el imaginario popular puertorriqueño se había cumplido. Era otro más de los aciertos de su inteligencia. El pueblo había asociado la independencia con la miseria y tomaría algún tiempo hacerlo recapacitar para que comprendiera su error. De lo que se trataba ahora, en un año electoral, era de no aumentar su exasperación y provocar un pánico que pusiese en peligro la unidad social

[348]Esfuerzos como los realizados por Rosario Natal para presentar a Muñoz como un líder responsable convencido por un jíbaro de Río Grande me parecen simplemente convertir una treta discursiva en una explicación. Su estudio no es un análisis sino un eco tardío de la voz profética del

que se requería para una victoria política. La independencia debía aguardar por un tiempo y espacio futuro que permitiese llevar a cabo un debate donde el pueblo no confundiera la superación del régimen colonial con los asuntos de gobierno.

Un punto adicional que le sirvió para legitimar la posposición de una solicitud de independencia ante las autoridades imperiales fue el contexto internacional. El ambiente bélico iniciado con la guerra civil española ponía de manifiesto lo inminente de una confrontación que adquiriría dimensiones mundiales y obligaría a organizar nuevos bloques internacionales. La metrópoli sería eje central en este conflicto y el tema de la seguridad nacional y de la lucha naval elevaría la importancia geopolítica de la colonia. El país arrebatado a España corroboraba ahora la importancia que le habían adjudicado los especialistas en estrategia militar.[349] A Muñoz no le tomó ningún esfuerzo percibir el rumbo en los vientos mundiales y sus efectos sobre los planes que podía tener Washington para Puerto Rico. Se trataba de utilizar esta situación a su favor, tanto en el plano local como en sus relaciones con las autoridades imperiales. Ante el "Otro metropolitano", era el momento de demostrar la estatura moral del nacionalismo moderado, sumándose solidariamente a sus preocupaciones geopolíticas, su concepción del mundo y sus planes económicos, políticos y militares. La solidaridad era el gesto de un liderato responsable que sabía comprender las señales de peligros que se dibujaban en el horizonte. Este acto sería la mejor demostración de su carácter vertical y democrático y serviría para fortalecer las vías de comunicación con el poder metropolitano.

Vate. Véase: Muñoz, Memorias; Rosario Natal, Luis Muñoz Marín, pp. 122-133, 219-225.

[349]Véase: Trías Monge, Historia constitucional, I-II; María E. Estades Font, La presencia militar de Estados Unidos en Puerto Rico: 1898-1918. Río Piedras, Huracán, 1988. Jorge Rodríguez Beruff, Política militar y dominación: Puerto Rico en el contexto caribeño. Río Piedras, Huracán, 1989; "La Guerra y las elecciones de 1940", Claridad, 8 al 14 de diciembre de 1996, Suplemento En Rojo, pp. 16-17.

La guerra hacía inoperante cualquier solicitud de independencia y, por lo tanto, era inapropiada su presencia en el programa del Partido. Aprovecharse de un momento en que el pueblo norteamericano y el "mundo libre" se jugaban su existencia democrática sólo podía interpretarse como un acto de ventajería política o de chantaje. En el período de crisis era necesario dejar sentada la fidelidad del pueblo agradecido con sus ocupantes civilizadores y sumarse a todo su esfuerzo político-militar de seguridad nacional. Después de todo, Washington no había sido nunca el enemigo y en el peor de los casos sólo podía acusársele de comportarse como un arrogante y desorientado padre severo, pero siempre respetado. El nacionalismo moderado insistía en la tesis de los pueblos amigos que se apoyaban mutuamente en el viaje a la modernidad. Ojo escudriñador, oído atento, voz avisada, el Líder decidió que la independencia debía aguardar por el retorno de la paz mundial. La cuestión nacional tenía que ser sopesada dentro de la lucha entre las fuerzas democráticas mundiales, encabezadas por Estados Unidos, y sus enemigos. Era el momento de cerrar filas, reafirmar la lealtad, hacer del tema de la nación parte de la gran lucha universal: la de la democracia contra sus detractores.

El 17 de julio de 1940, apenas cuatro días antes de la celebración de la asamblea del Partido para establecer su programa, el "panfletista de Dios" repetía su ritual purificador peregrinando hasta la tierra santa de Barranquitas para dialogar con el espíritu moderado. Conversando nuevamente con el Padre fundador de la tradición se dedicaba a establecer principios, celebrar logros, trazar tareas y definir posturas para la práctica política.[350] Para Muñoz, cosas nuevas e importantes estaban sucediendo local e internacionalmente. El presente histórico era un momento trascendental, un tiempo de rupturas y retos. Tanto en Puerto Rico como a nivel mundial se cerraba una época y se abrían las puertas para un futuro más esperanzador. Era necesario reconocer el pasado

[350]Véase: Muñoz Marín, "Discurso", 17 de julio de 1940, en ALMM. Sec. III, Serie 2, Folio 6,

desvaneciéndose a nuestras espaldas para poder emprender con decisión el camino hacia el futuro, pero sobre todo, era necesario saber insertar el futuro de Puerto Rico en las nuevas tendencias que se auguraban en el plano internacional.

En el contexto nacional, lo importante era el momento electoral. En las elecciones próximas, el pueblo sería el gran jurado que habría de sentenciar al pasado, con sus partidos y sus estilos políticos, a la desaparición definitiva. Mientras tanto, en el plano internacional se estaban produciendo cambios significativos que imponían una "grave responsabilidad" a la voz ilustrada. El presente era una de esas coyunturas vitales en la historia de la humanidad en donde fuerzas progresistas y reaccionarias se enfrentaban en lucha abierta para decidir las formas del futuro. El Líder debía reconocer los problemas nacionales y relacionarlos con ese contexto temporal y espacial mundial transformando la cuestión nacional en parte de la lucha universal. Para lograr esto, consideró necesario superar la mirada estrecha, atrapada por los asuntos locales, y adquirir una perspectiva más amplia del contexto histórico y planetario que servía de telón de fondo al drama de la nación subalterna.

Para Muñoz, el error de muchos de nuestros políticos era su miopía regional y su desconocimiento de los problemas y luchas que habitaban el plano internacional. Mientras en Puerto Rico, la rehabilitación económica, la justicia social y la cuestión del estatus se consideraban los problemas principales a enfrentar con la acción política, la realidad mundial era un combate a muerte entre dos grandes tendencias políticas y morales: las organizadas bajo el principio democrático popular moderno y las que abogaban por un despotismo totalitario. El resultado de este conflicto universal era fundamental para el futuro del país pues era claro que la derrota de la democracia terminaría eliminando todas sus opciones de cambio y desarrollo. Ni la justicia social,

---

Doc. 1, p. 1.

ni la estadidad o la independencia, serían posibles en un mundo dominado por la prepotencia autoritaria de las fuerzas antidemocráticas. El futuro sólo era esperanzador bajo la victoria de los principios modernos compartidos por todos los sectores progresistas del mundo: respeto al individuo, libertad, igualdad y fraternidad entre los pueblos y orden democrático.

Para insertarnos en esta lucha teníamos que comenzar por transformar nuestro sentido del espacio. Esto significaba que debíamos superar nuestro insularismo para adquirir conciencia de nuestra dimensión continental. Los problemas de Puerto Rico eran parte de los problemas del hemisferio americano y resultaba necesario saber insertar las soluciones de los asuntos locales en el desarrollo y consolidación de la unidad continental. Puerto Rico era parte del "hemisferio americano", de esa gran geografía de lo diverso -hecha de regiones, pueblos, razas y estados-naciones- sobre la cual era posible instalar una unidad política confederativa. Sutilmente, bajo un aparente espíritu continental, el muñocismo abandonaba el iberoamericanismo integrador del pensamiento político latinoamericano, -compartido por hombres como Bolívar, Betances, Martí, y Albizu- para coincidir con el panamericanismo del discurso imperial. El filósofo político desechaba la cuestión nacional para convertirse en "pensador" americano y desplegar en su discurso la doctrina de la buena vecindad. El sueño de lo occidental y lo universal como opuestos a lo nacional comenzaba a aflorar.

La unidad espacial, América, vivía un tiempo fundamental: el de la gran lucha de "la democracia contra los que niegan la dignidad humana".[351] Para asegurar la victoria del principio democrático era necesario que todo el Hemisferio asumiera su defensa intelectual y militar. El discurso liberal, con sus principios epistemológicos y morales, era el gran código integrador que haría posible borrar la diversidad americana para dar paso a la formación de una nueva comunidad

[351]Muñoz Marín, Discurso, 17 de julio de 1940, p. 6.

imaginada. Eran estos principios comunes los que unificaban lo diverso, convirtiendo a Puerto Rico en parte de América y a ésta en parte del mundo. El tiempo de las grandes batallas y las decisiones trascendentales ampliaba nuestra geografía. Si la Isla quería tener opciones futuras, tenía que saber insertar su lucha en esta lucha universal y ayudar a la realización de la unidad americana. Si, por el contrario, la democracia salía derrotada en la contienda, entonces la suerte del país estaba echada irremediablemente: pesadilla de su conversión en botín de guerra, peón en la repartición del mundo a la que estaban malacostumbrados los poderosos.[352]

El discurso muñocista ponía en práctica la invención de América.[353] Sobre el espacio real se edificaba una ficción geopolítica, un mapa imaginario que como modelo integrador buscaba disolver lo diverso y negar los conflictos históricos, legitimando así el proyecto de "buena vecindad" del "Otro imperial". Ante la gran lucha universal, las disputas en el interior del campo americano debían quedar superadas, las heridas sanadas, las cicatrices olvidadas. El tiempo de las discordias debía ser trascendido en el tiempo de la reconciliación y el pacto espiritual, provisto por los grandes principios políticos modernos, se traduciría en el pacto político de la confederación americana. El iberoamericanismo militante, la proyección en América de la lucha entre dos civilizaciones de raíces europeas que el arielismo había ayudado a exaltar, debía ser sustituido por un nuevo panamericanismo unificador donde el Norte y el Sur, lo anglosajón y lo latinoamericano, se transmutaran en una unidad superior de estados-naciones independientes orientados por los mismos principios modernos.

Estas eran las condiciones temporales y espaciales de la realidad puertorriqueña. En la Isla, ya no se debatía una América contra otra, ni era su realidad expresión del espíritu imperialista del

---

[352]Véase: Muñoz Marín, Discurso, 17 de julio de 1940, pp. 5-7.

[353]Sobre la geografía imaginada de un Occidente como lo opuesto a Oriente véase: Said, Orientalismo; Cultura e imperialismo.

Destino Manifiesto. Todo lo contrario, en Puerto Rico el "Otro imperial" había podido reconocer los límites de su falso expansionismo y juicioso e ilustrado se prestaba a corregir sus errores. De aquí que el futuro del país fuera exactamente la posibilidad que permitía la genuina amistad entre el dominante y el dominado para poner fin a las relaciones de poder y desigualdad que empañaban sus historias. El muñocismo invitaba a la América Ibérica a deponer su actitud antiyanqui y, al mismo tiempo, invitaba al poderoso vecino del Norte a poner en práctica su política descolonizadora y de buena vecindad. Puerto Rico sería el mejor ejemplo histórico del triunfo de los grandes principios fundacionales de una nación norteamericana que se reencontraba a sí misma en el gobierno del presidente Roosevelt. Lo que se debatía en la Isla era el futuro americano, la construcción del puente que pondría en contacto esas dos mitades diferentes, pero no desiguales, de América. Nuestra lucha por la democracia sólo podría triunfar y consolidarse definitivamente con la unidad hemisférica.

El nacionalismo moderado se transformaba en eco de un discurso imperial que buscaba reconstruir su hegemonía proponiendo un pacto de amistad continental. La República Imperial intentaba organizar este nuevo consenso alrededor de los principios liberales modernos: libertad, igualdad y fraternidad entre los pueblos. El muñocismo hizo suyo este discurso y aceptó servirle de portavoz en Puerto Rico e Hispanoamérica inventando lo que era una ficción espacial, un principio legitimador y una propuesta política: "la confederación de los pueblos de América".[354] Esta unidad ficticia aseguraría la solidaridad entre los pueblos americanos como pueblos libres e iguales prestos a "la más estrecha compenetración" para defenderse económica, política y culturalmente. La "América de los norteamericanos", que había puesto en acción el expansionismo imperial de la República del Norte, debía ahora convertirse en la "América de los americanos" para establecer una

[354]Muñoz Marín, Discurso, 17 de julio de 1940, p. 8.

gran unidad frente a los "Otros" extracontinentales. La vieja Doctrina Monroe del siglo XIX resucitaba como credo del discurso muñocista.[355]

Las estrategias del débil eran paradójicas. La aceptación del discurso imperial debilitaba al muñocismo y lo reducía a parte de un coro que entonaba el canto civilizador que legitimaba la empresa colonial. Pero también, esta apropiación de un canto ajeno hacía posible el diálogo, al convencer al poderoso de que el colonizado había comprendido las tareas del superior y madurado como pueblo. Lo que, por un lado, le restaba fuerza política y amenazaba ser una claudicación de sus principios resultaba, desde otro registro, una forma de mercadearse en el mundo político. Las coincidencias borraban la posibilidad de que el poderoso pudiese clasificarlo como enemigo peligroso y le permitían reorganizar su prestigio político local. El muñocismo hablaba ahora hacia el exterior y hacia el interior; era, en otras palabras, un discurso respetado por la fuerza de su saber y su ética. Pero además, estas coincidencias permitían una apertura. Conseguido el reconocimiento, surgía la posibilidad de presentar un proyecto de cambio y comenzaban los pedidos. Entre el reclamo y el ruego, el nacionalismo moderado decía al "Otro" lo que necesitaba el subalterno para allegarse a la modernidad.

Ya hemos señalado los problemas que le acarreaba la prédica independentista al muñocismo para el período preelectoral. Había sido el gran principio aglutinador que dio forma al movimiento populista hasta convertirlo en partido y eran muchos los que lo consideraban la razón de ser de todo el movimiento. Pero, ante los ojos de Washington, era un principio que lo hacía sospechoso del delito de ingratitud, y ante los ojos de los otros grupos políticos del país, lo convertía en enemigo. El gran dilema que enfrentaba Muñoz en esta fase política electoral, giraba alrededor del lugar que tenía que asignarle al "ideal". Había que responder a las preocupaciones de tres fuerzas socio-

[355]Véase: Dexter Perkins, Historia de la Doctrina Monroe. Buenos Aires, Universitaria, 1964.

políticas -la de los creyentes en la independencia, la del poder metropolitano y la de los otros grupos anticoloniales- para poder unificarlas en un gran movimiento de salvación nacional. Además, había que neutralizar a las fuerzas contrarias que utilizaban el ideal de independencia para fabricar angustias colectivas. El iluminado comprendió que la independencia podía derrotarlo, pero sin ella se corría el riesgo de que se le desmoronara el Partido. La estrategia fue entonces tratar de mantener la unidad, confirmando su compromiso con el proyecto soberanista, consiguiendo el apoyo o la neutralidad de la burocracia imperial y atrayéndose el voto de todos los sectores sin importar su utopía política. Por eso, una vez resaltadas sus coincidencias con el poder imperial, se pasaba al momento de definir el lugar y el futuro político de la Isla.

El muñocismo funcionaba como un discurso de reconciliación que aprovechaba sus concesiones al "Otro imperial" para exigirle una solución del problema colonial. Su anticolonialismo pretendía ser lo suficientemente amplio como para fundir en una unidad las dos posibles soluciones a la cuestión del estatus de la Isla. Como utopía para el cambio quería dejar claro ante el Poderoso que el pueblo se oponía a que se prolongara el régimen colonial. Por otro lado, su anticolonialismo le servía para posponer diferencias y asegurar la cohesión necesaria para convertirse en gobierno. Después de todo, siempre había reconocido que existían dos formas de ser un pueblo libre, o como parte de un pueblo libre o como un pueblo libre en sí mismo, y había descartado insistentemente la posibilidad de una tercera vía autonómica.[356] Así, en el discurso del verano del 39, resultaba pertinente insistir en lo que era una posición defendida desde el período de formación del Partido Liberal. Sólo existían dos caminos igualmente dignos para acceder a la modernidad y entre ellos el pueblo tendría que seleccionar. Estadidad o independencia, no había una

[356]Véase: Muñoz Marín, "Manifiesto a los puertorriqueños", El Mundo, 25 junio de 1936.

tercera vía. O esto o aquello; lo demás era optar por reformas cosméticas o adoptar como salida un régimen inestable y revocable.

Atento a las fuerzas que se agitaban en su Partido, el muñocismo comprendió que para consolidar su poder y la unidad de su organización tenía que identificar su anticolonialismo con la abierta elección de una de las opciones. La cohesión del movimiento lo hacía indispensable y había que borrar las inquietudes de un sector de su liderato. En este frente de lucha fue que se decidió a completar el discurso panamericanista con la profesión de fe independentista en amistad con el "Otro imperial". Las dos opciones que tenía ante sí el país estaban adheridas a la seguridad continental y sólo la unificación democrática de los pueblos americanos haría posible erigir la soberanía de la Isla como parte de la soberanía continental. La independencia de Puerto Rico sería una simple parte de la integración confederativa americana. Ni en Washington ni en Puerto Rico había razón alguna para temer al cambio. Nuestra soberanía era la mejor forma de aportar a la unidad americana sirviendo de pueblo vanguardia, puente entre dos cultura donde se sintetizaría lo mejor de dos mundos:

> Puerto Rico es un pueblo de América. Y no sería digno si no aspirara a ser uno de los pueblos libres de América. Y no sería sensato ni tendría visión de su porvenir si rehusara a ser uno de los pueblos libres confederados de América.
>
> Se concibe que hay dos maneras de que Puerto Rico sea uno de los pueblos libres de América: formando parte como estado del pueblo libre de los Estados Unidos, o viviendo, confederadamente, como uno de los pueblos libres de la confederación de toda América. ¿Cómo puede Puerto Rico serle más útil a su propio pueblo y ocupar un puesto de mayor honor en el liderato de la confederación de toda América? ¿Siendo uno de los estados que forman parte de uno de los pueblos libres que la historia inevitablemente habrá de confederar, o siendo en sí uno de los pueblos confederados, siendo el pueblo que está en posición más grande moralmente y espiritualmente para ser el pueblo líder, el pueblo ejemplo, el pueblo "pioneer", el pueblo vanguardia, en la gran marcha hacia la confederación de todos los pueblos libres de América? ¿Y cómo puede Puerto Rico serle más útil a la justicia de su propio pueblo; cómo puede tener fuerza más grande para reclamar, obtener y establecer la justicia de su propio pueblo en el gran reajuste de mundo que siendo el pueblo líder, el pueblo ejemplo, el pueblo "pioneer", el pueblo vanguardia en la gran marcha hacia la confederación de todos los pueblos de América? ¿Y cómo puede

> Puerto Rico reclamar lo que ahora ruega, establecer lo que ahora sueña, establecer en justicia lo que ahora implora en caridad que siendo pueblo líder, pueblo vanguardia, pueblo ejemplo, en la marcha hacia la confederación de todos los pueblos libres de América?
>
> Yo creo que nuestro destino es más eficaz y más noble en esta última misión. Creo que nuestro destino es más útil al pueblo amigo de los Estados Unidos y a los pueblos amigos de toda América en esta última misión que si, fundiéndonos en la estadidad clásica de Estados Unidos, perdemos la identidad necesaria para asumir una posición de liderato y de orientación hacia la unión y confederación de todo el hemisferio americano en defensa de la democracia del mundo.[357]

El nacionalismo moderado se apropió del discurso imperial panamericanista para hacerlo compatible con las posturas anticolonialistas e insertar dentro del mismo el proyecto independentista. Muñoz se mostraba aquí dispuesto a un pacto, reconociendo las urgencias norteamericanas, definiendo al "Otro" como pueblo vanguardia de la libertad y asumiendo su preocupación geopolítica continental. Pero esta aceptación del discurso imperial se presentaba más como un lugar de coincidencias, como una concepción compartida del proceso histórico que hacía posible el diálogo entre iguales y permitía reclamar un lugar para la nación subalterna en el viaje hacia el futuro. Ambos pueblos se presentaban como defensores de los mismos principios modernos, ambos pueblos conformaban el mismo espacio geopolítico y aportarían con su libertad al desarrollo de la democracia continental. La independencia no era una postura antinorteamericana o una amenaza para su seguridad sino la expresión de un espíritu común que hacía posible la solidaridad entre ambas naciones. Lo que necesitaba reconocer Estados Unidos, para dar muestra de su sinceridad democrática y de su interés por la unidad hemisférica, era el derecho a la autodeterminación de Puerto Rico. Los puertorriqueños, al mismo tiempo, tenían una misión: servir de pueblo líder en ese esfuerzo de unidad continental que promovía el discurso imperial. El proyecto soberanista de la nación subalterna se presentaba como parte de la propuesta panamericanista.

---

[357]Muñoz Marín, Discurso, 17 de julio de 1940, pp. 8-9.

La postura independentista consolidaba la hegemonía del muñocismo en el interior del campo nacionalista moderado. Los temores de Géigel y sus compañeros quedaban superados por esta abierta defensa del ideal. Muñoz afianzaba su poder como líder indiscutible del Partido, al mismo tiempo que reforzaba sus puentes de comunicación con Washington. Sin embargo, las elecciones obligaban a definir prioridades y lo que se avecinaba era la gran decisión democrática de seleccionar un "buen gobierno" que supiese enfrentar los problemas económico-sociales que agobiaban el país. Una vez reafirmada la vía independentista de superación del orden colonial era necesario retomar la cuestión política y reconocer que la cuestión del estatus era un asunto distinto a los que se discutían con miras a las elecciones de noviembre. La independencia proclamada como ideal debía reconocer su lugar y su tiempo y retornar inmediatamente al silencio hasta que llegara su momento en el tiempo futuro. La tarea principal que definía el Redentor era la reconstrucción de la dimensión material y espiritual de la nación oprimida y, por lo tanto, la gran consigna moderada que retumbó constantemente en el espacio político preelectoral fue: "el status no está en issue":

> Pero también creo que la libertad que se impone no puede ser libertad, puesto que el concepto de imposición niega el concepto de libertad. Ni la primera forma de libertad ni la segunda forma de libertad le debe ser impuesta al pueblo de Puerto Rico. Yo, que creo en la primera forma expresada de la libertad -pueblo libre en la confederación de toda América- no tengo derecho a imponérsela, aunque tuviera el poder de hacerlo, al pueblo de Puerto Rico. Sólo el pueblo de Puerto Rico mismo, por expresión clara y expresa de su voluntad de pueblo -expresión obtenida fuera de toda campaña de partidos o de candidatos o de política rutinaria para obtener el gobierno; expresión obtenida en una apelación directa y única y sin confusiones a la conciencia del pueblo de Puerto Rico sobre su porvenir- sólo el pueblo de Puerto Rico mismo tiene derecho a decidir sobre cómo el pueblo de Puerto Rico quiere cooperar a la unión y a la defensa de la democracia en toda América.[358]

El partido decidió hacer suya la palabra ilustrada. El que hizo, el que vaticinó, el incorruptible, el heredero del espíritu moderado, merecía ser programa de la colectividad:

[358]Muñoz Marín, Discurso, 17 de julio de 1940, p. 10.

metamorfosis de la voz profética que se elevaba hegemónica a fuerza política, transmutación del Líder en institución. No había diferencia entre el Líder y el partido, entre el Líder y el espíritu moderado, entre el espíritu moderado y el partido. La organización y su programa eran extensiones del Ser y los logros de él. La tradición caudillista y el culto a la personalidad iban echando raíces en el nacionalismo moderado marcando para el futuro su cultura política.

Para el momento decisivo, el muñocismo reinaba como discurso hegemónico. De aquí que la conversión de la voz ilustrada en programa del Partido se haya interpretado como el producto democrático de una voluntad popular iluminada por la palabra encendida del Líder. El caudillo ilustrado había convencido a su pueblo de la certeza de sus posturas y las había tornado visión colectiva de la práctica política con miras a emprender el camino hacia la modernidad. El programa del Partido repitió literalmente el discurso que cuatro días antes se elevó como homenaje ante el santo sepulcro del Padre fundador.[359]

A pocos días para las elecciones, la publicación de un número de El Batey y dos discursos radiodifundidos por toda la Isla cerraban la campaña.[360] Estos escritos resumían las ideas que durante los últimos dos años había estado machacando insistentemente en el imaginario popular. La invitación era a la autorredención mediante el voto por el Partido Popular. No vendas el voto, vergüenza contra dinero, el voto es tu arma, el voto es secreto; tales eran las consignas repetidas una y otra vez. El muñocismo llamaba a una alianza de clases y sectores ideológicos para clausurar el tiempo muerto e iniciar el viaje hacia el futuro. Sus escritos recogían los señalamientos sobre cómo

[359]Véase: "Partido Popular Democrático: programa económico y social", 21 de julio de 1940, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, I-1, pp. 613-624. Tambien; "Ni estadidad ni independencia" El Batey, núm. 15, septiembre, 1940, p. 4.

[360]Véase: El Batey, núm. 18, noviembre, 1940; Muñoz Marín, "Discurso", 3 de noviembre de 1940, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 273-282; "Discurso", 4 de noviembre de 1940, en ALMM. Sec. III, Serie 2, Folio 3, Doc. 1.

votar, las críticas a las mentiras que a última hora promulgaban sus enemigos, la afirmación del pacto entre las fuerzas conjuntas del cristianismo, la metrópoli y la voz ilustrada del caudillo.

"¡El sol del seis de noviembre llegó quemando sogas y derritiendo cadenas!".[361] Con esta frase celebraba el Líder su gesta política victoriosa. Su entusiasmo era legítimo. Había fundado un partido hacía poco más de dos años y, enfrentándose a las organizaciones tradicionales, algunas de ellas apoyadas por el gran capital, había vencido. Si en términos numéricos su partido no logró la mayoría de votos, si consiguió controlar el Senado y empatar con la Coalición en la cantidad de representantes elegidos a la Cámara.[362] El triunfo era un mandato para emprender la rehabilitación económica y social del país. El estatus tendría que esperar, sobre todo ahora que la guerra se extendía para convertirse en un conflicto planetario. Eran tiempos de lucha y de solidaridad y Puerto Rico debía demostrar su estatura moral y madurez política apoyando a las llamadas fuerzas democráticas, encabezadas por las viejas potencias colonialistas y la joven República imperial. Pero también era el momento de redoblar la lucha en el plano nacional. La victoria sólo podía servir de antesala para otros éxitos políticos. Se había tocado a la puerta del futuro, faltaba ahora hacer el viaje y para eso era necesario consolidar el apoyo electoral del pueblo y el control gubernamental. El nacionalismo moderado de la fase de movimiento comenzó su institucionalización como discurso oficial o de llegada sumido en la paradoja de ser un discurso anticolonial de afirmación nacional de un partido que gobernaba dentro del orden colonial. Como discurso de llegada se convertirá en parte del coro organizado por el "Otro imperial". El amor profesado al "Otro" se convertirá en deseo de

[361]Muñoz Marín, "Discurso", 16 de noviembre de 1940, en Bothwell, Puerto Rico: cien años de lucha política, III, pp. 287-300.

[362]En las elecciones de noviembre de 1940 la Coalición obtuvo 222,423 votos, el Partido Popular Democrático 214,857 y la Unificación Tripartita 130,299 votos. El P.P.D. eligió 10 senadores mientras la Coalición lograba 9. En la Camara ambos movimientos eligieron 18 representantes y tres el tripartismo. Véase: Pagán, Historia de los partidos políticos, II, p. 161. Trías, Historia constitucional, II, p. 259-260.

"**unión permanente**". La independencia, como ideal de madurez, pasará a ser **el ángel caído convertido en demonio**.